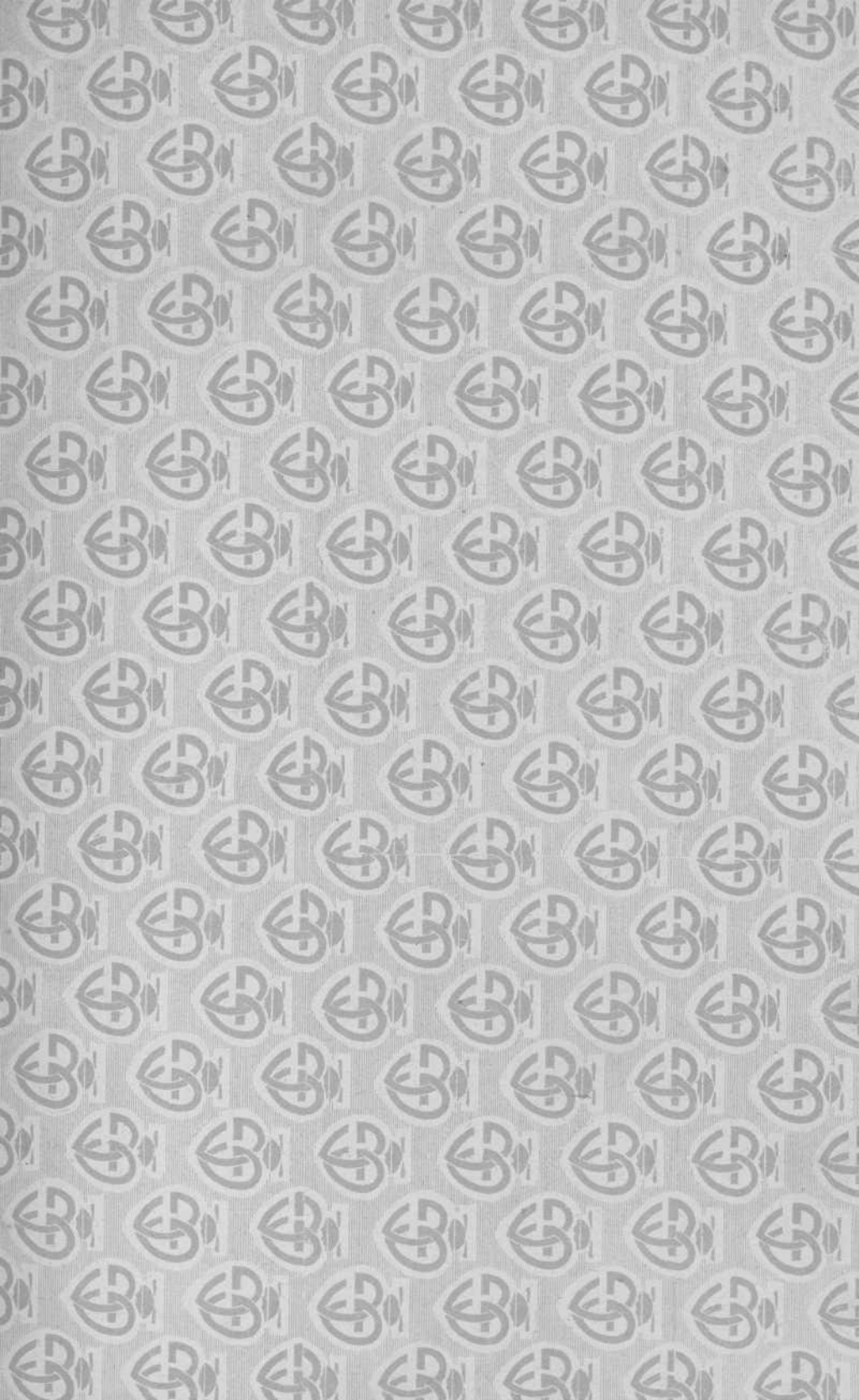


RIBERA - PONS, S. J.

VIDA
DE
Santa Teresa de Jesús

GUSTAVO GILI
EDITOR
BARCELONA





VIDA
DE
SANTA TERESA DE JESÚS

ES PROPIEDAD





B. Maura. D^{no} y G^{no}

Madrid, 1882.

+
teresa de jesus:

+

VIDA

DE

SANTA TERESA DE JESÚS

POR EL

P. Francisco de Ribera

NUEVA EDICIÓN

AUMENTADA CON UNA INTRODUCCIÓN, COPIOSAS NOTAS Y APÉNDICES

POR EL

P. Jaime Pons

Ambos de la Compañía de Jesús

PRECEDE Á LA «VIDA» UN ESTUDIO PRELIMINAR:

SANTA TERESA DE JESÚS, DOCTORA MÍSTICA

por el

Rmo. P. Luis Martín

Prepósito General de la misma Compañía

EDICIÓN ILUSTRADA CON EL RETRATO DE LA SANTA, GRABADO POR MAURA,

UNA LÁMINA

Y UN MAPA DE LOS ITINERARIOS DE SANTA TERESA

(CON LAS DEBIDAS LICENCIAS)

92. teresa de Jesus, Sta.



BARCELONA
GUSTAVO GILI, Editor

Calle de la Universidad, 45

MCMVIII

IHS.

*Cum opus, cui titulus est **Vida de Santa Teresa de Jesús**, a P. Jacobo Pons nostrae Societatis sacerdote compositum, aliqui ejusdem Societatis revisores, quibus id commissum fuit, recognoverint et in lucem edi posse probaverint; facultatem concedimus, ut typis mandetur, si ita iis, ad quos pertinet, videbitur.*

In quorum fidem has litteras manu nostra subscriptas et sigillo Societatis nostrae munitas dedimus.

Dertusae 24 Junii 1908.

ANTONIUS IÑESTA, S. J.

IMPRÍMASE:

Barcelona, 31 Enero de 1908.

HL. VICARIO GENERAL,

† **Ricardo**, *Obispo de Eudoxia*

Por mandado de Su Señoría,

LIC. JOSÉ M.^a DE ROS, PBRD.

Scrío. Can.

INTRODUCCIÓN

- I. El P. Francisco de Ribera proto-biógrafo de Santa Teresa.—
II. La «Autobiografía».—III. Bio-bibliografía Teresiana.

Entre todos los Santos que venera la Iglesia en los altares, apenas habrá uno solo que sea tan universalmente respetado, admirado y venerado como Santa Teresa de Jesús, prez incomparable de su sexo y una de las glorias más puras de la nación española. Los mismos incrédulos y racionalistas que, víctimas de sus preocupaciones de secta, le niegan el dictado de Santa y no quieren reconocer en ella los dones y carismas sobrenaturales con que estuvo adornado su célico espíritu, se ven como forzados á admirar y celebrar con grandes encomios, las eminentes cualidades y dotes extraordinarias de su alma privilegiada. Hace ya más de tres centu-

(1) Juvencio, *Histor. Societatis Jesu*, part. 5.^a lib. XXIV, pág. 775.—*Litterae ann.* 1590-91, p. 617.—Nieremberg, *Varones ilustres*, t. IX, p. 220.—La Puente, *Vida del P. Baltasar Alvarez*, cap. XXXI, p. 331.—Sotwel, *Biblioth.*, S. J., p. 247.—Sommervogel, *Bibliothèque de la Comp. de Jésus*, t. VI, col. 1761 sigs.—Tanner, *Societas Jesu, apostolorum imitatrix*, p. 349.—Nadasi, *Annus dierum*, 24.^a nov., p. 289.—Dreux., *Fasti*, 24.^a nov., p. 461.—Patrignani, *Ménolog.*, 24.^a nov., p. 168.—Bouix, *Vie de Sainte Thérèse, par le P. Ribera, Prefacio*, p. XXIII.—Guilhermy, *Ménologe de la C. de Jésus, Assistance d'Espagne*, 3.^a, p. 24.^a nov., p. 451.—Halloix, *Vita P. Franc. Ribera*; precede á los comentarios del P. Ribera, in *Apocalypsim*.—Vandermoere, *Acta S. Teresiae*, § I.—D'Oultreman, *Tableaux des personnages signalés de la Comp. de Jésus*, p. 208.

rias que desapareció de entre los mortales; y la gloria de su nombre, lejos de amenguarse en lo más mínimo, ha ido acrecentándose y extendiéndose con el andar de los tiempos por todas las naciones cultas y civilizadas.

No poco han contribuído á esta universal glorificación de la incomparable Virgen Avilesa la difusión de sus escritos, traducidos á todas las lenguas europeas, y el haber celebrado sus heroicas virtudes y portentosas hazañas tantos y tan eminentes biógrafos.

Entre todos ellos llevóse la palma el autor de la presente vida, Padre Francisco de Ribera, de la Compañía de Jesús, no sólo por haber sido el primero, sino también por reunirse en él todas las dotes y cualidades que puedan apetecerse en el verdadero historiador, á saber: perfecto conocimiento de la materia, preclaro ingenio, maduro juicio, memoria tenaz, santidad nada vulgar, crítica sagaz y veracidad á toda prueba, sellada, por decirlo así, con el más solemne de los juramentos, según el testimonio de Fray Diego de Yepes, segundo biógrafo de la Santa Madre.

Principalmente, dice este escritor, publica la santidad de la Madre Teresa de Jesús el doctísimo Padre y doctor Francisco de Ribera, el cual, después de haber escrito con tanta aceptación sobre los doce Profetas Menores, sobre la Epístola de San Pablo á los Hebreos, sobre el Apocalipsi, y estando ocupado en otros trabajos de importancia, tuvo tanta devoción y estima de la santidad admirable y virtudes de la Santa Madre Teresa de Jesús, que sin tener otro fin que le moviese, más que la gloria de Dios y que tan grande Santa fuese conocida en su Iglesia, y en agradecimiento de algunas mercedes particulares, que por su medio é intercesión había recibido del Señor, como él confiesa, empleó su vejez en escribir un libro de su vida y milagros, donde, diciendo cosas tan altas y heroicas de esta Santa, siempre le parece queda corto... Y aunque para que se diese más crédito á su libro bastara su autoridad, por ser un hombre de mucha reli-

gión y virtud; con todo, en el testimonio que da en la *Información* de su canonización, *confirma debajo de juramento lo que escribió en su libro*. Hizo también grandes averiguaciones, y escribió con gran fidelidad todo lo que en el libro dijo, y sólo este testimonio bastara para acreditar tanta y tan admirable virtud (1).

I

Fué el Padre Francisco de Ribera, natural de Villacastín, diócesis de Segovia, donde nació el año de 1537. Hizo sus estudios en la célebre Universidad de Salamanca, siendo Colegial en el insigne Colegio Mayor, llamado del Arzobispo, recién fundado por D. Alfonso de Fonseca, prelado que fué sucesivamente de Santiago y de Toledo, hijo del Patriarca del mismo nombre y descendiente de una ilustre familia de Salamanca.

Terminada con gran brillantez la carrera, y siendo ya consumado teólogo y eminente escriturista, abandonó Ribera aquel centro universitario y retiróse á vivir á su pueblo natal, donde se entretenía en perfeccionar sus estudios de la Sagrada Escritura, y de las tres lenguas latina, griega y hebrea, en que salió peritísimo.

Quiso Nuestro Señor, por sus soberanas trazas, que en las pretensiones que intentó tuviera poca ventura, que fué para él muy buena ventura, como dice el Padre Luis de La Puente (2).

Pasando una vez por Villacastín el Padre Martín Gutiérrez, Rector del Colegio de Salamanca, que allí le había conocido, tratado y confesado, fué á visitarle; y después que

(1) *Vida de Sta. Teresa de Jesús*, Prólogo.

(2) *Vida del P. Baltasar Alvarez*, cap. XXXI. La mayor parte de los datos que aquí damos están tomados de este capítulo.

los dos hubieron conferido algunas cosas, díjole el Doctor Ribera cómo estaba resuelto á retirarse á vivir en una casa que está en aquel pueblo pegada á una ermita de Nuestra Señora, con quien tenía especial devoción, y desde allí acudir á predicar por los lugares comarcanos, gastando el demás tiempo con sus libros. Preguntó al Padre Gutiérrez qué le parecía de aquel modo de vida que pensaba emprender. Contestóle el santo varón: Señor Doctor, muy bien me parece su determinación, pero mire que se queda con la mejor prenda, que es su propia voluntad. Esta palabra le penetró el corazón de tal manera, que, alumbrado con luz del cielo, se determinó á dejar del todo el mundo, y abrazar el Instituto de la Compañía de Jesús, donde podría ejercitarse en los mismos estudios y ministerios, sin mezcla de propia voluntad, siguiendo la de la obediencia, que nos ajusta á la divina.

Hecha la resolución, aunque se detuvo algunos días, por atender al remedio de algunas señoras, deudas suyas, muy honradas, pero finalmente, rompiendo por todas las dificultades, se fué á Salamanca, donde el Padre Martín Gutiérrez le recibió en la Compañía en 1570, contando ya el Doctor Ribera 33 años de edad. Enviáronle á Medina del Campo y allí dió comienzo á su noviciado bajo la sabia dirección del eminente maestro de la vida espiritual, Padre Baltasar Alvarez, uno de los más insignes directores de Santa Teresa de Jesús.

Emulando las heroicas virtudes de tan excelente y experimentado Maestro, y aprovechándose del gran caudal de naturaleza y gracia que el Señor le había comunicado, se empapó nuestro novicio, en el espíritu propio de la Compañía de Jesús, como si desde mozo se hubiera criado en ella, aventajándose con grande excelencia en todas las virtudes, especialmente en aquélla, cuyo amor le trajo á la religión, que era la obediencia; guardando con exquisita escrupulosidad todas las reglas y las demás ordenaciones de los superiores,

no sólo mientras fué novicio, sino todo el tiempo de su vida, sin que fuesen parte los estudios y ocupaciones que tuvo, para entibiarle en esto, ó dejara de observar cualquier regla por pequeña que pareciese.

No era su fervor, dice el Padre La Puente, como el de los novicios mozos, que á modo de ollas puestas á grande fuego, hierven á borbollones, y vierten lo que tienen por defuera, con estruendo; sino un fervor grave, substancial y reposado, á modo de olla que hierve á fuégo manso, y cuece mejor lo que tiene dentro de sí, y es de más dura: y así, con la gravedad y peso de sus sólidas virtudes, era la edificación de todos. Fué insigne en la modestia y compostura del cuerpo, y en la moderación de sus acciones; humilde sobre manera y amigo de consultar sus dudas, y de ser enseñado de otros, aun de los que sabían menos que él; muy apacible y afable en su conversación, y con el ejemplo de sus eminentes virtudes, se conciliaba fácilmente el afecto de cuantos frecuentaban su trato.

Concluído su noviciado, permaneció todavía algunos años el Padre Ribera en Medina del Campo. Mientras tanto fué nombrado Rector del colegio de Salamanca su Maestro de novicios el Padre Alvarez: y como se tratase á la sazón, de abrir en aquel colegio una cátedra de Sagrada Escritura, deseó, el nuevo Rector, y obtuvo del provincial que nombrara profesor de ella al Padre Francisco de Ribera, de quien tenía prendas de que, con sus excelentes virtudes y consumada ciencia sagrada, edificaría á la vez y alentaría á los hermanos estudiantes. En 1575 dió principio á sus sabias explicaciones con grande aplauso no sólo de los de la Compañía sino también de los estudiantes y profesóres de aquella celebérrima Universidad, y por espacio de 16 años no interrumpió ya tan santa tarea hasta el fin de sus días.

Profundo conocedor de los textos originales de nuestros Libros Santos, sumamente versado en el estudio de los Santos Padres, y además eminente teólogo y crítico muy erudito, el Padre Ribera fué uno de los más notables comentaristas

de la Sagrada Escritura en el siglo xvi, como lo manifiestan claramente sus notabilísimos comentarios sobre los 12 Profetas menores, el Apocalipsis de San Juan, la Carta de San Pablo á los Hebreos y otros (1).

Hermanábanse en él admirablemente la ciencia con la más acendrada piedad. Para todo se ayudaba de la oración, en que gastaba muchas horas del día y de la noche, y de ella se valía para la inteligencia de la Sagrada Escritura, añadiendo á veces ayunos y otras penitencias; y cuando se hallaba muy atajado en algún lugar de los Libros Santos, muy dificultoso, se retiraba por algunos días á ejercicios, y por estos medios le descubría Nuestro Señor lo que deseaba saber. Una persona muy digna de crédito refirió, dice el Padre La Puente, que predicando el Padre Ribera un día de San Andrés, vió una grande luz que cercaba al dicho Padre, y en esta luz vió á Cristo Nuestro Señor, que con grande majestad y hermosura asistía allí, y con rostro alegre miraba al predicador, y tenía los brazos abiertos sobre sus hombros como quien le tenía debajo de su protección. En el discurso del sermón dijo el Padre estas palabras: *¡Oh grandeza de nuestro gran Dios! Que no hay tilde en la Sagrada Escritura, que no esté llena de misterios, llenos de verdades; en*

(1) He aquí el catálogo de todas sus obras: 1) *In librum duodecim Prophetarum commentarii, sensum eorumdem Prophetarum historicum et moralem, persæpe etiam allegoricum, complectentes*. Va dedicado á D. Juan de Ribera, Patriarca de Antioquia, Arzobispo de Valencia é íntimo amigo de nuestro autor. Fué repetidas veces editada esta obra. Salamanca, 1587 y 1588, Roma 1590, Colonia 1599, 1600, Brescia 1605, París, 1611.—2) *In Sacram B. Johannis Evangelistæ Apocalypsim, commentaria*. Salamanca 1591, Lyon 1593, Amberes 1594, 1623, Duai 1623.—3) *In Epistolam B. Pauli Apostoli ad Hebraeos commentarii*. Salamanca 1598, Colonia 1600, Tours 1601.—4) *In Sanctum Jesu Christi Evangelium secundum Joannem commentarii*. Lyon 1623, Colonia 1623.—5) *De Templo et de iis quæ ad Templum pertinent*. Ordinariamente va junto con los comentarios al Apocalipsis.—6) *Vida de Santa Teresa de Jesús*. Se hicieron de ella varias ediciones y fué además traducida á casi todas las lenguas europeas, como veremos más adelante.

Dejó el Padre Ribera al morir numerosas obras inéditas. Las principales son: *In Issaiam commentarii* 1 t. en 4.º—*In Psalmos Davidis comentarii historici*.—*In Epistolas B. Pauli*.—*Summa in 12 Prophetas*.—*In Evangelium Matthæi commentarii*.—*Commentarii in Cantica Canticorum*.—*In Ezechiel commentarii*.—*De gratia Christi*. Cfr. Sommervogel, t. VI, col. 1761-1767.

fin, como dichas por la boca que es la misma verdad. Entonces oyó esta persona á Cristo Nuestro Señor, que con voz amorosa la dijo: *Hija, éste es un verdadero varón, que da sano y verdadero sentido á mi Escritura; y así infundido en él mis verdades, porque sabe estimar lo que me costó darlas á conocer á los hombres, que fué mi sangre; bien has acertado en tenerle por confesor; cree lo que te dijere, que en él me hallarás á mí, y sabrás cómo has de hacer mi voluntad.* Esta revelación, añade el Padre La Puente, se me hace muy creíble que fué de Nuestro Señor, por haber conocido y tratado mucho al Padre Ribera, y visto en él las virtudes que quedan referidas y el celo que tenía de entender, leer y predicar con pureza las Sagradas Escrituras, y de ayudar y aprovechar á las almas.

Algunos escritores (1), fundados en estas palabras, aseguran ó insinúan que la persona á quien alude aquí el Padre La Puente era Santa Teresa de Jesús. Mas esto en manera alguna puede admitirse, puesto caso que el mismo Padre añade casi á continuación: «Tres días después de la muerte del Padre Ribera, la persona que tuvo la visión que referimos, acabando de comulgar fué arrebatada en espíritu, y la pareció estar en el cielo, donde vió al dicho Padre Francisco de Ribera con grande gloria, muy cerca de Dios, de cuyo pecho salía una gran luz, que entraba por el pecho del mismo Padre, y le ilustraba todo con grande hermosura y alegría, y le tenía muy unido con Dios, y por ella entendía grandes cosas de la verdad que él había enseñado en el mundo; y dióla á entender que se le había dado esta luz, porque nunca procuró honra vana, sino la de Dios, y que fuese conocido, amado y servido de sus criaturas. Añadió que había estado en purgatorio una hora, y que ésta había sido de poco tormento» (2). Ahora bien, es cosa sabida que

(1) Entre otros, los PP. José Tournemine (*Praef. ad Comm. Menochii*), Nathanael Sotwel (*Biblioth. Script. S. J.*), Matías Tanner (*S. J. apostolorum imitatrix*, pág. 350) y Hurter (*Nomenclator literarius*, t. I, pág. 169).

(2) Obra cit., cap. XXXI, pag. 336.

cuando esto acaeció (1591) hacía ya nueve años que Santa Teresa de Jesús había pasado á mejor vida (1582). Quien tuvo esta revelación fué una Religiosa Descalza del Monasterio de Salamanca, quien lo escribió á un Padre de la Compañía que moraba en el Colegio de la misma ciudad. «El Padre, dice Nieremberg, á quien ella lo escribió, guardó mucho tiempo el billete» (1).

Aunque no me ha sido posible averiguar cuándo conoció por primera vez el Padre Ribera á la Santa Reformadora del Carmelo y contrajo relaciones con ella, lo que no puede dudarse es que éstas fueron muy íntimas y cordiales, á juzgar por la manera cómo escribe de la Santa su primer biógrafo. Sospecho que antes de 1576 no la había tratado personalmente, ó al menos no había sido aún su confesor, por cuanto en la Relación que escribió la Santa Madre al Padre Rodrigo Alvarez no nombra al Padre Ribera cuando enumera los confesores que tuvo de la Compañía de Jesús. Bien es verdad que allí no los nombra á todos, sino que, después de hacer mención de los principales, añade: «Y otros Padres, que se entendía ser espirituales; como estaban en los lugares, que iba á fundar, los procuraba.»

Mas sea cual fuere la fecha en que entró la Santa Madre en relaciones con su primer biógrafo, es lo cierto que, como dije, fueron muy íntimas y familiares, y que al Padre Ribera, al escribir la presente vida, le cuadra admirablemente aquello de Horacio (2):

*Cui lecta potenter erit res,
Nec facundia deseret hunc, nec lucidus ordo.*

En el prólogo de la primera edición se congratula el Padre de que se le hubiera ofrecido: «Una tan copiosa é ilustre materia para escribir, y haber conocido y tratado á

(1) *Varones Ilustres S. J.*, t. IX, p. 222.

(2) *Ad Pisones*, v. 40 y 41.

la Santa, y saber tanto de sus cosas, las cuales, por mi devoción, dice, andaba inquiriendo mucho antes que pensase escribir su vida.» «Quien desea, añade luego, glorificar á Dios, contando lo que Él hizo por sus Santos, no le puede glorificar ni contentar con mentir ni con fingir, y naturalmente aborrezco todo lo que sabe á esto, y me parece cosa muy ajena y muy indigna de hombre cuerdo, afirmar lo dudoso por cierto, y lo que dijere lo será; y por eso pongo nombres de personas particulares, y bajo á cosas menudas, para que se vea con cuánta diligencia se ha hecho la averiguación de la verdad, aun en cosas que no importaban mucho. Así siempre llevaré los ojos puestos en la verdad de la historia, que aun entre gentiles fué juzgada por una de las mayores virtudes de ella.»

«Como no han transcurrido cinco años después de la muerte de la Santa, cuando esto escribo, y hay muchas personas que la conocieron y trataron muchos años, ni me puede faltar de quien me informe muy bien en lo que fuere dudoso, ni quien lo manifieste y me reprenda cuando yo faltase en la verdad de la historia.»

Hay que hacer constar aquí, para honra de tan verídico narrador, que ni uno solo de los datos algo importantes que él nos suministra ha sido corregido ni rectificado por sus sucesores; y los que pretendieron corregirle han caído lastimosamente en el error. Por manera que, aun en los casos en que las indicaciones suministradas por él son algo generales y poco precisas, jamás se hallan en contradicción con los datos más concretos que nos ha aportado en nuestros días el descubrimiento de documentos contemporáneos.

«Sacaremos, continúa el Padre Ribera, un retrato de la Santa Madre, lo más perfecto que se pueda, pintándola con sus colores, que son las soberanas virtudes que tuvo, y después pondremos la rica y muy preciosa guarnición de los milagros que hizo en su vida, ha hecho y hace muchas veces

después de su muerte, con lo que este retrato quedará más vistoso y perfecto.»

Terminado ya y puestos los últimos ápices al vistoso y perfecto retrato de nuestra Santa, cierra su obra con esta dulcísima y tiernísima deprecación: «Y tú, Madre mía Santa, por cuya gloria y memoria he trabajado, aunque no merecía contar tus loores, bien sabes cuán de buena gana lo he hecho, y lo que tú has hecho para que se hiciese. Mal dije, he trabajado, porque no he sentido trabajo, antes me ha sido alivio y contentamiento haber escrito esto, aunque en tiempo bien ocupado. Deseado he que no se pierda la memoria de tus gloriosas obras, y para esto he hecho todas las diligencias que me ha sido posible para que seas siempre conocida, alabada é imitada; y en ti y por ti sea alabado este gran Señor, que tan maravillosa te hizo. Perdona la cortedad de mi ingenio, y la pobreza de mis palabras, pues la voluntad de servirte, sabes no ha sido nada corta ni pobre. Y pues el Señor en esta vida me hizo tanto bien que yo te conociese, y tú me quisieses bien, y tomases cuidado de encomendarme á su Majestad, alcánzame de Él lo que le he suplicado, y nunca te descuides de este miserable hijo tuyo, que tan entrañablemente te ama, hasta que por tus merecimientos llegue á la bienaventurada vista de Nuestro Criador y Señor, donde contigo y con todos los Santos le goce y le alabe para siempre jamás. Amén.»

No desoyó ciertamente la Santa Madre esta tierna plegaria del que así se profesaba su cariñoso hijo. Sus palabras fueron escritas á mediados de Mayo de 1590, y el 24 de Noviembre de 1591, á las ocho de la noche, exhalaba plácidamente el Padre Ribera su postrer espíritu, y una hora después, según consta de la revelación antes citada, volaba al cielo su dichosa alma para recibir el premio de sus virtudes y santa vida. Contaba á la sazón 54 años de edad y 21 de Compañía.

Sorprendióle la muerte cuando estaba preparando una

edición más correcta de las obras de la Santa Madre, que no pudo llevar á cabo (1).

No cabe duda que la vida de Santa Teresa por el Padre Ribera contribuyó poderosamente á propagar no sólo por España sino por toda Europa el conocimiento de las admirables virtudes, grandeza de alma y heroicas empresas de la Reformadora del Carmelo: porque además de las numerosas

(1) En un tomo manuscrito de *Misceláneas*, procedente del Archivo de Carmelitas Descalzos que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, á la letra M, hállase copia de una carta del Padre Ribera, dirigida á la Madre María de Cristo, Priora de Valladolid, que dice así: «El libro del *Pater Noster* (*Camino de Perfección*) de la Santa Madre, se imprimió en Evora, la primera vez, de manera que era lástima verle. La segunda se imprimió en Salamanca, enmendadas cosas de las del de Evora, pero más por buena cabeza que por original. Ahora se quiere imprimir aquí la tercera, y yo querría haberle á las manos primero, para que libro tan bueno saliese como era razón. Ha querido Nuestro Señor que me le han entregado para que lo corrija, y yo deseo hacer en él toda la diligencia posible para que salga como ha de salir y como yo deseo que salga libro de mi Madre, á quien yo tanto quiero. Para esto es menester buen original, para enmendarle, y aun no querría uno solo. Hanme dicho que el original de la mano de la misma Madre está en esa casa. Vuestra merced hará mucho servicio á Nuestro Señor y á mi grandísima caridad en enviármelo luego, porque hay mucha prisa en el negocio, que yo le guardaré, como reliquia tan preciosa, y con mensajero muy cierto se lo enviaré á vuestra merced á muy buen recaudo y con mucha brevedad, y con toda la fidelidad y verdad que yo debo guardar, y vuestra merced verá. Y si vuestra merced no tiene acaso el original, me envíe cualquiera que tenga de mano, y me escriba dónde hallaré el mismo original, y el original de las *Moradas*, y de la *Vida* y de las *Fundaciones*, etc.—De Salamanca, 14 de Diciembre.—*Francisco de Ribera*.

Á la Madre María de Cristo, Vicaría de Carmelitas Descalzas de Valladolid.»

Fray Manuel de la Purificación certifica haber visto á continuación de la carta lo siguiente:

«Por ésta verá V. R. lo que pide el doctor Ribera; como lo tenemos para dárselo, que es éste, querría que V. R. me dijese si lo daré ó no, para que así vaya con bendición lo que se hiciere. Ya envié recaudo á fray Diego de Yanguas, y mañana entre las siete y las ocho ha de venir.—*María de Cristo*.»

Y más abajo se contesta en el mismo sobrescrito:

«Jesús, María.—Yo no me atreveré á dar licencia para que ese libro se saque de casa; no sé si conviene que ande de mano en mano, por ser reliquia de tanta estima; que aunque es verdad que al Padre Ribera se le puede fiar todo, de aquí á sus manos hay veinte leguas y muchos peligros. En lo que me resuelvo es que V. R. le dé, si le pareciere, que en esto no quiero poner mi decreto; pero holgárame que con buen modo se excusase.—*Fray Gregorio*.»

Debió de ser esto á últimos de 1590 y principios de 1591. Cfr. La Fuente, t. I, p. XXVIII.

Entre los manuscritos del Padre Ribera hallóse un tomo en 4.^o cuyo rótulo decía: *Castillo interior*, ó las *Moradas de Santa Teresa de Jesús*. Copia fielmente enmendada por el Padre Francisco de Ribera su confesor y el Hermano Antonio Arias, según el original de la Santa (1588). Cfr. Sommervogel, t. VI, col. 1767.

ediciones que se hicieron del texto original, fué muy pronto traducido al francés, por Juan de Bretigny (1602); al italiano por Mons. Bordini (1599), y por el canónigo Gaci (1603); al flamenco (1609); al latín, por Matías Martínez (1620); al alemán, por Felipe Kissing (1621); y al inglés, á mediados del siglo pasado. En el mismo siglo fué nuevamente traducida al italiano, por el Padre Camilo Mella (1876), y al francés, por el Padre Marcelo Bouix (1868). Muchas de estas traducciones han sido frecuentemente reimpresas en los respectivos países.

II

Dice el Padre Ribera que le ayudó mucho, para escribir la Vida de la Santa Madre, haber leído con cuidado los libros y papeles sueltos que ella dejó por obediencia escritos, de muchas cosas suyas. Entre ellos, añade, anda uno que llaman de su *Vida*, y no dejaré de aprovecharme harto de él; pero no escribió allí, la Santa Madre Teresa, de su vida sino solamente lo que la mandaron, que fué el camino por dónde el Señor la llevó en las cosas espirituales, y muchas de las mercedes que la hizo antes de fundar el Monasterio de San José de Avila, que fué el primero de todos.

A la verdad fué providencia especialísima de Dios que los confesores de la Santa Madre la mandaran escribir las grandes mercedes que el Señor la hizo, y las grandes misericordias (1) que con ella usó, pues de no ser así nos veríamos privados de esta riquísima joya literaria y mística, é ignoraríamos tantas y tantas gracias y dones sobrenaturales que el Señor tan liberalmente la comunicara.

(1) •Intitulé ese libro, dice la Santa, *De las misericordias de Dios*, Carta al Señor Don Pedro de Castro, canónigo de Ávila, más tarde, Obispo de Segovia. *Obras* II, p. 307.

Dos veces por lo menos escribió (1) Santa Teresa el libro de su *Vida* por mandato de sus confesores. Que se lo mandaron, consta claramente en el prólogo, donde dice: «Quisiera yo que, como me han mandado y dado larga licencia para que escriba el modo de oración y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieran para que muy por menudo y con claridad dijera mis grandes pecados y ruin vida.» Pero ¿quién le impuso este precepto? ¿Cuándo empezó á escribirla? Lo ignoramos. Lo único que con certeza sabemos, es la fecha en que la terminó. «Acabóse, dice la Santa, este libro en Junio de 1562.» Hallábase á la sazón en Toledo, en el palacio de Doña Luisa de la Cerda.

El Padre Domingo Báñez pone aquí una nota que dice: «Esta fecha se entiende de la primera vez que la escribió la Madre Teresa de Jesús, sin distinción de capítulos. Después hizo este traslado y añadió muchas cosas, que acontecieron después de la fecha. Como es la fundación del Monasterio de San José de Avila.» Y en la declaración hecha por el mismo Padre, para las informaciones de Salamanca, el año 1591, se lee: «Este libro (de su vida) ya le tenía escrito cuando yo la comencé á tratar (1562 ó 1563) y le hizo con licencia de sus confesores, que antes había tenido, como fué un Presentado dominico, llamado Rdo. Padre Ibáñez» (2). Ahora bien, los confesores que antes tuvo fueron los Padres Prádanos, Alvarez y Salazar de la Compañía, y el Padre Ibáñez, Dominico. «Después tornó á añadir y reformar el dicho libro», añade el citado Padre Báñez.

Lo referente á la fundación de San José de Ávila aña-

(1) En el cap. XXIII de la *Autobiografía* que ha llegado hasta nosotros, dice ella: «Dijome (*Don Francisco Salcedo*), que á su parecer (*y del Maestro Daza*,) era demonio. Que lo que me convenía, era tratar con un Padre de la Compañía de Jesús... Comencé á tratar de mi confesión general, y á poner por escrito todos los males y bienes; *un discurso de mi vida* lo más claramente que yo entendí y supe, sin dejar nada por decir. Acuérdomeme que, como vi, después que lo escribí, tantos males y casi ningún bien, que me dió una aflicción y fatiga grandísima. »Este fué, por decirlo así, el primer esbozo de su vida escrito por la Santa.

(2) La Fuente. *Obras*, II, p. 377.

diólo la Santa por mandato de fray García de Toledo, según expresamente lo afirma ella en el prólogo del libro de las *Fundaciones*. «Estando, dice, en San José de Ávila, año de 1562, que fué el mismo que se fundó este mismo Monasterio, fuí mandada del padre fray García de Toledo, dominico, que al presente era mi confesor, que escribiese la fundación de aquel Monasterio con otras muchas cosas.»

Esta primera redacción, que no estaba dividida en capítulos, se ha perdido; al menos hasta el presente nadie ha sabido dar razón de ella. El motivo de haber redactado segunda vez su *Autobiografía* nos lo explica la misma Santa en su Relación dirigida al Padre Rodrigo Alvarez S. J. «Habrà como trece años, poco más ó menos (1), que fué allí (2) el Obispo que es ahora de Salamanca, que era inquisidor, no sé si en Toledo, y lo había sido en Sevilla, que se llamaba Soto. Ella (3) procuró de hablarle para asegurarse más. Dióle cuenta de todo. Él le dijo, que no era cosa que tocaba á su oficio; porque todo lo que veía ella y entendía, siempre la afirmaba más en la fe católica... Díjola, como la vió tan fatigada, que lo escribiese todo y toda su vida, sin dejar nada, al Maestro Ávila, que era hombre que entendía mucho en oración, y que con lo que él escribiese, se sosegase. Ella lo hizo así y escribió sus pecados y vida.»

Esta segunda redacción, que dividió la Santa en 40 capítulos, es la única que ha llegado hasta nosotros. Debió terminarla á fines de 1565 ó principios de 1566, puesto que en el capítulo XXXIX menciona el Breve de Roma que lleva la fecha de 17 de Julio de 1565 y debió de llegar á Ávila en Septiembre ú Octubre de aquel mismo año. El manuscrito consta de 2-CCI hojas, pero como entre la LXIII y la LXVIII hay una sin numeración, resultan 204 hojas.

(1) Escribía esto, en Febrero ó Marzo de 1576, estando en la fundación de Sevilla.

(2) Avila.

(3) Habla la Santa de sí en tercera persona, en toda esta Relación.

Cuando la Santa Madre hubo terminado esta copia con las añadiduras correspondientes, aguardó ocasión propicia para mandarla al Padre Maestro Juan de Ávila, según se lo había aconsejado el inquisidor de Toledo, D. Francisco de Soto y Salazar.

A principios de 1568 tuvo que hacer Doña Luisa de la Cerda un viaje á Andalucía y nuestra Santa le confió el delicado encargo de hacer llegar el manuscrito á manos del Maestro Ávila. A lo que parece, aquella Señora no se dió mucha prisa en cumplirlo, según se desprende de la carta que le escribió Santa Teresa el 18 de Mayo del mismo año. «Yo no puedo entender, le dice, por qué dejó V. S., de enviar luego mi recado al Maestro Ávila. No lo haga por amor del Señor, sino que á la hora, con un mensajero se le envíe, que me dicen hay jornada de un día no más... Suplico á Vuestra Señoría desde luego lo envíe: mire que importa más de lo que piensa.»

El 27 del mismo mes vuelve á insistir sobre lo mismo. «Ya escribí á V. S., que pienso que el demonio estorba que ese mi negocio no lo vea el Maestro Ávila.» Y como si presintiera la cercana muerte de aquel Santo varón, que efectivamente pasó á mejor vida al año siguiente, añade: «No querría que se muriese primero, que sería harto desmán.»

Apenas llegada á Ávila vuelve á la carga con la misma urgencia, en carta de 9 de Junio de 1568. «En lo de aquel mi negocio, torno á suplicar á V. m. no se descuide, por las causas que le escribí, que me importa mucho.» El 23 recibe un recado de Doña Luisa en que le anuncia que su manuscrito está ya en poder del Maestro Ávila. «Mire V. S., le contesta Santa Teresa, que me la envíe con recaudo lo más presto que pudiere, y que no vengán sin carta de aquel santo hombre, para que entendamos su parecer... Por amor de Dios Nuestro Señor, que V. S., en viéndole aquel santo, me la envíe.»

Al fin vió cumplidos sus ardentísimos deseos. El Maestro

Ávila, después de leído el libro, se lo devolvió á la Santa Madre acompañado de una extensa carta en que aprobaba su espíritu. No cabiendo ella en sí de gozo, toma la pluma para dar las gracias á su insigne protectora: «Jesús sea con V. S., mi señora y amiga. Que aunque más ande esta Doña Luisa, mi Señora, lo es.

Lo del libro trae V. S. tan bien negociado que no puede ser mejor; y ansí olvido cuantas rabias me ha hecho. El Maestro Ávila me escribe largo, y le contenta todo; sólo dice que es menester declarar más unas cosas y mudar los vocablos de otras, que esto es fácil. Buena obra ha hecho V. S.; el Señor se lo pagará, con las demás mercedes y buenas obras que V. S. me tiene hechas. Harto me he holgado de ver tan buen recaudo, porque importa mucho; bien parece quien aconsejó lo enviase» (1). La carta del Beato Ávila lleva la fecha del 12 de Septiembre de 1568. El encargado de transmitírsela, juntamente con el libro, parece que fué el Maestro Gaspar Daza. Hallábase á la sazón la Santa en la fundación de Valladolid.

A pesar de la aprobación de un hombre tan eminente en santidad, debía ocasionar este libro, verdaderamente de oro, muy serios y graves disgustos á Santa Teresa. «*Hame sido dice ella, en su Relación, antes citada, al Padre Rodrigo Alvarez, de grandísimo tormento y cruz, y me cuesta muchas lágrimas.*»

En Julio de 1569 fundó la Santa Madre el Monasterio de Descalzas en Pastrana, accediendo á los deseos de la Princesa Éboli; pero como no quisiese condescender con los caprichos é injustas exigencias de aquella dama veleidosa y altanera, tuvo que deshacerse aquel Monasterio en 1574. Despechada la de Éboli ante la noble entereza de la Santa, delató á la Inquisición el libro de su vida, cuyo manuscrito la había prestado, después de reiteradas súplicas, cuando la fundación de Pastrana. Tuvo noticia la Santa de esta dela-

(1) *Obras*, t. II, p. 342.

ción estando en la fundación de Veas, en 1575, según el testimonio de la Venerable Ana de Jesús.

«Acuérdome, dice, que estando la Madre en Veas, llegó un mensajero de Valladolid con cartas del Obispo de Palencia, Don Álvaro de Mendoza, y de nuestras monjas, en que le escribían había buscado la Inquisición el libro en que había escrito su *Vida* por mandato de sus confesores, y que andaban buscando con cuidado todos los papeles y escritos que había de esto» (1).

Llegó á oídos del Padre Domingo Báñez esta páfida delación, y las diligencias que hacía el Santo Tribunal para haber á las manos el manuscrito; y sin pérdida de tiempo apresuróse á presentárselo él mismo para que lo mandara examinar. «Yo llevé el libro, dice Báñez, al Santo Oficio de la Inquisición en Madrid, y después me lo volvió el inquisidor Don Francisco de Soto y Salazar (2), para que lo tornase á ver y dijese mi parecer; y le torné á ver, y al cabo del libro, en algunas fojas blancas, dije mi parecer y censura, como se hallará en el original, escrito de la misma Madre Teresa de Jesús» (3).

A pesar de todo, permaneció el manuscrito en poder de la Inquisición por espacio de doce años, durante los cuales fué sometido á muchos examinadores, sin que la Santa volviera á haberle á las manos. En repetidas ocasiones alude á él en su correspondencia: «De mis papeles hay buenas nuevas, decía á Don Lorenzo de Cepeda, el 28 de Febrero de 1577. El inquisidor mayor mismo los lee, que es cosa nueva. Débenselos de haber loado, y dijo á Doña Luisa (de la Cerda) que no había allí cosa que ellos tuviesen que hacer en ella, que antes había bien que mal; y díjola: que ¿por qué no

(1) *Dicho de la Ven. M. Ana de Jesús. A la octava pregunta.* Véase el *Apéndice* último, pág. 636.

(2) Era el mismo, que según dijimos antes, había aconsejado á Santa Teresa que escribiera el libro y lo mandara al Maestro Juan de Ávila.

(3) Cfr. La Fuente, *Obras*, II, p. 377. La censura del P. Báñez lleva la fecha de 7 de Julio de 1575. Puede verse *Ibid.*, t. I, p. 132.

había yo hecho Monasterio en Madrid? Está muy en favor de los Descalzos; es el que ahora han hecho Arzobispo de Toledo. Creo que ha estado con él allá en un lugar Doña Luisa, y llevó muy á cargo este negocio, que son grandes amigos, y ella me lo escribió. Presto vendrá y sabré lo demás. Esto diga vuestra merced al Señor Obispo y á la Superiora, y á Isabel de San Pablo (en mucho secreto, para que no lo digan á nadie y lo encomienden á Dios) y no á otra persona. Harto buenas nuevas son» (1). Á fines de aquel mismo año escribía al Padre Salazar, S. J. «Sábese cierto que está en poder del mismo aquella joya (2), y aun la loa mucho, y ansí hasta que se canse de ella, no la dará, que él dijo que se la miraba de propósito» (3).

Con gran contento de su alma supo Santa Teresa, por carta del P. Gracián, que la Duquesa de Alba poseía una copia del libro de su Vida. «Paréceme que ese libro, decía al citado Padre, á 14 de Enero de 1580, que dice le hizo trasladar el Padre Medina; es el grande mío (4). Hágame V. P. saber lo que sabe en este caso; que no se le olvide, porque me holgaría mucho, que ya no hay otro, sino el que tienen los ángeles (5), porque no se pierda» (6).

El Maestro Julián de Ávila refiere que hubo empeño decidido, de parte de algunos, para que desapareciera hasta la memoria de los escritos de Santa Teresa. «Es cierto, dice, que estando escribiendo esto me acuerdo que fueron grandes las diligencias que algunas personas pusieron para que algunas cosas que la Santa Madre tenía escritas se quemasen y no pareciesen.... Y en esto se ve claro que si el Señor no lo hubiera guardado (al libro de su vida) no bastaran diligencias humanas para poderlo escapar de las manos de los con-

(1) *Obras*, t. II, p. 132.

(2) El libro de su vida.

(3) *Obras*, t. II, p. 155.

(4) Así solía designar la Santa el libro de su *Vida*, por oposición al *Camino de perfección*, que solía llamar *pequeño ó del Pater noster*.

(5) Es decir los inquisidores.

(6) *Obras*, t. II, p. 239.

tradictores que ha tenido, por ser de los más letrados» (1).

En Marzo de 1580, hallándose la Santa en Toledo, no quiso salir de allí sin tener una entrevista con el Arzobispo, á fin de explorar su ánimo acerca de la fundación de Madrid. «Hablando ella y yo al cardenal Quiroga, dice Gracián, sobre una licencia de una fundación, la dijo estas palabras: *Mucho me he holgado de conoceros, y sabed que á la Inquisición han dado un libro vuestro por haceros mal; mas hase visto, y no hay en él cosa que no sea muy buena, que yo lo he leído todo. Dad gracias á Dios y encomendadme á Él.* Con estas palabras tomé yo el atrevimiento de sacar copia, que tenía el Duque de Alba, y hacer algunas otras para los Monasterios, y no me atreví á pedírselo á la Inquisición por no buscar más pleitos» (2).

Pidióse efectivamente la única copia que se conservaba, según dijimos, en poder de la Duquesa de Alba, y á fines del siguiente año llegó á manos de la Santa Madre. Indecible fué el regocijo que ella tuvo con tal motivo. «Ha sido tan grande la merced que vuestra excelencia me ha hecho con el libro, decía á la Duquesa en carta de principios de Noviembre de 1581, que no lo sabré encarecer. Beso á vuestra excelencia muchas veces las manos, y cumpliré mi palabra, que vuestra excelencia manda: aunque si vuestra excelencia fuera servida (porque no sé cómo irá tan lejos seguro) tenerle hía hasta que vuestra excelencia torne á Alba» (3). Hizo la Santa sacar una copia bajo su dirección, á su sobrina Teresita, que á la sazón estaba haciendo su noviciado en San José de Ávila (4).

Murió Santa Teresa en Octubre del siguiente año sin haber recobrado el manuscrito original, según afirma la Venerable Ana de Jesús en su declaración antes citada.

(1) *Vida de Santa Teresa de Jesús*, parte 1.^a, cap. XIX.

(2) Nota marginal manuscrita, puesta por el Padre Gracián á la Vida de Santa Teresa, por el Padre Ribera.

(3) *Obras*, t. II, p. 302, 303.

(4) Cfr. Pólit. *La familia de Santa Teresa en América*, cap. VI, p. 175.

«Mientras vivió, dice, no supo más de su libro, ni lo que la Inquisición sentía (1), que lo tuvo casi doce años en su poder, los ocho siendo ella viva, y los cuatro después de muerta; hasta que yo vine á fundar la casa de Madrid, y allí le pedí al Inquisidor mayor, de quien supe estaba ya mirado y aprobado en el Consejo supremo, y que á él y á todos les daba mucho contento se imprimiese.»

Recogió, pues, la Venerable Ana de Jesús el precioso manuscrito autógrafo de la Vida de la Santa Madre, y juntándolo con el de las *Moradas*, *El Camino de Perfección* y otros papeles sueltos que contenían notas íntimas de la misma Santa, lo entregó todo al Maestro Fray Luis de León, á quien había el Consejo Real confiado el encargo de revisar los escritos de Santa Teresa y publicarlos. Así lo afirman clara y explícitamente la citada Ana de Jesús (2), el Padre Gracián (3) y el mismo Maestro León (4).

Apenas vieron la luz pública las obras de Santa Teresa, editadas en la imprenta de Foquel, en Salamanca (1588), levantóse contra ellas espantosa persecución, y hubo decidido empeño de parte de algunos sujetos en que fueran puestas en el Índice. Al efecto, fueron delatadas varias veces no sólo á la Inquisición de España sino también á la de Roma; mas nada pudieron conseguir aquellos delatores, tan ignaros como maliciosos y desaconsejados. Véase en confirmación de esto la Declaración del Padre Francisco Rodríguez, de la Compañía de Jesús, en las Informaciones de Alcalá, donde se lee lo siguiente:

«Al artículo LVI digo, que he leído muchas veces los

(1) Es decir, no lo supo oficialmente, porque noticias particulares sí que las tuvo, según acabamos de ver.

(2) *Dicho*, etc. *Á la última pregunta*. Apéndice, pág. 642.

(3) *Dilucidario*, 1.^a p. cap. IV.

(4) Prólogo á las *Adiciones*. Es, por consiguiente, inexacto lo que dice el Sr. La Fuente, á saber, que Fray Luis de León imprimió la *Autobiografía* de Santa Teresa al tenor de una copia que tenía de la Duquesa de Alba, por hallarse todavía el original en poder de la Inquisición de Toledo (1588). *Introducción al libro de la Vida*. *Obras*, t. I, p. 5.

santos libros que escribió la Santa Madre, y no sabré decir lo mucho que de ello siento. Lo primero su doctrina es catolicísima, y quien de lo contrario la tachare, será por ignorancia de las altas materias que trata, como sucedió en Roma, que hallándome yo en ella, envió allí un fraile grave de España á la suprema Inquisición de los Cardenales un procesillo contra la doctrina de este libro, notándole algunas proposiciones, el cual fué visto y reprobado, y su autor dado por ignorante, y la doctrina del libro por santa y sana, como lo es.

»Y esto sé, porque pasó por mis manos y me hallé presente en ello. Y en el mismo procesillo decía el fraile, que en la Inquisición de España había dado otro traslado de él; y pues el libro, no obstante esto, anda y es tenido en tanta estima, señal es que la de España sintió lo mismo que la de Roma. Y digo más, que tengo por imposible que ingenio alguno, por más aventajado que fuere en lo natural, y más adelantado en todas las ciencias, que con humano estudio se granjean, pudiese tratar las altas materias que la Santa Madre en estos libros trata, con la claridad y estilo tan familiar, por lo cual tengo por certísima verdad lo que la dicha Santa Madre algunas veces dice, que su Señor y Maestro Jesucristo, le decía lo que había de escribir, y cómo lo había de escribir, y así con estos ojos venero y estimo los dichos libros, los cuales, en España y en Roma, he visto ser estimadísimos y así los tengo por utilísimos sobre todos cuantos he leído, y afirmo que de todos ellos no he sacado tanto provecho como de solos estos de la dicha Santa Madre, y ningunos me enseñan y mueven como éstos» (1).

Consérvase el precioso autógrafo de esta joya místico-literaria en el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, no en la biblioteca, sino en el camarín donde se guardan las

(1) *La Fuente*, II, p. 406. Cfr. Julián de Avila, *Vida...* p. 1.^a, cap. XIX, donde dice: «Pues de impreso el libro, todo el mundo sabe la batería que el demonio ha puesto, para que el libro se vedase.»

reliquias. El Sr. La Fuente publicó de él una edición fototipográfica, cuya portada dice así: *Vida de Santa Teresa de Jesús, publicada por la Sociedad foto-tipográfico-católica, bajo la dirección del Dr. D. Vicente de La Fuente, conforme al original autógrafo, que se conserva en el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial.*

Madrid, Imprenta de la Viuda é Hijo de D. E. Aguado.— Pontejos, 8.—1873.

Lástima que el Sr. La Fuente, para la parte tipográfica que va al frente de la fotográfica, se fiara de la copia, sacada por orden de Fernando VI en 1751; porque á pesar de que los Sres. D. Bernardo de Contreras y D. Francisco de Paula Rodríguez, Notarios Apostólicos, «dan fe y verdadero testimonio, que el trasumpto, copia y traslado.... concuerda con su original», deja bastante que desear la tal concordancia, puesto que abundan en ella las falsas lecturas. Es verdad que ordinariamente son éstas de poca monta y que raras veces alteran el sentido del texto original; pero de todos modos, es lo cierto, que por haberse fiado el Sr. La Fuente de la citada copia, resulta esta edición algo incorrecta, y lo propio acontece con las ediciones de 1861-62 y de 1884, hechas por el mismo Sr. La Fuente.

Los pasajes de la *Autobiografía* que ponemos en las notas, han sido cuidadosamente cotejados con el original.

III

Resta sólo enumerar aquí sucintamente las principales biografías de Santa Teresa de Jesús, publicadas hasta el día.

El P. Fray Antonio de San Joaquín, Carmelita Descalzo (1), menciona una *Vida de Santa Teresa de Jesús, escrita por el Padre*

(1) *Año teresiano*, t. I. Advertencias generales, n.º 7.

Ribera, con notas marginales manuscritas del P. Gracián, y añade que este ejemplar era propiedad del convento de Alcalá. Varias de estas notas van intercaladas en su Año Teresiano. El señor La Fuente cita con cierto misterio esta obra, pues habiendo dicho, en la introducción á la Autobiografía de Santa Teresa, que podemos considerarla perdida para las letras, afirma en la pág. 324 del tomo II, que podría decir algo acerca de su paradero, si la prudencia lo permitiese.

Después del P.*Ribera, ocupa sin duda el primer lugar entre los biógrafos de Santa Teresa, el Ilmo. Sr. D. Fray Diego de Yepes, del Orden de San Jerónimo y Obispo de Tarazona, en su *Vida, virtudes y milagros de la Bienaventurada Virgen Teresa de Jesús, Madre y Fundadora de la nueva Reformación de la Orden de los Descalzos y Descalzas de Nuestra Señora del Carmen*. Publicóse en Madrid en 1599; se han hecho de ella por lo menos ocho ediciones, y ha sido traducida al italiano (1623), y al francés (1643).

Fray Luis de León tenía empezada una vida de Santa Teresa. Sólo llegó á trazar un esbozo del libro primero. El P. Merino lo publicó como Apéndice del tomo segundo de las Obras del mismo León, páginas 359-381. Lleva el siguiente epígrafe: *De la vida, muerte, virtudes y milagros de la Santa Madre Teresa de Jesús, libro primero.*

El tercer biógrafo contemporáneo de la Santa Madre, fué el Maestro Julián de Ávila, cuyo manuscrito, hallado casualmente por el Sr. A. Le Rebours, cura de la Magdalena, en París, ha sido recientemente publicado por el Sr. La Fuente. He aquí el título de esta obra:

Vida de Santa Teresa de Jesús por el Maestro Julián de Ávila, primer capellán de la Santa, obra inédita, anotada y adicionada por D. Vicente de La Fuente.—Madrid, imprenta de D. Antonio Pérez Dubrull, 1881. 4.º

Á estas tres biografías han sucedido otras muchas, así en España como en el extranjero. Mencionaremos las más notables.

Juan de Jesús María, *Compendium vitae B. Virginis Teresiae a Jesu: Opus ab auctore elaboratum, conferente operam Joanne a Sancto Hieronymo, sodali. Romae, apud Stephanum Paulinum, 1609. 4.º*

Verdugo (Pablo), *Vida de Santa Teresa de Jesús, en quintillas. Madrid, 1615. 8.º*

Segura (Bartolomé), *La Amazona Cristiana ó Vida de la B. Madre Teresa de Jesús. Madrid, 1619. 8.º*

Lanuza (Miguel de), *Vida de Santa Teresa*. Zaragoza, 1657.

Butrón, S. J. (José Antonio), *Harmónica vida de Santa Teresa de Jesús, Fundadora de la Reforma de Carmelitas Descalzas y Descalzas*. En Madrid, por Francisco del Hierro, 1722. 4.º

Antonio de Jesús María (Fray), *Novendiales Teresianos*. Pamplona, 1738. 8.º

Antonio de San Joaquín (Fray), *Año Teresiano, Diario historial... en que se describen las virtudes, sucesos y maravillas de la... Mystica Doctora... Santa Teresa de Jesús*. Madrid, 1733-1766. 12 v. 4.º

Faci (Roque), *Vida de nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, triunfante después de muerta*. Zaragoza, 1744. 4.º

Faci (Roque), *Gracias de la gracia, virtudes y doctrinas de nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, gloriosa Reformadora y gloria singular del Carmelo*. Zaragoza, 1757. 4.º

Manuel de Traggia (Fray), *La mujer grande: Vida meditada de Santa Teresa de Jesús, enseñando como Madre, Maestra y Doctora universal, con ejemplos y doctrina*. Obra distribuída en lecciones que forman un año cristiano completo, por el Rvdo. P. Fr. Manuel de Traggia. Madrid, 1807. 3 v. 4.º

Manuel de Traggia (Fray), *La mujer grande...* Nueva edición corregida y aumentada por el Rvdo. D. Enrique de Ossó, Pbro. Barcelona, 1882. 3 v. 4.º

Juan de San Luis (Fray), *Historia de la vida y muerte... de Santa Teresa de Jesús*. Valencia, 1813-1814. 2 v. 4.º

Nieremberg, S. J. (Juan Eusebio), *Vida de Santa Teresa de Jesús*. Madrid, 1882. 12.º

Juan de Maldonado (Fray), *Las glorias de Santa Teresa de Jesús*. Poema.

Moral (Bonifacio), *Vida de Santa Teresa de Jesús, para uso del pueblo*. Valladolid, 1884. 8.º m.

Cheix (Isabel), *Historia de Santa Teresa de Jesús...* con un prólogo del Ilmo. Sr. D. José Fernández Montaña.

Además de estas biografías existen otras, más ó menos extensas, formando parte de las Crónicas de la Orden del Carmen ó de las Biografías generales. Tales son las de:

Tomás de Jesús (Fray), *Antigüedad y Santos del Orden de Nuestra Señora del Carmen*. Salamanca, 1599. 4.º

Francisco de Sant Angelo, *Catálogo de los Santos Carmelitas*. Zaragoza, 1608. 4.º

Miguel de La Fuente, *Historia de la Virgen del Carmen*. Toledo, 1619.

Jerónimo de San José, *Historia general de la Reforma del Carmen*. Madrid, 1637. f.º

Francisco de Santa María, *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen de la primitiva observancia, hecha por Santa Teresa de Jesús, en la antiquísima Religión fundada por el Gran Profeta Elias*, escrita por el P. Fray Francisco de Santa María, y continuada por los Padres Fray José de Santa Teresa, Fray Manuel de San Jerónimo y Fray Fernando de San Juan Bautista. Madrid, 1644-1739. 7 v. f.º El primero contiene la *Vida de Santa Teresa*.

José de Santa Teresa, *Las flores del Carmelo: Vidas de los Santos de Nuestra Señora del Carmen, que reza su Religión, así en común como en particulares conventos*. Madrid, 1678. f.º

Castellanos (Basilio Sebastián), *Santa Teresa de Jesús*. En el tomo XXVII, págs. 677-769 de la *Biografía Eclesiástica completa*.

Otras obras españolas referentes á Santa Teresa de Jesús

Diego de San José, *Compendio de las solemnisimas fiestas que en toda España se hicieron en la beatificación de Nuestra Venerable Madre Teresa de Jesús, fundadora de la reformación de Descalzos y Descalzas de Nuestra Señora del Carmen, en prosa y en verso*. Madrid, 1615. 4.º

Diez de Aux (Luis), *Las fiestas de Zaragoza á la Santa Madre Teresa de Jesús*. Zaragoza, 1615. 4.º

Libro de sermones á la beatificación de la Santa Madre Teresa de Jesús, dedicado á Paulo V. Madrid, 1615. 4.º

Ponce (Manuel), *Fiestas que hizo Madrid á la canonización de San Ignacio, San Francisco Javier, San Isidoro de Madrid, SANTA TERESA y San Felipe Neri*. Madrid, 1623. 4.º

Loaisa (Bartolomé de), *Sermón de Santa Teresa en las fiestas de su beatificación*. Madrid, 1615. 4.º

Ranzón, S. J. (Pascual), *Sermones de la seráfica Fundadora Santa Teresa de Jesús*. Zaragoza, 1703. 2 v. 4.º

Montoya (Joachim), (Giacinto Hoyoman), *L'amore scambievole e non mai interrotto tra S. Teresa e la Compagnia di Gesù, in tre apologetiche dissertazioni, scritto da D. Giacinto Hoyoman Spagnuolo e ultimamente tradotto in italiano*. Luca, 1794. 3 v. 4.º El

P. Montoya, S. J., escribió esta obra durante la supresión de la Compañía, con el pseudónimo de Giacinto Hoyoman, anagrama de Joachino Montoya. Dice el P. Sommervogel (*Bibliothèque S. J.*, V, col. 1263) que fué traducida por el P. J. B. Tartagni, S. J. Que yo sepa, nunca se ha publicado en castellano.

Isla, S. J. (José Francisco de), *Anatomía de la Carta Pastoral que... escribió el Ilmo. Sr. D. José Xavier Rodríguez de Arellano... Cartas de un Abate Romano, Académico de los Arcades, á un Abate Florentino, Académico de la Crusca.* 4 v. f. mss. En la Carta segunda del tomo cuarto (págs. 110-160), refuta el P. Isla el párrafo XXXV de la célebre Pastoral de Arellano, que versa sobre Santa Teresa de Jesús y la Compañía de Jesús.

La Fuente (Vicente de), *Escritos de Santa Teresa*, añadidos é ilustrados. Madrid, 1861-1862. 2 v. 4.º (Biblioteca de Autores Españoles.) Todas las citas de las obras de Santa Teresa que hacemos en la presente obra, están tomadas de esta edición.

La Fuente (Vicente de), *Manual del peregrino para visitar la patria, sepulcro y parajes donde fundó Santa Teresa, ó existen recuerdos suyos en España.* Madrid, 1882. 8.º

Discursos leídos en Salamanca el día 23 de Octubre de 1882, en el acto de la adjudicación de premios del Certamen literario celebrado para solemnizar el tercer centenario de la gloriosa muerte de Santa Teresa de Jesús, en Alba de Tormes. Madrid, 1882. 4.º El primero de estos discursos es del Dr. D. Elias Ordóñez Alvarez de Castro, Pbro., y el segundo del P. Luis Martín, S. J. Este segundo lo damos á continuación, como Estudio Preliminar.

Alvarez (Paulino), *Santa Teresa y el P. Bñez.* Madrid, 1882. 4.º

Rodríguez (Tomás), *Analogías entre San Agustín y Santa Teresa de Jesús.* Valladolid, 1883.

Maura (Ilmo. D. Juan), *Santa Teresa de Jesús y la crítica racionalista.* Palma de Mallorca, 1883. 8.º m.

Viñas (José), *Tratado filosófico-teológico acerca de lo sobrenatural, en que se prueba su existencia por los hechos extraordinarios que se manifestaron en Santa Teresa de Jesús.* Citada por el Sr. Seisdedos en sus artículos sobre el *Misticismo y la reflexión* de Santa Teresa de Jesús. *Ciencia Cristiana*, 2.ª serie, tomos VII y VIII.

Seisdedos (Jerónimo), *Estudios sobre las obras de Santa Teresa de Jesús.* Obra que se empezó á publicar en la Revista *La Ciencia Cristiana*, 2.ª serie, tomos VII y VIII (1886).

Perales (Arturo), *El supernaturalismo de Santa Teresa y la*

filosofía médica, ó sea los éxtasis, raptos y enfermedades de la Santa ante las ciencias médicas..., con un Prólogo de D. Fernando Segundo Brieva Salvatierra. Madrid, 1894, 4.º

Pólit (Manuel María), *La familia de Santa Teresa en América, y la primera Carmelita americana*. Estudio histórico. Friburgo de Brisgovia, 1905. 8.º m.

Papeles que pertenecieron al Archivo de la Orden de Carmelitas Descalzos. Hay varios tomos en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Santa Teresa de Jesús. Revista mensual dedicada á propagar la devoción á la Santa por medio del conocimiento de su vida y escritos admirables, bajo la dirección del Pbro. D. Enrique de Ossó. Empezó á publicarse en Octubre de 1872.

La Estrella de Alba. Revista mensual para el Centenario de Santa Teresa.

Biografías y monografías extranjeras sobre Santa Teresa

Vandermoere (José), *Acta S. Teresiae a Jesu, Carmelitarum strictioris Observantiae Parentis, commentario et observationibus illustrata* a Josepho Vandermoere, S. J., Pbro., theologo, nonnullis aliis ex eadem Soc. operam conferentibus. Bruxellis, 1845. f.º

Manuel de Jesús, *Fiore di Carmelo*. Nápoles, 1672.

Federico de San Antonio, *Vita di Santa Teresa di Gesù*. Venezia, 1754. 2 v. 4.º

Villefore, *La vie de S. Thérèse*, París, 1756. 2 v. 12.º

Boucher, *Vie de S. Thérèse*, París, 1810. 2 v. 12.º

Emery, *L'esprit de S. Thérèse*, Lyon, 1719. 8.º

Collombet, *Vie de S. Thérèse*.

Plasse, *Souvenirs du pays de Sainte Thérèse*.

Histoire de Sainte Thérèse d'après les Bollandistes, ses divers historiens et ses oeuvres complètes, París, 1899. 2 v. 8.º

Bouix, S. J. (Marcelo), *Vie de Sainte Thérèse, écrite por elle-même, traduite d'après le manuscrit original, avec commentaire historique complétant son récit*, París, 1857. 8.º m.

Bouix, S. J. (Marcelo), *Id. 15^e éd. revue et augmentée par Jules Peyré, S. J.*, París, 1904. 8.º m.

Joly (Enrique), *Sainte Thérèse (1515-1582)*, París, 1902. 8.º

Saint-Chéron (Renato de), *La Vierge d'Avila*. París, 1903. 8.º m.

Oeuvres complètes de Sainte Thérèse de Jésus, Trad. nouvelle par les Carmelites du premier Monastère de Paris. Tom. I et II:

Vie de S. Thérèse. Con notas y apéndices que la completan. París, 1907. 2 v. 8.º m.

Hahn (G.), *Les phénomènes et les révélations de Sainte Thérèse.* Lovaina, 1883. 8.º m.

De San (Luis), *Etude pathologico-théologique sur Sainte Thérèse.* Réponse au Mémoire du P. G. Hahn, Lovaina, 1886. 8.º m.

Curzón (Enrique de), *Bibliographie Thérésienne,* París, 1902. 8.º m.

Hye-Hoys (Madame), *L'Espagne Thérésienne,* Gante, 1894. Preciosa colección de 30 láminas relativas á las fundaciones de Santa Teresa de Jesús, con notas históricas.

Morel-Fatio (A.) *Les lectures de Sainte Thérèse,* París, Bordeaux, 1908. 8.º m. 62 pp. Extrait du *Bulletin Hispanique.*

Pösl (J.), *Das Leben der heiligen Theresia von Jesus.* Ratisbona, 1847.

Hennes (J. H.) *Das Leben der heiligen Teresa.* Aquisgrán, 1866.

Hofele (E.) *Die heilige Theresia von Jesus. Leben und Charakterb,* Ratisbona, 1882.

Pingsmann, *Santa Teresa de Jesús.* (Bereinschrift der Görres-Gesellschaft.) Colonia, 1886.

Coleridge, *The Life and Letters of St. Teresa,* Londres, 1881-1896. 3 volúmenes.

The Life of St. Teresa, Dublin, 1882. La precede un estudio del Cardenal Manning.

Cunningham Graham (Gabriela), *Santa Teresa; the Life and Times,* Londres, 1894. 2 v. Hay que leer con precaución ésta, por otra parte, preciosa biografía de Santa Teresa de Jesús, cuyo autor es protestante.

ESTUDIO PRELIMINAR

SANTA TERESA DE JESÚS

DOCTORA MÍSTICA

por el

R. P. Luis Martín, S. J.

INTRODUCCIÓN

1. Los verdaderos genios por ley común, sólo en el catolicismo se aclimatan, florecen y fructifican con todo su vigor nativo.—
2. Uno de los más pujantes es el de Santa Teresa de Jesús; su mérito literario.—
3. Dificultad de retratar su carácter: merece el dictado de Doctora Mística.

1. Siempre las almas grandes, amamantadas á los pechos de la Iglesia Católica, han sido las que más alto han rayado en concepciones sublimes y arranques generosos. Del lado acá de la Cruz la historia está sobre este punto en consonancia con la razón; y lo que aquélla nos testifica haber acontecido, eso imprescindiblemente debía acontecer. Porque, si bien es cierto que el genio no es planta exclusivamente indígena de ningún país, ni patrimonio de raza, sino que ha germinado siempre al calor de todos los soles y crecido bajo el influjo de todos los climas; no lo es menos que sólo en el campo feraz del catolicismo se aclimata por ley común, y florece y fructifica con todo su vigor nativo. Los genios sin fe jamás consiguen remontarse á las serenas é imperturbables alturas de la verdadera sabiduría, y, cuando lo pretenden, vense forzados, primero, á consumir gran parte de sus fuerzas en romper la nube de preocupaciones que entre ellos y la verdad se interpone, y luego, á cargar con todo el peso de la pasión que abate su vuelo, no dejándolos nunca sorprender aquellas luminosas regiones, ni menos cruzarlas á su sabor y contemplarlas con perfecto y cabal desembarazo. La Religión Católica, por el contra-

rio, lejos de deprimir el vuelo del ingenio, le despeja el camino para que libremente se explaye, poniendo á sus pies las pasiones que obstinadamente le combaten, encauza luego todo el torrente de su energía; y cuando, vagando ya por las interminables regiones del saber, comienza á faltarle aire puro que respirar y el peso de sus propias alas le abate, la fe viene en su ayuda, da nuevo brío al espíritu que desfallece, y, descubriendo á su vista desconocidos horizontes, continúa elevándole con su poderoso empuje hasta encumbrarle á esferas jamás cruzadas por el genio humano, abandonado á sus propias fuerzas. Por eso la historia de la humana inteligencia no es más, si bien se considera, que la historia de dos grandes y encontrados ejércitos; el del error, compuesto casi siempre de gente allegadiza, alistada en los campos de la ignorancia y el desenfreno, capitaneada por corazones enérgicos que el vicio degradó ó genios ilustres que la pasión obcecó; y el de la verdad, el grueso de cuyas filas lo componen las inmensas muchedumbres partidarias de la probidad y el sentido común, y á cuyo frente de trecho en trecho campean las más colosales inteligencias y los más generosos corazones de que se gloria el linaje humano.

2. Pues bien, uno de estos entendimientos pujantes y uno de estos briosos y enérgicos corazones, es la Santa, cuyos escritos doctrinales me propongo examinar en la presente disertación. Su valor literario está muy por encima de los tiros de la crítica; y en medio del conflicto de opiniones que su lectura puede suscitar, sobrenada siempre la verdad de un hecho incontrovertible para todos, y hasta el día de hoy incontrovertido: el mérito verdaderamente excepcional que todos los sabios les reconocen. Y es que, en efecto, hay en las obras de esta Virgen reclusa, sacada contra su voluntad á los juicios de los hombres, algo parecido á un poder magnético. No importa que cerebros enfermizos desbarren al recorrer sus inspiradas páginas; trastornados y todo, les subyugará el influjo fascinador de su lectura, sentiránse arrastrados de irresistible amor hacia ella, y, mal de su grado, confesarán lo que todos hasta ahora han confesado: su grandeza.

3. Mas esta misma incontestable grandeza que yo intento bosquejar, es la que hace vacilar mi pluma y llena de abatimiento mi espíritu. Porque, si el embarazo del pintor al trasladar al lienzo la imagen de un alma noble es siempre grande, y tanto mayor, cuanto más puros y celestiales son los afectos que han de ir tomando cuerpo bajo el pincel; conjeturad cuál será mi recelo al tener que penetrar en el interior de un alma como ha habido pocas, y describir aquel templo de la divinidad, iluminado siempre por ráfagas de luz deslumbradora, y embalsamado con perfumes de amorosos y sobre-

naturales deliquios. ¡Oh, sí! El retrato de Teresa de Cepeda, con su alma limpia y transparente como el agua manantial, con su entendimiento vigoroso y fuerza de voluntad nunca vencida, es ya por extremo difícil; mas el retrato de Teresa de Jesús, es decir, de Teresa de Cepeda, endiosada por el fuego del amor divino, es imposible, por lo menos á mi tosco y desaliñado pincel.... Concretando, pues, más y más la materia para eliminar dificultades, me circunscribiré á exponer los títulos que á la penitente Carmelita asisten para merecer el dictado de Madre Espiritual, con que la Iglesia la apellida, ó del de Doctora Mística, con que la aclaman á una voz los sabios de todas las Escuelas (1).

I

4. La teología único faro que guía á Dios; sus partes: Dogmática, moral, ascética y mística.—5. No hay que imaginar á Santa Teresa como Doctora escolástica.

4. El faro que alumbra los pasos del alma en su rumbo hacia Dios, no es más que uno: la Teología. Las partes, empero, de esta ciencia sagrada, que esclarecen tan peligroso derrotero, son tres: la *Moral*, que declarándonos el sello de bondad ó de malicia impreso por Dios en las acciones humanas, nos muestra como con el dedo cuáles son los escollos de la culpa que debemos evitar; la *Ascética*, que nos amaestra para navegar á fuerza de remos por el ejercicio de las virtudes, cuya esencia define, cuyos actos clasifica, cuyo encadenamiento patentiza; la *Mística*, en fin, á la cual incumbe dirigir el alma, cuando elevada ya á regiones superiores y engolfada en el piélago de la divinidad, corre á vela henchida por mares desconocidos, alentada por el sople divino, que viento en popa la acaricia. Todas estas tres partes de la ciencia teológica arrancan del Dogma y estriban en él como en sólido fundamento, siendo las verdades reveladas como otras tantas estrellas fijas que nunca hay que perder de vista para no extrañarse y perecer víctima de funesto engaño.

(1) No es mi intento exponer una por una las dotes que para ser Doctor, la Iglesia exige; sino únicamente la que se refiere á su doctrina. El abarcarlas todas sería extenderme demasiado, por lo cual prescindo de las demás.

5. Prefijadas así estas ideas, comienzo por asentar, sin peligro de ser desmentido, que Santa Teresa de Jesús da por supuestas en sus escritos la *Dogmática* y la *Moral*, desflora con admirable concisión la teología *Ascética*, asentando las piedras angulares sobre que está basada; y, entrando resueltamente por el dilatado campo de la *Mística*, le recorre con paso firme y sereno, describiéndonos sus prados amenos, sus árboles frondosos, sus sendas cubiertas de flores nunca marchitas, y sus aguas purísimas, que, manando del seno mismo de la divinidad, riegan aquellas deliciosas mansiones y las cubren de eterno verdor. No faltarán acaso quienes, apasionados admiradores de la Santa, tengan por osado en demasía el afirmar que la insigne escritora prescinde por completo en sus escritos de la *Moral* y el *Dogma* católicos, considerados como *ciencia*; ni tampoco quienes, deseando concordar la fisonomía de la Santa con la de los eminentes teólogos que trató, y el título de Doctora con aquellos gloriosos tiempos en que se escribían infolios lo mismo que ahora se escriben folletines, poeticen sobre Santa Teresa, fingiéndosela á guisa de Bachiller en artes ó Maestro de Teología, ocupada en ergotizar acerca de cuestiones metafísicas. Los que tal creen, ó son novelistas eruditos de allende los Pirineos, que disertan sobre la Santa sin haberla leído, ó entusiastas crédulos y mal aconsejados de aquende, que, deseando engrandecerla, la empequeñecen y deprimen. No necesita nuestra Doctora Mística engalanarse con ajenas plumas, como el ave de la fábula, para aparecer ante los ojos del mundo radiante de hermosura; y por lo que á mí hace, soy de opinión que, para formarse cabal idea de su doctrina, es preciso comenzar por negarle los falsos títulos, en que su gloria ni puede ni debe cimentarse. Hay, es cierto, en sus obras conceptos profundos é ideas madres, que sintetizan lo que en vastos tratados apenas logran darnos á entender las mejores plumas de nuestros teólogos; y el alma sencilla que las lee, herida por esos relámpagos de luz, columbra en lontananza regiones luminosas adonde ni los más valientes ingenios á veces se remontaron. Así nos describe los efectos del pecado diciendo que *tizna el espejo del alma, de manera que no puede reflejarse en ella la imagen de Dios* (1); así con rasgo sublime dice del demonio *que es el ser que no puede amar*; así define la humildad con aquella expresión sencilla al mismo tiempo y enérgica, que su pluma ha hecho proverbial: *La humildad es andar en verdad* (2); así sabe distinguir entre el amor y la potencia volitiva que le produce, diciendo de él: *Es la saeta que la voluntad envía y hiere á Dios, y torna de allí con grandes ganancias* (3). ¿Qué más? Las impalpables sombras en que se envuelve la esencia

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

(2) Mor. 6.^a, cap. X.

(3) *Conceptos de amor divino*, cap. VI, párr. 6.º

divina y encubren el misterio de la Trinidad beatísima, los recónditos arcanos de la gracia y del orden sobrenatural, la vaporosa niebla que entenebrece el abismo de la culpa, todo se ilumina con los resplandores que arroja su pluma inspirada; pero ni la humilde escritora tuvo jamás la pretensión de condensar estas verdades en un cuerpo de doctrina sentando principios y deduciendo consecuencias, ni entró en los planes de Dios el henchir su entendimiento de abstracciones metafísicas y teóricas sutilezas. Amaestróle sí para la perfección de la vida práctica, abriendo escuela en el interior de su alma nobilísima, haciéndole conocer las vueltas y revueltas, entradas y salidas del pobre corazón humano, y disponiendo á este fin los sucesos de su vida con tal arte, que no hubiera en el camino de la virtud dificultades con que no tropezase, peligros en que no se viese, amarguras que no devorase, emboscadas, en fin, y tempestades horribles de que no triunfase. Dios aquí fué su maestro, la oración sus armas, el palenque el claustro, su adversario el propio corazón. Desbordáronse por espacio de muchos años las amargas olas de la tribulación sobre aquel espíritu entero, y entre zozobras y sobresaltos aprendió la escondida ciencia de dirigir las almas á Dios, como aprende el marino entre borrascas á dirigir al puerto la contrastada nave. Mas, por lo que hace á la formación literaria de su espíritu, ¿qué maestros tuvo? ¿á qué aulas asistió? ¿qué infolios manejó? Suprimidle el breviario y los devotos libros en romance; nada tomó en las manos que pudiera, no digo introducirla en la mansión de la sabiduría universitaria, pero ni aun franquearle la entrada á ese templo del saber humano. Y ésta, entre otras, es sin duda la razón porque buscaba solícita el trato y dirección de los hombres sabios, hasta tal punto, que apenas recuerda la historia de aquellos tiempos un hombre ilustre, cuyo saber y prudencia no utilizase la santa para la prueba y dirección de su espíritu. Dejemos, pues, esos laureles de la escuela para ceñir las sienes de la famosa doña Oliva ó de la no menos renombrada doña Beatriz Galindo; pero no arranquemos de la frente de la Doctora abulense la mística aureola que la circunda, y es su más preciado emblema, para trocarla con otras coronas que ella siempre despreció, y las cuales, si no la afean, menoscaban por lo menos el esplendor de su gloria.

II

6. **Carácter distintivo de la ciencia de Santa Teresa.**—7. **Las obras doctrinales.**—8. «Autobiografía»; su atractivo y profundidad.—9. Su ascetismo.—10. «Camino de Perfección»; doctrina ascética en él contenida.—11. «Las Moradas»: es su obra maestra.

6. Y ved aquí lo que la Santa doctrinalmente considerada, no fué: pasemos ahora á desentrañar cuál es el carácter distintivo de su ciencia y lo que constituye, por decirlo así, su genialidad propia. ¿Qué fué Santa Teresa de Jesús? Fué, responderemos con sus obras en la mano, la historiadora de su *Vida* y de las *Fundaciones*, la autora del *Camino de perfección* y de los *Conceptos de amor divino*, y ante todo, y sobre todo, fué la escritora de las *Moradas*.

7. Yo no sé si me equivoco y es ilusión de mi fantasía lo que tengo por convicción íntima y verdad inconcusa; mas en mi entender el libro de las *Moradas* es la expresión más genuina de su espíritu, la creación más valiente de su endiosada inteligencia, y un tesoro inexhausto de riquezas, donde encerró todo el caudal de sabiduría con que la oración perseverante y la experiencia de largos años la dotaron. No vayáis por eso á creer que tengo en poco los otros escritos suyos; quiero, por el contrario, dejar consignado aquí, que, en cuanto al mérito puramente literario, descuellan á mi ver sobre la presente algunas de las obras antes citadas. La *Vida*, por ejemplo, le aventaja en rasgos sublimes; las *Exclamaciones* en fuego de dicción, el *Camino de perfección* en rigor lógico, y las mismas *Cartas* en sencillez y naturalidad. Sólo prefiero las *Moradas* bajo el aspecto científico y doctrinal, al cual me circunscribo en estos apuntes. Doctrina hay también, aunque incidentalmente expuesta, en los demás escritos suyos; y sucede en esta materia á la Santa lo que á esas personas acaudaladas y pródigas de sus bienes, que por donde quiera que pasan van dejando un reguero de beneficios en pos de sí. A este modo su pluma, sea que narre ó instruya, reprenda ó consuele, nada sabe hacer sin derramar á raudales la ciencia de que estaba

lleno su entendimiento. Con todo, sus obras doctrinales, propiamente dichas, son *principalmente* tres: la *Autobiografía*, el *Camino de perfección* y las *Moradas* (1).

8. La primera es una producción sin par en su género. Escribióse sin mirar á ningún modelo, hasta hoy no ha tenido rival, y en el tiempo por venir será la desesperación de todo escritor que pretenda emularla y hablar de sí mismo para legar su retrato á la posteridad. Cuando se piensa que ese libro fué escrito por una mujer que no sabía las nociones más elementales del bien decir, y con tal precipitación, que no corrigió ni una sola frase, ni volvió á leer jamás lo que su pluma impetuosa había una vez escrito, siéntese el ánimo estupefacto y asombrado al ver que trata de asuntos psicológicos con el interés de una novela, y hace la anatomía del alma y escudriña los repliegues del corazón, como si hablara de cosas tangibles que ven los ojos y palpan las manos. Más aún: sin períodos, sin arte, sin gramática, supera en atractivo y candorosa ingenuidad, no diré al filósofo de Ginebra en sus confesiones (que ese tal la finge, no la tiene), sino también ¿osaré decirlo? al mismo San Agustín en las suyas; y esto sin dejar de ser profunda como él, y clara y sencilla acaso más que él. Así y todo, la parte doctrinal de este escrito redúcese sólo á breves capítulos, en los cuales, con belleza inimitable sí, pero también con sobra de concisión, expone las diversas maneras como Dios obra en el alma y coadyuva sus esfuerzos. Bien quisiera no alargarme demasiado sobre este punto, sino apresurar el paso para entrar en el fondo de mi tema, que es la doctrina mística de la Santa; mas, siendo necesario considerarla antes como Doctora ascética, doy principio á este trabajo, entresacando de las tres obras precitadas lo que la insigne Maestra de espíritu ha escrito sobre esta materia.

9. El ascetismo de Santa Teresa, por lo tocante á su vida, está todo encerrado en el primer grado de la oración, descrito por ella en todo el cap. XI de la misma. La sencillez y hermosura de este trozo literario es tal, que no puedo resistirme á copiar sus principales rasgos: «Ha de hacer cuenta el que comienza, dice, que comienza á hacer un huerto en tierra muy infructuosa, y que lleva muy malas yerbas, para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas yerbas y ha de plantar las buenas. Pues hagamos cuenta que está ya hecho esto, cuando se determina á tener oración una alma y lo ha comenzado á usar: y con ayuda de Dios hemos de procurar como

(1) Los *Conceptos de amor divino* pueden y deben ser clasificados también como obra doctrinal; pero las ideas, ligeramente indicadas allí, están expuestas con más amplitud en las obras citadas, y por eso prescindimos casi por completo de ellas en este discurso. Lo mismo decimos de muchos capítulos de las *Fundaciones*.

»buenos hortelanos, que crezcan estas plantas, y tener cuidado de
»regarlas para que no se pierdan, sino que vengan á echar flores, que
»den de sí gran olor, para dar recreación á este Señor Nuestro, y así
»se venga á deleitar muchas veces á esta huerta y á holgarse entre
»estas virtudes. Pues veamos ahora de la manera que se puede regar,
»para que entendamos lo que hemos de hacer y el trabajo que nos ha
»de costar, si es mayor que la ganancia, ú hasta qué tanto tiempo se
»ha de tener. Paréceme á mí que se puede regar de cuatro maneras:
»ó con sacar el agua de un pozo, que es á nuestro gran trabajo; ó con
»noría y arcaduces, que se saca con un torno (yo la he sacado algunas
»veces, es á menos trabajo que estotro y sácase más agua); ó de un
»río ó arroyo, esto se riega muy mejor, que queda más harta la tierra
»de agua y no se ha menester regar tan amenudo, y es á menos trabajo
»mucho del hortelano; ó con llover mucho, que lo riega el Señor sin
»trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mejor que todo lo
»que queda dicho. Ahora, pues, aplicadas estas cuatro maneras de
»agua de que se ha de sustentar este huerto, porque sin ella perderse
»ha, es lo que á mí me hace al caso y ha parecido que se podrá decla-
»rar algo de cuatro grados de oración, en que el Señor por su bondad
»ha puesto algunas veces mi alma... De los que comienzan á tener
»oración podemos decir son los que sacan agua del pozo, que es muy
»á su trabajo, como tengo dicho, que han de cansarse en recoger los
»sentidos, que como están acostumbrados á andar derramados, es
»harto trabajo. Han menester irse acostumbrando á no se les dar
»nada de ver ni oír, y aun ponerlo por obra las horas de la oración,
»sino estar en soledad, y apartados, pensar su vida pasada... Al prin-
»cipio aun da pena, que no acaban de entender que se arrepienten
»de los pecados, y sí hacen, pues se determinan á servir á Dios tan
»de veras. Han de procurar tratar de la vida de Cristo, y cánsase el
»entendimiento en esto... Esto es comenzar á sacar agua del pozo, y
»aun plega á Dios lo quiera tener; mas, al menos, no queda por nos-
»otros, que ya vamos á sacarla y hacemos lo que podemos para
»regar estas flores. Y es Dios tan bueno, que, cuando por lo que
»Su Majestad sabe..., quiere que esté seco el pozo, haciendo lo que es
»en nosotros, como buenos hortelanos, sin agua sustenta las flores y
»hace crecer las virtudes.» Así explica la Santa el primer grado de
oración, exponiendo luego en los capítulos siguientes, y sobre todo
en el XIII, las virtudes propias de los que en él se ejercitan; aparta-
miento de las cosas del mundo, mortificación en el cuerpo y humildad
en el espíritu. Los otros tres modos de regar el jardín del alma son el
símbolo de tres grados de perfección más alta, que la levantan sobre
la región de la ascética, y me darán materia para investigaciones
posteriores. Basta á mi propósito el hacer observar aquí dos cosas:
1.^a, la hermosura y lozanía del símil con que sensibiliza concepción

tan abstracta, y la vívida sencillez de estilo con que le expone y aplica; 2.^a, que para formarse cabal idea de su sistema ascético, no debemos ceñirnos á las breves nociones que aquí nos da, sino que es preciso estudiarle en otros escritos suyos, donde, desenvolviendo la misma idea, desciende á particularizar el ejercicio de las virtudes, según ella las entendía.

10. En efecto, el *Camino de perfección* es ya menos sintético. Pone allí como fundamento la práctica de la pobreza, tanto espiritual como real; hace después avanzar al alma por el desasimiento de todo amor terreno, aun del que se tenga á sus deudos, y acaba por disponerla al ejercicio de la contemplación, moviéndola á sacrificar en aras de la humildad, no sólo la propia salud y vida, si necesario fuere, sino también el aprecio y estima de los hombres. Este perseverante batallar contra las tres concupiscencias de que nos habla el Apóstol, es, según el sentir de la ilustre Maestra, tan necesario para disponerse á recibir los dones de Dios, como es en el juego de ajedrez la disposición de las piezas para triunfar del adversario y dar mate al rey enemigo. Ved con qué donosura hace aplicación á la vida espiritual de esta comparación bellísima: «Creed, dice, que »quien no sabe concertar las piezas en el juego de ajedrez que sabrá »mal jugar; y si no sabe dar jaque, no sabrá dar mate. Aun así me »habéis de reprender porque hablo de cosa de juego, no le habiendo »en esta casa, ni habiéndole de haber. Aquí veréis la Madre que os »dió Dios, que aun esta vanidad sabía, mas dicen que es lícito algu- »nas veces. Y ¡cuán lícita sería para nosotras esta manera de juego! »Y ¡cuán presto, si mucho lo usamos, daremos mate á ese Rey »divino, que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá! La dama es »la que más guerra le puede hacer en este juego, y todas las otras »piezas ayudan. No hay dama que así le haga rendir como la humil- »dad. Esta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella »le traeremos nosotras de un cabello á nuestras almas. Y creed que, »quien más tuviere, más le terná, y quien menos, menos» (1). ¿Qué os diré yo de comparación tan expresiva? Diré que es digna de la pluma de Santa Teresa, y es todo lo que se puede decir. Con él pone remate y coronamiento á los quince primeros capítulos de este Tratado, en los cuales está á grandes rasgos delineada la senda de la perfección en todo cuanto abarca la teología ascética, y esto, no de una manera vaga y genérica, como en el libro de su *Vida*, sino estudiando palmo á palmo el terreno, definiendo las virtudes, exponiendo su práctica, grados y encadenamiento con rigor lógico y pulso admirable.

11. Esto no obstante, y sin rebajar en nada el mérito de joya

(1) *Camino de perfección*, cap. XVI.

tan preciosa, doy todavía la preferencia al libro de las *Moradas*, siquier sea por la unidad de plan que enlaza armónicamente las partes entre sí, por la distinción con que procede, pasando siempre de lo menos á lo más perfecto, y por no concretarse en la exposición de la doctrina á esta ó aquella clase de personas, sino extenderse más bien á todo linaje de gentes, abarcar todos los estados y tener en cuenta la diversidad de caracteres é inclinaciones. Este mismo juicio debía merecer á la Santa Madre el postrero de estos escritos, cuando en la carta doscientas setenta y cuatro, dirigida al Padre Fray Jerónimo Gracián, dice, hablando de él y comparándole con el libro de su *Vida*: «Paréceme que ese libro (el de la *Vida*)... es el »grande mío...: á mi parecer *le hace ventaja el que después he »escrito* (el de las *Moradas*): al menos había más experiencia que »cuando lo escribí.» Y en la Morada 4.^a, cap. I: «Es dificultosísimo »de dar á entender (las cosas sobrenaturales), si Dios no lo hace, »como en otra parte que se escribió hasta donde había yo entendido »catorce años ha, poco más ó menos; aunque *un poco más de luz »me parece tengo de estas mercedes*, que el Señor hace á algunas »almas.» Y en la misma Morada, cap. II: «Podrá ser que en estas »cosas interiores me contradiga algo de lo que tengo dicho en otras »partes. No es maravilla, porque en casi quince años, que ha que lo »escribí, quizá *me ha dado el Señor más claridad* en estas cosas de »las que entonces entendía.» Conviene, por tanto, estudiar á Santa Teresa de Jesús, bien sea como ascética, bien como mística, en el libro de las *Moradas*; no con exclusión de los demás escritos, en los cuales encierra también inestimables riquezas de celestial sabiduría, sino tomándole por gufa principal en este camino, y ampliando los puntos ligeramente tocados en él con las explanaciones de la misma idea que en otras obras nos suministra. Comencemos, pues.

III

12. Fundamento del sistema doctrinal de Santa Teresa; sus grados de oración son grados de perfección.—13. Concepto general de las "Moradas". Un castillo de diamante.—14. La ronda de este castillo.

12. Y ante todo cumple á mi propósito advertir, como fundamento del sistema doctrinal que trato de exponer, y condición pre-

cisa para su inteligencia, que, según la mente de la ascética Doctora, los diversos grados de oración son otros tantos grados de perfección evangélica. No concibe la Santa el ejercicio de la oración, como otros místicos ilusos, de una manera abstracta y teórica; no prescinde, como ellos, de la abnegación, ni se olvida de sojuzgar las pasiones; antes bien, es para ella manifiesto engaño y trapacería diabólica toda práctica piadosa, siquier parezca altísima oración, que no ayude al exacto cumplimiento de sus obligaciones y produzca ópinos frutos de mortificación. «Pedísteisme, dice á sus hijas, después de haber tratado extensamente de las más sólidas virtudes; pedísteisme que os dijese el principio de oración. Yo, hijas, aunque no me llevó Dios por este principio (el que acaba de exponer), porque aun no le debo tener de estas virtudes, no sé otro» (1). Y en otra parte, tratando de encaminar al que comienza á tener oración: «Sea varón, y no de los que se echaban á beber de buzos cuando iban á la batalla, no me acuerdo con quién (2), sino que se determine que va á pelear con todos los demonios, y que no hay mejores [armas que las de la Cruz. Aunque otras veces he dicho esto, importa tanto, que lo torno á decir aquí... ¡Es cosa donosa, que aun nos estamos con mil embarazos é imperfecciones... ¿y no habemos vergüenza de querer gustos en la oración y quejarnos de sequedades?» (3) Y, finalmente, para omitir otros innumerables pasajes en que se dice lo mismo, al recomendar en la Morada 4.^a, cap. II, las disposiciones necesarias para recibir dones sobrenaturales, interpela así á sus monjas: «Luego querréis, mis hijas, procurar tener esta oración (de quietud)... Yo os diré lo que en esto he entendido. Después de hacer lo que los de las Moradas pasadas, humildad, humildad... Por ésta se deja vencer el Señor á cuanto de él queremos.» Es indiscutible, por consiguiente, la verdad antes enunciada, y aunque sin perjuicio de lo dicho, puede el Señor, cuando así le place, levantar el alma á sí, y darle á gustar, no obstante sus muchas imperfecciones, el dulzor de sus regaladísimos abrazos; pero además de ser estos casos muy excepcionales, sólo obra Dios de esta manera para engolosinarla, como dice la Santa, y ver de hacerla renunciar á los deleites terrenos que la traen enajenada. Y es estilo del Señor, cuando los tales no responden con generosidad al divino llamamiento, retirar de ellos su benéfica mano y no arrojar á animales inmundos las margaritas de sus dones. Quede, pues, sentado como verdad incontrovertible, que en el sistema doctrinal de la Santa Madre, los diversos grados de oración más ó menos levantada y los grados de perfección, se reciprocán.

(1) *Camino de perfección*, cap. XVI.

(2) Con Gedeón. Cfr. Jud. VII, 5.

(3) Mor. 2.^a

13. Hecha esta observación de suma importancia en materia tan grave, dejémonos llevar por la mano de nuestro guía, y penetremos con ella en el vestíbulo del templo de la santidad. «Estando hoy »suplicando, dice en la Morada 1.^a, á Nuestro Señor hablase por mí, »porque yo no atinaba cosa que decir, ni cómo comenzar á cumplir »esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré para comenzar con »algún fundamento; que es, considerar á nuestra alma como un castillo todo de un diamante ó muy claro cristal, á donde hay muchos »apuestos, así como en el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo »consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo sino un »paraíso á donde, dice El, tiene sus deleites. Pues consideremos, que »este castillo tiene, como he dicho, muchas Moradas, unas en lo alto, »otras en lo bajo, otras á los lados, y en el centro y mitad de todas »estas tiene la más principal, que es á donde pasan las cosas de mucho »secreto entre Dios y el alma.» Tal es la concepción de la Santa, tomada á bulto y sin bajar á pormenores. No pasemos adelante sin advertir, que es capital sobre este punto la consideración, en que ella tanto insiste, de haber infinitas moradas alrededor de la estancia principal de este castillo, pues aunque después en todo el Tratado no se habla más que de siete, éstas, más bien que moradas aisladas, son órdenes de estancias, cada una de las cuales puede tener, y realmente tiene, un sinnúmero de piezas semejantes. Por eso en el Apéndice á este escrito inculca de nuevo la misma idea, diciendo: «Aunque (aquí) no se trata de más de siete Moradas, en »cada una de éstas hay muchas en lo bajo y alto y á los lados, con »lindos jardines, y fuentes, y laborintios, y cosas tan deleitosas, que »desearéis deshaceros en alabanzas del gran Dios que lo crió á »su imagen y semejanza.» Y antes de esto había escrito en la Morada 1.^a: «Digo que no consideren pocas piezas (en este castillo) »sino de millón, y éstas no una en pos de otra, como cosa enhilada, »sino... como un palmito, que, para llegar á lo que es de comer, tiene »muchas caberturas que todo lo sabroso cercan» (1). Dicho esto, y trazadas ya las principales líneas del cuadro, la emprende con los pormenores, deslindando los diversos grupos que han de dar vida al lienzo, y cuidando de no confundirlos jamás, sino de sostener en cada uno de ellos el carácter y fisonomía propios.

14. Mas ¿qué moradas son estas? ¿quiénes sus habitantes? ¿en qué se ejercitan? ¿cómo los combate el enemigo? ¿de qué armas deberán valerse para no sucumbir en la lucha, sino resistir, avanzar, triunfar ó morir? Todo, todo está valientemente descrito en este asombroso panorama del espíritu, donde al volver de cada página nos hallamos siempre con un nuevo paisaje, nuevas personas, nuevos

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

trajes, nuevo cielo, nuevo sol, un nuevo mundo, en fin, desconocido hasta entonces para nosotros, y en el cual, sin embargo, vivimos y nos movemos, como parte que somos de él. Los pecadores, ante todo, que, olvidados de Dios, se revuelcan en el cieno de los deleites sin acordarse jamás de entrar dentro de sí mismos, son, dice la Santa, almas tullidas y con perlesía, que tienen hecha costumbre de tratar con las bestias ponzoñosas de la ronda del castillo, sin atinar jamás con la puerta que es la oración, ni cuidarse de penetrar en él. Las moradas todas de esta mansión deliciosa están para ellos oscurecidas con las tinieblas de la culpa, y los rayos del Sol de Justicia que arde en el centro de las mismas pierden con el pecado toda su vívida brillantez. «¿Qué será ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida, que está plantado en las mismas aguas vivas que es Dios, cuando cae en un pecado mortal? No hay tinieblas tan tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra que no lo esté mucho más. No queráis más saber, de que con estarse el mismo sol, que le daba resplandor y hermosura, todavía en el centro del alma, es como si allí no estuviese para participar de El, con ser tan capaz para gozar de su Majestad, como el cristal para resplandecer en él el sol» (1). Y, cual si esta bellísima comparación no bastase para hacer ver los hediondos y abominables efectos de la culpa, torna á insistir en la misma idea, y dice en el párrafo siguiente: «Ansí como de una fuente muy clara lo son todos los arroyicos que salen de ella..., ansí el alma que por su culpa se aparta de esta fuente y se planta en otra de muy negrísima agua y de muy mal olor, todo lo que corre de ella es la misma desventura y suciedad. Es de considerar aquí, añade, que la fuente y aquel sol resplandeciente, que está en el centro del alma, no pierde su resplandor y hermosura; que siempre está dentro de ella y cosa no puede quitar su hermosura; mas, si sobre un cristal que está al sol se pusiese un paño muy negro, claro está que aunque el sol dé en él, no hará su claridad operación en el cristal» (2). ¡Qué imágenes tan brillantes y llenas de vida! ¡Qué frescura y lozanía en la descripción! ¡Qué desaliño tan encantador en la frase! No parece sino que brota la idea del entendimiento, y la expresión de la pluma, como brotan las aguas cristalinas entre las arenas de purísimo manantial. Aquí todo elogio es sobrado, y como dijo á otro propósito Baltasar de Alcázar:

Esto..., ello se alaba,
No es menester alaballo;
Sólo una falta le hallo,
Que con la prisa se acaba.

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

(2) Mor. 1.^a, cap. II.

Id ahora, si os place, id y hojead los infolios de la Escuela para penetrar la esencia del pecado, y desentrañar la incomprendible miseria de sus efectos. Tened por seguro, que tras interminables disquisiciones metafísicas, tras increíbles desvelos y torturas intelectuales, acaso no hagáis sentir á vuestra alma la podredumbre del corazón apartado de Dios, tanto como os la hacen sentir las sencillas frases de la humilde Carmelita. Pero no cortemos el hilo de la idea. Avancemos con la Santa hasta penetrar en el interior de este real Palacio, y, dejando á los pecadores fuera del cerco del castillo, entremos ya con los justos en la primera Morada. Hedla aquí. Es la mansión del propio conocimiento, único fundamento de la verdadera humildad.

IV

- 15. Doctrina ascética de las tres primeras Moradas; Morada primera, su obscuridad.—16. Morada segunda; la voz de Dios y la de Satanás.—17. Morada tercera; pureza del alma deslustrada por el amor á la honra y al regalo espiritual.—18. Resumen.**

15. *Morada primera.*—Casi no llega á ella la luz que sale de la estancia donde se alza el trono del soberano Rey, y, aunque no está «obsurecida y negra como cuando el alma está en pecado, está sí »obsurecida en alguna manera, para que el morador de ella no pueda »verla bien, y no por culpa de la pieza, sino porque con tantas cosas »malas de culebras y víboras y cosas ponzoñosas, que entraron con »él no le dejan advertir á la luz. Como si uno entrase en una parte »adonde entra mucho el sol, y llevase tierra en los ojos que casi no los »pudiese abrir: clara está la pieza, mas él no lo goza por el impedimento ó cosas de estas fieras y bestias que le hacen cerrar los ojos »para no ver sino á ellas» (1). Es decir, como más adelante lo explica, que los habitantes de estas primeras Moradas, aunque anden con deseos de no ofender á Dios y hagan obras buenas, se hallan tan embebidos en el mundo, tan engolfados en sus contentos y desvanecidos con sus honras y pretensiones de hacienda, que los vasallos del alma, potencias y sentidos, tienen poca fuerza para batallar contra

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

el furor de las pasiones, y así difícilmente pueden gozar de la presencia de Dios y atender á la luz con que los ilumina, y á las inspiraciones con que los mueve. Para éstos es indispensable acudir «como pudieren á Su Majestad, y tomar á su bendita Madre por intercesora y á sus Santos para que peleen por ellos... y, dando de mano á las cosas y negocios no necesarios, cada uno conforme á su estado» (1), se ocupen en conocerse á sí mismos, eviten las ocasiones de pecado grave y conciban aborrecimiento grande al pecado venial. Mas no con pusilanimidad y cobardía, asaltados de temores y metidos en el cieno de sus miserias, sino fijando los ojos en Dios y Cristo Nuestro Señor, para que, mirando su grandeza, conozcan mejor su bajeza, y mirando su limpieza, vean su suciedad (2).

16. *Segunda Morada.*—Mas esta magnanimidad y estos arranques de corazón, los recomienda todavía con palabras más enérgicas y mayor peso de razones á los justos, que, dando un paso más adelante, llegan con el auxilio de Dios á penetrar en las segundas Moradas. Son estos los que estando aún «enredados en los pasatiempos y baraterías del mundo, y aún cayendo y levantando en pecados» veniales, á que dan ocasión el bullicio y compañía de estas bestias ponzoñosas, oyen con todo la voz del Señor que los llama. «Y es esta voz tan dulce, que se deshace la pobre alma en no hacer luego lo que le manda... No son estas voces y llamamientos (como otras que diré después en las Moradas más interiores), sino con palabras que oyen á gente buena, ó sermones ó con lo que leen en buenos libros, ó cosas muchas por donde llama Dios, ó enfermedades ó trabajos, y también con una verdad que enseña Dios en los ratos de oración» (3). Pero en frente de estas voces y para sofocar su eficacia, álzase con estrépito la voz de Satanás que enciende el fuego de la pasión, estalla la guerra en el alma, y «andan, dice la Santa, los golpes de artillería de tal manera, que no puede el alma dejar de oirla» (4). «¡Oh, Jesús, prosigue la seráfica Madre, qué es la baraúnda que aquí ponen los demonios y las aflicciones de la pobre alma, que no sabe si pasar adelante ó tornar á la primera pieza! Porque la razón le representa el engaño que es pensar que todo esto vale nada (5) en comparación de lo que pretende. La fe le enseña cuál es lo que le cumple. La memoria le representa en lo que paran todas estas cosas, trayéndole presente la muerte de los que mucho gozaron estas cosas que ha visto, como algunas ha visto súbitas, cuán presto

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

(2) Mor. 1.^a, cap. II.

(3) Mor. 2.^a

(4) Mor. 2.^a

(5) Así se lee en el texto, pero parece que quiere decir: «el engaño que es pensar que todo esto vale algo...»

»son olvidadas de todos... La voluntad se inclina á amar, á donde tan
»innumerables cosas y muestras ha visto de amor, y querría pagar;
»alguna en especial se le pone delante, cómo nunca se quita de con
»él este verdadero amador, acompañándole, dándole vida y ser.
»Luego el entendimiento acude con entender que no puede cobrar
»mejor amigo, aunque viva muchos años; que todo el mundo está
»lleno de falsedad..., que fuera de este castillo no hallará seguridad
»ni paz, que se deje de andar por casas ajenas, pues la suya es tan
»llena de bienes, si la quiere gozar... Razones son estas, concluye la
»Santa, para vencer los demonios..., y procurar hacer lo que (está)
»en nosotros, y guardarnos de estas sabandijas ponzoñosas; que
»muchas veces quiere el Señor que nos persigan..., y aun algunas
»permite que nos muerdan, para que nos sepamos mejor guardar
»después y probar si nos pesa mucho de haberle ofendido. Acábase,
»en fin, esta guerra por la sangre que (el Señor) derramó por nos-
»otros, y con generosidad y denuedo avancemos hasta ponernos del
»todo en las manos de Dios» (1).

17. *Morada tercera.*—Con esta disposición de ánimo ya hallan los justos fácil acceso á las Moradas terceras, cuyos pobladores viven de ordinario muy deseosos de servir á Su Majestad. «Aun de los »pecados veniales se guardan (de manera que no cometerían uno con »advertencia por cosa ninguna), son amigos de la penitencia, tienen »sus horas de recogimiento, gastan bien el tiempo, ejercítanse en »obras de caridad con los prójimos, y andan muy concertados en el »hablar, vestir y gobierno de casa los que la tienen (2)... Pero se »inquietan y sienten apretamiento de corazón con los desprecios y »menoscabo de su honra, á la cual todavía no han renunciado por »completo; tienen demasiado seso y discreción en hacer penitencia, »que cierto no se matarán; y no llevan en paciencia que el Señor les »cierre la puerta para entrar en las Moradas interiores, donde este »Soberano Rey habita...; viniendo de ahí las grandes sequedades que »sienten en la oración. Estos tales, cuando el Señor les dice lo que »han de hacer para ser perfectos y cómo han de renunciar á su »honra y estima y aun á los gustos de la oración, de los cuales deben »tenerse por indignos, vánse tristes como el mancebo del Evangelio »y vuélvenles las espaldas (3); y, aunque el Señor les da contentos »harto mayores que los regalos y distraimientos de la vida», como no les prodiga los gustos sobrenaturales, sino que se los concede raras veces...; sienten lo abrumador que es este camino, corriendo peligro de tornar, á lo menos en el deseo, á meterse en las sabandi-

(1) Mor. 2.^a

(2) Mor. 3.^a, cap. I.

(3) Mor. 3.^a, cap. I.

jas de las primeras piezas, porque su fortaleza no está fundada en tierra firme, y el demonio sabe urdir aquí grandes persecuciones (1). Por eso «procuren huir de toda ocasión de ofender á Dios, y considerando cuánto padeció el Señor y cuán bueno es padecer, sean humildes, piensen que no está la perfección ni el premio en los gustos, sino en amar más y obrar con justicia y verdad. Pongan su razón y temores en las manos de Dios, olvidense de su flaqueza natural: el cuidado de su salud ténganlo los Prelados (ó Directores de sus almas); esfuércense, pues pueden llegar á la tierra de promisión en ocho días, para no tardar un año, yendo por ventas, nieves, aguas y malos caminos llenos de serpientes, y estudien mucho en la prontitud de la obediencia: teniendo alguien á quien acudir que esté muy desengañado de las cosas del mundo, y, viendo la suavidad con que llevan otros las cosas que ellos tienen por imposibles, ánimo á volar como hacen los hijos de las aves cuando se enseñan, que, aunque no es de presto dar un gran vuelo, poco á poco imitan á los padres» (2).

18. Ved aquí reducida á breves páginas la doctrina ascética contenida en el libro de las *Moradas*, la cual puede considerarse como ilustración bellísima de la que encierra el primer grado de oración expuesto en la *Vida*, y maravilloso compendio de la que con más latitud declara en el *Camino de perfección*. Resumiendo todo lo dicho en lacónica síntesis, pertenecen á la primera Morada, según la doctrina de la Santa, los que, detestando el pecado mortal, viven asidos á los deleites no vedados gravemente, y se cuidan poco de evitar los pecados veniales; moran en la segunda las almas devotas que comienzan á aborrecer el pecado venial y á amar la penitencia, pero no se determinan á renunciar, para conseguir la perfección, los ofrecimientos de honra y estima con que el mundo les brinda; penetran, por fin, en la tercera los que arrancan del corazón el afecto de las riquezas y halagos mundanales, mas no se sacrifican á sí mismos en aras de la humildad, ni llevan en paciencia la privación de los regalos espirituales.

(1) Mor. 3.^a, cap. I.

(2) Mor. 3.^a, cap. II.

V

19. Cualidades de los escritos de Santa Teresa. 1.^a La concisión: es el sello distintivo del genio.—20. La de la seráfica Doctora es realmente luminosa.—21. Tino en la selección.—22. 2.^a cualidad. Jovialidad festiva.—23. Carácter especial de esa jovialidad.—24. Su fin: hacer amable la virtud.—25. Ingénita antipatía de Santa Teresa á los caracteres melancólicos: atractivos de su alma.

19. Hagamos alto aquí en la falda del monte de la perfección; y, antes de emprender la jornada que nos ha de llevar hasta la cima, volvamos la vista atrás desde este repecho del camino, para admirar, juntamente con la extensión del campo recorrido, las cualidades del divino guía, cuyos escritos hasta aquí nos han encaminado.

Dos serán solamente las que yo haré notar, dando principio á este trabajo por la primera y más principal: la concisión. Esta dote, cuando no cede en menoscabo de la claridad, es el sello distintivo del genio. Las medianías, los talentos vulgares y adocenados, así como son ineptos para el análisis en las cuestiones complejas, así también sintetizan poco sus ideas, pudiendo apellidarse su ciencia, más bien que sabiduría propiamente dicha, erudición conceptualista. En los cerebros de esos plagiarios del saber cada idea es un sonido aislado, es una nota perdida en el vacío, que no armoniza con el resto de sus conocimientos, ni se eslabona con ellos para formar, anillo tras anillo, la cadena de un verdadero sistema doctrinal. Más que sabios son eruditos, más que genios creadores de la ciencia, son progenitores fecundos de vulgaridades, ó gárrulos declamadores de ideas robadas al talento. En su frente jamás ha brillado la llama del genio, en su cabeza jamás han fermentado grandiosas concepciones, ni siquiera germinado una idea original. Aseméjense en cierta manera á los seres irracionales, que aprenden por impresiones aisladas, y sólo atesoran en su memoria especies inconexas que ningún enlace tienen entre sí, mientras que distan inmensamente de las inteligencias angélicas y puramente intelectuales, cuya ciencia se condensa en pocas ideas.

Permitid esta digresión á mi pluma y seguidme, porque conviene dejar bien definido el mérito de la concisión contra las opiniones invasoras del charlatanismo pretencioso. Los seres dotados de sólo vida vegetal viven, pero no sienten; los irracionales, por muy perfectos que sean en su especie, sienten y perciben, pero no raciocinan ni desenvuelven por deducciones intelectuales las percepciones adquiridas; el hombre despoja á la sensación de su tosco ropaje, la espiritualiza, y encadenando sus conceptos, forma ideas germinadoras de conceptos nuevos con que fecunda su entendimiento; el ángel ve con precisión clarísima los efectos en sus causas y alcanza con pocas ideas horizontes inmensos de verdades; Dios, en una sola idea, que se identifica con su entender y su sér, agota todo el maravilloso, y para nosotros incomprendible conjunto de realidades, y el todavía más maravilloso y más incomprendible de entidades posibles, que son objeto de la ciencia universal, propiamente dicha, y término de la inteligencia suprema. ¿Qué se sigue de aquí? Síguese, que el que en menos ideas abarque más, el que en menos palabras más diga, ese tal se acerca más á Dios. Ved ahí lo que es el genio: ved ahí porqué os decía que la concisión, cuando no cede en menoscabo de la claridad, es el carácter distintivo de las inteligencias privilegiadas.

20. Pues tal fué la penitente Carmelita, cuyos escritos al presente analizamos. ¿Qué corona de alabanzas podré yo entretejer que no sea indigna de la frente donde tantos y tan grandes pensamientos se engendraron? ¡Divina pluma la que halló palabras preñadas de fuerza y vigor, dignas de tan grandiosas especulaciones! ¡La que, como foco de luz, irradió en las tinieblas de celda desconocida, y arrojó sobre el mundo asombrado torrentes de sabiduría celestial, que los ojos más llenos de vida apenas pueden soportar! Hojead, leed, juzgad. En breves páginas, claras como el espejo de su alma, sencillas como su candoroso corazón, atina á resumir con tino admirable, lo que los más profundos ascetas, con dificultad llegan á definir en extensos tratados. Y dejando á un lado los infolios, donde esta ciencia se archiva, las definiciones metafísicas de las virtudes, su clasificación científica, los actos con que nacen en el alma, crecen y se perfeccionan, los vicios que es preciso extirpar, los apetitos que vencer, las pasiones que debelar; dejando á un lado el filosofar sobre todo esto, fija los ojos del alma en los fuertes sillares, que son como las claves arquitectónicas de este edificio colosal, y, mostrándolas con el dedo, dice á sus hijas: «Conoced vuestra miseria y ahondad en ella cuanto podáis; huid de toda ocasión de pecado, desembarazaos de las cosas de la tierra, y acabad por la inmolación total y absoluta de vosotras mismas; lo demás dejádselo á Dios, á su sabiduría y á su bondad omnipotente.»

21. Yo no puedo menos de admirar la maestría, verdaderamente inspirada, con que estos tres puntos están elegidos y sabiamente concretados. Lenguas quisiera hacerme para ensalzarla cual se merece y yo la concibo. Mi voz es débil y mi voto desautorizado, mas no dejaré pasar estos momentos solemnes sin hacer constar, que, en mi sentir, van descaminados los que con *profundas investigaciones* ascéticas y extensos tratados, pretenden dirigir los pasos del pueblo cristiano por la senda del cielo. Los que tal hacen, se esfuerzan, acaso sin darse cuenta de ello, por introducir á sus lectores en el templo de la sabiduría, para, una vez allí, abrirles luego la puerta oculta que guía al camino de la santidad. Jamás, sin embargo, leemos en el Evangelio, que sea condición precisa el ser sabios para entrar en el reino de los cielos. Lejos de mí el condenar en absoluto á esos escritores profundos de obras inmortales, veneros inagotables del saber; sólo hago constar mis arraigadas convicciones sobre este punto, aseverando, que tales obras, si son utilísimas á los maestros de espíritu, no lo son tanto para el vulgo de los cristianos; pues la manera más común y ordinaria que Dios tiene de elevarlos á la perfección, es la de esculpir en su alma pocas, pero fecundísimas verdades, de las cuales como de pujante semilla, brota primero y se desarrolla inconscientemente después el árbol de la perfección; lo mismo que en el seno de la madre, fecundado con el germen de vida se desarrollan inconscientemente los miembros todos del niño que más tarde ha de abrir sus ojos á la luz del día.

22. Paso con esto á la segunda cualidad, que en esta parte de los escritos de la Santa descuello, su espontánea y jovial amenidad. Espiritus reflexivos habrá, que se maravillen de que me entretenga en vindicar para la ilustre Monja avilesa, dote de tan poca importancia para muchos. Pero fuera de que urge refutar la opinión de críticos, mal contentos y antojadizos, para quienes es uraño y fastidioso todo escrito que trate de virtudes cristianas (1), conviene adelantarse á los mismos y evidenciar, que calumnian á la insigne escritora, cuando nos la pintan como espíritu adusto y cerebro mal deprimido por el monjil que la cubría. ¡Santa Teresa adusta y ceñuda! ¿Habrán leído los que tal piensan, aquellas páginas rientes, que rebosan candor, alegría, paz, amor y gracia sin igual? Esta dote de la jovialidad está casi siempre reñida con la que acabamos de vindicar para la seráfica Doctora. Los escritores concisos son, por ley común, tan austeros en los pensamientos como sobrios en el lenguaje; al paso que los joviales y festivos acostumbra á ser por extremo superficiales. Sólo la pluma de los grandes talentos acierta á combinar estas dos cualidades, que mutuamente se repelen; y aunque Santa Teresa

(1) Michelet.

no tuviera, como escritora ascética, otros títulos á la inmortalidad que el haber triunfado en tan difícil empeño, bastara éste para perpetuar con nuestros elogios su memoria en la posteridad de los siglos. Triunfó, sí, triunfó de esta dificultad, uniendo en amigable consorcio á estas dos bellas enemigas, que son la desesperación de todo literato, y fué concisa al mismo tiempo y jovial, tratando de materias, acerca de las cuales parece que no puede escribirse sino seca y estiradamente. No niego yo que la virtud es bella; afirmo, por lo contrario, que su hermosura, para todo el que tenga ojos limpios con que contemplarla, es fascinadora; y avanzando más, afirmo, por un parte, que nada hay bello al mismo tiempo é inmoral, y por otra, que yerran lastimosamente los espíritus secuaces de Calvino, para quienes el hombre no puede ser virtuoso sin vivir desabrido consigo mismo, y que hasta se atreven á hablar de desesperación en el espejo de toda santidad, en el Hijo de Dios vivo, cuando moría en un patíbulo, víctima del amor hacia los mismos que le crucificaban. Dios no es ningún cómitre que se complazca en esgrimir el látigo sobre sus criaturas, ni la virtud matrona ceñuda, destinada por Dios para ser verdugo del corazón humano. Así y todo, no puede negarse que el austero vestido con que esta beldad de ordinario se encubre, nada tiene de atractivo ni halagüeño. ¿A quién lisonjea el maceramiento de la carne, la pobreza y el desasimiento de todo lo criado?

23. Mas ved aquí en qué está precisamente el genio de Santa Teresa. Con paso firme y sereno penetra delante de nosotros en la deliciosa mansión, donde la virtud se muestra tal cual es, y, encarándose con ella, nos dice entusiasmada: «Miradla: ahí la tenéis, hija del cielo, radiante de luz y de hermosura, cariñosa, apacible, graciosa y hasta jovial.» Y jovial se mostró también Santa Teresa al describirla, acomodando su pincel al retrato que trataba de esbozar. No con la jovialidad del novelista que se degrada pintando las infamias y abyección de seres envilecidos, que yo no puedo nombrar; ni con la sonrisa burlona del cínico que se mofa de todo lo bueno; sino con la jovial alegría del alma recta, que se pasea sin impedimento por los verjeles de la virtud, libando en todas las flores el almíbar de la paz y del amor. ¡Ah! no necesitó Santa Teresa, para ser festiva en sus escritos, de los cínicos chistes de Luciano, ni de las nefandas lubricidades de Marcial, ni de las indecorosas alusiones de nuestro Quevedo, ni aun de las socarronas inconveniencias del asendereado escudero, que el genio de Cervantes immortalizó. Su pluma, por otro estilo, tampoco fué bufona como la de Rabelais, ni incisa y punzante como la de La Bruyère, ni sardónica como la del mal llamado Filósofo de Ferney, ni fría y helada como la que trazó el carácter repulsivo de Mefistófeles; porque de nada de eso necesitó para fascinar el

ánimo de sus lectores y subyugar su rebelde corazón. Bastóle dejar estampada en sus escritos, sin conceptos alambicados ni repulidas frases, la hermosura del alma virtuosa, es decir, de su propia alma, y dejarnos ver aquel conjunto maravilloso de todas las virtudes que más halagan al corazón humano: caridad, mansedumbre, gratitud y resignación. Bastóle levantar una punta del velo que encubría sus mismas dotes naturales, y dejarnos admirar aquella su imaginación vivaracha y bulliciosa como los pájaros que cantan en la enramada, aquel su entendimiento claro y sereno como el azul estrellado de los cielos en noche de primavera, aquel su corazón ingenuo y florido como prado esmaltado de rosas que riegan arroyos cristalinos.

24. Aquí convergen, como á su centro, todas las ideas más originales de su genio creador y todos los rasgos más característicos de su lenguaje; á hacer la virtud amable y hasta seductora, no displicente y desabrida. Por eso ya desde la primera Morada, en que tanto inculca el ahondar en el conocimiento de la propia miseria, quiere que esto se haga *sin estrujar el ánimo*, como ella dice, sino ensanchándole con sentimientos generosos. Y á este fin manda que salgan fuera de sí de cuando en cuando, volando á considerar la grandeza y majestad de Dios; pues la humildad, añade, «es como la abeja que »labra su miel en la colmena, pero saliendo á sus tiempos para ex- »traerla de las flores que adornan el campo y la pradera (1). En lo »cual hay dos ganancias: la primera, que la humildad es mayor; pues »está claro que parece una cosa blanca muy más blanca cabe la »negra, y al contrario la negra cabe la blanca. La segunda, que nues- »tro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejado »para todo bien» (2). ¿Puede hablarse más claro?

25. De esta misma raíz nacía en su espíritu aquella instintiva repulsión que sentía á los caracteres melancólicos, la cual hizo á su pluma escribir palabras tan duras, que yo no recuerdo haberlas leído semejantes en sus escritos. «Torno á decir, exclama »en el libro de las *Fundaciones*, como quien ha visto y tratado muchas »personas de este mal, que no hay otro remedio para él sino es suje- »tarlas por todas las vías y maneras que pudieren. Si no bastasen »palabras, sean castigos; si no bastasen pequeños, sean grandes; si »no bastase un mes de tenerlas encarceladas, sean cuatro, que no »pueden hacer mayor bien á sus almas» (3). Ved en estas palabras la ingénita antipatía que experimentaba hacia los espíritus descontentadizos y atrabiliarios. Las virtudes, por el contrario, que más

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

(2) Mor. 2.^a, cap. II.

(3) *Fundaciones*, cap. VII.

cuadraban á su natural blando y amoroso, eran aquellas cuyo atractivo conquista fácilmente el corazón de las personas con quienes se conversa. Así, hablando de sí misma, dice en la *Vida*: «En esto de »dar contento á otros *he tenido extremo*, aunque á mí me hiciese pena; »tanto que en otras fuera virtud y en mí ha sido gran falta, porque »iba muy sin discreción» (1). Y en el *Camino de perfección*, tratando de la cortesía afirma: «Que se ha de hacer el acatamiento (á cada »cual) según el estado que tiene, y conforme al uso» (2). Confirma esto mismo más adelante y lo amplifica, exponiendo la manera como sus Hijas han de tratar con los prójimos. Sus palabras son estas: «Ansi que, Hermanas, todo lo que pudiéredes sin ofensa de Dios »procurad ser afables, y entender de manera que todas las personas »que os trataren, *que amen vuestra conversación* y deseen vuestra »manera de vivir y tratar, y *no se atemoricen y amedrenten de la »virtud*. A las religiosas, prosigue, importa mucho esto: mientras »*más santas, más conversables* con sus Hermanas; que, aunque sin- »táis mucha pena, si no van sus pláticas todas como vos las querría- »des hablar, nunca os extrañéis de ellas: y así aprovecharéis y seréis »amadas; que mucho hemos de procurar ser afables y agradar y con- »tentar á las personas que tratamos, en especial á nuestras Herma- »nas» (3). De la sencillez afirma que «nunca tuvo ni cayó en el vicio »de la hipocresía» (4); de la gratitud «que era de condición muy »agradecida» (5); y que el agradecimiento la movía más á sacrificarse por el Señor que no el temor de los castigos; de la constancia, en fin, dice estas palabras: «Era yo tan honrosa, que el determinarme »á decir á mis padres como quería ser monja, casi era como tomar »el hábito, pues me parece no tornara atrás de ninguna manera, ha- »biéndolo dicho una vez» (6). Basta esta breve reseña de las dotes naturales y carismas sobrenaturales que adornaron su alma, para entender cuál era la oculta mina donde tan ricos tesoros se encerraban. Sin entendimiento tan henchido de luz, no hubiera descollado tanto por su sobriedad y concisión; sin corazón tan apacible, no hubiera sido tan amena y jovial. Más quisiera decir sobre el mérito de los escritos á que me refiero en esta primera parte del discurso; pero el tiempo urge, y el campo que aun nos queda por recorrer es muy dilatado. Hora es ya que apartemos los ojos de las fértiles llanuras del ascetismo, para volverlos á las floridas y no menos fértiles praderas del misticismo Teresiano.

(1) *Vida*, cap. III.

(2) *Camino de perf.*, cap. XXII.

(3) *Camino de perf.*, cap. XXII.

(4) *Vida*, cap. VII.

(5) *Vida*, cap. XXXV.

(6) *Vida*, cap. IV.

VI

26. Doctrina mística de las últimas Moradas: dificultad especial de esta materia.—27. Diferencia entre los contenidos naturales y los gustos ó consuelos sobrenaturales.—28. Moradas cuartas: oración de recogimiento.—29. Y de quietud.—30. Moradas quintas: Oración de unión. Primer grado.—31. Segundo grado.—32. Tercer grado.—33. Moradas sextas: En qué se distinguen de las precedentes y de las siguientes.—34. Preparación al Desposorio espiritual.—35. El Desposorio místico. Dos modos de arrobamiento: Extasis ordinario.—36. Y Vuelo del espíritu.—37. Señales que certifican ser Dios el autor de estas mercedes.—38. Moradas séptimas: Matrimonio espiritual. Dios introduce al alma en esas moradas y allí se le manifiesta.—39. Maravillosa consumación del Matrimonio espiritual.—40. Sus efectos.—41. Recapitulación de las cuatro últimas moradas.

26. Al llegar aquí fuera mejor romper la pluma y dejar hablar á la inspirada escritora. Campeará así mejor su inteligencia varonil en las valientes pinceladas con que pinta las transformaciones del espíritu bajo la acción de la omnipotencia divina; su imaginación fresca y lozana, en las brillantes descripciones con que enriquece este viaje á las regiones de la psicología sobrenatural; su viveza femenil, en los símiles de inimitable delicadeza con que esmalta investigaciones tan abstrusas; su genial festivo, en gracejo y nativo candor que respiran todas sus páginas: mas ya que la naturaleza de estos apuntes no me permita dar cabida en ellos á tan extenso trabajo, procuraré por lo menos bosquejar tan grandiosa creación, hablando con sus mismas palabras en cuanto me fuere posible. Ni me es dado hacer otra cosa, si bien se mira, dada mi inexperiencia en tales materias. Porque, si la Santa Madre, al llegar á esta región de lo sobrenatural, confiesa que es dificultosísimo el dar á entender lo que el alma siente, y esto, después de haber navegado por espacio de veinte años en aquel mar de luz y de ventura, ¿qué harán los que, como yo, nada han probado ni visto de tales cosas, sino que hablan siem-

pre como de oídas? Aquí la mano tiembla al trazar sobre el papel tan asombrosos conceptos, y la lengua tartamudea no acertando á articular sonidos de tan celestial armonía. El Espíritu Santo, á quien la humilde Carmelita se encomendó para revelar tan grandes misterios, unja mi pluma, á fin de que no tropiece y caiga miserablemente con daño propio y de los que me oyen.

27. Como preámbulo de todo lo que más adelante explana, define aquí la Seráfica Doctora, cuál es la diferencia que media entre contentos naturales, y gustos ó sobrenaturales consuelos. Los primeros, dice, nacen de nuestro natural y acaban en Dios; los segundos nacen de Dios y redundan en el natural: aquéllos son adquiridos, y como conquistados por el ejercicio de nuestras potencias, *ayudadas del auxilio divino*; y, como nacen de la misma obra virtuosa, parece que los ganamos con nuestro trabajo, mas éstos son producidos inmediata y exclusivamente por Dios en el alma, con grandísima paz y quietud, sin que las potencias intervengan en ello con su actividad propia (1). Desentrañemos más esta idea. Así como en las cosas humanas y negocios ordinarios de la vida, siente el alma consuelo por los sucesos prósperos, como sucede en el adquirir una grande hacienda que de presto é inesperadamente se provee, ó en el éxito de un negocio enmarañado; y así como la esposa, ó la madre, ó la hermana, derraman lágrimas de alegría al contemplar vivo y en su presencia al esposo, hijo ó hermano que creían muerto; así también acontece en las cosas espirituales, que el alma, sobre todo cuando es de su natural tierna y compasiva, se derrite á veces en llanto al recordar los dolores y angustias de Cristo en la Pasión, ó bien al entender la fealdad y malicia de los pecados con que ofendió á su Dios y Señor. El solo discurrir con el entendimiento sobre estas cosas, es motivo del consuelo que experimenta en medio del mismo quebrantamiento del corazón; de manera, que el tal consuelo y deleite espiritual, puede llamarse obra suya por adquirirlos con cansancio de sus facultades intelectuales y ayudándose de las criaturas en la meditación; pero los consuelos ó gustos sobrenaturales vienen únicamente de Dios, sin cansancio del alma, antes con gran quietud de las potencias, que nada hacen sino recibir el don con que Dios las regala. Ambos linajes de consuelos causan deleite; mas los primeros «no ensanchan el corazón, sino que por ir envueltos con nuestras pasiones» (es decir, con la ternura natural), aprietan un poco y traen consigo «unas lágrimas penosas y unos alborotos de sollozos que acongojan» el alma. Y aun á personas he oído, añade la Santa, que se les aprieta el pecho, y vienen á movimientos exteriores, que no se pueden ir á la mano; y es la fuerza de manera, que les hace salir sangre de

(1) Mor. 4.^a, cap. I.

»las narices y cosas así penosas (1). No tal los segundos, que ensan-
»chan el alma, la cual parece que se va dilatando, produciéndose en
»ella bienes que no se pueden decir, ni aun el alma sabe entender
»qué es lo que se da allí» (2). Cual si esta clarísima y profunda de-
claración no bastase, ved ahora la sencilla y por tódo extremo galana
comparación con que termina: «Hagamos cuenta que vemos dos fuen-
»tes con dos pilas que se hinchen de agua... de diferentes maneras.
»Al un pilón viene el agua de más lejos, por muchos arcaduces y
»artificio; el otro está hecho en el mismo nacimiento del agua, y váse
»hinchendo sin ningún ruido; y si el manantial (es) caudaloso, como
»este de que hablamos, después de henchido este pilón, procede un
»gran arroyo.... y siempre está manando agua de allí. Es la diferen-
»cia que la que viene, por arcaduces, es, á mi parecer, los contentos
»que tengo dicho que se sacan con la meditación...; y como viene, en
»fin, con nuestras diligencias, hace ruido cuando ha de haber algún
»hinchimiento de provechos que hace en el alma. Estotra fuente,
»viene el agua de su mismo nacimiento, que es Dios, y así como Su
»Majestad quiere, cuando es servido, producir alguna merced sobre-
»natural, produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo más
»interior de nosotros mismos, yo no sé hacia dónde ni como» (3).

Supuesta esta explicación y allanado ya el camino para la inteli-
gencia de los secretos misterios del orden sobrenatural, comienza á
iniciarnos en estos mismos misterios con la descripción de la oración
de recogimiento, que no es sino disposición para la de quietud.

28. *Moradas cuartas.*—*Oración de recogimiento y de quietud.*
—Estas dos maneras de oración están confundidas en la *Vida*, y per-
tencen al segundo modo de sacar agua que allí expone (4); pero en
el *Camino de perfección* y en las *Moradas* las distingue perfecta-
mente, y de ambos tratados está tomada la doctrina que aquí damos
en compendio. Consiste la primera, no precisamente «en estar en
»oscuro, ni en cerrar los ojos, ni en cosa exterior alguna, puesto
»que sin quererlo se hace esto de buscar soledad... Parece que los
»sentidos van perdiendo su derecho, á fin de que el alma vaya co-
»brando el suyo que tenía perdido...» Hagamos cuenta, para formar-
nos alguna idea de lo que esto es, «que estos sentidos y potencias, es
»decir, la gente habitadora de este Castillo, se han ido fuera y andan
»con gente extraña y enemiga del bien del alma días y años; y que
»ya se han ido, viendo su perdición, acercando á él, aunque no acaban
»de estar dentro, porque esta costumbre es recia cosa, sino no son ya

(1) Mor. 4.^a, cap. II.

(2) Mor. 4.^a, cap. II.

(3) Mor. 4.^a, cap. II.

(4) *Vida*, cap. XIV.

»traidores y andan alrededor. Vista ya (por) el gran Rey que está
»en la Morada de este Castillo su buena voluntad, por su gran mise-
»ricordia quiérellos tornar á Él, y, como buen pastor, con un silbo
»tan suave, que aun casi ellos mismos no lo entienden, hace que co-
»nozcan su voz y que no anden tan perdidos, sino que se tornen á su
»Morada; y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan
»las cosas exteriores en que andan enajenados y métense en el Cas-
»tillo» (1). No vaya á creer el que esta merced recibe que la obtiene
por esfuerzo del entendimiento, «procurando pensar dentro de sí á
»Dios, ni por la imaginación, imaginándole en sí, pues á veces antes
»de que se comience á pensar en Dios, ya esta gente está en el Cas-
»tillo; que no sé por dónde ni cómo oyó el silbo de su pastor, que no fué
»por los oídos, pues no se oye nada, cuando siéntese notablemente un
»encogimiento suave á lo interior, como lo verá quien pase por ello.
»Sucede al alma lo que á un erizo ó tortuga cuando se retiran hacia
»sí, con la diferencia de que estos animales se retiran y encogen
»cuando quieren; pero esta oración no está en nuestro querer, sino
»cuando á Dios le place hacernos esta merced, y siéntese un fortale-
»cerse y esforzarse el alma á costa del cuerpo, y que le deja solo y
»desflaquecido, y ella toma allí bastimento contra él» (2). La medita-
ción y ejercicio de las potencias no debe cesar aquí, sino que, por el
contrario, deben actuarse; «que, pues Dios nos las dió para que con
»ellas trabajásemos, no hay para qué las encantar, sino dejarlas hacer
»su oficio hasta que Dios las ponga en otro mayor» (3) (introduciéndo-
las en otras Moradas más interiores). Tanto más que si Su Majestad
no ha empezado á embeber el alma, toda fuerza que queramos hacer á
nuestro cuerpo, como sería tener el huelgo, ó á las potencias del
alma para que nada obren, sería inútil; pues los gustos de Dios no
están ligados á esas cosas, sino que vienen con paz y suavidad y, por
otra parte, el mismo contener á las potencias para que en nada piens-
sen, puede ser de más daño que provecho, porque se distraerá la
imaginación con ese mismo querer no pensar en nada.

29. Esta oración de recogimiento, aunque es menos perfecta que
la de quietud, dispone muy apaciblemente para ella, y el que la tiene
«no dejará de llegar á beber el agua de la fuente, porque camina
»mucho en poco tiempo. Es como el que va en una nao, que con un

(1) Mor. 4.^a, cap. III.

(2) Mor. 4.^a, cap. III.

(3) Mor. 4.^a, cap. III. Obsérvese en estas palabras de la Santa la oposición de su doctrina con la de Molinos; pues, según este último, el alma de tal modo debe darse á la contemplación, que las potencias nada obren, sino que deben esperar en un *quietismo absoluto* el influjo de la acción divina; al paso que la Santa Madre no sólo aconseja, sino que manda trabajar con ellas, pues no deben estar ociosas, como dice más adelante, sino cuando el Señor las imposibilita para obrar.

»poco de buen tiempo se pone al fin de la jornada en pocos días, y los
»que van por tierra tárdanse más. Estos están, como dicen, púestos
»en el mar, aunque del todo no han dejado la tierra: aquel rato hacen
»lo que pueden recogiendo sus sentidos» (1).

Mas ¿en qué consiste la oración de quietud y qué efectos produce en el alma? Consiste, responde la Santa, en aquel mismo ensanchamiento del espíritu que causan los gustos sobrenaturales antes descritos, los cuales, manando del interior de la misma, la dilatan, por decirlo así, «á manera de como si el agua que mana de una fuente, no tuviese corriente, sino que la misma fuente estuviese labrada de una cosa, que, mientras más agua manase, más grande se hiciese (2). Siéntese una fragancia, como si en aquel hondor interior estuviese un brasero, adonde se echasen olorosos perfumes. Ni se ve la lumbré, ni adonde está; mas el calor y humo oloroso penetra toda el alma, y aun á veces participa el cuerpo. Con esta suavidad y ensanchamiento ya no la aprieta ni encoge el temor del infierno; porque, aunque le queda mayor de ofender á Dios, el servil piérdese aquí, y queda con gran confianza que le ha de gozar. El que solía tener, para hacer penitencia, de perder la salud, ya le parece que todo lo puede en Dios; tiene más deseos de hacerla que hasta allí. El que solía tener á los trabajos, ya va más templado, porque está más viva la fe, y entiende que, si los pasa por Dios, Su Majestad le dará gracia para que los sufra con paciencia, y aun algunas veces lo desea, porque queda una gran voluntad de hacer algo por Dios. En fin, en todas las virtudes queda mejorada» (3). Este contento y deleite no se siente como los de acá, ni nace del corazón, sino del centro mismo del alma; aunque luego «váse revertiendo por todas las potencias hasta llegar al cuerpo» y henchir el mismo corazón (4). El efecto de todo esto es que las potencias, aunque no se hallen unidas con Dios, están empero embebidas, mirando como espantadas que es aquello, lo cual no obsta para que la imaginación ande á veces desbaratada, mientras las demás se hallan empleadas en Dios y recogidas con él. Así acontecía á la Santa cuando esto escribía, pues sentía «un grande ruido en la cabeza, como si en ella tuviese muchos ríos caudalosos, y, por otra parte, que de estas aguas se despeñaban muchos pajarillos y silbos, sin que toda esta baraúnda le estorbaba la oración ni escribir, sino que el alma se estaba muy entera en su quietud, y amor, y deseos, y claro conocimiento» (5). En tal conjuntura, termina, preciso es no hacer caso de la imaginación, ni que

(1) *Camino de perf.*, cap. XXVIII.

(2) Mor. 4.^a, cap. III.

(3) Mor. 4.^a, cap. III.

(4) Mor. 4.^a, cap. II.

(5) Mor. 4.^a, cap. I.

por los pensamientos nos turbemos, ni se nos dé nada; «que, si los »pone el demonio, cesará con esto, y si es, como lo es, de la miseria »que nos quedó del pecado de Adán, tengamos paciencia y sufrámoslo »por amor de Dios.» Así que «dejemos andar esta taravilla de molino »y molamos nuestra harina, no dejando de obrar (con) la voluntad y »el entendimiento» (1). Y esto no con agudezas, buscando razones y ordenando pláticas, «sino dejando las letras á un cabo y poniendo »unas pajitas con humildad para ayudar á encender el fuego; pues »mucho leña junta de razones muy doctas... le apagarían» (2).

30. *Moradas quintas.*—*Oración de unión.*—Hémos ya en un grado de perfección mucho más levantado, á que Dios por su infinita misericordia eleva, cuando le place, las almas escogidas, en quienes se determina á derramar la abundancia de sus dones. Tres grados de unión distingue la Santa Madre. El primero, menos perfecto que los otros dos, es unión de sola la voluntad, la cual está gozando en mucha quietud de su Dios, mientras que el entendimiento y la memoria andan libres, de modo que pueden tratar negocios y entender en obras de caridad. Esta manera de unión, de la cual se habla en el *Camino de perfección*, cap. XXXI, párrs. 8 y 9, está admirablemente descrita, tanto aquí, como en el cap. XVII, párr. 3 de la *Vida*. «Parece, dice en esta última, que esta oración es todo uno con la de »quietud antes expuesta; pero es diferente, porque allí está el alma, »que no se quería bullir ni menear, gozando en aquel ocio santo de »María; en esta oración también puede ser Marta. Así que está casi »obrando juntamente en vida activa y contemplativa..., aunque no »del todo están señores de sí; y entienden bien que está la mejor »parte del alma en otro cabo. Es como si estuviésemos hablando con »uno, y por otra parte, nos hablase otra persona, que ni bien estare- »mos en lo uno ni bien en lo otro. Es cosa que se siente muy claro, y »dá mucha satisfacción y contento cuando se tiene, y es muy gran »aparéjo para que, en teniendo tiempo de soledad ó desocupación de »negocios, venga el alma á muy sosegada quietud.» Y en el *Camino de perfección* la explica por este símil que la inspiró el Señor, estando en la misma oración, y cuadra mucho á la Santa, y le parece que lo da á entender. «Está el alma como un niño que aún mama, cuando »está á los pechos de su madre, y ella, sin que él paladee, échale la »leche en la boca para regalarle. Así es acá, que sin trabajo del »entendimiento está amando la voluntad, y quiere el Señor que, sin »pensar, lo entienda que está con él, y que sólo trague la leche que »Su Majestad le pone en la boca, y goce de aquella suavidad, que »conozca le está el Señor haciendo esta merced y se goce de gozarla.

(1) Mor. 4.^a, cap. I.

(2) *Vida*, cap. XV.

»Mas no quiera entender cómo la goza y qué es lo que goza, sino
»descúidese entonces de sí, que sé, quien está cabe de ella, no se des-
»cuidará de ver lo que le conviene. Porque si va á pelear con el
»entendimiento para darle parte trayéndole consigo, no puede á todo:
»forzado dejará caer la leche de la boca, y pierde aquel manteni-
»miento divino. En esto, prosigue la Santa, se diferencia esta oración
»de cuando está toda el alma unida con Dios, porque entonces aún
»sólo este tragar el mantenimiento no hace, dentro de sí lo halla, sin
»entender cómo le pone el Señor» (1).

31. Algo semejante á este último estado acaece en la segunda manera de unión, en la cual Dios se enseñorea «de la voluntad y aun
»del entendimiento, porque el alma no discurre, sino que está ocupada
»gozando de Dios, como quien está mirando, y ve tanto que no sabe
»hacia dónde mirar; uno por otro se le pierde de vista, que no dará
»señas de cosa» (2). Pero la memoria y la imaginación quedan desem-
barazadas, «y, como ellas se ven solas, es para alabar á Dios la
»guerra que dan, y cómo procuran desasosegarlo todo» (3). El alma se deshace «por verse junta adonde está la mayor parte y ser impo-
»sible, sino que le dan tal guerra, que no la dejan valer; mas, como
»faltan las otras potencias, no valen, aun para hacer mal, nada.
»Harto hacen en desasosegar. Digo para hacer mal, porque no tienen
»fuerza ni paran en un ser..., que no parecen sino destas maripositas
»de las noches, importunas y desasosegadas... En extremo me parece
»le viene al propio esta comparación, porque, aunque no tienen fuerza
»para hacer ningún mal, importunan á los que las ven.» El remedio de todo esto, es el mismo que antes se dió en la oración de quietud: «no hacer caso de la imaginación más que de un loco, sino dejarla
»con su tema, que sólo Dios se la puede quitar» (4), ó, como dice en el *Camino de perfección*, «reirse de ella, y dejarla para necia, y
»estarse en su quietud, que ella irá y verná; mas, en fin, aquí es
»señora y poderosa la voluntad» (5), mientras que la imaginación queda por esclava. «Hémosla de sufrir con paciencia como hizo Jacob
»á Lía, porque harta merced nos hace el Señor, que gocemos de
»Raquel».

32. Finalmente, hay otra unión perfecta, que es como un dormirse todas las potencias, de manera que ni del todo se pierden ni entienden como obran. El gusto, y suavidad, y deleite, es en este linaje de oración mayor que en la pasada: «es un glorioso desatino, es

(1) *Camino de perf.*, cap. XXXI.

(2) *Vida*, cap. XVII.

(3) *Vida*, cap. XVII.

(4) *Vida*, cap. XVII.

(5) *Camino de perf.*, cap. XXXI.

»una celestial locura, adonde se aprende la verdadera sabiduría» (1). Las facultades del alma sólo tienen habilidad para ocuparse todas en »Dios; no parece se osa bullir ninguna, ni la podemos hacer menear »sí con mucho estudio no quisiésemos divertirnos, y aun no me parece »que del todo se podría entonces hacer» (2). Sucede aquí al alma, lo que al gusano de seda, cuando, después de haber formado el capullo, muere, y se convierte en mariposa. He aquí cómo expone la Santa esta bellísima comparación: «Ya habréis oído las maravillas de Dios »en cómo se cría la seda; pues de una simiente, que es á manera de »granos de pimienta pequeños, comienza con el calor (en comenzando »á haber hoja en los morales), á vivir; que hasta que haya este man- »tenimiento de que se sustenta, está muerta. Y con hojas de moral se »crían, hasta que, después de grandes, les ponen unas ramillas, y allí »con las boquillas van de sí mismos hilando la seda, y hacen unos »capuchillos muy apretados adonde se encierran, y acaba este gusano, »que es grande y feo, y sale del capucho una mariposita blanca muy »graciosa. Ansí acá; entonces comienza á tener vida ese gusano del »alma, cuando con la calor del Espíritu Santo se comienza á aprove- »char del auxilio general que á todos nos da Dios, y es el remedio que »un alma, muerta en su descuido y pecados, y metida en ocasiones »puede tener. Entonces comienza á vivir, y váse sustentando con esto »y buenas meditaciones hasta que está crecida. Crecido este gusano »(que es lo que hasta ahora en los principios queda dicho), comienza »á labrar la seda y edificar la casa donde ha de morir, que es Cristo. »Muere (al mundo) en la oración de unión, y sale de ella hecha una »mariposita blanca. ¡Oh grandeza de Dios, y cuál sale un alma de »aquí de haber estado un poquito metida en la grandeza de Dios y »tan junta con él, que á mi parecer nunca llega á media hora! Yo os »digo de verdad que ella misma no se conoce á sí. Porque mirad la »diferencia que hay de un gusano feo á una mariposa blanca, que la »misma hay acá. No sabe de dónde pudo merecer tanto bien, vése »con un deseo de alabar al Señor, que se querría deshacer y morir »por él mil muertes. Luego le comienza á tener de padecer grandes »trabajos sin poder hacer otra cosa. Los deseos de penitencia gran- »dísimos, el de soledad, el de que todos conociesen á Dios; y de »aquí le viene una pena grande de ver que es ofendido... ¡Oh, pues »ver el desasosiego de esta mariposita con no haber estado más »quieta y sosegada en su vida! Es cosa para alabar á Dios; y es que »no sabe á dónde posar y hacer su asiento, que, como le ha tenido tal, »todo lo que ve en la tierra le descontenta: en especial, cuando son »muchas las veces que le da Dios de este vino, casi de cada una »queda con nuevas ganancias. Ya no tiene en nada las obras que

(1) *Vida*, cap. XVII.

(2) *Vida*, cap. XVI.

»hacia siendo gusano, que era poco á poco tejer el capucho. Hánle nacido alas, ¿cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso á paso? Todo se le hace poco cuanto puede hacer por Dios, según son sus deseos. No tiene en mucho lo que pasaron los santos, entendiendo ya por experiencia cómo ayuda el Señor y transforma un alma, que no parece ella ni su figura. Porque la flaqueza que antes le parecía tener para hacer penitencia, ya la halla fuerte, el atamiento con deudos y amigos ó hacienda, que ni le bastaban actos ni determinaciones..., ya se ve de manera que le pesa estar obligada á lo que para no ir contra Dios es menester hacer. Todo le cansa, porque ha probado que el verdadero descanso no le pueden dar las criaturas» (1). Las señales que pone para conocer, cuándo esta unión con Dios es verdadera ó no, son dos: 1.^a Una certidumbre inquebrantable, queda en el alma, de que Dios la ha unido consigo, «con tal firmeza..., que aunque pasen años sin tornarle Dios á hacer esta merced, no lo olvida ni puede dudar que fué así» (2). 2.^a Los efectos que en el alma produce y ya están descritos, á lo cual debe añadirse una pena y quebranto grande que comienza á sentir el alma, por no hallar asiento en cosa alguna de la tierra, y no poder tornar allí donde gustó tan regalados deleites.

33. *Moradas sextas.—Desposorio espiritual.*—En esta Morada, la más bella y grandiosamente descrita de todas, distingue cuidadosamente la Santa los actos previos, con que el alma se dispone para que el Señor la tome por esposa, el desposorio mismo, y los efectos ó dones sobrenaturales con que Dios largamente la enriquece. No se vaya á creer que este altísimo y regaladísimo don se parece á los que el Señor prodiga en las Moradas anteriores, no; el desposorio místico sobrepuja inmensamente los favores propios de la oración de unión, y se asemeja en gran manera al matrimonio espiritual que se consuma en la postrera Morada. Por eso dice al llegar aquí la Santa: «Esta Morada y la postrera se pudieran juntar bien, porque de la una á la otra no hay puerta cerrada; (y sólo) porque hay cosas en la postrera, que no se han manifestado á los que no han llegado á ella, me pareció dividir las.» La diferencia entre estos tres últimos estados del alma, que son, unión perfecta, desposorio y matrimonio espiritual, la explica al fin de la Morada 5.^a (3), valiéndose al efecto de la comparación del Sacramento del Matrimonio y de todo lo que á él precede. Pero hace notar antes, que los contentos sobrenaturales

(1) Mor. 5.^a, cap. II.

(2) Mor. 5.^a, cap. I. Esta certidumbre inquebrantable y subjetiva de que habla la Santa, no es, nótese bien, de estar en gracia de Dios, sino únicamente de haber estado unida con él, lo cual, absolutamente hablando, puede acontecer también á las almas pecadoras.

(3) Cap. IV, párr. 2.

del espíritu no se parecen en nada á los toscos y terrenales de los que carnalmente se desposan, porque «las operaciones del primero, dice, »son limpísimas, y tan delicadísimas y suaves, que no hay cómo se »decir» (1). «Páreceme á mí, prosigue, que como acá, cuando se han de »desposar dos, se tratan (para ver) si son conformes... y para que más »se satisfagan el uno del otro; así, presupuesto que el concierto está »ya hecho, y el alma bien informada (de) cuán bien le está hacer en »todo la voluntad de su esposo de todas cuantas maneras ella viere »que le ha de dar contento, Su Majestad le hace misericordia de que »le entienda (ó conozca) más, y que vengan á vistas para luego jun- »tarla consigo. Podemos decir que es así esto, porque pasa en breví- »simo tiempo. Allí (en la oración de unión), no hay más que dar y »tomar; (no hay) sino ver el alma por una manera, quién es este »esposo que ha de tomar... Mas como es tal el esposo, de sola aquella »vista la deja más digna de que se vengan á dar las manos, como »dicen, y el alma queda tan enamorada, que hace de su parte lo que »puede para que no se desconcierte este divino desposorio» (2), sino que reciba su consumación con el matrimonio espiritual, que es propio de la séptima y última Morada.

34. La preparación inmediata para recibir tan señalado favor son las tribulaciones, así en el cuerpo con enfermedades y recios dolores (3), como en el alma; por dar el Señor licencia á los demonios (4), y á las personas con quienes se trata (5), y á los mismos confesores (6), para que la mortifiquen y combatan con apretamientos interiores, que sólo pueden compararse á los que en el infierno se padecen (7). No se halla entonces consuelo ninguno, ni de parte de la imaginación, ni de parte del entendimiento, en tan deshecha tempestad (8). Júntase con esto la pena, desgarradora y dulce al mismo tiempo, con que el mismo Dios sabrosísimamente la hiere. «Pues sucede aquí muchas veces, »dice, que, estando el alma descuidada y sin pensar en Dios, Su Ma- »jestad la despierta á manera de una cometa que pasa de presto, ó un »trueno, aunque no se oye ruido; mas entiende muy bien el alma que »fué llamada de Dios, y tan entendido, que algunas veces (en especial »á los principios) la hace estremecer y aun quejar, sin ser cosa que la »duela. Deshaciéndome estoy, Hermanas, por daros á entender esa »operación de amor, y no sé cómo; porque parece cosa contraria dar

- (1) Mor. 5.^a, cap. IV, párr. 1.
- (2) Mor. 5.^a, cap. IV, párr. 2.
- (3) Mor. 6.^a, cap. I, párrs. 14 y 15.
- (4) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 26.
- (5) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 5.
- (6) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 16.
- (7) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 19.
- (8) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 20.

»á entender el Amado claramente que está con el alma, y parecer
»que la llama con una seña tan cierta que no se puede dudar, y
»un silbo tan penetrativo para pretenderlo el alma que no lo puede
»dejar de oír; (parece, digo, imposible esto) y sentir al mismo tiempo
»una pena que le llega tan á las entrañas, que, cuando de ella saca la
»saeta el que la hiere, verdaderamente parece que se las lleva tras sí,
»según el sentimiento de amor que siente. Esto dura á veces algún
»rato, quítase y torna; pero nunca puede ser cosa movida, ni del
»natural, ni de melancolía, ni de antojo, ni ser engaño del demonio (1).
»Otras veces se la comunica el Señor por medio de hablas interiores.
»Unas parece que vienen de fuera, otras de lo muy interior del
»alma, otras de lo superior de ella, y otras tan en lo interior, que
»parece se oyen con los oídos, porque parece voz formada» (2). Y
aunque en esto cabe engaño del demonio ó de la propia imaginación,
especialmente en personas de flaca imaginación ó melancólicas, dis-
tinguense, cuando son de Dios, en el poder y señorío que traen
consigo, que es hablando y obrando; en la quietud y recogimiento
devoto con que dejan al alma dispuesta para alabar á Dios, y en
lo esculpidas que quedan en la memoria estas palabras, con tal segu-
ridad de que se han de cumplir, que, aunque parezca que todo va
al contrario, el alma no se puede rendir.

35. Dispuesta y habilitada ya así con trabajos, como también
con mercedes tales, tiene lugar el favor propio de esta Morada. *El
desposorio místico* no se celebra, si no es en estado de éxtasis ó arro-
bamiento de todos los sentidos; pues si, estando en el uso de ellos, se
viera tan cerca de Su Majestad, no fuera posible, por ventura, quedar
con vida. Dos clases hay de arrobamientos, unos simplemente tales,
y otros llamados vuelos de espíritu. Acontece en los primeros, que,
siendo el alma, aun fuera de la oración, tocada interiormente con
alguna palabra de que se acordó ú oye de Dios, «de presto manda el
»esposo cerrar las puertas de las Moradas y aun las del Castillo y
»cerca. Quitarle el huelgo de manera, que, aunque pueda hacer por
»un poquito uso de los otros sentidos, el de la lengua desaparece y se
»anuda por completo, sin poder hablar (y aun á veces todo se quita
»de presto); las manos se enfrían y el cuerpo, de manera que parece
»no tiene alma, ni se entiende si echa el huelgo» (3). Allí Dios la
renueva y abrasa en su amor, y así, limpia y abrasada, «la junta
»consigo sin entender allí nadie (lo que pasa) sino ellos dos; ni aun la
»misma (lo) entiende de manera que lo pueda después decir, aunque

(1) Mor. 6.^a, cap. II.

(2) Mor. 6.^a, cap. III.

(3) Mor. 4.^a, cap. IV, párr. 16.

»no está sin sentido interior» (1). «Esto dura poco espacio en un ser, porque, quitándose esa gran suspensión un poco, parece que el cuerpo torna algo en sí y alienta para tornarse á morir... Mas acaece, que, aunque se quita, la voluntad queda tan embebida y el entendimiento tan enajenado por días y días, que parece no es capaz de entender en cosa que no sea para más despertar la voluntad á amar» (2). Las potencias están absortas y como muertas, los sentidos lo mismo; pero á pesar de esto, ven, sea por visión imaginaria, sea por visión intelectual, secretos y cosas del cielo, según le place á Dios demostrárselas.

El primer modo de visión hace, que, de tal manera queden las cosas impresas en la memoria, que nunca jamás se olvidan, y, por otra parte, las puede de alguna manera declarar; pero «la visión intelectual, cuando se tiene en arrobamiento y fuera del uso de los sentidos, no deja imagen alguna en las potencias, y así no hay modo de declararla.» Y como sucede, cuando se entra en un gran palacio donde se ofrece á la vista mucho que ver, que luego se olvida todo, de manera que de ninguna de las cosas vistas en particular queda más memoria que si no se hubieran visto, ni sabríamos decir de qué hechura son, mas por junto nos acordamos que lo vimos; así en la visión intelectual de arrobamiento está el alma tan hecha una cosa con Dios, que, aunque á veces la permite el Señor ver admirables secretos, queda, después que torna en sí, con aquel representársele las cosas que vió, mas no puede decir ninguna (3).

36. El vuelo del espíritu, aunque no se distingue esencialmente del éxtasis ordinario, le lleva ventaja en la fuerza y poder con que obra en el alma, como un fuego grande de otro pequeño. Al primero

(1) Mor. 4.^a, cap. IV, párr. 3.

(2) Mor. 4.^a, cap. IV, párr. 17.

(3) He aquí las palabras con que la Seráfica Madre expone esta idea: «De-seando estoy acertar á poner una comparación, para si pudiese dar á entender algo de esto que voy diciendo, y creo no hay que la cuadre; mas digamos ésta: Entráis en un aposento de un Rey ó gran señor (creo camarín los llaman), adonde tienen infinitos géneros de vidrios, y barros, y muchas cosas puestas por tal orden, que casi todas se ven en entrando. Una vez me llevaron á una pieza de estas en casa de la Duquesa de Alba..., que me quedé espantada en entrando, y consideraba de qué podía aprovechar aquella baraúnda de cosas, y veía que se podía alabar al Señor de tantas diferencias de cosas, y ahora me cae en gracia cómo me han aprovechado para aquí. Y aunque estuve allí un rato, era tanto lo que había que ver, que luego se me olvidó todo, de manera, que de ninguna de aquellas piezas me quedó más memoria que si nunca las hubiera visto, ni sabía decir de qué hechura eran, mas por junto acuérdate que lo vió. Así acá, estando el alma tan hecha una cosa con Dios, metida en este aposento del cielo empireo..., algunas veces gusta (el Señor) que... de presto vea lo que está en aquel aposento, y así queda, después que torna en sí, con aquel representársele las grandezas que vió; mas no puede decir ninguna, ni llega su natural á más de lo sobrenatural que ha querido Dios que vea.»—Mor. 6.^a, cap. IV, párrs. 9 y 10.

llama Santa Teresa en la *Vida*, cap. XVIII, párr. 3, *unión* simplemente, por el desposorio espiritual y esencialmente *unitivo* que en él se efectúa; y al segundo, *levantamiento en la unión*. «Acaece de »presto, dice, que estando el alma buscando á Dios, se siente un »movimiento tan acelerado de la misma, que parece es arrebatado el »espíritu con velocidad» (1). Siéntese turbación y temor, mas no hay modo de resistir, antes es peor; «que con la facilidad que un gran »jayán puede arrebatarse una paja, éste nuestro gran gigante y poderoso arrebatase el espíritu» (2). «No parece sino que (sobre) aquel »pilar de agua que dijimos en la cuarta Morada, que con suavidad »(digo sin ningún movimiento), se henchía, aquí desató este gran »Dios los manantiales por donde venía á este pilar el agua, y con un »ímpetu grande se levanta una ola tan poderosa, que sube á lo alto »esta navecica de nuestra alma. Y así como no puede una nave, ni »es poderoso el piloto, ni todos los que la gobiernan, para que las »olas, si vienen con furia, la dejen estar á donde quieren, muy menos »puede lo interior del alma detenerse en donde quiere, ni hacer que »sus sentidos ni potencias hagan más de lo que les tienen mandado, »que lo exterior no se hace aquí caso de ello» (3). Para esto es menester gran ánimo, que es cosa que acobarda en gran manera; y si Nuestro Señor no se le diese, andaría siempre con gran aflicción, viendo su mala correspondencia á Dios de tantas mercedes, en las faltas, quiebras y flojedad de sus obras. «Y tengo para mí, que, si á »los que andan muy perdidos por el mundo se les descubriese Su »Majestad, como hace á estas almas; que, aunque no fuese por amor, »por miedo no le osarían ofender» (4). Los efectos exteriores que causa en el cuerpo este favor son semejantes á los del simple arrobamiento, aunque más vehementes; y se hallan admirablemente descritos en el cap. XVIII, párrs. 6 y 7 de la *Vida*, cuando dice: «Siéntese (el alma) con un deleite grandísimo y suave casi desfallecer »toda, con una manera de desmayo que le va faltando el huelgo y »todas las fuerzas corporales, de manera que, si no es con mucha »pena, no puede aún menear las manos. Los ojos se le cierran sin »quererlos cerrar, y si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni si lee, »acierta á decir letra, ni casi atina á conocerla bien. Ve que hay »letra; mas, como el entendimiento no ayuda, no la sabe leer aunque »quiera. Oye, mas no entiende lo que oye. Así que de los sentidos »no se aprovecha nada, si no es para no la acabar de dejar á su »placer, y así antes la dañan. Hablar es por demás, que no atina á »formar palabra, ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronun-

(1) Mor. 6.^a, cap. V, párr. 1.

(2) Mor. 6.^a, cap. V, párr. 2.

(3) Mor. 6.^a, cap. V, párr. 3.

(4) Mor. 5.^a, cap. V, párr. 5.

»ciar; porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta en las
»del alma para mejor poder gozar de su gloria. El deleite exterior
»que se siente es grande y muy conocido; la oración ni hace daño por
»larga que sea... Verdad es que á los principios pasa en tan breve
»tiempo... que en la falta de los sentidos no se da tanto á enten-
»der, mas bien se entiende en la sobra de mercedes, que ha sido
»grande la claridad del sol que ha estado allí, pues así la ha derre-
»tido... Por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspen-
»sión de *todas* las potencias, es bien breve: cuando estuviere media
»hora, es muy mucho... La voluntad es la que mantiene la tela, mas
»las otras dos potencias presto tornan á importunar. Como la volun-
»tad está queda, tórnalas á suspender, y están otro poco, y tornan á
»vivir. En esto se pueden pasar algunas horas de oración..., porque,
»comenzadas las dos potencias á emborrachar y gustar de aquel vino
»divino, con facilidad se tornan á perder de sí para estar muy gana-
»das, y acompañan á la voluntad y se gozan todas tres » Esto por lo
que hace á los sentidos y potencias del alma, y á los afectos que en
ellas nacen y quedan como entrañados. «El alma deshácese toda,
»prosigue; ya no es ella la que vive, sino Dios en ella... Aquí faltan
»todas las potencias y se suspenden de manera, que en ninguna
»manera se entiende... que obran. Si estaba pensando en un paso, así
»se pierde la *memoria* como si nunca la hubiera habido de él; si lee,
»en lo que leía no hay acuerdo ni parar; si rezar, tampoco. Ansí que
»á esta mariposilla importuna de la memoria se la queman las alas;
»ya no puede más bullir. La *voluntad* debe estar bien ocupada en
»amar, mas no entiende cómo ama. El *entendimiento*, si entiende,
»no se entiende cómo entiende, al menos no puede comprender nada
»de lo que entiende, á mí no me parece que entiende; porque, como
»digo, no se entiende: yo no acabo de entender esto... (1) El ánima
»queda animosa; que, si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios,
»le sería gran consuelo. Allí son las promesas y determinaciones
»heroicas, la viveza de los deseos, el encomenzar á aborrecer el mun-
»do, el ver muy claro su vanidad; está muy más aprovechada... y la
»humildad más crecida... Vése claro indignísima, porque en pieza
»adonde entra mucho sol, no hay telaraña escondida; ve su miseria.
»Va tan fuera la vanagloria, que no le parece la podría tener;
»porque ya es por vista de ojos lo poco ó ninguna cosa que puede,
»que allí no hubo casi consentimiento, sino que parece que aunque
»no quiso le cerraron la puerta á todos los sentidos para que más
»pudiese gozar del Señor. Quédase sola con él; ¿qué ha de hacer
»sino amarle?... De sí ve que merece el infierno, y que la casti-
»gan con gloria... ¡Bendito seáis, Señor mío, que ansí hacéis de

(1) *Vida*, cap. XVIII.

«pecina tan sucia como yo, agua tan clara que sea para vuestra «mesa» (1).

37. Tales son los prodigiosos efectos que obra en el alma esta oración, según los expone en la *Vida*, á los cuales deberán añadirse los que pone en la presente Morada, para mejor conocer cuándo tan señalados favores no son ilusión del demonio ni antojo de la imaginación. En varias de las operaciones antedichas no cabe engaño, porque el demonio, ni puede obrarlas en nosotros, ni aun fingirlas, como ya antes se indicó; y la certidumbre incontrastable que queda en el alma de que Dios le ha hablado, es prueba segura de ello. Mas si á todo esto se juntan ansias grandísimas de salir de este destierro y hastío de vivir en él, deseos de publicar las divinas alabanzas y grandezas de Dios, júbilos grandes (por más que pasen pronto), junto con grande libertad para gozar de Dios, é ímpetus vehementísimos, «á manera de golpes, aunque no son golpes», ó á manera de saetas ó rayos, que de presto pasan y dejan hecho polvo todo cuanto hallan de tierra en nuestro natural; si todo esto se junta á lo antes expuesto, y deja en el alma una noticia viva del mismo Señor, la cual hace crecer tanto la pena de no poder gozarle, que arranca grandes gritos, por más que la persona que lo experimenta esté habituada á padecer dolores y sea muy sufrida, entonces no cabe la menor duda que el dispensador de tales mercedes es Dios.

38. *Moradas séptimas.—Matrimonio espiritual.*—Ved aquí al alma ya al fin de su jornada. Dispuesta así con tan inmenso cúmulo de penas y sabrosísimas mercedes, introdúcela el Señor en la mansión donde él de continuo mora, y únela consigo, no de la manera que antes la unía, esto es, perdiéndose y anegándose en el sumo Bien todas sus potencias; sino más bien «quitándole las escamas de los ojos», para que entienda por visión intelectual la merced con que el Señor quiere poner el colmo á sus regalos. Muéstrasele entonces «la Santísima Trinidad con una inflamación, que primero viene á su «espíritu, á manera de una nube de grandísima claridad...; y, por «una noticia admirable que se da á el alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una substancia, y un poder, y «un saber, y un solo Dios... Aquí se le comunican todas tres Personas, «y la hablan, y la dan á entender (el sentido de) aquellas palabras que «dijo el Señor en el Evangelio: *Que venga Él, y el Padre, y el Espíritu Santo á morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos.*» Y estas tres divinas Personas no se van, sino que el alma notoriamente sigue viendo (aunque no con tanta claridad como antes

(1) *Vida*, cap. XIX.

cuando el Señor se la mostró) que perseveran en su compañía, «en lo interior del alma, en lo muy más interior, en una cosa muy honda... Digamos ahora como (si á) una persona que estuviese en una muy clara pieza con otras, y cerrasen las ventanas y se quedase á obscuras; no porque se quitó la luz para verlas, y que hasta tornar la luz no las ve, deja de entender que están allí» (1).

39. Con esta noticia queda habilitada para recibir el último y más preciado don del *espiritual matrimonio*, el cual no se consuma del todo, y con perfección plena y absoluta, en la presente vida, porque mientras vivimos podemos apartarnos de Dios y romper este divino vínculo. «La primera vez, dice, que Dios hace esta merced, quiere Su Majestad mostrarse al alma por visión imaginaria de su sacratísima Humanidad, para que lo entienda bien y no esté ignorante de que recibe tan soberano don. Á otras personas, dice la Santa, será por otra forma; mas á la persona de quien yo hablo (que es ella misma) se le representó el Señor, acabando de comulgar, con forma de gran resplandor, y hermosura, y majestad, como después de resucitado, y le dijo que era ya tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y Él tendría cuidado de las suyas, y otras palabras que son más para sentir que para decir. Parecerá que no era esto novedad, pues otras veces se había el Señor representado á esta alma en esta manera. Fué tan diferente, que la dejó bien desatinada y espantada: lo uno porque fué con gran fuerza esta visión; lo otro por las palabras que le dijo, y también porque en lo interior de su alma, á donde se le representó, si no es la visión pasada, no había visto otras» (2). «Pasa esta secreta unión del matrimonio espiritual en el centro muy interior del alma, que debe ser á donde está el mismo Dios, y á mi parecer no ha menester puerta por donde entre. Digo que no ha menester puerta, porque en todo lo que se ha dicho hasta aquí (es decir, hasta esta Morada), parece que va por medio de los sentidos y potencias, y este aparecimiento de la Humanidad del Señor así debía ser; mas lo que pasa en la unión del matrimonio espiritual es muy diferente. Aparécese el Señor en este centro del alma sin visión imaginaria, sino intelectual, aunque más delicada que las dichas (en la Morada anterior), como se apareció á los Apóstoles cuando les dijo sin entrar por la puerta: *Pax vobis*. Es un secreto tan grande y una merced tan subida lo que comunica Dios allí al alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente, que no sé á qué lo compare, sino á que quiere el Señor manifestarle por aquel momento la gloria que hay en el cielo, por más subida manera

(1) Mor. 7.^a, cap. I.

(2) Mor. 7.^a, cap. II.

»que por ninguna visión ni gusto espiritual. No se puede decir más
»de que queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho una cosa
»con Dios; que, como es espíritu, ha querido Su Majestad mostrar el
»amor que nos tiene en dar á entender á algunas personas á dónde
»llega, para que alabemos su grandeza. Porque de tal manera ha
»querido juntarse con la criatura, que, así como los que ya no se pue-
»den apartar, no se quiere apartar El de ella» (1). Y esta es la dife-
»rencia que existe entre el Matrimonio y Desposorio espiritual, *la cual*
es tan grande «como la hay entre dos desposados, y aquellos que ya
»no se pueden apartar» (2). Pues aunque en el Desposorio hay unión,
y unión es hacer de dos cosas una, «en fin se pueden apartar y quedar
»cada una por sí, como vemos ordinariamente que pasa presto aquella
»merced del Señor, y después se queda el alma sin esta compañía,
»digo de manera que la entiendan. En estotra merced no, porque
»siempre queda el alma con su Dios en aquel centro. Digamos que es
»la (oración de) *unión* como si dos velas de cera se juntasen tan en
»extremo que toda la luz fuese una, ó que el pábilo y la luz y la cera
»es todo uno; mas después bien se puede apartar la una vela de la
»otra y quedan en dos velas, ó el pábilo (separarse) de la cera (y que-
»darían dos cosas distintas). Acá es como si cayendo agua del cielo en
»un río ó fuente, adonde queda hecho todo una (masa de) agua, que
»no podrán ya dividir ni apartar cuál es del río ó lo que cayó del cielo;
»ó como si un arroyico pequeño entra en la mar, no habrá remedio de
»apartarse; ó como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde
»entrase gran luz, aunque entra dividida, se hace todo una luz» (3).

40. «Y esto se entiende mejor, cuando anda el tiempo, por los
»efectos. Porque se entiende claro por unas secretas aspiraciones, ser
»Dios el que da vida á nuestra alma; muy muchas veces tan vivas,
»que en ninguna manera se puede dudar... y no se puede excusar de
»decir: *¡Oh vida de mi vida y sustento que me sustentas!* y cosas
»de esta manera. Porque de aquellos pechos divinos, adonde parece
»está Dios siempre sustentando el alma, salen unos rayos de leche,
»que toda la gente del Castillo conforta, que parece quiere el Se-
»ñor... que de aquel río caudaloso, adonde se consumió esta fuen-
»teca pequeña, salga algunas veces algún golpe de aquel agua para
»sustentar los que en lo corporal han de servir á estos dos desposados
»(ó casados). Y, así como sentiría esta agua una persona que está des-
»cuidada, si de presto la bañasen en ella, y no la podría dejar de sen-
»tir; de la misma manera, y aun con más certidumbre, se sienten las
»operaciones que digo. Porque, así como no nos podría venir un gran

(1) Mor. 7.^a, cap. II, párrs. 3, 4 y 5.

(2) Mor. 7.^a, cap. II, párr. 2.

(3) Mor. 7.^a, cap. II, párrs. 6 y 7.

»golpe de agua, si no tuviera principio; así se entiende claro que hay
»en lo interior quien arroje estas saetas, y dé vida á esta vida, y que
»hay sol de donde procede una gran luz, que se envía á las potencias
»de lo interior del alma» (1). Son también efectos de esta merced:
1.º Una grandísima paz interior, que, aunque las potencias y sentidos
anden á veces desasosegados, nunca se pierde; y «estáse el alma
»tranquila, como el rey con grande quietud en su palacio, por más
»que haya muchas guerras en su reino y muchas cosas penosas (2).
2.º Un grande olvido de sí, que verdaderamente parece ya no es,
»pues la mariposica murió con grandísima alegría de haber hallado
»reposo y vive en Cristo» (3). 3.º Un grandísimo deseo de padecer,
»mas no de manera que la inquiete, como (antes) solía; porque es en
»tanto extremo el deseo que queda en estas almas de que se cumpla
»la voluntad de Dios, que todo lo que Su Majestad hace, tiene por
»bueno: si quisiere que padezca, enhorabuena; si no, no se mata, como
»solía (4). 4.º Un grande gozo interior, cuando es perseguida, con mu-
»cha más paz que lo que queda dicho y sin ninguna enemistad con los
»que les hacen mal ó desean hacer, antes les cobran amor particular;
»de manera, que, si los ven en algún trabajo, lo sienten tiernamente,
»y cualquiera tomarían por librarlos de él, y encomiéndanlos á Dios
»de muy buena gana (5). 5.º Un grande deseo de servir al Señor y de
»que sea alabado, tal que, si supiesen cierto que en saliendo el alma
»del cuerpo ha de gozar de Dios no les hace al caso: ni pensar en la
»gloria que tienen los Santos, no desean por entonces verse en ella,
»pues la tienen puesta en ayudar en algo al Crucificado, en especial
»cuando ven que es tan ofendido (6). 6.º Un desasimiento grande de
»todo, y deseo de estar siempre á solas ú ocupadas en cosa que sea de
»provecho de alguna alma; y no (con) sequedades y trabajos interio-
»res, sino con una memoria y ternura con Nuestro Señor, que nunca
»querría estar, sino dándole alabanzas; y cuando se descuida, el mis-
»mo Señor la despierta, como queda 'dicho» (7).

41. Ved aquí reducido á compendio todo el sistema doctrinal de la Seráfica Doctora sobre Teología mística. Antes de analizarle y juzgarle, recapitulemos con el laconismo posible todo lo expuesto. En la oración de *recogimiento* las potencias siéntense como *atraídas* á lo interior del alma por el dulce reclamo del Pastor divino; pero todavía pueden y deben poner algo de su eficacia natural para responder á

(1) Mor. 7.^a, cap. II, párrs. 9 y 10.

(2) Mor. 7.^a, cap. II, párr. 18.

(3) Mor. 7.^a, cap. III, párr. 4.

(4) Mor. 7.^a, cap. III, párr. 5.

(5) Mor. 7.^a, cap. III, párr. 5.

(6) Mor. 7.^a, cap. III, párr. 6.

(7) Mor. 7.^a, cap. III, párr. 9.

este divino llamamiento; en la de *quietud* Dios las *suspende*, y el deleite que experimentan con la presencia de su Amado, es tan grande, que las eleva á un estado de enajenamiento, el cual entorpece su habitual energía. La *unión* con Dios obra con más fuerza todavía; hácelas *dormir* el sueño de la paz y del amor, y, constituidas en este estado, vense incapaces de arbitrar medio alguno con que sacudir de sí esa especie de letargo místico. *Mueren* por fin al mundo y á sí mismas en el desposorio espiritual que se celebra en la 6.^a Morada, y *resucitan* á nueva vida en la Morada 7.^a, para consagrarse al servicio del esposo celestial, con quien se han unido en vínculo indisoluble de amor. Pasemos ahora á estudiar, en la medida que nuestro corto ingenio lo permite, el valor filosófico y literario de tan maravilloso sistema doctrinal.

VIII

42. Valor filosófico y literario de este sistema doctrinal. Qué es misticismo.—43. Condiciones del escritor místico: la materia.—44. La forma.—45. Místicos gentiles y herejes.—46. Místicos católicos.—47. Místicos españoles. Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

42. Para rastrear de alguna manera lo grandioso de esta concepción, ya la consideremos en sí misma, ya en el admirable desarrollo de cada una de sus partes, conviene ante todo anticipar ciertas ideas, y hacer luego mención especial de algunos de los escritores que han precedido en este camino á la Seráfica Doctora. Muy en su lugar estaría aquí echar una rápida ojeada sobre la historia del misticismo en general, y del español muy en particular; los límites empero de esta disertación, ya demasiado extensa, no me permiten dar cabida en ella á tantos nombres y escritos, como fuera necesario mencionar. La palabra místico, helénica de origen, *μυστικός*, se usaba entre los griegos para designar á los iniciados en los misterios del culto, con que se honraba á alguna de sus deidades. Tal es la significación que tiene en varios pasajes de Aristóteles, según la interpretación común de sus escoliastas y comentadores. De los gentiles pasó á los cristianos, quienes aplicaron esta denominación á aquellas almas predilec-

tas, que, por penetrar más hondamente en la inteligencia de las cosas divinas y unirse con más apretado lazo de amor al supremo Bien, participaron más de la vida sobrenatural y extraordinaria con que el Espíritu divino hace vivir á su regalada esposa, la Iglesia de Cristo. Místicos fueron, por consiguiente, todos aquellos Santos cuya inteligencia y cuya voluntad, henchidas por la infusión sobreabundante de esos misteriosos dones, fueron constituídas en un estado psicológico particular, desconocido para el vulgo de las almas justas. Según esto, y tomada la palabra *místico* en toda su latitud, será escritor místico sólo aquel en cuyas obras se vea la manifestación de este estado psicológico, bien sea por tratar y exponer esta materia, ó bien por dar á sus producciones una forma tal, que revele en ideas y afectos ese endiosamiento del alma, misteriosamente unida con Dios.

43. En efecto, dos son las condiciones precisas, que para juzgar atinadamente sobre escritos de este género, debemos siempre tener en cuenta: la materia sobre que versan, y la forma de que se revisten. Constituyen la materia de la Teología mística, según acabamos de indicar, y dijimos ya al dar principio á este trabajo, las operaciones que el alma ejercita, cuando, sometida al influjo de una acción extraordinaria, aun en el mismo orden sobrenatural, se encumbra en alas del fuego divino, hasta el santuario de la divinidad, y allí, muerta á sí misma, despojada de su miseria, sobrenaturalmente transformada, vive de la vida de Dios. Con sólo tener presente esta observación, hubieran evitado muchos escritores, eruditos más que sabios concienzudos, la confusión lastimosa en que han incurrido, clasificando entre los *escritores místicos* á los que sólo merecen el nombre de ascetas (1). Ni basta para ser acreedor al glorioso dictado de *Doctor místico*, tratar incidentalmente, y como de paso, de alguna de estas operaciones; sino que se requiere, como condición indispensable, hacer ver uno por uno los pasos con que el alma avanza por esta escabrosa senda, á la manera que, para ser acreedor al renombre de Doctor en Teología ó Jurisprudencia, se requiere abarcar las diversas partes que estas Facultades encierran. Esta consideración me mueve á separarme también de algunos escritores, que, tomando en sus juicios críticos otro punto de partida, prodigan con demasiada facilidad la borla *mística* á Doctores ascéticos, en cuyas obras sólo se leen ligeros toques y conceptos aislados, que pertenezcan al dominio de la Mística.

44. Pero avancemos, concretando más y más las ideas. *Literariamente* considerados, no se apellidan *místicos* todos los escritos en que

(1) Tal es, entre otros, Mr. Rousselot, en su obra *Les Mistiques Espagnols*.

se desenvuelve la materia propia de esta ciencia sagrada. La tría y árida pluma del escolástico que desentrañase estos misterios, y explicándose en investigaciones psicológicas, nos describiese los diversos estados por que atraviesa el espíritu antes de llegar á la posesión de Dios por unión de amor, conquistaría de seguro para el autor el nombre *científico* de escritor místico, mas no los honores reservados en la *crítica literaria* para esta honrosa denominación. ¿Y por qué? Porque lo que constituye el nervio del misticismo, la sangre, por decirlo así, que le da vida, no es la materia sobre que versan, sino la forma. Es ese vapor santo que hinche los senos del alma, y humea como oloroso incienso de todos los pensamientos que el entendimiento engendra, y de todas las palabras que la lengua articula, es el férvido afecto que debe palpar en las páginas de escritos tales. Sin esto no hay misticismo, y el autor de tales producciones será sabio, será filósofo, teólogo, moralista, asceta, cuanto queráis; pero místico no lo será, no puede serlo: *literariamente* hablando, nadie así le apellidará.

45. *Algo* de este vago anhelar á la posesión del Sér, que contemplaban como inteligencia suprema y sumo Bien, tuvo la escuela socrática de Atenas, sobre todo en el más grande y sublime de sus pensadores, el divino Platón. Este filósofo portentoso, después de haber puesto en boca de Sócrates aquella sublime teoría sobre el amor, según la cual es preciso elevarse del amor de la belleza corporal, al de la belleza moral, y de éste al amor de la belleza intelectual, termina la exposición de su teoría, con estas palabras: «Atiende ahora ¡oh Sócrates! á lo que voy á decir, con todas las fuerzas de tu alma (1). »Todo el que, pasando por esos diversos grados de amor, haya »llegado hasta aquí, conseguirá como fin y término de su amoroso »afecto el contemplar una admirable belleza... Una belleza que siem- »pre existe, que no nace ni muere, que no aumenta ni disminuye, que »no es hermosa por una parte y fea por otra..., hermosa aquí y fea »allí, hermosa para estos y fea para aquellos. Que no es hermosa con »hermosura participada, sino en sí misma, por sí misma, constante y »uniformemente hermosa. Todas las otras cosas bellas, lo son por »participación de esta belleza suma, y de tal manera, que, cuando »ellas nacen ó mueren, en nada la alteran, nada por eso pierde, nada »con ellas gana... ¡Qué felicidad la de contemplar en sí misma esa »divina hermosura, clara, íntegra, pura, limpia, sin mezcla de carne, »ni color, ni de otras bagatelas humanas y terrenales! ¿Tendrás en »poco la vida del hombre que tiene puestos allí los ojos, y disfruta de »su vista, y se une con ella íntimamente? ¿No es verdad que quien

(1) Συμπόσιον, vel *De amore*. Estas palabras las supone Platón oídas por Sócrates de Diótima, «mujer muy sabia y adivina», y, como tales, las refiere este último á sus convidados.

«la mira, con los ojos con que esta belleza puede sólo mirarse, engendrará en su alma y para bien suyo, no imágenes de virtudes, sino las virtudes mismas? Porque no se unirá á la sombra, sino á la realidad de la *virtud*; y, produciéndola y sustentándola en su alma, se hará amigo de Dios, y gozará, como hombre ninguno, de la inmortalidad.» Aquí hay ráfagas de vivísima luz, que calientan y disponen el corazón para los amorosos transportes del misticismo cristiano; pero sólo ráfagas. Otro tanto, y aun quizás todavía menos, puede decirse de la escuela de Plotino (1) y de los Gnósticos de Alejandría, de los judíos secuaces de Filón (2) y de sus hermanos los Teósofos árabes de la Edad Media en España (3). Gabirol y Tofail, así como todos sus afines los Neoplatónicos de Oriente y Teósofos de Occidente, más que verdaderos místicos, han sido profundos contemplativos de las cosas divinas; y el misticismo, aunque *supone* esta profunda contemplación como fundamento, no consiste en esa elaboración puramente intelectual, sino en la efervescencia de la voluntad que ella produce; no arranca *inmediatamente* de la cabeza, sino del corazón. El luminoso raudal, de donde los puros destellos místicos se derivan, el venero inagotable de aguas vivas, donde han bebido los místicos verdaderos, no hay que buscarle, ni en las cenagosas hondas del Panteísmo indostánico, ni en los intermitentes y secos manantiales de la Moral helénica, ni en las horadadas cisternas de la infecunda herejía. No, no: Budha y Brahma, Júpiter y Mahoma jamás han tenido ni tendrán la virtud procreadora de verdaderos corazones místicos. Persépolis y Atenas, Alejandría y Córdoba fueron siempre páramos estériles, donde la semilla del misticismo, ó no cayó ó no germinó, ó, por lo menos, degeneró hasta convertirse en planta bastarda é infructuosa, ¿Diré más? El falso Dios de Eutiches y Nestorio está condenado á la misma infecundidad que los monstruosos ídolos gentilicos porque todos los herejes, los cismáticos todos, como ramas arrancadas del árbol de la unidad, no participan de la savia con que el Espíritu Santo le vivifica, única engendradora de estos dulcísimos y regaladísimos frutos.

46. Preciso es salvar la inmensa distancia que media entre el mundo antiguo y el mundo regenerado, entre los Diálogos de Platón y los versos de Sinesio ó las Confesiones de San Agustín, para tropezar con lo que inútilmente buscaríamos hasta llegar aquí. Aquella

(1) Este es, por lo menos, mi juicio sobre la *unificación ó simplificación* expuesta en sus *Enneades*, y transmitida por Porfirio.

(2) Philo: *De Vita contemplativa*.

(3) No nos detenemos en mencionar á los *yoguiés* indicos y *sofíes* pérsicos, porque la idea panteísta, en que radica su sistema, mata forzosamente todo germen de misticismo.

increada sabiduría, cantada en Oriente por el Obispo de Tolemaida, y aquella hermosura sobresustancial, *tan tarde conocida y tan tarde amada* por el Obispo de Hipona, fué la que hizo estampar sobre el papel los primeros ardores místicos á estas dos ilustres plumas del Catolicismo. Esa misma inspiró después las ardorosas meditaciones á San Anselmo, los amorosos deliquios de San Bernardo, las efusiones místicas á San Buenaventura. Mas estos Santos, aunque inflamados á veces del fuego divino, que el gentilismo y la herejía por completo desconocieron, no pensaron jamás (1) en escribir una Teología mística, donde dejaran marcados los escalones que el espíritu debe recorrer para ascender desde la nada de su miseria, hasta el abismamiento en la infinita realidad del Sér supremo. Otros escritores, por el contrario, hubo en la Iglesia Católica, que pretendieron y llevaron á cabo tan ardua empresa; mas sin el arrebató místico que embelleció las fogosas páginas de los Padres y Doctores anteriormente citados. San Dionisio Areopagita (ó quien quiera que sea el autor de las obras que á este Santo se atribuyen) (2), San Juan Clímaco (3), Ricardo de San Victor (4), Gersón (5), Rusbroquio (6) y Taulero, son otros tantos escritores de Teología mística, en quienes resplandece la claridad, el orden, el enlace de las ideas y la composición armónica de los elementos esparcidos acá y acullá, por las obras de los Santos Padres; pero fátales con frecuencia el transporte del arrebató místico, lo cual hace que sus escritos enseñen más que inflamen el corazón de los lectores.

47. Á España cabe la gloria de haber producido y amamantado á sus pechos en un mismo siglo, á un tiempo mismo dos genios místicos, en cuyo espíritu la inteligencia y el corazón, la contemplación honda de las cosas celestiales y el ardoroso afecto hacia Dios se dieron beso de paz: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Ambos brillaron como dos grandes lumbreras, acaso las mayores, en el sereno cielo de la Teología mística, y, si la índole de este trabajo lo permitiese, no estaría aquí fuera de propósito un paralelo entre ambos escritores. Mas ya que, por pertenecer este asunto á un *tema* determinado, sea terreno vedado para mí, permítaseme, por lo menos, consignar como rasgo característico de las obras de San Juan de la Cruz, el dualismo personal que, á mi parecer, en ellas se trasluce. Pálpanse allí como dos almas, dos corazones, dos plumas. Uno es el apasionado poeta del *Cántico espiritual*, de la *Súvida al Monte Car-*

- (1) Debe exceptuarse á San Buenaventura, en su obra *Theologia Mystica*.
- (2) Vid. *Theologia Mystica*.
- (3) Vid. *Scala Paradisi*.
- (4) *De gradibus charitatis* y *De quatuor gradibus violentae charitatis*.
- (5) Vid. *De monte contemplationis*.
- (6) Vid. *Commentaria in tabernaculum Moysis*, y *Regnum amantium Deum*.

melo y de la *Noche oscura*, y otro el comentador de aquellas cadenciosas estancias tan preñadas de misterioso sentido. Aquí muéstrase teólogo profundo y profundo pensador, que explota la ciencia escolástica y la pone al servicio de su pluma para esclarecer los recónditos arcanos de la materia que trata; pero se echa de menos á veces en su estilo el fuego sagrado de la inspiración mística. En las poesías, por el contrario, irradia pujante y apasionado el misticismo de San Juan de la Cruz, hermano gemelo del misticismo de Santa Teresa, y sangre de la sangre de sus venas. Oíd, si no, estas estrofas tomadas á la ventura de su *Cántico espiritual*:

Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al Otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas;
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.
¡Oh bosques y espesuras,
Plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado!

— Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y, yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

.
— Y todos cuantos vagan
De ti me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo.

.
Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos:
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos,
Y sólo para ti quiero tenellos.

.
¡Oh cristalina fuente!
Si en esos tus semblantes plateados

Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!

.
.

¿No parecen estas estancias por sus afectos y lenguaje trozos arrancados de la *Vida* de la Santa ó de sus *Exclamaciones*, rimados en cadenciosos versos? ¿No parecen inspirados por aquella *celestial locura y glorioso desatino* de que nos habla en la oración de *unión*? Aquí, como allí, todo es fuego, todo amor, todo derretimiento del alma ante la bondad y hermosura de su Amado: fondo y forma, todo respira el más acendrado y sublime misticismo. Veamos en particular cada una de estas dos cosas en lo que atañe á nuestro propósito; es decir, en los escritos de la Seráfica Doctora.

VIII

48. Misticismo de Santa Teresa. Su fondo. El mundo ideal maravillosamente simbolizado.—49. La «vida» rústica.—50. Santa Teresa de Jesús y los filósofos alemanes.—51. Ridículas explicaciones del vulgo de los racionalistas.—52. Forma del misticismo de Santa Teresa. Su corazón.—53. Ejemplo.—54. Reflexiones.—55. Propiedad característica de los sentimientos de Santa Teresa de Jesús. Ternura femenil.—56. Ejemplo de la misma.

48. Su mérito, ante todo, por el fondo de doctrina que en él se encierra, es inapreciable; y quien no haya leído á Santa Teresa con la pluma en la mano, jamás podrá debidamente admirarla. Para formarse cabal idea de las dificultades, con que debió tropezar el escritor que osó acometer tan improba tarea, sería preciso que el lector se interrumpiera á sí mismo en medio de su faena, y, descendiendo de aquellas esferas de luz, adonde el genio de la Santa le había insensiblemente elevado, esgrimiera él la pluma y procurara estampar sobre el papel algo, no más que algo, de lo que en aquellos momentos contemplaba y cautivaba su corazón. Sólo así se convencería de

lo difícil que es para la humana inteligencia tocar al terreno psicológico sin envolverse en un mar de confusiones; y, cuando este obstáculo queda superado, lo arduo que es también luchar á brazo partido con la imaginación para sensibilizar las ideas, con el corazón para sentirlas, y con la lengua para expresarlas. Pues ¿qué será remontarse de un solo vuelo al asombroso mundo del espíritu, asentarse en él su morada, y llevarnos, como de la mano, por aquellas misteriosas regiones de lo ideal, haciéndonos conocer los habitantes que las pueblan, las escabrosas sendas que recorren, los peligros á que se exponen, las batallas que riñen y los triunfos con que se coronan?

Porque bien considerado, éste es el bello ideal que la Seráfica Madre incesantemente persigue, y los resplandores que su pluma arroja, son tan copiosos, tan vivos y penetrantes, que en aquel camino de espesas tinieblas nada pasa inadvertido para el caminante que con tal guía le recorre. No hay ondulación de terreno en que no repare, ni inmensa llanura, cuya extensión no abarque, ni paisaje de que no goce, ni plantas, flores y frutos, cuyo embeleso no sienta, cuyo embalsamado aroma no perciba. ¡Mujer maravillosa y sin par en la historia de la humana inteligencia! Para ella el alma es un castillo de diamante, en cuyo centro se eleva el trono donde se asienta la Majestad de Dios; las moradas que le circundan son las diversas mansiones por que atraviesa el espíritu; cuando se reconcentra dentro de sí mismo en busca de ese Dios que anhela, las potencias son los alcaides, y mayordomos, y maestresalas de este real Palacio; los sentidos la servidumbre del soberano Rey, y las alimañas que rodean la cerca del Castillo, son las pasiones que penetran en pos de nosotros á las primeras moradas, y, en general, todas las ocasiones de pecado.

49. He aquí al mundo ideal magníficamente simbolizado. Mas ¿qué sucede en ese Castillo? Allí ¿cómo se vive? ¿Qué pasa? Allí comienza el alma por replegarse sobre sí misma en la oración de recogimiento, para acabar luego por remontarse hasta el tálamo de la divinidad en el vuelo del espíritu; allí vese á las potencias seguir diversos, y á veces encontrados rumbos, para terminar por unirse todas en Dios á quien buscaban. Allí el entendimiento, unas veces vislumbra *soñoliento* el sumo Bien, á manera de enfermo febricitante que *delira*; otras, íntimamente unido á la suma Verdad que extático contempla, duerme el *sueño* de la paz y del amor sin tener casi fuerzas para gozar del Bien que posee; otras, en fin, *muerto* á la actividad propia, arrobado, deificado, comienza á participar en esta vida de la glorificación sin término que en la otra le espera, y su pupila se ensancha por la voluptuosa fruición que en aquel estado experimenta, para recibir los torrentes de luz con que el sumo Glorificador embriaga á sus escogidos. Allí la voluntad, fría y versátil

por naturaleza, truécase poco á poco en brasa de encendido amor, incontrastable á las lluvias del desconsuelo y la tribulación. Caliéntase primero en la *oración de quietud* bajo la influencia del Sol divino que la embiste, inflámase luego con los ardores de la *oración de unión*, y se derrite, por fin, en amorosos deliquios, cuando el Señor, abatiéndose hasta ella, la une consigo, como dulce esposo, en vínculo indisoluble de caridad. Allí la imaginación, independiente y altanera, entabla desde el principio cruda guerra contra las otras potencias, complácese en desobedecer sus mandatos, y perturbarlas en el pleno goce de sus deleites; mas acaba por quedar subyugada al magnético influjo del silbo divino que la llama. Allí los sentidos, acostumbrados á vivir derramados y á ser siempre portadores de ilusiones nuevas, sirven al principio de mal grado á la razón, y soportan con dificultad el yugo de su imperio; pero inmólanse después con heroísmo en pro del bienestar del alma, y terminan por entrar á la parte de los sabrosísimos deleites en que ella misma se anega. Ved aquí, reducida á términos concisos, la Psicología mística de Santa Teresa de Jesús. La cual se representa al alma con una intuición tan bañada de esplendorosa claridad, que no hay ojos que no vean lo que ella quiere hacerlos ver, ni corazón que no sienta lo que ella quiere hacerle sentir.

50. Y notad, que, quien esto escribe, no es ningún teólogo consumado, ni filósofo profundo, ni eminente literato, no es ni siquiera un hombre; es una mujer ignorante, sin letras, sin mundo, reclusa en un monasterio y apartada por completo del trato social. Niña, vivió en casa de sus hidalgos padres retirada y enfermiza; adolescente, pasó del hogar al claustro, no para escribir, sino para orar y hacer penitencia. Ocupada en esto, pasó la juventud; en esto llegó á la edad madura; y cuando ya, al trasponerse el sol de su vida, una voz, que para ella representaba la voz de Dios, mándale escribir algo sobre la oración, empuña la pluma, y en el espacio de tres meses traza ese portentoso cuadro intelectual con tan gallardo estilo, lenguaje tan nítido, expresión tan centellante, que lo que antes de ella, ni los sabios podían entender, con su libro en la mano es de obvia comprensión hasta para las inteligencias más vulgares. Eso es ser literato sin saber de letras; eso es ser artista sin conocer el arte; eso, digámoslo claro, es sentir arder en la mente la llama chispeante que crea, y hervir en el corazón el fuego sagrado que calienta y vivifica. Venid, venid, los que os entusiasmáis ante el profundo talento de esos sabios, que, allende el Rhin, procrean nuevos sistemas filosóficos á cada luna y aun á cada sol. Abrid sus libros, hojead y leed. Leed, si es que podéis terminar la primera página, sin que el hastío, que provoca su ininteligible algarabía, os haga caer el libro de las manos. Cada palabra es un arcano, un enigma cada frase, cada período un misterio.

¿Por qué así? Entiendo la imprescindible necesidad en que se encuentran esos nuevos zurcidores de herejías, de explotar la obscuridad del estilo para encubrir con ella la gusanera de sandios despropósitos, que bulle en cerebros tan contrahechos; mas á todos esos entusiastas admiradores de cabezas huecas, que se abroquelan con la obscuridad de las materias psicológicas para defender á sus patronos, contesto yo mostrándoles con el dedo el libro de las *Moradas*. Ahí tenéis esas páginas donde se desentrañan las más recónditas funciones anímicas, y son claras como las aguas de arroyo cristalino. Ahí tenéis ese libro, profundo y sublime como el que más, y que, sin embargo, lo mismo puede ser leído en el gabinte del sabio, que en el hogar del idiota; lo mismo bajo el artesonado de fastuoso prócer, que bajo el techo pajizo de harapiento mendigo.

51. Y al llegar aquí, permitid, que tomando pie de la doctrina racionalista, cuya excentricidad combato, me haga cargo de una opinión, por desgracia bastante acreditada entre el vulgo de los incrédulos. Digo entre el vulgo de los incrédulos, porque los que se precian de algún talento, y realmente le tienen, si no la rechazan con indignación, la compadecen por lo menos, y la acogen con sonrisa de burla desdeñosa. Según ellos, Santa Teresa de Jesús fué una sublime soñadora, mas soñadora al fin. La melancolía, el histerismo, la exaltación de la imaginación, las circunstancias de raza, sexo, temperamento, educación, todo se ha amontonado y traído á cuento para explicar lo que es humanamente inexplicable, el sobrenaturalismo de su vida y de sus escritos. ¿Qué contestar á tan ridículas y extravagantes explicaciones? El sarcasmo ó el ridículo desdeñ del racionalista Mr. Rousselot (1) es la única respuesta que debiera otorgarse á estos fisiólogos falsos y verdaderos soñadores; mas, dejando para otros la sátira y la burla, ¿cómo es, pregunto yo, que, teniendo á la mano tantas y tan satisfactorias explicaciones de este misterio, la divergencia de opiniones entre los mismos racionalistas, y el afán por inventar otras nuevas es cada vez mayor? Y, entrando más en el fondo de la cuestión, si el histerismo es tan profundo procreador de grandiosas concepciones, ¿no es verdad que la Salpêtrière de París debiera ser un fecundo seminario de Teresas de Jesús? ¿Cómo, pues, hasta ahora no ha habido más que una? ¿Cómo en este siglo de magnetismo y sonambulismo, de ataques de nervios y exaltación frenética de la fantasía, nadie concibe lo que ella concibió, nadie escribe lo que ella escribió, nadie hace lo que ella hizo, nadie sueña lo que ella soñó?

(1) Véase la obra *Les Mystiques Espagnols*. No quiere decir esto que yo apruebe la solución dada por este escritor al problema en cuestión; antes, bien me parece tan ridícula como las que él impugna, no obstante el juicio crítico que de él hace el Sr. Canalejas.

¡Donosa invención, por cierto, la de estos imbéciles filosofantes, dar por causa de un prodigioso sistema doctrinal la que, obrando hoy entre nosotros con todo el vigor de su energía, sólo produce aberraciones y desbarros intelectuales! Por el aprecio en que debéis tener vuestra estimación propia, por vuestro amor, por el respeto que debe mereceros el público, leed los escritos de la Santa antes de pronunciar juicios tan insensatos. Leed su *Vida*, y veréis que, en vez de entregarse con impremeditado entusiasmo en los brazos del Señor que la llamaba hacia sí, el estado de aquella alma en el primer tercio de su vida religiosa fué de recelo, de sobresalto, y ¿lo diré? de tenaz resistencia á los dones sobrenaturales que por todas partes la asediaban; leed sus obras doctrinales, y oiréis resonar en casi todas sus páginas la voz de alarma contra la fantasmagoría de la imaginación y los antojos de la vanidad presuntuosa; leed, por último, sus Cartas y estudiad en ellas aquel corazón sencillo, candoroso é incapaz, no digo de mentir, pero ni aun de exagerar y dar importancia á cosas que en sí no la tienen. Y, si después de haber leído y meditado todo esto, perseveráis en llamarla soñadora, «soñad vosotros, os diré yo, como ella soñaba, y el pueblo, cuyo voto en tanto estimáis, la humanidad, como vosotros decís, os levantará, no lo dudéis, del polvo miserable en que os arrastráis, hasta el altar donde os adoren postradas las generaciones todas por venir.»

52. No insisto más sobre este punto, por no permitírmelo la extensión ya demasiada de este trabajo, y así paso á decir cuatro palabras sobre la forma del arrebató místico que centellea en los escritos de la Santa Madre. Para entender cuán excelente y prodigioso fué, conviene estudiar el corazón de Santa Teresa, no sólo en lo que tuvo de divino y sobrenatural, sino también en lo que tuvo de natural y humano, porque la gracia no destruye, sino que perfecciona y enaltece la naturaleza. Ahora bien, fué aquella edad para España la de los genios grandes y grandes corazones. Para mí la espada de Gonzalo de Córdoba en las márgenes del Garellano; la políglota de Cisneros salida de las vírgenes prensas de Alcalá; la tea con que Hernán Cortés pegó fuego á las naves al pisar las playas del nuevo continente; las Constituciones con que Ignacio de Loyola dotó á la Compañía de Jesús; el Crucifijo de Javier esclavizando bajo el yugo de Cristo la cerviz de un nuevo mundo; la pluma de Fray Luis de León desarrollando el grandioso pensamiento de los Nombres de Cristo; el lápiz de Herrera trazando sobre el papel la octava maravilla del mundo; las obras de Suárez abarcando todo el saber de la escuela; el pincel, en fin, de Velázquez robando á la naturaleza todo su encantador realismo, son símbolos de otros tantos genios, arrojados por la mano omnipotente del Altísimo al suelo de España.

para galardonarla los torrentes de sangre vertida por la fe en la cruzada de siete siglos que sostuvo contra el Islam. Pues bien, una de esas almas, uno de esos genios, uno de esos corazones fué el alma, el genio, el corazón de Teresa de Cepeda. Lo que fué el de Teresa de Jesús yo no sé cómo decirlo. Fingíos, no un corazón de esos que ahora llaman grandes y sólo son pozos sin suelo de lacería y egoísmo; ni tampoco un corazón de esos que ahora por todas partes pululan, gigantes para obrar el mal y enanos para obrar el bien; á veces irresolutos, á veces temerarios; fríos hoy y volcánicos mañana; sino un corazón generoso sin par, ardiente como ninguno, emprendedor como el que más: derramad luego sobre él todo el tesoro de riquezas encerradas en el abismo insondable de las divinas misericordias, y habréis entendido algo de lo que fué el corazón de Teresa de Jesús. Poned ahora este corazón bajo la influencia de una inteligencia vigorosa y en frente de su Dios. Entended bien lo que digo, en frente de su Dios. Porque el Dios de Teresa de Jesús no es el teórico Armonizador del universo, soñado por los modernos deístas, y que vive olvidado de los hombres; ni el Dios impersonal, fingido por el panteísmo conceptualista é incapaz de amar y ser amado, sino el Dios de la Iglesia Católica, personal en su sér, personal en su acción, y personal, sobre todo, en las relaciones amorosas que sostiene con el alma. Ponedle en frente de ese Dios, padre suyo, amigo suyo, su pastor, su hermano, su esposo, que vive del amor, y que de amor moriría, si de algo pudiera morir. ¿Qué creéis vosotros que sentiría? ¿qué desearía? ¿qué haría? ¿Sabéis qué? Estallar de amor. Y estalló, en efecto, aquel volcán; y la lava de ardorosos afectos desbordóse por sus escritos, impregnándolos de unción, amor y arrebato místico; y salieron de su pluma trozos, como hasta entonces no se habían escrito, como no se han escrito hasta ahora, como jamás acaso se escribirán. ¿Queréis ver una prueba de lo que estoy diciendo? Oíd cómo describe la admirable transformación del alma, que se obra en la oración de unión cuando Dios la sube hasta el ósculo de su boca.

53. «¡Bendito seáis por siempre, Señor; alábenos todas las cosas por siempre! Quered ahora, Rey mío, suplicoooslo yo, que, pues, cuando esto escribo, no estoy fuera de esta santa locura celestial por vuestra bondad y misericordia (que tan sin merecimientos míos me hacéis esta merced); que lo estén todos los que yo tratare locos de vuestro amor, ó permitáis que no trate yo con nadie, ú ordenad, Señor, cómo no tenga ya cuenta en cosa del mundo, ó me sacad de él. No pueda ya esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos como de verse sin Vos la vienen; que, si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se le déis Vos. Querría ya esta alma verse libre: el comer la mata, el dormir la congoja, ve que se la pasa el tiempo de la vida en

»pasar regalo, y que nada ya la puede regalar fuera de Vos; que parece
»vive contra natura, pues ya no querría vivir en sí, sino en Vos. ¡Oh
»verdadero Señor y gloria mía, qué delgada y pesadísima Cruz tenéis
»aparejada á los que llegan á este estado! Delgada porque es suave,
»pesada porque vienen veces que no hay sufrimiento que la sufra, y
»no se querría jamás ver libre de ella, si no fuese para verse ya con
»Vos. Cuando se acuerda que no os ha servido en nada, y que vivien-
»do os puede servir, querría carga muy más pesada, y nunca hasta la
»fin del mundo morirse: no tiene en nada su descanso á trueque
»de hacer os un pequeño servicio, no sabe qué desee, más bien entiende
»que no desea otra cosa sino á Vos» (1). Y más adelante, «¡Oh, Señor
»mío, qué bueno sois! ¡Bendito seáis para siempre! ¡Alábenos, Dios
»mío, todas las cosas, que así nos amaisteis, de manera que con ver-
»dad podamos hablar de esa comunicación, que aun en este destierro
»tenéis con las almas! Y aun con las que son buenas es gran largueza
»y magnanimidad; en fin, vuestra, Señor mío, que dáis como quien
»sóis. ¡Oh largueza infinita, cuán magnificas son vuestras obras!...
»¡Pues que hagáis á almas que tanto os han ofendido mercedes tan
»soberanas! Cierito á mí me acaba el entendimiento, y cuando llego á
»pensar en esto no puedo ir adelante. ¿Dónde ha de ir que no sea
»tornar atrás? Pues daros gracias por tan grandes mercedes no sabe
»cómo. Con decir disparates me remedio algunas veces. Acaéceme
»muchas, cuando acabo de recibir estas mercedes ó me las comienza
»Dios á hacer... decir: Señor, mirad lo que hacéis, no olvidéis tan
»presto tan grandes males míos; ya que para perdonarme los hayáis
»olvidado, para poner tasa en las mercedes os suplico se os acuerde.
»No pongáis Criador mío, tan precioso licor en vaso tan quebrado,
»pues habéis ya visto de otras veces que lo torno á derramar. No
»pongáis tesoro semejante donde aún no está, como ha de estar, per-
»dida del todo la codicia de consolaciones de la vida, que lo gastará
»mal gastado. ¿Cómo dáis la fuerza de esta ciudad y llaves de la
»fortaleza de élla á tan cobarde alcaide, que al primer combate de
»los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto el amor, Rey
»eterno, que pongáis en aventura joyas tan preciosas. Parece, Señor
»mío, se da ocasión para que se tengan en poco, pues las ponéis en
»poder de cosa tan ruín, tan baja, tan flaca y miserable, y de tan poco
»tomo, que, ya que trabaje para no las perder con vuestro favor (y
»no es menester pequeño, según yo soy), no puede dar con ellas á
»ganar á nadie. En fin, mujer y no buena, sino ruín. Parece que no
»sólo se esconden los talentos, sino que se entierran en ponerlos en
»tierra tan astrosa. No soléis Vos, Señor, hacer semejantes grande-
»zas y mercedes á una alma, sino que aproveche á muchas. Ya sabéis,
»Dios mío, que de toda voluntad y corazón os suplico y he suplicado

(1) *Vida*, cap. XVI.

«algunas veces, y tengo por bien de perder el mayor bien que se posee en la tierra, porque las hagáis Vos á quien con este bien más aproveche y crezca vuestra gloria» (1).

54. ¡Qué sentimientos tan levantados! ¡Renunciar á lo único que la puede hacer feliz, sin lo que no puede vivir, ni alentar, ni ser! ¡Pedir al Señor que se aparte de ella, mujer y ruín, que retire sus dones, que los prodigue á otros, que quiere ser infeliz y desventurada para acrecer algo la gloria de quien tanto la ama! Esto sólo puede escribirse por un corazón endiosado, y con la pluma ungida en la sangre que mana del costado abierto de Dios. ¡Qué extraño que, para ayudar algo al corazón en la expresión de sentimientos tan sublimes, llamase en su auxilio á la fantasía, y ésta prodigase á manos llenas los símiles, acudiendo á las plantas y á las flores, á las fuentes y mares, á los gusanos de seda, á los pájaros y las mariposas, á todo cuanto es de uso familiar y conocido, para sensibilizar ideas y afectos, que casi no pueden sensibilizarse por lo sublimes que son!

55. Mas quiero notar aquí una propiedad, en la cual muchos no han parado mientes, y que, sin embargo, es, á mi juicio, la más característica del arrebató místico de la Santa: la ternura y delicadeza de los afectos, junto con un delicioso y encantador abandono en el estilo. Páginas hay en sus escritos de tan fina y conmovedora suavidad que, para escribirlas, no basta ser literato, ni genio, ni Doctor místico; es preciso ser mujer. Y es la razón que ciertas dotes literarias, sobre todo aquellas que atañen al corazón, no se aprenden ni se adquieren, nacen con el escritor mismo, y están misteriosamente enlazadas con la organización fisiológica, que le cupo en suerte al abrir los ojos á la luz. Ni cómo puede esto causarnos extrañeza, cuando tanto influyen en la educación literaria el suelo en que nacemos, las auras que respiramos, el sol que nos alumbra, las personas con quienes tratamos, el medio, en fin, en que vivimos y nos movemos? El sexo y las condiciones inherentes al organismo de la mujer, casi nunca pueden por eso ocultarse de manera, que, á través del ropaje con que se encubran, no se transparenten. Hay notas en los afectos humanos que nunca dan las fibras del corazón del hombre, ó, por lo menos, no las dan con esa limpieza y ternura propias del corazón femenino. El hombre siente, mas su sentimiento va siempre revestido de cierta virilidad que le roba en finura tanto como le comunica de fuerza y vigor. Así se explica que los escritos de la Seráfica Doctora tengan siempre un dejo de vaporoso é indefinible encanto, á cuyo influjo es imposible resistir. Y no está en las palabras, ni en las frases, ni en el período, ni siquiera en el pensamiento que expresa; es algo que bulle allí des-

(1) *Vida*, cap. XVIII.

leído, y que el alma aspira, y la recrea, y conmueve é hinche todos sus senos de suavidad, como aroma impalpable y oloroso, que se dilata por los átomos de aire que respiramos. Ved aquí una prueba de lo que estoy diciendo:

56. «Representad al mismo Señor junto con vos, dice en el *Camino de perfección*, cap. XLI, y mirad con qué humildad os está enseñando, »y, creedme, mientras pudiéredes, no estéis sin tan buen amigo. Si os »acostumbráis á traerle cabe vos, y Él ve que lo hacéis con amor y »que andáis procurando contentarle, no le podréis, como dicen, echar »de vos. No os faltará para siempre, ayudaros ha en todos vuestros »trabajos; tenerle héis en todas partes... No os pido ahora que pen- »séis en Él ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con el »entendimiento; no os pido más de que le miréis. Pues ¿quién os »quita volver los ojos del alma, aunque sea de presto si no podéis »más, á este Señor? ¿Pues podéis mirar cosas muy feas, y no podéis »mirar la cosa más hermosa que se puede imaginar? Si no os parece »bien, yo os doy licencia que no le miréis, pues nunca, hijas, quita »vuestro Esposo los ojos de vosotras. ¿Háos sufrido mil cosas feas »y abominaciones contra Él, y no ha bastado para que os deje de »mirar; y es mucho que, quitados los ojos de estas cosas exteriores, »le miréis algunas veces á Él? Mirad que no está aguardando otra »cosa, como dice la Esposa, sino que le miréis. Como le quisiéredes, »le hallaréis. Tiene en tanto que le volvamos á mirar, que no quedará »por diligencia suya. Ansí, como dicen, ha de hacer la mujer para ser »bien casada con su marido que, si está triste, se ha de mostrar ella »triste, y si está alegre, aunque nunca lo esté, alegre. Mirad de qué »sujeción os habéis librado, Hermanas. Esto, con verdad, sin fingi- »miento, hace el Señor con nosotras; que Él se hace sujeto, y quiere »que seáis vos la señora, y andar Él á vuestra voluntad. Si estáis »alegre, miradle resucitado, que sólo imaginar como salió del sepul- »cro, os alegrará. Mas ¡con qué claridad, y con qué hermosura, con »qué majestad, qué victorioso, qué alegre, como quien tan bien salió »de la batalla, adonde ganó un tan gran reino que todo lo quiere para »vos! ¿Pues es mucho que, á quien tanto os da, volváis una vez »los ojos para mirarle? Si estáis con trabajos ó triste, miradle camino »del huerto, qué aflicción tan grande llevaba en su alma; pues, con »ser el mismo sufrimiento, la dice y se queja de ella. Y miradle atado »á la columna, lleno de dolores, hechas sus carnes todas pedazos por »lo mucho que os ama: perseguido de unos, escupido de otros, negado »de sus amigos, desamparado de ellos, sin nadie que vuelva por Él, »puesto en tanta soledad que el uno con el otro os podéis consolar... »Miraros ha Él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrima- »mas, y olvidará sus dolores por consolar los vuestros, sólo porque os

»váis vos con Él á consolar y volváis la cabeza á mirarle. ¡Oh Señor del mundo, verdadero esposo mío! le podéis vos decir, si se os ha enternecido el corazón de verle tal que, no sólo queráis mirarle, sino que os holguéis de hablar con Él, no oraciones compuestas, sino la pena de vuestro corazón que la tiene Él en mucho. ¿Tan necesitado estáis, Señor mío y bien mío, que queréis admitir una pobre compañía como la mía, y veo en vuestro semblante que os habéis consolado conmigo? Pues, ¿cómo Señor es posible que os dejan solo los ángeles y que aún no os consuela vuestro Padre? Si es así, Señor, que todo lo queréis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso por Vos? ¿De qué me quejo, que ya hé vergüenza de que os he visto tal? Que quiero pasar, Señor, todos los trabajos que me vinieren, y tenerlos por gran bien, é imitaros en algo. Juntos hemos de andar, Señor; por donde fuéredes tengo de ir, por donde pasáredes tengo de pasar. Tomad, hijas, de aquella Cruz; no se os dé nada de que os atropellen los judíos, porque Él no vaya con tanto trabajo. No hagáis caso de lo que os dijeren; hacéos sordas á las murmuraciones; tropezando y cayendo con vuestro esposo, no os apartéis de la Cruz ni la dejéis.» Este bellissimo trozo literario, lleno de sentimiento é inimitable delicadeza, y que no es, en último término, más que una flor arrancada del ramillete de sus obras, basta para evidenciar mis afirmaciones anteriores. Aquí huelga toda alabanza; todo elogio de mi pluma no serviría sino para deslustrar el finísimo esmalte de esa joya literaria. Renuncio, pues, á amplificaciones inútiles, y termino.

IX

57. Conclusión. Genio prodigioso de Santa Teresa reconocido y admirado de todos: pero sobre su genio se levanta su espíritu.

57. Mi insuficiencia y los estrechos límites á que se ve circunscrito el ingenio del escritor en trabajos de esta índole, no me han permitido explanar ciertos puntos, que sólo he tocado ligeramente. Consuélame la consideración de que los que vengan en pos de mí ahondarán más que yo en el conocimiento de las obras de la Santa, y sacarán á luz el tesoro inagotable de riquezas que en ella se encierra. Creo, no obstante, que lo expuesto hasta aquí me da derecho á termi-

nar esta disertación con las mismas palabras que la comencé. «En »medio del conflicto de opiniones que la lectura de Santa Teresa puede »suscitar, sobrenada siempre la verdad de un hecho, incontrovertible »para todos, y hasta el día de hoy incontrovertido: el mérito verdade- »ramente excepcional que los sabios de todas las escuelas les recono- cen.» ¡Oh! sí, todos reconocen que esta mujer se levanta en extremo sobre los términos comunes. Ilustre, aun entre aquellas cuyo nombre registra el mundo en sus anales, podráse disputar en cuanto al género de su celebridad; pero no, si la toca, allí donde la fijen, un lugar preeminente. Contada por los incrédulos entre las ilusas, la aclamarán la ilusa más insigne: será excepcionalmente fanática y supersticiosa para los que la juzguen ignorante y crédula; amable ó uraña, dócil á misteriosos halagos ó aquejada de mortal misantropía, donde quiera que se la clasifique, figurará como el más alto y acabado modelo. Su carácter se imagina siempre como un prototipo, su nombre se pronuncia como el nombre de un genio, descubierta la cabeza.

Este, con ser tan honroso, es el juicio más desfavorable que de la Santa pueden formarse el error y la preocupación; mas para vosotros, á quienes el sol de la verdad católica ilumina, para vosotros, que no debéis mirar á Santa Teresa á través del prisma del error y las opiniones preconcebidas que entenebrecen ó desfiguran los objetos, la Seráfica Doctora debe ser algo más, mucho más, infinitamente más que un genio en el mundo intelectual. Prodigios de talento ha habido muchos; Teresas de Jesús no ha habido más que una. Y es, que el genio en ella *sólo sirvió de engaste á las perlas de preciosísimos dones, con que el divino Espíritu la embelleció*; sólo sirvió de pedestal soberbio, sobre el cual elevóse la estatua colosal de su espíritu, compendioso conjunto de las riquezas sobrenaturales, que en los senos de la divina Misericordia se atesoran. Sin ellas la gloria de esta mujer portentosa, ni puede explicarse, ni aun siquiera concebirse; y los que tal se la imaginan, irrogan á su nombre una injuria, que á sabiendas nadie puede irrogarle. ¿Qué hubiera sido Teresa de Cepeda lanzada á la profesión de escritora, sin la llama de vivísima fe que inundó de luz su entendimiento y abrasó en fuego su corazón? Como literata, acaso menos que madama Sevigné; como pensadora, menos acaso que madama Staël. Però el espíritu del Señor cernió las alas sobre ella, agigantó su espíritu; y la gloria de su nombre hace aparecer pigmeos los genios de las mujeres que la precedieron; la esplendente aureola de su frente anubla el esplendor de toda otra aureola. Tal es la raíz de donde germinó planta tan generosa. Así lo creyeron nuestros padres, así lo confesamos sus hijos, y así se lo enseñaremos á las generaciones por venir con nuestras palabras y nuestros hechos. Para nosotros Santa Teresa de Jesús es un astro de primera magnitud, lanzado por la mano del Omnipotente en las tinieblas del espacio

á fin de adornar el sereno cielo del ascetismo católico; es un faro luminoso erigido sobre la peña viva de la verdad, para esclarecer el peligroso derrotero que guía al puerto de la mística perfección; es el florón más preciado de la corona con que plugo á la divina Bondad ceñir las sienes de nuestra madre patria. Sí, de nuestra madre patria, de España, que, al fin y al cabo, sangre española fué la que latió en sus venas, sol español el que la alumbró al nacer, mano española la que meció su cuna, suelo español y sólo español, el que siempre pisó; españoles los que formaron su espíritu, los que la sostuvieron en sus combates y la ayudaron en sus empresas; tierra española, en fin, y tierra salmantina, la que recibió al morir sus venerables restos, la que los conserva con orgullo, los honra con filial piedad, los enaltece con pomposas solemnidades; la que por conservarlos, honrarlos y enaltecerlos, prodigará, si necesario fuese, sus tesoros, verterá su sangre é inmolará la vida de sus hijos y su propia vida.

LIBRO PRIMERO

DE LA

VIDA DE LA MADRE TERESA DE JESÚS

Fundadora de las Descalzas y Descalzos Carmelitas

CAPÍTULO PRIMERO

En que se trata de qué revelaciones se debe hacer caso, y en particular del que se debe hacer de las de la Madre Teresa de Jesús, para que todos estimen lo que en este libro leyeren.

Antes de entrar en la historia, me parece será necesario detenerme en una cosa que aprovechará para gran parte de lo que se ha de decir; y ponerla aquí en el principio, nos quitará después de trabajo.

De las visiones y revelaciones de la Madre Teresa de Jesús, tengo que poner en diversas partes, no todas las que hay ni las que yo sé, sino las que vinieren más á propósito de lo que se va contando, porque además de venir bien con eso, tienen buena y provechosa doctrina y son de mucha edificación. Y como se leen las de Santa Brígida y Santa Gertrudis y Santa Catalina de Sena y Santa Angela de Fulgino y de otras santas, con edificación y provecho de los que las leen, así las de la Madre Teresa de Jesús (que en todo son semejantes á las de estas santas, como de un mismo espíritu) harán sin duda el mismo efecto. Y porque me parece que habrá algunos que no puedan creer que esto haya pasado así, ó por saber ellos poco y no haber oído cosas de esta manera que hay en todas las historias de los santos, ó por no tener experiencia ninguna de la familiaridad con que Dios trata á sus

amigos: porque, como dice San Gregorio (1), «los hombres no espirituales, porque no pueden saber por experiencia las cosas invisibles, dudan si será lo que con los ojos corporales no alcanzan á ver», será bien desde luego desengañarles y allanar el camino para lo que se ha de decir, para que de esta manera comience y prosiga yo mi historia, sin temor de que estas cosas hayan de parecer mal á nadie y ellos la vayan leyendo sin tener en qué tropezar.

Otros habrá que piensen que es de letrados y de espirituales y avisados, no querer creer nada de revelaciones, sino hacer burla de ellas y que tengan por de poca autoridad el libro en que las vieren escritas. «No creerán por ventura, dice Gerson, los sabios del mundo, que haya tales ilustraciones ó revelaciones, porque con mucha verdad dijo Dios por el Profeta: Alumbrando tú desde los montes eternos, turbáronse todos los no sabios de corazón, que son los que no saben las cosas del corazón, ni del espíritu, que no viven consigo en su corazón, sino fuera en las plazas de las vanidades» (2). El muy docto y muy espiritual abad Blossio hizo un libro en que puso este titulo: *Collar de oro espiritual*, adornado con revelaciones divinas como con piedras preciosísimas. Y en el prólogo de él dice así: «Menester es avisar al lector que no siga el errado parecer de algunos hombres, que menospreciando las revelaciones y visiones divinas como si fuesen sueños vanos, muestran ser poco espirituales y humildes; porque no deben tenerse en poco las revelaciones dadas por Dios, con las cuales la Iglesia de Dios maravillosamente es alumbrada. Siempre pudo y siempre podrá el Señor obrar lo que quiere en las almas limpias de sus escogidos»; y quien de esto quisiere ver hartó, lea la epístola apologética de Juan Lanspergio Cartusiano, que está al principio del libro de Santa Gertrudis. A los unos y á los otros ruego que lean desapasionadamente lo que aquí escribió y detengan su juicio hasta haberlo acabado de leer; y sin resistir á la razón, se dejen llevar de la verdad y la den su favor.

Primeramente, si bien lo quieren mirar, hallarán que las escrituras divinas y humanas están dando voces contra ellos. Dejemos ahora los que escribieron los libros de la Sagrada Escritura, que ya la fe nos enseña ser palabras que Dios les habló, y enseñó todo lo que escribieron. Muchas veces habló el Señor á Moisés diciéndole otras cosas que él no escribió, pues él mismo nos dice (3): «Hablabá el Señor á Moisés cara á cara, como suele hablar un hombre á su amigo». Y María y Aarón, sus hermanos, dicen: «Por ventura habla Dios solamente por Moisés, ¿no nos ha hablado también á nosotros?» (4). Y si

(1) *Dial.* 1. IV, c. I.

(2) *De distinctione verarum visionum*, Signo V.

(3) Exod. XXXIII, 11.

(4) Núm. XII, 2.

Dios dice que su regalo es estar con los hombres, ¿cómo ha de dejar de hablar á aquellos con quien tanto gusta de estar? Y el mismo Salomón (1), por quien Dios dijo esto que acabo de referir, dice: «Con los sencillos es su plática»; quiere decir con los buenos, que no engañan ni hacen mal á nadie. Así lo mostró desde el principio del mundo hablando muchas veces con Adán y Eva y con aquellos Padres antiguos, y particularmente con sus grandes amigos Abrahám, Isaac y Jacob, con Josué, con los padres de Sansón, con Samuel, con Job y sus amigos, con David, con Salomón, con todos los Profetas. Y de estos había tantos en tiempo del viejo Testamento, que á Saúl le salió á recibir un gran número de Profetas, y con ellos comenzó á profetizar, y dió principio á aquel común refrán: «¿También está Saúl entre los Profetas?» (2). De esto vemos mucho en los libros de los Reyes y Paralipómenon. Y en tiempo de Moisés había dicho Dios: «Si hubiere entre vosotros Profeta del Señor, me apareceré á él en visión ó le hablaré entre sueños» (3).

¿Pues qué diré del tiempo de la ley de gracia, de quien Joel (4) había profetizado: «Después de esto derramaré mi espíritu sobre toda carne y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros viejos soñarán sueños y vuestros mozos verán visiones?» Entonces tuvo revelaciones y hablas de Dios, el glorioso San José, Ananías, que bautizó á San Pablo; y el mismo San Pablo, entonces y después, tuvo tantas y tan altas, que para que no se ensoberbeciese con ellas le fué dado, como él dice, un ángel de Satanás que le abofetease. También San Pedro y los otros Apóstoles y Cornelio Centurión, aun antes de ser bautizado, y San Esteban y Agabo profeta, y las hijas de San Felipe diácono; y quien leyere la primera epístola á los Corintios, verá cuánto había de esto en aquellos tiempos. En fin, tan extendida estuvo siempre entre los hombres esta comunicación que Dios tiene con sus amigos, que Homero, á los grandes y señalados hombres les suele ordinariamente dar algún dios que les acompañe y les hable, como á Ulises y á Telémaco da á Minerva, y la misma da á Tideo, padre de Diomedes, y al mismo Diomedes; y lo mismo hizo Virgilio, Homero latino, en su Eneida. Si me dicen que eso era en los tiempos pasados, pero que ahora es otra cuenta, preguntaréles si lo que hemos traído de los proverbios de Salomón, que el regalo de Dios es estar con los hombres, y que con los sencillos es su plática, se dijo solamente por aquellos tiempos, ó si es verdad ahora también. Y pues la mano de Dios no está abreviada, sino que en estos tiempos y en los pasados la extiende para hacer santos y grandes amigos suyos, ¿por

(1) Prov. III, 32.

(2) I Reg. X, 11.

(3) Núm. XII, 6.

(4) Joel II, 28.

qué se ha de abreviar con ellos su misericordia y caridad para no les hablar y regalar como á los que fueron primero? ¿Qué más razón pueden tener los que ahora dijese esto, que los que lo dijera hace ya trescientos ó cuatrocientos ó más años?

Y los que entonces lo dijera, ¿cuán corridos se hallaran ahora con tantos santos que en toda la cristiandad ha habido en todo este tiempo, de quien tantas cosas leemos que les ha revelado el Señor? Y en estos tiempos en que vivimos, ¿cuántos varones santos y cuántas mujeres santas ha habido, á quien Dios maravillosamente se ha comunicado? Decía aquel gran siervo de Dios, el maestro Avila, hablando de secretos semejantes, que él sabía de muchas personas que trataba, que hacía Dios en estos tiempos cosas tan maravillosas con sus criaturas, que si se dijese no se podrían creer. La cuenta es que Dios es gran amigo de sus amigos, y por muy cubierto que les parezca á los que no le ven que anda, se sabe muy bien mostrar á los que de veras le dan su corazón y les descubre grandes secretos. Quien no goza de esto, no eche la culpa á Dios, ni juzgue ser imposible lo que no se hace con él, pues se ha hecho en todos tiempos y se hace cada día con tantos: á sí se eche la culpa, si no se dispone para que Dios trate con él.

Oigan lo que dice Ricardo de San Víctor (1), autor antiguo y grave: «Mientras que estos éxtasis ó raptos no sentimos en nosotros, ¿qué otra cosa habemos de sentir de nosotros, sino lo que antes habemos dicho, que es que somos poco amados y amamos poco? porque si tú, quien quiera que eres, cumplida y perfectamente amases, por ventura la grandeza y la congoja de tu encendido deseo te arrebataría á semejantes raptos. Y si tú fueras enteramente digno de que Dios te amara así y te hubieras dispuesto para una tan grande merced, por ventura él alumbrara los ojos de tu entendimiento con tanta claridad de su lumbre, y embriagara el deseo de tu corazón con tan grande suavidad interior de su dulzura, que te arrebatará á ti mismo sobre ti mismo, y sacando al alma de sí la llevara á las cosas de arriba.» Y después trae aquello del Génesis, cuando Abraham salió á los tres ángeles que se le aparecieron, y nota lo que dice la Escritura (2) que fué esto en el fervor del día; y dice que el fervor del día es el encendido amor de Dios; y esta soberana visión la hubo de ver el Santo Patriarca cuando su corazón estaba muy encendido en el amor y deseo del verdadero y sumo bien. Y no lo viera por ventura, si estuviera metido en su tienda y ocupado en las cosas de la tierra.

¿Quién hay que no vea la diferencia que hay entre los que se dan á la oración y consideración de las cosas divinas y los que no tratan de ella? ¿Qué de verdades enseña Dios en la oración? ¿Qué luz que

(1) *De Arca mystica*, l. V, c. V.

(2) Gen. XVIII, 1.

comunica? ¿Cómo desengaña? Poco de esto tienen los que no ejercitan la oración; pues la diferencia que hay entre estos, ésa y muy mayor la hay de los que oran haciendo una vida buena, pero ordinaria, á los que con grande ánimo mortifican sus pasiones, y se deshacen de las criaturas, y entregan á Dios el corazón, no queriendo ni amando sino á sólo él. Mientras más van despegándose, más se les comunica y más se les va descubriendo, y tan fielmente le pueden ir sirviendo, que vaya él mostrándoseles tan familiarmente, que les hable muchas veces como un amigo á otro, como hacía á Moisés; y que en comparación de lo que con éstos hace, parezca nada lo que hacía con aquéllos que dije que con vida ordinaria le sirven. Así dice San Buenaventura (1), «que la visión del alma suspendida por la contemplación, nadie la tiene sino el que es varón de deseos, y nadie la puede tener sino es por medio de un gran deseo; y que por eso dijo el Profeta (2): «Gustad y ved que es suave el Señor». Primero dijo: Gustad, porque no hay gusto suave, si no se desea primero lo que se ha de gustar. Esto del hablar lo hace de muchas maneras, según la disposición que ve en cada uno, de lo cual habla Didimo en el libro 2.º del Espíritu Santo, y San Agustín en el libro 16 de la ciudad de Dios, en el capítulo 6.º; pero más largamente y muy bien San Gregorio en el libro 28 de los Morales, luego al principio: aunque bien sé que no lleva á todos sus grandes amigos tan del todo por este camino; pero lleva por él y ha llevado en todos tiempos á muchos. Y quien quisiere ver esto, lea el tratado de San Buenaventura, *De los siete grados de contemplación*, y lo que escribió Ricardo en el *Benjamín mayor*, y otros muchos tratados semejantes que han hecho los que han escrito de cosas espirituales: los que en balde se escribieran, si no hubiera entonces muchas personas á quien el Señor hiciera estas mercedes. Así que, pensar que Dios hablaba en otros tiempos con sus amigos y ahora han faltado del todo, no es engaño de gente entendida, sino de gente que ha leído y visto poco.

Con todo esto me parece que sería bien desengañar del todo á los que no piensan y á los que de aquí adelante lo quisieren pensar, mostrándoles con la brevedad que fuere posible, cómo no solamente en tiempo de los Apóstoles había estas revelaciones, sino después acá también (3) en todos tiempos las ha habido en la Iglesia, y el crédito que les daban los más doctos y santos que en ellos había. San Dionisio Areopagita, discípulo de San Pablo, celebrado de los antiguos, no menos por su santidad que por su gran sabiduría, en la epístola octava que escribió á Demófilo, cuenta que habiendo él llegado á la Isla de Candía, le hospedó el Santo Carpo, hombre de gran santidad y que

(1) *Illuminat. Eccl.*, Serm. XX.

(2) Ps. XXXIII, 9.

(3) O quienquiera que sea el autor de las obras á él atribuidas.

con Dios tenía tanta familiaridad, que nunca decía misa, si primero no tenía para ello de Dios alguna favorable visión. Después pone una de estas visiones, que el mismo Carpo entonces le contó, larga y maravillosa, y en todo semejante á éstas de que ahora vamos hablando, porque vió en ella el cielo abierto y á Jesucristo Nuestro Señor en él con muchos ángeles, y mirando á bajo veía el infierno y dos hombres que casi iban á caer en él, y unas fieras serpientes que se les enroscaban en las piernas para que cayesen: después vió al Señor que bajaba con sus ángeles á ellos, y les asía de la mano para librarles de aquel peligro, y volviéndose á Carpo, que estaba con ellos enojado, le dijo: «Híereme á mí si quieres, porque aparejado estoy para morir otra vez por salvar á los hombres.» Si contáramos esto de alguno de estos tiempos, ¡cuántos hubiera de los que por más doctos y espirituales se tienen, que hicieran de ello burla y conversación! pero San Dionisio, más docto y más espiritual que éstos, con ser cosa de su tiempo no la extrañó ni se rió de ella, antes en acabándola de escribir dice: «Estas cosas oí, y yo las tengo por verdaderas.»

Tertuliano (1), autor muy antiguo y cercano al tiempo de los Apóstoles, dice así: «Porque conocemos las gracias espirituales, aun después de Juan habemos merecido alcanzar la profecía. Y hoy día, una hermana entre nosotros, que ha alcanzado las gracias de las revelaciones, las cuales ve en la iglesia mientras que se dice la misa, arrobada en el espíritu trata con los ángeles, y á veces también con el Señor, y ve y oye cosas secretas y conoce los corazones de algunos. Según es lo que se lee de la Escritura, ó lo que se canta en los salmos, ó lo que se ha hablado, ó las peticiones que se han hecho, así se toma de ahí materia para las visiones. Acaso no sé qué había yo dicho del alma, estando esta hermana arrobada. Después de acabada la misa y haberse ido la gente, me suele venir á decir lo que ha visto...»

Lo que en griego se dice *éxtasis* y en latín *raptus*, en romance llamamos *arrobamiento*, y el tener esto llamamos arrobarse, ó ser arrebatado en espíritu; y quiero usar más de los vocablos nuestros que de los ajenos. No se hagan nuevos ó extraños á nadie. San Pablo el primer ermitaño, después de muchas revelaciones admirables, que sin duda tenía en tantos años en aquella cueva, tuvo una, que estaba en aquel desierto San Antonio, y que le había de ver antes que se muriese. Y el mismo San Antonio, por otra semejante revelación, le fué á ver, y se saludaron los dos por sus nombres, sin haberlos antes sabido; y San Pablo dijo de su muerte, y pidió la ropa que le había dado San Atanasio; y volviendo á él San Antonio vió su alma subir al cielo acompañada de coros de ángeles y Patriarcas y Apóstoles. Además de éstas, tuvo el mismo Antonio otras muchas y muy gran-

(1) *Lib. de anima*, c. IX.

des revelaciones, de las cuales escriben San Atanasio en su vida y Palladio y otros; y cuando nada de eso hubiera, bastaba lo que dice el abad Isaac en la nona colación de Casiano (1), con estas palabras: «Y para que conozcáis el efecto de la verdadera oración, diréos, no mi parecer, sino el del bienaventurado Antonio, de quien sabemos que perseveró algunas veces tanto en la oración, que estando muchas veces arrebatado en ella, cuando salía el sol le oíamos con fervor de espíritu dar voces y decir: ¿Para qué me estorbas, sol, que naces ahora para apartarme de la claridad de esta verdadera lumbré? Suya es también esta celestial y más que humana sentencia sobre el fin de la oración. No es, dice, perfecta la oración en que el monge se siente, aun para entender que está orando, etc.» ¿Cuán fuera de los sentidos estaba quien oraba de esta manera?

Pues las que después tuvieron aquellos monjes que estaban en los desiertos de Egipto y Palestina, y en otros semejantes conversando con los ángeles, y viendo cosas escondidas á los hombres, ¿quién las podrá contar? pues aunque escribe mucho de ellas Casiano (2), son las menos las que se pudieron saber. Bástanos lo que él dice, que llevaban en una espuerta siete pares de panecillos muy pequeños para los siete días de la semana, para que por más olvidados que estuviesen, por allí pudiesen saber cuándo se acababa la semana y acudiesen á la solemnidad del domingo; porque de otra manera con tantos y tan ordinarios arrobamientos como tenían, ni sabían si habían comido ni si no, ni los días que se habían pasado. Y en el mismo lugar dice el abad Juan: «Ansi que por la misericordia de Dios me acuerdo haber sido muchas veces arrebatado en el espíritu de tal manera, que me olvidaba que estaba vestido de este cuerpo mortal; y de tal manera mi alma echaba de sí todos los sentidos exteriores, y estaba tan del todo apartada de todas las cosas materiales, que ni los ojos ni las orejas mías hacían su oficio; y de tal suerte mi alma se henchía de las meditaciones divinas y de las espirituales contemplaciones, que muchas veces á la tarde no sabía si había comido, y aun el día siguiente dudaba si me había desayunado el día antes, etc.»

Hombres eran todos estos y otros muchos que diremos, porque no piense nadie haber dado Dios este don solamente á mujeres. Cuanto de esto que decimos haya tenido el bienaventurado San Martín, nadie lo podrá decir enteramente por haberlo él encubierto con mucho cuidado; pero de lo que escribió de él Sulpicio Severo, se puede entender en parte. Antes que se bautizase vió á Cristo Nuestro Señor cubierto con la media capa que por su amor había dado al pobre, que decía á los ángeles que allí estaban con él, que se le había dado. Otra revelación cuenta del mismo en el capítulo 8, y en el 24 dice así: «Es

(1) *Collat.* IX, c. XXXI.

(2) *Collat.* XIX, cap. IV.

cosa cierta que vió muchas veces ángeles y habló con ellos. También al demonio vió muchas veces en diversas figuras. No le queriendo dejar entrar en su palacio el emperador Valentiniano, se le apareció un ángel á San Martín, y le dijo lo que había de suceder. En el segundo diálogo dice el mismo Sulpicio que vinieron muchas veces los ángeles á visitar al mismo santo. También dice que le vinieron una vez á ver Santa Inés y Santa Tecla y Santa María, y las oyeron hablar con él; pero que esto dijo San Martín que había sido muchas veces, y que veía muchas veces á los gloriosos Apóstoles San Pedro y San Pablo. En el tercer diálogo dice de otro ángel que le habló claramente; y otra vez otro ángel le vino á consolar. El mismo Sulpicio, que escribió todo lo dicho, cuenta dos visiones que tuvo, una que vió á San Martín después de muerto con figura muy hermosa y venerable, y traía en la mano el libro que Sulpicio había compuesto de su vida, y le echó su bendición. En la otra vió á Claro, discípulo del mismo San Martín, que subía al cielo: porque no es cosa nueva decir ó escribir los santos sus revelaciones, ordenándolo Dios así para gloria suya, pues de otra manera no se pudieran saber.

De San Nicolás también cuenta algunas cosas grandes de estas Simeón Metafrastes en su vida. San Metodio mártir, obispo de Patara, no solamente tuvo muchas revelaciones, sino aun también las dejó escritas y andan el día de hoy. Estando predicando San Ambrosio, vió uno un ángel que le estaba hablando al oído lo que predicaba. Al mismo se aparecieron los mártires Gervasio y Protasio, y le revelaron dónde estaban sus sagrados cuerpos. Lo mismo le aconteció con los santos mártires Vidal y Agrícola, y después con San Nazario y San Celso mártires. Tuvo revelación del día de su muerte y de quién le había de suceder en el obispado, y dijo lo uno y lo otro. Estando diciendo misa fué arrebatado en espíritu por espacio de tres horas, y después, volviendo en sí, dijo que había sido llevado para asistir al entierro de San Martín; y á él, estando del mal de la muerte, le vino á dar la comunión un sacerdote, llamado por divina revelación. De San Juan Crisóstomo se cree que le reveló el Apóstol San Pablo mucho de lo que escribió y predicó. Estándose ordenando, se vió venir una paloma y ponersele sobre la cabeza, como refiere Niceforo (1). Pocos días antes que muriese, vió de noche, estando en oración, á los santos Apóstoles San Pedro y San Juan, y hablándole con gran amistad le dijeron que había de morir presto, y la gloria que había de tener, y le dieron de comer manjar celestial. Y San Basilio mártir otra noche le reveló que el día siguiente había de morir y ser enterrado en su iglesia. San Jerónimo, siendo mozo, en visión fué puesto delante del Señor y de sus ángeles y castigado allí por darse demasiadamente á libros de gentiles. Y cuántas revelaciones

(1) *Hist. Eccl.* l. v, c. II.

tenía siendo viejo y estando junto al pesebre del Salvador, pues en el desierto, en su mocedad, le parecía algunas veces que estaba entre escuadrones de ángeles? Él mismo, como citan muchos, ó como yo más creo, Sofronio, compañero del mismo santo, en el sermón de la Asunción, cuenta una gran visión y revelación maravillosa que tuvo Santa Paula, y no sería esa la primera ni la postrera, sino que San Jerónimo las calló.

En el mismo tiempo hubo un santo monje llamado Juan, señalado por grandes revelaciones y espíritu de profecía, á quien el emperador Teodosio el Mayor envió á preguntar del suceso de la guerra civil, como lo cuenta San Agustín (1). También hace mención de él Nicéforo en su historia eclesiástica (2), donde la hace de otros monjes orientales que tuvieran muchas revelaciones de Dios, como son: Beno, Teonas, Eulogio, Marcos (3), á quien traía siempre un ángel el Santísimo Sacramento; Silvano (4), á quien servían los ángeles; Vito (5), que antes de ver corporalmente al emperador Constantino, le vió muchas veces por revelación. Y quien más de esto quisiere, lea á Palladio en la *Historia Lausiaca* y á Teodoreto en la *Historia religiosa*. Pasemos á San Benito, del cual no he menester decir nada, pues tantas y tan grandes revelaciones suyas cuenta San Gregorio por todo el 2.º libro del Diálogo, y en los demás libros del mismo Diálogo cuenta muchas de siervos y siervas de Dios que en aquel tiempo florecieron en Italia, dándoles toda autoridad y crédito. De las del mismo San Gregorio y de otros monjes suyos, escribe Juan diácono en los cuatro libros que escribió de su vida. Y si se pudieran saber y contar las que tuvieron otros muchos santos y santas de esta sagrada religión, ¿cuándo se viniera al fin? Algunas diré, y particularmente de los santos cuyas vidas escribió el venerable Beda, por haber él conocido y tratado algunos de ellos, y darles él tanto crédito y ser tan grande su autoridad, y no ser las vidas de estos santos tan sabidas.

San Cuthberto obispo, fué librado de una enfermedad por un ángel, y por otros ángeles muchas veces defendido. Una noche vió coros de ángeles con gran luz que llevaban al cielo el alma de Ardano obispo. Lo mismo vió del alma de Hadubaldo pastor. Tuvo grandes é ilustres revelaciones de cosas que estaban por venir, de grande importancia, que por muchos capítulos cuenta Beda. También tuvo muchas de estas en el mismo tiempo Boisilo monje, san Félix, presbítero de Nola (cuya vida primero escribió San Paulino, obispo

(1) Lib., *De cura pro mortuis*, cap. XVII.

(2) Lib. XI, c. 34.

(3) Ib., c. 35.

(4) Ib., c. 39.

(5) Ib., c. 40.

de la misma ciudad, en verso, y después Beda en prosa), estando preso salió, por revelación, de la cárcel y visitó á Máximo su obispo, á quien también había sido revelada aquella venida, y en seis meses que estuvo escondido, fué muchas veces visitado de los ángeles y del Señor de los ángeles. La madre de San Columbano abad, en visión vió salir de su seno un resplandeciente sol, que fué después San Columbano, á quien un abad, por revelación que de ello tuvo, envió de comer al desierto; y esto aconteció á dos obispos después y á una señora, y el mismo santo, estando lejos el que lo traía, lo supo también por revelación. De la misma manera supo las enfermedades de sus monjes y muchas cosas maravillosas que profetizó. Un ángel, en sueños, le mandó que no fuese á Esclavonia, donde quería ir; y en sueños también vió las guerras de los reyes Teodorico y Teodoberto y el suceso de ellas. Columbano, discípulo del mismo santo, estando para morir, vió en revelación á Cristo Nuestro Señor, que le decía que las oraciones de San Columbano hacían que no le sacase de esta vida. Attala, abad del mismo monasterio de Beda, profetizó y supo el tiempo de su muerte, y antes de morir vió muchas horas los cielos abiertos.

San Patricio, primer predicador y primer obispo de Hibernia, (Irlanda) siendo muy mozo y estando cautivo, dos veces oyó la voz de Dios que le mandaba irse á su tierra: después le reveló cuanto había de padecer. En su tierra tuvo muchas visiones espirituales. Cada camino que hubiese de hacer le hacía por revelación de un ángel que venía á él, y esto fué muchas veces. En visión vió los niños de Hibernia que desde las entrañas de sus madres, donde estaban metidos, le daban voces que viniese para que ellos se salvarsen; y no bastando el ángel para hacerle venir, se le apareció el Señor, mandándole lo mismo y prometiéndole cosas maravillosas. Profetizó muchas veces grandes cosas: vió los pensamientos secretos del rey de Hibernia y de otros. Cada semana una vez le venía un ángel á hablar; y de estas visiones tenía tantas, que pone espanto. Una vez vió los cielos abiertos y al Hijo de Dios sentado con gran majestad, y con él muchos ángeles. En un monte estuvo en oración cuarenta días, á donde tuvo muchas y admirables revelaciones; pero de estas y de visiones de ángeles, por ser tantas, no digo más de que vió á un ángel como Moisés en una zarza que estaba ardiendo y no se quemaba, y que la primera noche después de su muerte le hicieron los ángeles las exequias con suavísima música, y un ángel habló á todos los que vinieron y se hallaron á su entierro.

Eustasio abad, discípulo de San Columbano, tuvo revelación que un contrario suyo moriría dentro de un año, y antes de su muerte tuvo otra. Bertolfo abad, estando enfermo vió á San Pedro Apóstol, y fué sano de la enfermedad que tenía. Ajibodo monje, discípulo de San

Attala, fué arrebatado en espíritu y vió su muerte y gloria que había de tener. A un hombre llamado Esteban reveló Dios el nacimiento de San Arnolfo obispo y la santidad que había de tener. Y el mismo Arnolfo tuvo algunas veces revelaciones de cosas por venir, y un monje la tuvo de un milagro que el santo había hecho. En la vida de Santa Burgundófora, abadesa, cuenta celestiales visiones que tuvieron algunas monjas de su monasterio. Una, antes de serlo, vió en visión que venía á ella San Eustasio abad, que la había de sanar y darla vista, porque era ciega. Otra, llamada Sisindrudis, supo que había de morir dentro de cuarenta días, y á los treinta y siete vinieron á ella dos ángeles y llevaron su alma al cielo, y después volvió al cuerpo y dijo lo que había visto y como moriría á los cuarenta días, y entonces vinieron los mismos ángeles para acompañarla, y todos los que á su entierro se hallaron oyeron los coros de los ángeles que con muy dulce canto la llevaban al cielo.

Gibitrudis, rogando por la salud de su abadesa Santa Burgundófora, tuvo revelación que ella y las demás morirían antes que la santa, y llevada del cuerpo su alma por los ángeles, vuelve á él y dice el día que ha de morir. Erkantrudis vió de noche una visión en que un ángel la mandaba comulgar, y estando para morir vió lo que en su corazón tenía muy guardado otra monja y oyó muchos ángeles que estaban cantando. Lo mismo aconteció á otra, y muchas oyeron aquella misma música. Otra vió los cielos abiertos, y á Dios que la llamaba, y habiendo profetizado la penitencia que su madre había de hacer después, vió á Cristo Nuestro Señor que venía á ella cuando quería espirar. Comulgando otra que se llamaba Domna, se vió en su boca una como bola de fuego, y solas dos niñas la vieron, y estas después dijeron cuándo habían de morir, y cantando un día entero muy dulce y alegremente y dejando el dormitorio donde estaban lleno de suavísimo olor, dieron sus inocentes almas al Criador. Quillsinda, habiendo tenido revelación de su muerte y de otras muchas cosas que estaban por venir, dijo de memoria todos los cinco libros de Moisés y los Evangelios, y mucho de las Epístolas de San Pablo y de los otros Apóstoles al tiempo de su muerte, sin haber antes sabido cosa de esto, y vió las almas de las monjas de aquel monasterio, que estaban ya en el cielo, venir para acompañarla, y la música de los ángeles se oyó, no solamente allí, sino aun en lugares apartados. Leudeberta fué avisada en revelación que no se desviase de los consejos de su abadesa, porque había de morir presto, y á la hora de la muerte vió al Apóstol San Pedro. Estando para morir Leudeberta, se vió sobre su cama una nube con gran resplandor, y oyeron cantar á los ángeles. Todo esto cuenta Beda de sólo las monjas de aquel monasterio, sin tener duda de la verdad de ello. El mismo escribe en verso la vida de Justino mártir, niño, y dice que tuvo espíritu de

profecía, y supo por revelación adónde estaba cautivo un hermano suyo, y sin haberle visto jamás le conoció, y otras cosas que estaban por venir supo por revelación de Dios.

San Malaquías obispo (cuya vida escribió su grande amigo San Bernardo) tuvo algunas revelaciones acerca del estado de una hermana suya difunta. A uno de sus discípulos, llamado Edano, nombró por obispo, por habersele Dios mostrado en visión con un anillo de oro en el dedo y señaládole para aquel oficio. Sicaro, sacerdote que tenía espíritu de profecía, pasando por donde él estaba San Malaquías, aunque no le había visto jamás, le mostró á todos con el dedo y dijo: «Este es aquel obispo santo que yo dije que había de venir de Hibernia, que sabe los pensamientos de los hombres.» Y dijo al santo muchos secretos suyos y de los que venían con él, y profetizó que volverían con él pocos de los que iban, y así pasó. Tratando de hacer una iglesia, que de la manera que él la quería parecía imposible hacerse, vióla en una revelación, grande y hermosa cual él la deseaba, y animóse con aquello á hacerla, é hizola tal cual se le había mostrado. Lo mismo le aconteció otra vez, mostrándosele, no sólo la iglesia, sino un entero monasterio, y así lo edificó. Pasando por una calle donde había mucha gente, vió á un mancebo que hacía mucho por verle, y fuéle revelado lo que aquel mozo deseaba, y lo que de él había de ser. Cosas de esta manera le acontecieron, y visiones grandes vió y muchas revelaciones de cosas que habían de ser. Y así con razón dice San Bernardo, que es el que cuenta todo esto, que ni le faltó la profecía, ni la revelación, ni los milagros.

Pues del mismo San Bernardo no hay poco que decir en esta parte, si se leen los libros de su vida, que escribieron Guillermo y Bernardo abades, pues aun antes de nacer vió su madre en un sueño el hijo que había de tener, según por revelación se lo declaró un siervo de Dios (1), y siendo mozo tuvo revelación que á su hermano Gerardo le habían de dar una lanzada y después había de ser monje con él. Y el mismo Gerardo la tuvo, por una voz que oyó, para salir de donde estaba preso é ir con su hermano (2). Una noche en visión vió cabe sí un niño con un divino resplandor, que con gran autoridad le mandaba que hablase sin miedo lo que se le ofreciese (3). Otra noche vió gran muchedumbre de ángeles que, repartidos en sus coros, cantaban suavemente en el lugar donde después se hizo la iglesia del monasterio (4).

De ánimas de difuntos y de su estado tuvo muchas revelaciones (5). Estando muy enfermo fué arrebatado en espíritu y llevado

(1) Lib. I, cap. I.

(2) Ibid cap. III.

(3) Ibid, cap. VI.

(4) Ibid, cap. VII.

(5) Ibid., cap. X.

ante el tribunal de Dios, donde confundió al demonio que le acusaba. Después vió otra visión, por donde entendió que no había de morir entonces, como pensaba. Y otra de allí á poco, en que se le apareció Nuestra Señora acompañada del mártir San Lorenzo y de San Benito, que poniéndole las manos en la cabeza y en las partes que le dolían, le dieron entera salud. Muchas veces se le revelaban las tentaciones y faltas y enfermedades y muertes de los suyos que estaban lejos. Otras veces veía algunos de ellos que, estando á la muerte, le pedían la bendición, y otras cosas muchas veía estando en la oración. Y dejando otras, toda la Sagrada Escritura vió una vez debajo de sí abierta y declarada. Y estando diciendo misa por San Malaquías, le reveló Dios que estaba su alma en el cielo, y dejando la oración que había de decir de difuntos, dijo la que se dice por los santos pontífices. Los raptos que fuera de esto tenía, ó arrobamientos, púedese bien entender de que muchas veces andaba elevado y sin uso de sentidos. Para esto basta un ejemplo de muchos que hubo, que habiendo todo un día caminado por la ribera del lago de Lozanne y de Geneba, nunca echó de ver aquel gran lago, antes hablando de él después sus compañeros, preguntó dónde estaba. Quien más quisiere saber, así de las revelaciones de San Bernardo, como de las que otros algunos en aquel tiempo tuvieron, lea el libro 4.º y 5.º de la vida del mismo santo.

En este tiempo floreció Santa Isabel, abadesa del monasterio de Esconaugia, señaladísima en santidad y en revelaciones, tanto, que tenía visiones grandes de Nuestro Señor y de Nuestra Señora, y de San Benito su padre, y más del ángel que la guardaba. Y era ordinario los domingos y fiestas arrobarse en el espíritu y declarar cosas altísimas de la Sagrada Escritura. De Santa Isabel de Spalbeck escribe Blosio (1) estas palabras: «Esta virgen purísima, siete veces cada día se arrobaba, de tal manera, que no se veía en ella sentido alguno, ni movimiento, ni resuello; porque todo su cuerpo quedaba yerto, y ninguna parte de él se podía mover sin que todo el cuerpo se moviese.»

Después vinieron aquellas dos lumbreras del mundo, Santo Domingo y San Francisco, en que Dios también obró grandes cosas, que por ser manifiestas á muchos, bastará tocar algunas brevemente. En el nacimiento de Santo Domingo tuvo su madre revelación de lo que él había de ser, porque estando preñada vió en un divino sueño que traía en su vientre un perrillo con una hacha encendida en la boca, y salido de allí parece que encendía á todo el mundo. Y la que le sacó de pila cuando se bautizó, vió en otra visión aquel niño con una estrella en la frente que alumbraba toda la tierra. Estando en Roma para alcanzar del Papa Inocencio III la confirmación de su

(1) *Monile spirit.*, c. 11.

orden, vió el Papa en sueños la iglesia de San Juan de Letrán que se caía, y Santo Domingo la sustentaba con sus hombros. Haciendo el mismo santo oración en Roma en la iglesia de San Pedro y San Pablo, vió á los gloriosos Príncipes de los Apóstoles San Pedro y San Pablo que venían á él, y San Pedro le daba un báculo y San Pablo un libro, y le enviaban á predicar por el mundo, diciéndole que le había Dios escogido para ello. Y allí también vió á sus hijos ir de dos en dos por todo el mundo predicando. Y como para la confirmación de esta sagrada religión (que en todo tiempo tanto y tan fielmente ha servido á la Iglesia) hubo revelación de Dios, así también la hubo para el hábito de ella, apareciéndose Nuestra Señora al santo F. Reginaldo y sanándole y dándole el hábito que ahora en ella se trae.

Supo por revelación y dijo muchas cosas que habían de suceder. Un ángel le acompañó en un camino. Orando de noche vino á él muchas veces el demonio, y en el mismo tiempo tuvo muchas revelaciones. Cuando en la misa se alzaba el Santísimo Sacramento, quedaba muchas veces arrobado. A la hora de su muerte vinieron á él Jesucristo Nuestro Señor y Nuestra Señora. Y dos frailes de su orden tuvieron entonces revelación de la gloria que su padre en el cielo tenía (1).

El bienaventurado padre San Francisco, á sus principios vió un muy grande y hermoso palacio con muchas armas señaladas con la señal de la cruz, y preguntando cuyas eran aquellas riquezas, le respondió el señor: «Tuyas y de tus soldados». De allí á poco tuvo otra revelación en que le fué declarada la pasada visión, y estorbado el camino que hacía con una gran promesa que le hizo el Señor (2). Después, estando él arrobado, vió á Cristo crucificado, de donde le quedó su pasión impresa en su alma. Mandóle el Señor que edificase su iglesia, hablándole desde una cruz (3). En su iglesia de Santa María de los Angeles, fué desde el principio muchas veces visitado de ellos (4).

Comenzaba yo á irme por San Buenaventura, poniendo las revelaciones que él cuenta de San Francisco, y hallo tantas y tan grandes, no solamente hechas á él, sino también á otros tocantes á él, que no me atrevía á ser tan largo en cosas que se saben. Bastara, cuando no hubiera más, la visión del serafín, cuando se le imprimieron las llagas, y la otra cuando el Señor le concedió el jubileo, sin otras muchas que se pudieran contar. ¿Y qué necesidad hay de decir las, pues tantas veces le vieron sus compañeros aun corporalmente levantado en el aire en altísimo arrobamiento? Quiero acabar esto

(1) San Antonino, in 3, p. *Chron.*, tit. XXIII.

(2) San Buenav., *Vita S. Franc.*, c. I.

(3) *Ib.*, c. II.

(4) *Ib.*, c. III.

con las palabras siguientes de San Buenaventura: «Elevábase muchas veces en tanto exceso de contemplación, que arrebatado sobre sí mismo, y sintiendo lo que con elevado sentido se puede sentir, no sentía lo que en él se hacía. Porque pasando una vez por la villa que se llama del Santo Sepulcro, que es villa populosa, y yendo por la flaqueza de su cuerpo en un asnillo, encontró gran muchedumbre de gente que por devoción venía á él, y deteniéndole la gente y apretándole y tocándole de muchas maneras, no sintió nada más que si estuviera muerto. Y así, habiendo pasado buen rato adelante y habiéndose ido la gente y llegado ya él á un hospital de leprosos, volviendo en sí el contemplador de las cosas celestiales, preguntaba con cuidado si estaban ya cerca de aquella villa. Fija su alma en los celestiales resplandores, no había sentido las variedades de los lugares, ni de los tiempos, ni de las personas que á él habían venido. Y esto le aconteció muchas veces, como lo vieron y experimentaron sus compañeros.» Todo esto es de San Buenaventura (1). Y en el capítulo siguiente cuenta muchas revelaciones que tuvo de cosas por venir.

Pues si hablamos de los hijos é hijas de estos dos santos padres, ¿cuándo acabaríamos? De San Pedro mártir, á cuya celda venían del cielo las santas vírgenes, á quien hablaba el Crucifijo, y á quien Dios descubría cosas que estaban por hacer. De Santo Tomás, gloriosísimo doctor y santísimo, de quien escribe San Antonino que así se elevaba su alma en Dios como si no tuviera cuerpo de carne que le impidiera, y que acostumbraba muchas veces arrojarse en la misa, á quien vinieron los Apóstoles San Pedro y San Pablo á declarar un paso de la Escritura, á quien Cristo Nuestro Señor habló, certificándole que había escrito bien del Sacramento altísimo de su Sagrado Cuerpo y Sangre, á quien tantas visiones se ofrecieron de almas santas, á quien, para decirlo de una vez, era tan fácil el arrojarse en la oración y tan ordinario, que casi cuantas veces él lo quería se le concedía. La santidad de San Vicente Ferrer, antes que naciese, fué á su padre y á su madre revelada. Vió á Nuestra Señora que le descubría la celada del demonio. Estando enfermo vino á él Cristo Nuestro Señor acompañado de muchos ángeles, y de Santo Domingo, y de San Francisco, y le mandó ir á predicar por el mundo, y le hizo grandes favores, y le sanó. Otra vez se le apareció Santo Domingo con gran resplandor y le enseñó muchas cosas. Supo por revelación, estando muy lejos, la muerte de su madre y su gloria, y otra vez la de su hermana. Y fuera de todo esto le fueron reveladas cosas grandes que estaban por venir (2). De la gloriosa virgen Santa Catalina de Sena, mejor es callar que decir poco, y aun ese poco no es menester, pues tenemos los libros de sus *Didlogos*, que son las revelaciones que tuvo de Dios, y en su vida

(1) San Buenav., *Vita S. Franc.*, c. X.

(2) Pedro Ranzano, en la vida del Santo.

se escriben cosas tan maravillosas en esta parte, de la familiaridad que con ella tuvo Nuestro Señor y los altos favores que la hizo, que á quien tiene el espíritu de este mundo parecerán del todo increíbles. Quien más quisiere de los santos de tan gloriosa religión, lea á Leandro en lo que escribió de los varones ilustres de ella, y á Juan Garzón, y, entre otros, la *Historia general* que compuso el muy religioso y docto P. F. Hernando del Castillo, tan religiosa y elocuente y acertada.

Si me vuelvo á la del glorioso San Francisco (1), rica con la humildad y pobreza de Cristo y madre de tantos santos y doctores, hallaréme luego con el bienaventurado San Antonio de Padua, en quien tan manifiesto se vió el espíritu de profecía en decir muchas cosas venideras y declarar grandes secretos, que no se podían saber sino por revelación. Sobre su libro y en sus brazos se puso el niño Jesús con admirable claridad, y después supo por revelación que había visto aquello su huésped. Un ángel le llevaba una carta, y le trajo respuesta, y después de muerto apareció glorioso al abad de Vercel. El santo Fray Bernardo, primer hijo de San Francisco, muchas veces iba solo por los montes, llevado del espíritu y arrebatado de Dios, y en caminos y fuera de ellos tenía tuerres arrobamientos, y por eso San Francisco se holgaba mucho de hablar con él de cosas de Dios, y á las veces se hallaba á los dos en el bosque arrebatados toda la noche. Oyendo misa estuvo una vez arrebatado hasta hora de nona, sin sentido y sin mudarse. Fray León, compañero querido del mismo Padre San Francisco, vió grandes visiones acerca de la santidad de su santo padre, y á él mismo vió después de muerto; y dejadas otras muchas visiones, vió una muy maravillosa del juicio postrero, y en él á Cristo Nuestro Señor y á muchos ángeles y á San Francisco. ¿Qué diré de Fray Junípero, de Fray Cristóbal y de Fray Gil, cuyas revelaciones era menester mucho para contarlas? Basta decir de él que tuvo una altísima visión de Dios, de donde quedaron en su alma maravillosos efectos, y éste en particular, que si alguno le hablaba del amor de Dios ó de la gloria, luego se arrebataba y quedaba fuera de sí como muerto. Y como se supo esto de él, los pastores ó mozos que le hallaban por el camino decíanle: Paraíso, Fray Gil, paraíso; y luego quedaba arrebatado y sin sentido; y así los frailes que hablaban con él de cosas de Dios, guardábanse de hablarle de la gloria, por no perder su conversación elevándose él.

Santa Clara, estando cercada la ciudad y su monasterio, tuvo revelación de que no las harían daño ninguno los enemigos, ni tomarían la ciudad. Una noche de Navidad vió en espíritu el pobre pese-

(1) Lo que refiere el autor de los *SS. Franciscanos* está sacado de la *Crónica, Ord. Min.*, escrita en portugués por Fr. Marcos de Lisboa, y traducida al castellano por Fr. Diego de Navarra. Lib. I-VIII.

bre del niño Jesús; y hablando con San Francisco, él y ella quedaron por un rato arrebatados. No dejaré de decir, aunque voy con deseo de abreviar, de Soror Coleta, monja y reformadora de la orden de Santa Clara, á quien algunas veces vieron en oración levantada en el aire, y otras saliéndola fuego de la boca, que parecía se quemaba el oratorio, y á quien vió San Vicente Ferrer, en una visión, orar por los hombres, y á Dios, que la hablaba con gran amistad; y por verla él pasó de Aragón á Francia. Santa Ana se le apareció una vez, y otra la vió que rogaba por ella y ofrecía á Dios sus oraciones en un vaso de oro. Cuando comulgaba quedaba arrobada y sin sentido, y esto también la acontecía muchas veces oyendo hablar de Dios. No queriendo un día el sacerdote poner forma para comulgarla, vino el mismo Señor á darla la comunión. Tuvo varias y terribles visiones de demonios: tuvo espíritu de profecía, y avisó á muchos de cosas venideras que les tocaban. Sabía por revelación el estado de los monasterios que estaban á su cargo, y las tentaciones secretas de las monjas, y, en fin, supo también el día de su muerte. Como se pudieran decir muchas cosas más de los santos de estas dos religiones si hubiera lugar y fuera menester, así también se podrían decir otras semejantes de las otras sagradas religiones, si revolviésemos sus historias; pero déjolo de hacer por la razón que he dicho.

Volviendo, pues, un poco atrás, al tiempo de los Santos Padres Domingo y Francisco, de donde nos habíamos alejado un poco por decir de alguno de sus hijos, muy poco después de ellos florecieron Santa Gertrudis, abadesa de la orden del glorioso P. San Benito, y Santa Mechtildis, monja de su monasterio y de su tiempo, que tuvieron tantas y tan admirables revelaciones, y fueron tan particularmente regaladas del Señor, como lo muestran sus libros, que hoy día andan y se leen, no sin gran aprovechamiento de los que con cuidado y despacio los leen. Y estimó en tanto Blosio las revelaciones de estas santas, que de ellas, como de oro y piedras preciosas, hizo en gran parte aquel su libro, que llama Collar Espiritual. Pero especialmente las de Santa Gertrudis son tantas en número y tan soberanas y regaladas, que dice el mismo Blosio en el libro dicho, que si no supiesen los hombres que el poder y bondad de Dios no tienen término ninguno, apenas pudieran creer haber mostrado Cristo á su misma Madre en la tierra tanta familiaridad y amistad. En el monasterio de Santa Gertrudis hubo muchas monjas santas, y que tuvieron muchas revelaciones, como se ve en el libro 1.º, capítulos 3.º y 4.º, y en otros, y en el libro 2.º, capítulos 5.º y 13, y en el libro 5.º desde el principio en muchos capítulos. Y porque puse estas santas casi en el tiempo de Santo Domingo y San Francisco, sepa el lector curioso de historias y de tiempos, que no es esta Gertrudis la que Beda pone en su Mar-

tirologio á 16 de Abril (1), ni la que Surio y el Martirologio Romano y el de Usuardo ponen á 17 de Marzo, porque esta de Surio y Usuardo fué monja del monasterio Nivelense, que es en Nivigela de Brabant, y la que yo digo fué abadesa del monasterio llamado Helffede, en la ciudad de Islebio, del condado Masfeldense, y fué en tiempo del emperador Rodolfo, porque el mismo día que fué elegido y á la misma hora lo dijo ella estando muy lejos, como se lee en el libro 1.º de su vida en el capítulo 3.º, y Rodolfo comenzó á tener el imperio el año de 1273, como lo dice Mateo Palmerio Florentino en su *Crónica*, y San Francisco había muerto el de 1226. Santo Domingo el de 1221. Y en fin, se ve claro que fué después de Santo Domingo y San Francisco, del libro 4.º de sus revelaciones, capítulo 52. En el mismo tiempo de estas santas, fué Santa Angela de Fulgino, de la tercera regla de San Francisco, notablemente señalada en estos dones y regalos de Dios, como se parece bien en el libro que de ellos escribió Fr. Arnaldo, de la orden de los Menores, que anda en romance y pone extraña admiración el leerle.

A Santo Domingo sucedió en el oficio de general el santo varón Fr. Jordán, y en su tiempo fué Santa Lutgardis también de la orden de San Benito, á quien siendo muchacha apareció el Salvador y la mostró la llaga de su sagrado costado como corriendo sangre, y después Santa Catalina virgen y mártir, y la consoló. Esto de aparecerla Nuestro Señor era muy ordinario, y hablarla y enseñarla; también á Nuestra Señora vió algunas veces y á otras santas. Tuvo también muchas visiones de almas que estaban en el Purgatorio, y salían de él por sus oraciones, y otras que estaban en el cielo, y de cosas que después habían de venir también tuvo muchas. Estando ya del mal de la muerte, un jueves antes de la fiesta de la Santísima Trinidad, vió el monasterio lleno de ángeles y muchas almas de santos y de monjas de aquel monasterio que ya estaban en el cielo. Y después de esto estuvo en un arrobamiento todo el viernes, y el día siguiente murió (2).

Después vino Santa Brígida viuda, cuyas revelaciones fueron tantas y tanta la familiaridad con Dios, como se parece en el gran libro que anda de ellas, adonde ella cuenta también sus arrobamientos. Y luego Santa Catalina, su hija, que también tuvo visiones y profecías. De las revelaciones de estas cuatro santas que he dicho, Gertrudis, Mechtildis, Catalina de Sena y Brígida, escribió estas palabras Blosio: «Las revelaciones hechas á estas santas son ya en todo el mundo conocidas, y ha mucho tiempo que fueron aprobadas

(1) En el *Martirologio de S. Beda*, se hace mención de Santa Gertrudis, no á 16 de Abril sino el XVI de las Kal. de Abril, ó sea, el 17 de Marzo. (V. Migne, P. L. XCIV, col. 861.)

(2) Thom. Cant., en su vida.

por varones píos y doctos, y los Santos Padres á cada paso las alegan en sus escritos y libros, etc.» (1).

Santa Liduvina virgen, muy ordinariamente veía al ángel de su guarda y á otros muchos ángeles, y hablaba con ellos, y los conocía por sus nombres, y sabía á quién guardaba cada uno de ellos. Aparecíasele el Señor en varias figuras. Tuvo revelaciones de profecía y muchas de almas que salían del purgatorio por su oración, y de que su padre estaba en el cielo. Supo muchas cosas secretas de los corazones. Fué muchas veces arrebatada en espíritu, y quedaba tan sin sentido, que una de estas se le quemó la carne y parte de una costilla, y no lo sentía. Tuvo otros muchos arrobamientos en que en espíritu era llevada á los Lugares Santos de Roma y Jerusalén y á otros, y daba después cuenta de cosas muy particulares y menudas que en ellos había. Antes de morir la visitó Nuestro Señor Jesucristo con su Madre y con los Apóstoles, y después de muerta, así su confesor como otras personas algunas, tuvieron revelación de que estaba en el cielo (2).

En el mismo tiempo hubo en Egipto un santo ermitaño llamado Gerardo, á quien Nuestro Señor revelaba muchas cosas. En ese también fué San Lorenzo Justiniano, patriarca de Venecia, que siendo mozo tuvo una visión en que la Sabiduría Divina, en figura de doncella, se le ofrecía por esposa. Tuvo espíritu de profecía y declaró grandes cosas, y muchas antes que fuesen. Una noche de Navidad vió al Niño Jesús y tuvo un gran arrobamiento, y de estos tenía muchos en la misa después de haber consagrado. Y estando diciendo misa en su iglesia catedral fué arrebatado en espíritu y llevó el Santísimo Sacramento á una monja (3). El bienaventurado San Francisco de Paula, fundador de la sagrada orden de los Mínimos, tuvo revelaciones proféticas (4).

Y dejando otras personas no tan conocidas, y llegándonos más á nuestro tiempo, nuestro Santo P. Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, siendo aún seglar y estando muy enfermo vió al Apóstol San Pedro (5), y desde entonces comenzó mucho á mejorar. Después vió á Nuestra Señora con su Niño en los brazos con gran resplandor, y duró buen rato esta visión, y en ella se le dió el don de castidad (6). En Manresa tuvo una visión en que se le dió gran luz de la Santísima Trinidad y mucha devoción que le duró toda su vida. En otra visión que tuvo oyendo misa se le representó claramente, cómo verdaderamente debajo de aquellas especies de pan estaba el

(1) *Monile spirit.*

(2) Juan Brugman, *Vita S. Litwinæ.*

(3) Bernardo Justiniano, *Vita S. Laur. Justiniani.*

(4) León X, en la bula de Canonización.

(5) Rivadeneira, *Vida de San Ignacio de Loyola*, l. I, c. I.

(6) *Ib.*, c. II.

cuerpo de Jesucristo Nuestro Señor. Muchas otras veces vió de esta misma manera la humanidad del Salvador, y algunas á su gloriosa Madre. En un arrobamiento le comunicó Dios gran conocimiento, así de cosas de la fe, como de cosas que tocan á las ciencias humanas. Todo esto fué casi á sus principios, y en ellos tuvo un arrobamiento tan estraño y nunca oído, que duró ocho días enteros, viéndole muchas personas, porque era en una iglesia, y quedando tan privado de los sentidos, que sin duda le enterraran, si uno de los que allí estaban, tocándole el pulso y poniéndole la mano sobre el corazón, no echara de ver que estaba vivo (1). Yendo á Roma con algunos de sus compañeros y orando en un templo que estaba en el camino, vió al Padre Eterno, que volviéndose á su Hijo, que traía la cruz á cuestras, le encomendaba á él y á sus compañeros, y oyó la voz del Salvador que le dijo: *Yo os seré favorable en Roma*, de donde después á su religión puso el nombre de la Compañía de Jesús (2). Después, estando en el monte Casino, vió el alma de uno de sus compañeros que había muerto, entrar con gran luz en el cielo. Y diciendo la confesión al principio de la misa, llegando á aquellas palabras: «*et omnibus sanctis*», vió puesto delante de sus ojos un gran número de santos, y entre ellos á su compañero, que se llamaba Hozes (3). Fuéronle reveladas cosas que estaban por venir, y otras tan secretas, que no se podían naturalmente saber. Y fuera de las dichas tuvo otras muchas visiones al tiempo que hacía las *Constituciones de la Compañía*.

Al Santo P. Francisco de Javier, uno de sus primeros compañeros, se apareció en visión San Jerónimo, y le consoló y dijo lo que entonces le había de suceder, y en la oración le hizo Nuestro Señor tantos favores, que su natural no los podía sufrir, y le decía: «Señor, ó me llevad á vos, ó no me hagáis tantas mercedes, porque recibir éstas y no veros, es cosa intolerable.» Tuvo manifestamente espíritu de profecía, y dijo cosas maravillosas que después sucedieron: veía los secretos de los corazones algunas veces. Acontecióle estar diciendo misa y ver alguno que moría lejos de allí, y volverse al pueblo y hacer que rogasen por él, y estar predicando y ver la victoria que entonces acababan de alcanzar los cristianos por la mar, y otras cosas no pocas de esta manera.

Y si aquí se hubieran de escribir las visiones y revelaciones que diversas personas de la Compañía han tenido, de las cuales yo he conocido algunas, fuera menester nueva historia, porque han sido muchas y en muchas partes.

Las que tuvieron los Santos Padres Fr. Luis Bertrán y Fr. Pedro Nicolás Factor, así de profecía como de otras, quien las quisiere

(1) Rivadeneira, *Vida de San Ignacio de Loyola*, c. VII.

(2) *Ib.*, c. XI.

(3) *Ib.*, c. XII.

saber lea sus vidas, que poco ha se escribieron, en la del Padre Fr. Luis (1), capítulo 15, y en la del P. Fr. Pedro (2), desde el capítulo 32 hasta el 43. Y no piense nadie que aquí se acabaron, porque el día de hoy hay harto de esto, y yo sé de algunas personas cosas tan de notar, como hartas de las que aquí he escrito.

Harto más largo he sido en esto de lo que yo pensé, aunque para lo que se pudiera decir, demasiadamente corto, porque casi ninguna vida de santo hay donde no haya algo de esto; y así, en comparación de eso, es casi nada lo que se ha dicho, aunque lo extendiera más, que de propósito he abreviado muchas cosas. El haberme alargado ha sido por probar lo que al principio propuse, que desde el tiempo de los Apóstoles hasta ahora, nunca han faltado estos dones de Dios en la Iglesia; y aunque para muchos no fuera menester tanto como lo dicho, hay otros tan incrédulos, que aun dudo si han de salir con ello de su engaño.

De todo lo dicho se entienden dos cosas: la primera, que ninguno ha escrito las vidas de los santos que no haya puesto en ellas todo lo que sabía de revelaciones y favores particulares que Dios les hubiese hecho, y que si yo no hiciera esto mismo en la vida de la Madre Teresa de Jesús, fuera contra el estilo y costumbre de todos los Santos Padres y de los demás escritores que han escrito esto, y faltara á la fidelidad y entereza de la historia, y faltara más con Dios callando las mercedes grandes que hizo á esta Santa Madre, y quitándole la gloria que por ellas con razón le darán los que las supieren. Así lo dió á entender Cristo Nuestro Señor á su gloriosa sierva Santa Gertrudis, que mandándola que escribiese las mercedes que la había hecho, y considerando ella que aunque no las había escrito, las había dicho de palabra para provecho de los prójimos. «Trájome, dice, el Señor allí aquella palabra que se había dicho aquella noche en los Maitines: Si el Señor hubiera dicho su doctrina solamente á los presentes, estuvieran aquellas cosas dichas, pero no escritas, y en fin, se escribieron para salud de muchos.» Y otra vez, pensando esta Santa y diciendo entre sí: ¿Qué provecho se ha de sacar de escribir estas cosas? la dijo el Señor: «¿Qué provecho se saca de lo que se ha escrito que yo hice con mis Santos, ó para qué se lee sino para que crezca la devoción de los que lo leen y lo oyen, y se manifieste la piedad que yo tengo con los hombres?... De la misma manera podrá ser que se encienda la devoción de algunos para desear lo que leen que recibiste de mí, considerando la gracia y liberalidad de mi bondad, y con eso procurarán de mejorar su vida.» Otra vez, maravillándose ella mucho de que Nuestro Señor quisiese tanto que se escribiesen estas cosas, porque habría muchos que no solamente no se edifi-

(1) Por el Padre Fr. V. Justiniano, Valencia, 1582.

(2) Por el P. Fray Cristóbal Moreno, Alcalá de Henares, 1588.

casen con ellas, sino antes las despreciasen y calumniasen, la dijo el Señor: «Yo de tal manera he puesto en ti mi gracia, que quiero que se saque de ahí gran fruto. Y por esto querría que los que tienen dones semejantes, y oyendo de ti estas cosas hacen poca cuenta de ellas, estuviesen avisados para reconocer los que á ellos les han sido dados, y agradecérmelo más, para que de esta manera crezca más en ellos mi gracia. Pero si algunos maliciosamente no quisiesen sino calumniarlos, su pecado venga sobre ellos, y tú no tendrás de eso culpa.»

Lo segundo que se entiende de lo dicho, es: que nadie debe extrañarse, ni tener por nuevo lenguaje, esto de revelaciones y visiones y raptos ó arrobamientos ó profecías, pues en tiempo de los Apóstoles hubo tanto de eso, y después acá nunca hasta el día de hoy ha faltado en los que más se han señalado en el servicio de Dios y en la santidad. Ni se espanten tampoco que en estos tiempos lo haya habido y haya, pues tiene Dios la misma bondad y largueza que siempre ha tenido, y ahora también puede hacer y hará los mismos favores á quien con su gracia para ellos se dispusiere. El Santo Concilio de Trento (1) anatematiza á cualquiera que dijere que certísimamente y sin poder faltar, ha de tener el don de la perseverancia, si no es que lo haya sabido por particular revelación que Dios le haya hecho; y nuestro muy santo Padre Sixto V (2) condena á los que dijeren las cosas que han de venir, que dependen de nuestro libre albedrío, de cualquiera manera que ello sea, si no fuere revelándose lo Dios. Por cierto, si en estos tiempos no pudiera ó no hubiera de haber revelaciones, demasiada cosa y fuera de propósito era decir, si no fuere revelándose lo Dios, ó habiéndolo sabido por particular revelación.

(1) Ses. VI, can. XVI.

(2) Motu proprio contra astrólogos.

CAPÍTULO II

Del crédito que en particular se debe dar á las revelaciones que se escribirán en este libro

No por esto se entiende que todas las que se venden por revelaciones deben ser creídas, pues puede haber, y hay muchas falsas; y tanto engaño, y aun mayor, sería creerlas todas, como no creer ninguna. Primero se han de examinar de qué espíritu son, porque San Juan dice: «Carísimos, no queráis creer á todo espíritu, sino probad los espíritus á ver si son de Dios (1).» Así que ya no tratamos si se han de creer las revelaciones en común, sino si deben ser creídas estas de la Madre Teresa de Jesús que van en este libro. Tomémoslas, pues, y toquémoslas en el contraste, porque si esta moneda no fuera buena, y el oro de ella fino, luego se echara de ver en el toque. Algunas señales se hallarán en los libros de los santos, por donde esto se pueda conocer, y de san Buenaventura (2) se pueden tomar; pero quien con más diligencia trató de esto, fué el Cancelario de París, Juan Gersón, hombre de mucha doctrina, cordura y autoridad, que hizo de esto dos tratados: el uno de la aprobación de los espíritus, y el otro de la distinción de las verdaderas visiones y de las falsas. También lo trató bien el doctísimo Cardenal Torquemada en el defensorio de las revelaciones de santa Brígida. Los dos en un mismo tiempo estudiaron con mucho cuidado este punto estando en el Concilio Basiliense, porque se trató en él de las revelaciones de la Santa. A estos han seguido sin desviarse nada de ellos, y principalmente á Gersón, los que después han tratado de esta materia, como son el Maestro Avila en el libro que comúnmente llaman «*Audi-filia*», y el Padre Maestro Fray Bartolomé de Medina (3), cuya doctrina, primero por sus lecciones, y después por sus libros, es á todos muy conocida, y el licenciado Don

(1) I Joan. IV, 1.

(2) In *processu relig.* VII, c. XVIII-XX.

(3) In 3 p. q. 25, art. III, lib. I, cap. XV-XXIV.

Juan de Orozco, Arcediano de Cuéllar, en el libro muy docto y curioso que escribió de la *Verdadera y falsa profecía*. La substancia de todas ellas, podemos reducir á cinco cabezas.

La primera toca á las revelaciones mismas, si son verdaderas, si son conformes á la doctrina de la Sagrada Escritura y de la Iglesia Romana, ó tienen algo que no diga bien con ella, si tienen alguna cosa en sí que no sea verdadera, aunque las demás lo sean. La segunda es de la materia de las revelaciones, si son de cosas que no son de provecho, sino curiosas ó vanas, que no importa nada saberlas, ó tales que sin ninguna revelación se pueden saber. La tercera, qué efectos dejan en los que las tienen, porque por aquellos se echa de ver si son de Dios ó del demonio. La cuarta toca á la persona que tiene las revelaciones: lo primero en lo natural, si es de buen juicio y discreta, si tiene enfermedades que perturben la razón, ó impidan el buen uso de ella, como alguna demasiada melancolía, ú otras semejantes; si es arrojada é impetuosa en amar ó aborrecer, ó demasiadamente imaginativa; si es moza ó nueva en el servicio de Dios y de poca experiencia en las cosas espirituales. En las costumbres si es persona soberbia y amiga de ser estimada y de publicar sus cosas, y de que se hable de ellas; si dice sus revelaciones á muchas; si las dice en buena gana sin que se las pregunten; si desea que haya en ellas secreto; si es amiga de su parecer más que del de aquellos á quien las comunica; si cree lo que se le dice en esas revelaciones, y lo ejecuta, aunque la dijeren lo contrario los hombres doctos y espirituales; si no quiere pedir á nadie parecer en las cosas que la parece haberle sido reveladas; si va con curiosidad á la oración, deseándolas tener; si pregunta á Nuestro Señor cosas que tocan á sí ó á otros, pidiendo que se le revele lo que ha de responder; si en su vida y trato y vestido es particular y diferente de los de su estado. La quinta, si han sido estas revelaciones aprobadas y examinadas por personas que en esto puedan tener voto. En cada cosa de estas había mucho que decir para probar cómo las de la Madre Teresa de Jesús tienen todas las señales buenas que se requieren para tener una revelación por verdadera, y juzgar que es de Dios. Pero porque casi todo lo que es menester decir para eso, se dice en diversos lugares de esta historia, lo tocaré brevemente, remitiendo al lector á los lugares donde cada cosa de aquellas se trata de propósito.

La primera es, si son verdaderas. De estas revelaciones de la Madre, unas son de cosas que están por venir: otras contienen, ó alguna doctrina que á ella se da, ó algún mandato de cosa que haya de hacer. Si son de cosas que están por venir, el Señor mismo nos da la señal por donde se conozca si son tuyas ó no, diciendo así: «Y si me respondieres entre ti, ¿cómo puedo yo entender que no sea del Señor lo que se me dice? tendrás esto por señal: Si lo que aquel Profeta

hubiere profetizado en nombre del Señor no sucediere así, eso no lo dijo el Señor, sino aquel Profeta con su soberbia lo fingió, y así no tienes que temerle» (1). Todo lo que ella dijo que había de venir, ya está cumplido, sino es una cosa, cuyo tiempo aún no ha llegado, como el haber de ir muy adelante en sus días la orden de Nuestra Señora del Carmen, que las ayudaría Dios, que vería las grandes cosas que había de hacer por ella, que no bastarían sus contrarios á desbaratarlas, y otras muchas cosas que se verán en el libro cuarto en el capítulo quinto. Las que tocan á enseñanza, todas tienen doctrina conforme á la Divina Escritura, y de la Santa Iglesia, y de los Santos, como se verá por todo el discurso de esta obra. Lo que la mandaba hacer todo era bueno y provechoso, como fundar algunos Monasterios y hacer caminos para esto ó para otras cosas de servicio de Dios; y no se hallará ninguno que no sea tal, y esto que he dicho es en todas ellas y en cualquiera parte de ellas. Pero háse de advertir que, como bien lo nota Gersón (2), si alguna revelación se hallase de personas semejantes que no tuviere la verdad en todo, ó en parte, aquélla se ha de juzgar que no es de Dios; mas no por eso pasa perjuicio á las demás de la misma persona para pensar que por no ser ésta de Dios, tampoco lo son las demás. Pruébalo porque los Profetas no tenían siempre el espíritu de profecía, como lo enseña San Gregorio (3), y por el uso que tenían de oír la habla de Dios, podían algunas veces pensar que era de Dios lo que era suyo, como le aconteció á Nathán, Profeta, según San Gregorio (4), cuando dijo á David (5) que edificase el templo, lo cual Dios no le había dicho. No digo esto porque haya en este libro cosa de esta manera, sino porque aunque la hubiera no era causa bastante para desacreditar las demás revelaciones.

La segunda señal es, si son estas revelaciones de cosas vanas ó curiosas. En muchas partes de los tres libros primeros, y más particularmente en el libro cuarto, capítulos cuarto y quinto, se verá bien cuán provechosas son todas, y cómo nada tienen de curiosidad ó vanidad.

La tercera es, qué efectos dejan. Esta sola, cuando más no hubiera, podía asegurar mucho á todos de ser estas revelaciones de buen espíritu, porque siempre la dejaron aprovechada: con más amor de Dios, con mayor aborrecimiento de sus pecados, con mayor desprecio de sí, con más ánimo para servir á Dios, como se veía en el aprovechamiento de cada día; con mucho crecimiento en las virtudes, como se verá en este libro primero, desde el capítulo octavo adelante, y en

(1) Deut. XVIII, 21, 22.

(2) *Tract. de distinct. verarum visionum a falsis*, nota 5.

(3) *Dial.*, lib. II, c. XXI.

(4) *Hom. I, in Ezech.*

(5) II Reg. VII.

lo que ella escribió á un confesor, que está en el capítulo postrero y en el séptimo. A esta señal daba San Gregorio tanto crédito, que hablando de un monje llamado Pedro, que siendo seglar había sido su alma llevada á ver las penas del infierno, dice: «Después de esto afligióse tanto con ayunos y vigalias, que aunque lo callara su lengua, su vida hablaba que había visto las penas del infierno y las había temido» (1). Y el Señor dijo: «Por sus frutos los conoceréis. Por ventura ¿cogen de las espinas uvas ó de los abrojos higos? Así, todo árbol bueno, buen fruto lleva, y el árbol malo lleva mal fruto» (2). Esta señal es muy cierta, y si se mira bien con alguna consideración y espacio, nunca creo nos engañará.

La cuarta señal que se toma del natural y costumbres y cualidades de la persona que tiene las revelaciones, es tanto en favor de las de la Madre Teresa de Jesús, cuanto se puede desear; porque cuantas condiciones y buenas partes piden, los que más escrupulosamente hablan de esto, en una persona para que se tengan sus revelaciones por verdaderas, todas se hallan en ella juntas. Un muy sano y agudo y asentado juicio, una gran discreción y prudencia singular, una muy alegre y apacible condición, una complexión muy buena y muy ajena de melancolía, como diremos hablando de su natural en el libro cuarto capítulo primero, y como lo saben bien los que la conocieron y trataron. Pues la santidad suya, su madurez, su gravedad, y la verdad que en todas las cosas, por menudas que fuesen, con tan gran cuidado trataba, y la experiencia grande que tenía de todas estas cosas espirituales y de los engaños que en ellas suele hacer el demonio, como se ve bien en los libros que escribió, ¿á quién no asegurará y quitará toda la sospecha? Pues ¿qué diré de la humildad que en ella tan claramente resplandecía, que se echaba de ver muy de lejos, y debe en estas cosas quitar todo el miedo á los hombres cuerdos? «Si esta señal de la humildad, dice Gersón (3), se conociese bien, no había para qué buscar otras señales, porque la humildad y la soberbia bastantemente manifiestan en las cosas espirituales cuál sea moneda verdadera, y cuál falsa.» Nunca deseó ni pidió á Nuestro Señor revelaciones, ni aun consuelo en la oración, sino una vez, y luego se reprendió de ello, y con la reprensión vino á hallarle, aunque ya no le quería. Rogó mucho á Nuestro Señor, é hizo que otras muchas personas se lo rogasen, que la llevase por otro camino, y trabajó mucho en ello; y mientras más procuraba echar de sí estas mercedes de Dios, más abundantemente las tenía, como se verá en el libro primero, capítulos nueve y diez. Y esto pone Gersón, en los dos tratados dichos, por señal cierta de ser las revelaciones de Dios. Sus revelaciones no las decía á nadie, sino

(1) *Dial.*, lib. IV, cap. XXXVI.

(2) *Matth.* VII, 16, 17.

(3) *Loc. cit.*, nota 4.

para pedir consejo y ser enderezada ó desengañada, si acaso en ellas hubiese engaño, y encargaba mucho el secreto á quien las decía, y recibía mucha pena si no se le guardaban. En fin, bastará esto solo, que en el libro de su vida, que escribió por obediencia de su confesor, dijo en los primeros capítulos todo el mal que pudo de sí, y cuando ha de comenzar á contar las revelaciones y mercedes que de Nuestro Señor ha recibido, que es en el capítulo diez, ruega mucho á su confesor que de lo que de allí adelante dijere, no dé á nadie parte, y por eso ni pone su nombre, ni el del lugar y Monasterio donde vivía, ni los de las personas con quien trató, porque no venga por ahí á ser conocida del que acertase á ver aquel libro. Pero de los pecados suyos que ha escrito y de cuantos ha hecho en su vida, da licencia á sus confesores para que desde luego los puedan decir y manifestar el nombre. Y quien más quisiere, vea lo que se dirá de su humildad en el libro cuarto, capítulo quince y diez y seis.

De revelaciones hacía poco caso, y decía que ni se deseasen ni pidiesen: todo el estudio y cuidado quería que se pusiese en las virtudes verdaderas y macizas, como veremos en el mismo libro, capítulo veinte. De todas ellas daba cuenta á su confesor, y nada de lo que entendía en ellas hacía, sino era juntándose con ellas el parecer de la persona que tomaba en lugar de Dios; y si este era contrario, aunque tuviera muchas revelaciones, no hacía caso de ellas, como se dirá hablando de su obediencia en el capítulo mismo. Con revelarla Nuestro Señor tantas cosas, jamás le preguntó cosa, ni para sí ni para otro. Su vestido y su trato era en todo santo y muy conveniente á su vida y religión.

La quinta señal, que es la aprobación de hombres que en esto pueden tener voto, suele bastar muchas veces, y su oración y espíritu y revelaciones la tienen muy grande de los hombres más graves y doctos y espirituales que hubo en Castilla, y en los lugares por donde ella anduvo, como veremos en el libro 4.º, capítulo 7. Con esto, pues, quedará probado que estas revelaciones de la Madre Teresa de Jesús son aprobadas y autorizadas por San Buenaventura y por el Cardenal Torquemada, y Juan Gersón, y el Maestro Avila, y el Maestro Fr. Bartolomé de Medina, y don Juan de Orozco, Arcediano de Cuéllar, sin los demás que diré después en el capítulo alegado. Aunque D. Juan de Orozco (1), no solamente así en general, sino muy en particular y con palabras muy favorables, las aprobó en el mismo libro. De la misma manera las aprobó y alabó mucho el Padre Maestro Fr. Luis de León, de la orden de San Agustín, catedrático de Biblia en Salamanca, cuya mucha erudición y agudeza de ingenio no es menester decirlo yo aquí, pues la están publicando sus libros. El cual, habiendo sido nombrado por el Consejo Real para ver y examinar los

(1) *De la verdadera y falsa profecía*, cap. VIII.

libros de la Madre Teresa de Jesús, que se querían imprimir, no se contentó con aprobarlos, sino hizo una muy elegante epístola, que se puso al principio, en que da el testimonio de ellos, que de tantas letras y de tan acertado juicio se debía esperar; y esto sin haber él tratado ni visto jamás á la Madre Teresa de Jesús, sino por lo que en los mismos libros vió. Lo que yo puedo añadir á esto es, que he leído con cuidado mucho de las Santas nombradas ya que escribieron revelaciones, y éstas fueron examinadas y aprobadas por hombres muy doctos y graves, y que éstas y las de la Madre Teresa de Jesús son tan semejantes entre sí, como si una misma las escribiera todas; pero en hartas de ellas hay, sin duda, más que reparar que en las de la Madre Teresa de Jesús.

Dirá alguno, que en fin era mujer, y que se ha de hacer poco caso de revelaciones de mujer. Ya he contado muchos más hombres que mujeres en el capítulo 1.º; mas si las mujeres que las tienen son mejores y más agradables á Dios que los hombres que esto dicen, ¿por qué se espantan que tengan ellas lo que no tienen ellos, por no haberse así entregado á Dios, pues delante de Dios no hay hombre ni mujer, todos son criaturas suyas, y á quien más se le da, más se da él también? Tampoco no se me dará mucho que lo digan así, si miran bien lo que dicen, porque las que con fortaleza vencen sus pasiones y las sujetan á Dios, hombres se han de llamar, y los hombres que se dejan vencer de ellas, mujeres son. No consiste esto en la diversidad del cuerpo, sino en la fortaleza del alma. Vean si lo siente así la Iglesia, pues á vírgenes muy valerosas, como Santa Inés, Santa Agueda, manda rezar el oficio de los mártires para declararnos que las habemos de contar por varones. Tan clara cosa es ésta, que no hay para qué probarla, pues aun los libros de los gentiles están llenos de esto, y el antiguo poeta romano Ennio, dijo:

Vosotros ¡oh mancebos! de mujeres
Tenéis el corazón; y aquella virgen
Le tiene de varón.

Así que no hagamos caso de revelaciones de mujeres, que quiere decir de personas flacas y réndidas á sus pasiones; pero de las de una mujer más varonil que muchos grandes varones, tan animosa y tan valerosa, y de las que á ella se parecieren, mucho caso se debe hacer. Si Dios es amigo de conversar con los hombres y se sabe que no dijeron bien aquellos astrólogos de Nabucodonosor en aquella palabra: Sacados los dioses que no tienen con los hombres conversación: ¿con quién ha de conversar y tratar familiarmente, si no trata con quien lo deja todo por él y le entrega toda su alma y no gusta de nada sino de él? Miedo he no haya alguno tan rudo y de poco saber que me diga

que se debían creer estas cosas, si otro las contase; pero que el contarlas la misma Madre de sí, las hace sospechosas. A esto parece que me bastaba responder con no hacer caso de ello. Lo mejor que tienen para que todos los hombres cuerdos las crean, es contarlas ella misma. Si diciéndolas otros las habrán de creer, ¿cuánto más dando testimonio de ellas un testigo de tanto crédito y de tanta autoridad y mayor de toda escepción, tan quitado de buscar la estima suya y que tanto huyó siempre de toda vanidad? Leamos lo que escriben en diversos lugares, de hechos de santos, San Jerónimo y San Agustín y los demás, y particularmente lo que San Gregorio escribió en los libros del Diálogo, y veremos cuán entero crédito dieron en aquellas cosas á testigos de mucha menor autoridad, porque eran ellos santos y saben lo que Dios hace con los santos, y que hay mucho por qué creerlas.

No consideran que estas cosas son interiores y manifiestas solamente á quien las recibe; y que si ellos las callasen nunca se sabrían, y todo lo que se sabe y está escrito es porque ellos mismos, por la gloria de Dios y provecho de los prójimos las escribieron ó las manifestaron á quien las escribió. Así que, si por esta razón á éstas se hubiese de quitar el crédito, se quitaba también á todas cuantas están escritas de los santos. Todas las revelaciones que tenemos de santa Brígida y de santa Catalina de Sena y de santa Gertrudis y de santa Mechtildis y de santa Ángela de Fulgino y de otras santas y santos, ¿cómo las pudiéramos tener si no fuera por esta vía? Y si contándonoslas otros las creemos, que son testigos de oídas, ¿cuánto más se deben creer contándolas quien las recibió de Dios y no es testigo de oídas, sino de vista? Cuanto más que todo lo que acerca de esto la Madre Teresa de Jesús escribió, no fué por su voluntad, sino por obediencia de Dios, que se lo mandó, ó de sus confesores, á quien ella tenía en lugar de Dios.

Y así dejó de decir otras muchas más cosas que pudiera decir, como ella lo confiesa, contentándose con poner aquello que bastaba para cumplir ella con su obediencia. Una vez la dijo el Señor, como ella lo dejó escrito de su mano: «No dejes de escribir los avisos que te doy, porque no se te olviden. Pues quieres por escrito los de los hombres, ¿por qué piensas pierdes tiempo en escribir los que te doy? Tiempo vendrá que los hayas menester todos.» Y en otro papel escribió estas palabras: «Díome una vez el Señor una luz en una cosa que yo gusté entenderla, y olvidóseme luego desde á poco, que no he podido tornar á caer en lo que era. Y estando yo procurando se me acordase, entendí esto: Ya sabes que te hablo algunas veces, no dejes de escribirlo, porque aunque á ti no te aproveche, podrá aprovechar á otros.» Quede, pues, dicho de una vez para lo que de aquí en adelante contaremos, pues escribiendo yo la vida de esta santa, no podía ni debía callar las mercedes que el Señor la hizo, porque pretendo la

gloria de Dios, y lo es muy grande comunicarse el talento á las criaturas que le sirven con fidelidad, como lo hicieron san Atanasio, san Jerónimo, san Gregorio y todos cuantos han escrito vidas de santos en todos los siglos pasados y en el presente. Bien sé que no consiste en éstas la substancia de la santidad, ni yo las escribo para eso, aunque todavía la manifiestan y la dan algo á conocer, especialmente cuando dejan en el alma tales efectos como habemos visto, y no hay por otra parte cosa que las contradiga ó quite su autoridad.

Y así las revelaciones cuento de paso, como se van ofreciendo en el discurso de su vida, y de las virtudes verdaderas en que consiste la santidad, trataré de propósito en todo el libro cuarto, que tendrá por dos destotros. Y en estos tiempos me parece esto aún más necesario para que, mirando desde cerca las señales que tienen las revelaciones verdaderas, y la humildad y amor de Dios que dejan en el alma, se conozcan mejor las que son falsas y del demonio, y no se crean ni autoricen, ni se engañe nadie con ellas, pues se ve que las personas que las tienen están llenas de soberbia y amor propio, y no buscan sino honra y autoridad entre los hombres. Y como lo blanco cabe lo negro descubre más, y en alguna manera parece más blanco, y lo negro también se conoce mejor, así las falsas revelaciones puestas cabe las verdaderas, descubrirán mejor su falsedad, y las verdaderas quedarán más conocidas. En tiempo de los Profetas verdaderos hubo falsos profetas, y en tiempo de los Apóstoles de Cristo, hubo apóstoles de Satanás; mas no perdieron por eso los verdaderos Profetas y Apóstoles, antes fueron mejor conocidos y estimados. En fin, pues Dios quiso hacer estas grandezas con su sierva, ¿por qué había yo de haber miedo á publicarlas; pues, nos dijo el Arcángel san Rafael (1): «Callar los secretos del Rey, bueno es; pero manifestar y confesar las obras de Dios, honrosa cosa es?» Y más, cuando la virtud está en alguna manera infamada por personas que con la apariencia de ella engañaron, sería mal hecho no volver por ella.

(1) Tob. XII.

CAPÍTULO III

De la tierra y padres y nacimiento de la Madre Teresa de Jesús

La Madre Teresa de Jesús fué llamada doña Teresa de Ahumada (1), hasta que fundó el primero de sus Monasterios, que fué San José de Avila, y desde entonces se comenzó á llamar Teresa de Jesús, profesando con el nombre lo que ella tenía en su corazón, que era no ser ya ni del mundo, ni de los suyos, ni suya, sino toda de Jesús, á quien con todo su corazón se entregaba. A cuya imitación sus hijas todas, con el hábito de la santa religión, toman un nuevo sobrenombre, ó de Jesús ó de alguno de los que más sirvieron á Jesús, según su devoción, y dejan el de su linaje, por esclarecido que sea, y el «Don» que tenían en el siglo. Y aunque pasaron algunos años antes que se llamase Teresa de Jesús, desde el principio la llamaremos así, pues ella quiso más este nombre que el primero. Este nombre de Teresa ni es griego ni latino (2), como algunos piensan, sino propio de España, y antiguo, como Elvira, Sancha, Urraca y otros semejantes. Cada provincia, si lo miramos, hallaremos que tiene nombres propios suyos no usados en otras, que quedaron de santos naturales de aquellas tierras. De esta manera han quedado en España, Sancho, Gutiérrez, García, Mendo, Alonso, Hernando y otros, que se hallan algunos de ellos en el Canon de la Misa mozárabe, que antiguamente se decía en España, y los nombraban entre los demás santos. Así pienso yo que Teresa fué nombre de alguna

(1) Sus apellidos en el siglo eran Teresa, Sánchez, Cepeda, Dávila y Ahumada; pero el más usual era el que pone el autor.

(2) Nicolás Antonio en su *Bibliotheca hisp. veteri*, (lib. II, cap. III, n.º 89), enumera muchas mujeres españolas que antiguamente llevaron el nombre de Teresa, cuya etimología defiende que viene del griego. Fr. Luis de León dice á este propósito: «Pusiéronle nombre Teresa guiados (sus padres) á lo que entiendo, por Dios que sabía los milagros y maravillas que en ella había de hacer y por ella: porque Teresa es Tarasia, nombre antiguo de mujeres y griego, que quiere decir milagrosa. *Vida de Santa Teresa*. Obras t. II, pág. 360.

santa de España, y puede ser haber sido aquella hija del rey don Bermudo, de quien escribe el Arzobispo don Rodrigo en el libro cuarto de las Cosas de España, en el capítulo diez y siete. Dice allí, que don Alonso, rey de León, hijo del rey don Bermudo, tuvo una hermana llamada doña Teresa (el cual nombre, los que escriben en latín dicen Tarasia), y á ésta contra toda su voluntad la casó con Abdalla, rey de Toledo, con esperanza que le ayudaría contra el rey de Córdoba. Y no queriendo ella consentir por ninguna vía que el moro la tocase, y amenazándole con que si porfiaba en su desatinado intento, sería castigado por el Señor, á quien ella servía, la hizo fuerza, y luego le hirió un ángel de tal manera, que viéndose muy cercano á la muerte, la envió muy bien acompañada y con muchas riquezas á León, donde ella, metiéndose monja, vivió mucho tiempo santamente, y después se pasó al Monasterio de San Pedro, donde murió y fué enterrada (1).

Fué la Madre Teresa de Jesús natural de Avila, ciudad muy noble y muy antigua y bien conocida entre las de Castilla la Vieja, y de aquí adelante lo será mucho más por haber en ella nacido y crecido esta tan dichosa planta, que pareciendo al principio tan pequeñita, va ya extendiendo sus ramos por toda España, y fuera de ella los ha comenzado á extender por Génova, y llega aun á las Indias, y pasará muy presto, como se espera en nuestro Señor, más adelante. Nació en las casas de sus padres, que están enfrente de santo Domingo, junto á santa Escolástica, y ahora las ha comprado don Diego de Bracamonte, y metido en su mayorazgo, las cuales yo he visto, y la pieza donde la Santa nació, y otras junto á ella donde durmió más de quince años. Y si el dueño que es ahora de estas casas las estima en lo que ellas merecen, en estas dos piezas había de hacer un oratorio, donde se conservase la memoria de este hecho, y atreveríame yo á asegurarle que no perdería nada con esta devoción, sino por ventura por ella vendría la bendición de Dios sobre los que en ella viviesen ahora y después (2). Su nacimiento fué miércoles á 28 de

(1) Los Bolandistas (tom. III, Junii, día XVII, pág. 471 y sig.) traen la vida de otra Santa Teresa viuda, hermana de Santa Sancha virgen; ambas, hijas de Sancho I, Rey de Portugal. El autor de ella es el P. Fr. Francisco Macedo Ord. Min. Observ., y va precedida de un comentario crítico por el P. Daniel Papebroch S. J.

(2) Por desgracia no se hizo caso de este tan tierno como piadoso deseo del P. Ribera. Las casas, con sus huertas y dependencias, fueran vendidas en 1630. Comprólas el conde-duque de Olivares, favorito de Felipe IV, quien las hizo demoler para edificar sobre el solar que ocupaban, la iglesia y convento de los Carmelitas Descalzos.

Nada se conserva pues de aquella casa, «que debieran haber chapeado de plata y oro», dice La Fuente, si hubiesen gozado de buen sentido los que tal hicieron. «Cuando se entra en Loyola, añade el mismo autor, se ve en la muralla de la casa señorial el escudo heráldico, y desde luego se trasporta uno á los tiempos del emperador Carlos V; y en la alcoba, ahora capilla interior, donde se apareció

marzo, vispera de san Bartoldo, confesor, de su orden, año de 1515, reinando en los reinos de Castilla doña Juana, madre del Emperador don Carlos, y gobernando por ella su padre el rey Católico don Fernando, presidiendo en la silla de san Pedro León X, y siendo empe-

San Pedro al joven capitán herido sobre la brecha del castillo de Pamplona, cree uno ver la simpática figura del noble señor D. Iñigo de Loyola. Y para que la ilusión sea completa, allí está su retrato, no con bonete y casulla como en el aposento donde moró y murió en Roma, sino de joven guerrero, con su coraza y demás arreos militares. ¡Eso es saber sentir y entender! Allí los ojos del cuerpo ayudan á los del alma. En *la Santa* es preciso comenzar por cerrar los ojos de la cara y abrir los del alma, procurando avivar la fe y la devoción. Nada queda de la casa de Santa Teresa sino el triste *se dice* que aquí nació. La iglesia es mezquina y los altares del género barroco y de pésimo gusto. Para mayor dolor, la linda efigie de la Santa en el altar de la capilla construída en el paraje donde nació Santa Teresa, está cubierta con rica pero exótica vestimenta, que hace su figura achaparrada y de mal efecto. ¡Cuánto ganarían la devoción y el buen gusto con que se le quitaran esos trapos y apareciera la bella escultura de Hernández, tal cual la hizo, en actitud extática y doliente!... ¡Cuánto mejor hubiera sido que se hubiesen respetado las dos alcobas ó dormitorios de la Santa, convirtiéndolos en oratorios, y se hubiera también dejado en su ser la huerta, que tenía tan encantadores y ascéticos recuerdos infantiles de Santa Teresa!

Con razón dice el Señor Quadrado, hablando á este propósito y en el mismo sentido:

«Respetamos el pensamiento de dedicar al culto de Dios y de sus santos los lugares que habitaron éstos durante su vida mortal: pero ¡cuánto más nos hablarían al corazón las paredes que fueron testigos de los primeros años de la ilustre virgen, que aquel vasto crucero y media naranja blanqueada y fría, aquellas bóvedas cubiertas de labores de yeso, y aun el retablo que la representa entre nuestra Señora y San José al pie de la augusta Trinidad! ¡Cuánto prefiriéramos ver la cámara donde la dió á luz en 28 de Marzo de 1515, la honesta Beatriz de Ahumada, que la capilla locamente churrigueresca que la ha sustituido, puesta en comunicación con la iglesia y que guarda como preciosas reliquias el báculo, el rosario, una sandalia y hasta un dedo de la Mística Doctora! No había estancia que no encerrase algún recuerdo de su piadosa niñez, de su tentada mocedad, de sus aficiones tan tiernas de familia; allí las infantiles ansias del martirio y la fuga concertada con su hermano, y las ermitas improvisadas por juego en la huerta, las lágrimas vertidas por el fallecimiento de su madre á los trece años, más tarde las caballerescas lecturas interrumpidas por vagos deseos y hasta sus precoces ensayos en composiciones tan distintas de las que habían de darle inmortal renombre, las peligrosas pláticas con su liviana parienta, el afán de galas y de parecer bien, cediendo de pronto á una decidida vocación religiosa, y su salida para el claustro, espontánea sí pero tan angustiosa como la misma muerte. Allí la llevaron á los dos años de su profesión, enferma de recios dolores, y tornó á la vida después de cuatro días de parasismo: allí entró por última vez para asistir á su buen padre en su postrera enfermedad y ejemplarísima muerte, y contemplóle difunto como á un ángel, cual en vida ya selo parecía. De la casa nada queda; quedan empero los objetos circunvecinos, la plazuela solitaria, y en su centro un copudo olmo, si no el mismo, probablemente sucesor del que entonces habría enfrente el almenado muro, y una de las puertas por donde se descubre el sinuoso río y la vega y las azuladas sierras meridionales, el horizonte en fin por el cual tantas veces se esparcieron las miradas de la meditabunda doncella y que no sería el menor atractivo que se les representase vinculado al hogar paterno.»

En la actualidad sostiene el culto de aquella iglesia una modesta comunidad de Carmelitas Descalzos. Cfr. Quadrado. *España, sus monumentos y artes, etc. Salamanca, Avila y Segovia*, 2.^a p. cap. IV.—La Fuente; *Manual del peregrino*, cap. III.

rador Maximiliano, abuelo del Emperador don Carlos, dos años antes que el maldito Lutero comenzase á levantarse contra la Iglesia. Cosa bien conveniente á la divina Providencia, para que como aquél había de sacar las monjas de su encerramiento, naciese antes esta Santa, por cuyo medio viniesen en todas partes tantas á encerrarse y consagrarse á Dios.

Fué nacida por entrambas partes de noble linaje: su padre se llamó Alonso Sánchez de Cepeda (1), hijo de Juan Sánchez de Toledo y de Inés de Cepeda, y éste lo fué de Alonso Sánchez de Toledo y de Teresa Sánchez. Su madre se llamó doña Beatriz de Ahumada, hija de Mateo de Ahumada, de los Ahumadas, que es uno de los antiguos y nobles linajes de Avila, como también el de los Tapias, de que era su madre doña Juana de Tapia. Lo dicho de los abuelos y bisabuelos se ha sacado de una antigua ejecutoria de su nobleza, que por ser tan cierta y manifiesta, con no haber sido de Ávila Alonso Sánchez de Toledo, sino haber venido de fuera, casó todos sus hijos con gente muy noble y principal de aquella ciudad y de buenas dotes. Los Cepedas son de los de Tordesillas, cuya nobleza es conocida. Casóse Alonso Sánchez dos veces, la primera con doña Catalina del Peso, de quien tuvo una hija llamada doña María de Cepeda. La segunda con doña Beatriz de Ahumada, y juntáronse bien los dos, porque como eran nobles en linaje, lo fueron también en virtudes; como se les pareció bien en los hijos que tuvieron, que fueron ocho ó nueve, y el tercero fué la madre Teresa de Jesús, siendo su madre tan moza, que no tenía entonces sino veinte y un años, y de los demás viven hoy algunos.

(1) Julián de Avila nos ha dejado algunos datos curiosos acerca del padre de Santa Teresa. «Yo me acuerdo, dice, siendo yo de poca edad, que le vi, y su presencia y autoridad de persona, por ser de muy mucha gravedad, nunca se me olvidó, y le tengo hoy día tan formado en mi entendimiento, como si hoy día le viera. Llamábanle en Avila el *Toledano*, porque había venido de Toledo.»

El nacimiento de su hija Teresa lo dejó escrito Don Alonso en una cédula ó papel, donde llevaba la apuntación del nacimiento de sus hijos. Dice así dicha cédula: «El miércoles 28 días del mes de Marzo de quinientos y quince años (1515), nació Teresa, mi hija, á las cinco horas de la mañana, media hora más ó menos, que fué el dicho miércoles casi amaneciendo. Fueron su compadre (*padrino*) Vela Núñez y la madrina doña María del Águila hija de Francisco de Pajares.»

Guardábase este papel en el convento de Pastrana.

Fué bautizada Santa Teresa en la parroquia de San Juan, el día 4 de Abril de aquel mismo año, y consta que aquel mismo día se dijo la primera Misa en el convento de Carmelitas Calzadas de la Encarnación, donde luego profesó y fué priora. Cfr. Julián de Avila. — *Vida de Santa Teresa*, publicada por La Fuente, capítulo I.

CAPÍTULO IV

De la niñez y crianza de la Madre Teresa de Jesús

Porque no faltase nada á la Madre Teresa de Jesús para llegar á la santidad á que llegó, proveyóla el Señor de padres tan buenos, que con el buen ejemplo y cuidado de ellos lo comenzó ella á ser desde muy pequeña (1). Su madre era honestísima, y con ser harto hermosa jamás dió ocasión para que se pensase que ella hacía caso de su hermosura, porque con morir de treinta y tres años, se trataba como mujer de mucha edad. Su padre también era en gran manera honesto y muy piadoso, y á quien nadie oyó jurar ni murmurar. Era muy aficionado á leer en muy buenos libros, y así los tenía en su casa para que sus hijos los leyesen. Tenía gran cuidado de hacerles rezar y procuraba mucho fuesen devotos de Nuestra Señora y de otros santos.

(1) «Era mi padre, dice la Santa, aficionado á leer buenos libros, y así los tenía de romance, para que leyesen sus hijos. Estos, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó á despertarme de edad, á mi parecer, de seis ó siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad; y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como á sus hijos, decía que de que no era libre no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad, jamás nadie le oyó jurar ni murmurar, muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad; con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión á que ella hacía caso della, porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió; murió muy cristianamente. Eramos tres hermanas y nueve hermanos, todos parecieron á sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fui yo, aunque era la más querida de mi padre; y antes que comenzase á ofender á Dios parece tenía alguna razón; porque yo he lástima cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y cuán mal me supe aprovechar dellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban á servir á Dios.» *Vida*, cap. I.

Por este medio de los buenos libros y de la devoción en que su padre la ponía, la comenzó Nuestro Señor á tocar el corazón y atraerla á sí, siendo ella no más que de seis á siete años. Juntábase con uno de sus hermanos, que se llamaba Rodrigo de Cepeda, y murió después en las Indias en el Río de la Plata, siendo capitán de la gente que allá iba; de quién después la Santa Madre solía decir que le tenía por mártir, porque había muerto en defensa de la fe. A éste quería más que á los otros, porque eran casi iguales y nacieron en un mismo mes y día; pero él cuatro años antes que ella, como parece por el libro en que su padre escribía los nacimientos de sus hijos; y leían con mucho gusto las vidas de los santos. Encendíase su corazón leyendo los martirios de algunos de ellos, y juzgaba la niña con luz que recibía de Dios, que compraban aquellos santos muy barato el ir á gozar de Dios, por más que padeciesen, y deseaba ella morir así, por ganar lo que ellos habían ganado. Y porque aún desde entonces tenía mucho ánimo, y era muy determinada para las cosas de Dios, no se contentó con sólo deseos, sino comenzó á tratar luego con su hermano Rodrigo qué medio habría para poner por obra aquel deseo y alcanzar luego una muerte tan gloriosa. En fin, lo tomó tan de veras, que tomando alguna cosilla para comer se salió con su hermano de casa de su padre, determinados los dos de ir á tierra de moros, donde les cortasen las cabezas por Jesucristo. Y saliendo por la puerta de Adaja, que es el río que pasa por Avila, se fueron por la puente adelante, hasta que un tío suyo los encontró y los volvió á su casa con harto contento de su madre, que los hacía buscar por todas partes con mucha tristeza, y con miedo no hubiesen caído en una noria de casa y ahogádose. El niño se excusaba con decir que su hermana le había hecho tomar aquel camino (1). Poníales á los dos mucho espanto lo

(1) Este rasgo heroico de la niña Teresa, excitó de tal modo la admiración del Papa Gregorio XV, que ordenó á su secretario lo hiciera constar en el proceso de Canonización. Y Mons. Ciampolo, después de haberlo consignado, se expresa así: ¡Qué fortaleza tan admirable resplandece en la virgen española! En aquella edad en que de ordinario los niños temen las sombras de la misma casa paterna, ella se arranca á los tiernos abrazos de su familia, y se encamina á la ferocidad agarena para suplicarla que con su crueldad dé pábulo á su amor.

Todos los años nos recuerda la Iglesia en el día de la Santa, este su ardoroso deseo del martirio con aquellas palabras:

Regis superni nuntia
Domum paternam deseris,
Terris Teresa barbaris
Christum daturus aut sanguinem.
Sed te manet suavior
Mors, poena poscít dulcior:
Divini amoris cuspide
In vulnus icta concides. (*Brev.*, 15 Oct.)

que leían en los libros, que la gloria y la pena había de ser para siempre, y trataban de esto muchos ratos, y en este *para siempre* se detenían repitiéndolo muchas veces con mucho gusto: *para siempre, para siempre, para siempre*. Con esta consideración, tan platicada entre ellos, la imprimió el Señor en su corazón un deseo grande de caminar por el camino que iba á dar á la gloria que había de durar para siempre.

Viendo que no era posible ir á donde alcanzase la corona del martirio, para lo cual ella sentía en sí gran ánimo y deseo, ordenaba que los dos fuesen ermitaños, y en la huerta que había en casa procuraban, como ellos podían, hacer ermitas, no como los otros niños suelen por vía de juego ó entretenimiento suyo, sino para recogerse á la soledad en ellas; mas luego se les caían, y así no hallaban remedio en nada para su deseo, porque no era llegado el tiempo en que las había ella de hacer mayores y más firmes, poniendo en los pueblos la santidad y manera de vivir que los antiguos ermitaños y Padres guardaron en los desiertos del monte Carmelo. Buscaba cuanto podía la soledad para rezar sus devociones, que eran hartas, y especialmente el Rosario de Nuestra Señora, porque su madre era muy devota de él, y hacía á sus hijos que le rezasen. Tenía particular devoción con aquel paso del Evangelio, cuando estaba Jesucristo Nuestro Señor al pozo hablando con la Samaritana, y tenía siempre en su aposento esta imagen con una letra que decía: *Domine, da mihi aquam*, que es en romance: Señor, dadme agua; y sin saber ella el gran bien que pedía, suplicaba muchas veces al Señor que la diese de aquel agua viva, y dábala gusto grande en esto, como quien después la había de dar á beber tanto de aquel agua celestial. Y así la tuvo siempre en la memoria, y en lo que dejó escrito se aprovechó mucho de ella para declarar grandes cosas de la oración.

Limosna hacía cuanta podía. Cuando jugaba con otras niñas, gustaba mucho de hacer monasterios, mostrando ya el Señor por allí á quien lo pudiera entender, los que después á tanta gloria suya y de su Santísima Madre había de fundar. Hacía como que era ya monja, y deseaba ya serlo, aunque no con tantas veras como lo del martirio y de la vida solitaria. En estas cosas pasaba por entonces su vida, hasta que doña Beatriz, su madre, murió (1), quedando de edad de casi doce años. Entonces, sintiendo la falta de tal madre, y estando muy afligida, púsose delante de una imagen de Nuestra Señora (2) y con

(1) Según consta del testamento de Doña Beatriz, publicado por La Fuente (*Obras de Santa Teresa*, I, p. 550), su muerte acaeció en 1528.

(2) Hizo la niña Teresa su consagración á la Virgen Santísima en la Iglesia de Nuestra Señora de la Caridad. Esta Iglesia y una casa adjunta fueron construídas para servir de asilo á los peregrinos; fundación piadosa que desapareció como tantas otras en 1852. La imagen de Nuestra Señora fué trasladada á la catedral de Ávila, desde donde, todos los años el 15 de Octubre, es llevada en

muchas lágrimas la suplicó, que pues había quedado sin madre, ella lo fuese de allí adelante y la recibiese por su hija. Dijo lo á tan buen tiempo y con tan buen corazón, que la valió y la recibió esta piadosísima Señora por su hija, como después lo vió ella muy claramente en todas sus necesidades, y todo el mundo lo ha visto en las grandezas que Dios obró por ella, por la intercesión de su Santísima Madre.

andas por los Capitulares á la Iglesia de los Carmelitas y colocada frente á la estatua de Santa Teresa.

CAPÍTULO V

De cómo vinieron á estragarse estos buenos principios, y cómo la sacó el Señor de los peligros en que andaba

Grande envidia tenía el demonio de tan buenos principios, porque conocía en ella un excelente natural tan inclinado de suyo á virtud, un muy capaz y claro ingenio, gran cordura y reposo, ánimo para emprender grandes cosas, industria y maña para acabarlas, perseverancia y fortaleza para no se cansar en ellas, y tanta fuerza y gracia en hablar, que si la dejaba echar raíces en la virtud, podría fácilmente ganar muchas almas para Dios. Viendo esto, parecióle que convenía estorbar los bienes que aquellas partes tan aventajadas prometían, y puso su diligencia en estragar, con el mal uso de ellos, los dones naturales que Dios había puesto en ella, pareciéndole que era buena la ocasión de haber ella quedado en tan tierna edad sin madre. Esto procuró por dos vías. La primera fué, haciéndola leer libros de caballerías, que es una de sus invenciones, con que ha echado á perder muchas almas recogidas y honestas, porque en casas á donde no se da entrada á mujeres perdidas y destructoras en la castidad, hartas veces no se niega á estos libros que hombres vanos, con alguna agudeza de entendimiento y con mala voluntad, han compuesto para dar armas al enemigo nuestro, y suelen hacer disimuladamente el mal que aquellas ayudadoras de Satanás por ventura no hicieran. Dióse, pues, á estos libros de caballería, sino de vanidades, con gran gusto, y gastaba en ellos mucho tiempo; y como su ingenio era tan excelente, así bebió aquel lenguaje y estilo, que dentro de pocos meses ella y su hermano Rodrigo de Cepeda compusieron un libro de caballerías con sus aventuras y ficciones, y salió tal, que habría hartos que decir de él. Sacó de este estudio la ganancia que se suele sacar, aunque ella no sacó tanto mal como otros, porque el Señor, que la tenía guardada para tan grandes cosas, no la dejaba de la mano sino

poco. Comenzó á traer galas y olores, y curar sus cabellos y manos, y desear parecer bien, aunque no con mala intención, ni deseando jamás ser ocasión á nadie de ofender á Dios. Y aunque su curiosidad en estas y otras semejantes vanidades era grande, no hacía cosa que pensase entonces que era pecado. La segunda vía por donde el ardid del envidioso enemigo la acometió, fué una con que él, á personas de más años y de más ejercicio en la virtud, ha derribado muchas veces, que es malas compañías. Entraban en su casa unos primos hermanos suyos, casi de su edad, metidos ya en vanidades, y platicaban con ella de estas cosas, y ella los oía, y en todas las cosas que les daba contento, les sustentaba la plática y los entrenía. Pero mucho más mal la hizo una parienta suya, que á pesar de su padre entraba allí, porque, por ser tan liviana, él no quisiera que entrara en su casa, y por ser tan parienta, no se la podía negar la entrada. Esta y otra compañera, tal como ella, que tenía, comenzaron á tratar con ella, siendo de edad de catorce años ó poco más, la iban poco á poco haciendo semejante á sí, y la hicieron olvidar el temor de Dios y meterse en locuras y aficiones y conversaciones peligrosas, aunque nunca fué aficionada á mucho mal como ella lo dejó escrito. Y dióla el Señor dos cosas para que no peligrase ó se perdiese aquí, como quien tanto cuidado tenía de ella: la una es un natural aborrecimiento, que siempre tuvo, á toda deshonestidad y torpeza; la segunda un temor grande de perder su honra, que la fueron un muy recio, pero muy provechoso freno. Y aunque ella (como para todo tenía gran maña) buscaba mil invenciones para que su padre no sintiese sus tratos, ni su honra corriese en riesgo, no pudo tanto que él no tuviese alguna sospecha y su buen nombre alguna nota. En esta sazón andaba muy contento el enemigo y prometíase cosas mayores. Pero aquel gran Señor, que no la tenía olvidada, y que tantas cosas había de hacer por ella para engrandecer su gloria, sacóle la presa de las manos cuando él menos pensaba, y habiendo andado en aquellas vanidades no más que tres meses, dió con ella en el Monasterio de Nuestra Señora de Gracia, de la orden del glorioso Padre San Agustín (1) donde se criaban personas semejantes, para que allí estuviese por seglar.

(1) Vivían á la sazón en aquel Monasterio, que era á la vez convictorio de señoritas, unas 40 religiosas Agustinas. Fué fundado en 1509, por doña Mencía de San Agustín. Véase Ariz, *Historia de Avila*, pág. 51, y Quadrado, *Salamanca, Avila y Segovia*, parte 2.^a, cap. IV, pág. 430.

Veinte y dos años por tanto contaba este Monasterio de existencia y diez y seis de edad Teresa de Ahumada, cuando su padre la colocó en él como educanda, en 1531, más bien para prevenir peligros que para corregir las vanidades que pondera la santa, con su habitual humildad en el cap. II de su vida; aunque por lo demás confiesa que «nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino á pasatiempos de buena conversación».

Y continúa: «Aguardaron á coyuntura que no pareciese novedad; porque haberse mi hermana casado, y quedar sola sin madre, no era bien. Era tan dema-

Aunque aun antes de esto el Señor miraba tanto por ella, que ya ella al cabo andaba cansada, y cuando hacía algún pecado, venfala un temor grande de Dios, y procuraba de confesarse presto. Aquí la tornó el Señor á sí, y como casi todo el daño había venido á aquella alma, hasta entonces purísima, por mala compañía, así quiso que el bien la viniese por la buena de una sierva de Dios que había en el Monasterio, con cuya compañía y palabras comenzó á echar de sí las malas costumbres y volverse á las buenas que primero tenía; perdió la enemistad que había cobrado á ser monja, y comenzó á poner su pensamiento y deseó en los bienes eternos; rezaba muchas oraciones y pedía á todos que la encomendasen á Dios, é iba siempre mejorando

siado el amor que mi padre me tenía, y la mucha disimulación mía, que no había creer tanto mal de mí, y así no quedó en desgracia conmigo...

•Los primeros ocho días sentí mucho, y más la sospecha que tuve se había entendido la vanidad mía, que no de estar allí, porque ya yo andaba cansada y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendía, y procuraba confesarme con brevedad: traía un desasosiego, que en ocho días, y aun creo en menos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento adonde quiera que estuviese, y así era muy querida; y puesto que yo estaba entonces ya enemiguísima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad, y religión y recatamiento. Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera cómo me desasosegar con recaudos. Como no había lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma á tornarse á acostumar en el bien de mi primera edad, y vi la gran merced que hace Dios á quien pone en compañía de buenos. Paréceme andaba su Majestad mirando y remirando por donde me podía tornar á sí. ¡Bendito seáis, vos, Señor, que tanto me habéis sufridol Amén. Una cosa tenía, que parece me podía ser alguna disculpa, si no tuviera tantas culpas, y es que era el trato con quien, por vía de casamiento, me parecía podía acabar en bien, y informada de con quién me confesaba, y de otras personas, en muchas cosas me decían no iba contra Dios. Dormía una monja (llamada Sor María de Briceño) con las que estábamos seglares, que por medio suyo, parece quiso el Señor comenzar á darme luz como ahora diré.

•Pues comenzando á gustar de la buena y santa conversación desta monja, holgábame de oírla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Esto, á mi parecer, en ningún tiempo dejé de holgarme de oírlo. Comenzóme á contar cómo ella había venido á ser monja, por sólo leer lo que dice el Evangelio: *«Muchos son los llamados, y pocos los escogidos.»* Decíame el premio que daba el Señor á los que todo lo dejan por él. Comenzó esta buena compañía á desterrar las costumbres que había hecho la mala, y á tornar á poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas, y á quitar algo la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima: y si veía alguna tener lágrimas cuando rezaba, ú otras virtudes, habíala mucha invidia; porque era tan recio mi corazón en este caso, que si leyerá toda la Pasión, no llorara una lágrima: esto me causaba pena. Estuve año y medio en este monasterio harto mejorada: comencé á rezar muchas oraciones vocales, y á procurar con todas me encomendasen á Dios, que me diese el estado en que le había de servir; mas todavía deseaba no fuese monja, que éste no fuese Dios servido de dármele, aunque también temía el casarme.

Existe aún este convento en que se educó la joven Teresa: junto á la reja que separa el coro de las religiosas de la nave de la iglesia, hay todavía el confesionario en que ella solía reconciliarse cuando educanda, y en el convento se conservan como reliquias algunos objetos que fueron de su uso. Uno de los cuadros de la iglesia representa á Sor María de Briceño tomando la lección á la joven educanda, Teresa de Ahumada.

aunque no deseaba del todo ser monja. No desistió el enemigo de su antigua porfía por verla puesta en este Monasterio: allá dentro la tentaba con pensamientos, y por fuera con recaudos que hacía la enviasen; mas como no había lugar, presto se acabó todo esto, y se cortó por entonces el hilo de las vanas esperanzas que tenía. En este Monasterio estuvo año y medio, hasta que por una grave enfermedad que la dió, la fué forzoso volverse á casa de su padre.

CAPÍTULO VI

De cómo tomó el hábito de Nuestra Señora del Carmen, é hizo profesión

Estando ya buena de esta enfermedad, la llevaron á una aldea donde vivía su hermana doña María de Cepeda, para estarse con ella algunos días; y pasando por otra que se llamaba Hortigosa, y está cuatro leguas de Avila, donde á la sazón vivía un hermano de su padre, viudo, llamado Pedro Sánchez de Cepeda, detúvose con él allí algunos días, y ayudóla mucho su buena y santa conversación, porque la hacía leer libros devotos, de quienes ella no gustaba mucho, pero lefalos por hacerle á él placer, y en pocos días vino con esto á ir entendiendo la verdad que en la niñez imprimió el Señor en su corazón, que todo era nada, y se acababa en un punto, é íbase más inclinando á ser monja, que nunca lo podía acabar del todo consigo. En esto estuvo consigo como en batalla tres meses, forzándose á sí misma con esta razón: que no podían ser mayores los trabajos de la religión que los del purgatorio; y que pues ella había merecido el infierno, no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio. Leía en este tiempo mucho en las Epístolas de San Jerónimo, y ayudáronla de suerte que se resolvió en ser monja, y lo trató con su padre, con quien por ninguna vía lo pudo acabar, porque la amaba tiernamente más que á ninguno de sus hijos. Ella, que tenía ya experiencia de cuán poco debía fiar de sí, y alguna también de lo que era el mundo, como para todo lo que emprendía tenía gran ánimo, determina el ponerse en salvo y hacer de hecho; y un día muy de mañana, que fué á 2 de Noviembre, día de la Conmemoración de las Animas, año de 1535, siendo de edad de veinte años y siete meses, sin dar cuenta á nadie, más de á Antonio de Ahumada, su hermano, que la acompañó, sale de casa de su padre y vase derecha á meterse monja

á la Encarnación, Monasterio principal de Ávila, de la orden de Nuestra Señora del Carmen (1).

Á este su hermano había ella persuadido aquellos días antes en que se andaba determinando, que dejase el mundo y entrase en reli-

(1) Hállase este monasterio al otro lado de la parte alta de la población, pero fuera de ella, y no lejos de la estación del ferrocarril. Situado en paraje algo ameno y silencioso, sobre una pequeña eminencia y frente á la parte más bella y prolongada de los muros de Avila, parece un verdadero yermo, aislado, y muy á propósito para la contemplación, hasta en el gran libro de la naturaleza, como lo indica la Santa el hablar de él (Cap. IX, de su *Vida*). «Aprovechábame á mí también ver campos, agua, flores: en estas cosas hallaba yo memoria del Criador, digo, que me despertaban y recogían y servían de libro.»

En 1513, gracias á la liberalidad de doña Elvira González de Medina se trasladó allí un *beatario* de terciarias del Carmen que en 1479 había fundado en la parte más alta de la población, entre la iglesia de San Vicente y el mercado chico. Aquellas beatas hacían sólo votos simples, pero andando el tiempo concibieron el proyecto de fundar un monasterio de Carmelitas, y lo llevaron á cabo el citado año, gracias á la liberalidad de doña Elvira González de Medina, y al que pusieron el nombre de Nuestra Señora de la Encarnación. Fué gobernado al principio por doña Elvira, su fundadora, y sucesivamente por doña Catalina del Aguila y doña Beatriz Guiera. Al presentarse en él Teresa para ser admitida como religiosa, era priora doña María de Luna, según consta por el registro de las elecciones del monasterio.

Se ha discutido acerca de la fecha en que Santa Teresa entró en la Encarnación. El P. Yepes (lib. I, cap. IV), el P. Vandermoere (*Acta Stae. Teresiae* n.º 82), La Fuente (*Manual del Peregrino*, cap. III, s. V) y otros, dicen que fué en 1533, pero el P. Ribera y Julián de Avila (*Vida* cap. III), señalan el 2 de noviembre de 1535, contando á la sazón nuestra santa, 20 años y 6 meses de edad, puesto que nació el 28 de Marzo de 1515. La fecha señalada por los dos últimos biógrafos parece hallarse ya fuera de toda duda, pues consta con toda claridad en tres documentos contemporáneos á la Santa. El primero es la deposición jurídica de la hermana Teresa de Jesús, hija de don Lorenzo de Cepeda y sobrina de la Santa, que dice así (*Inform. de Avila del año 1596*): «He oído decir que tomó el hábito en la Encarnación, á la edad de 20 años y medio, el día de Difuntos.» El segundo es una relación manuscrita acerca de los orígenes del convento de la Encarnación, escrita por una religiosa del mismo monasterio, llamada María Pinel, contemporánea de Santa Teresa. «La Santa Madre, dice, tomó el hábito el día 2 de noviembre del año 1535.» Finalmente en el registro de las elecciones del mismo monasterio, se lee lo que sigue: «El año de 1534 fué elegida priora la Madre doña María de Luna. Durante el trienio de esta superiora, nuestra santa madre Teresa de Jesús tomó el hábito é hizo la profesión. Tomó el hábito el 2 de noviembre de 1535, á la edad de 20 años y seis meses.» El P. Francisco de Santa María, (*Reforma de los Descalzos*, t. I, lib. I, cap. VIII), dice que tomó el hábito en 1536, pero es evidente, después de lo dicho, que se equivoca. Todo esto prueba una vez más la exactitud del P. Ribera, primer biógrafo de la Santa. (Cfr. Carramolino, *Historia de Avila*. — P. Luis de Santa Teresa, *La sucesión del Santo Profeta Elías*. — Doña María Pinel, *Historia ms. del convento de la Encarnación*, citada por los editores de las *Oeuvres complètes de Sainte Térèse de Jésus*, t. I, pág. 65.)

Cerca de 28 años vivió Santa Teresa en este monasterio; los recuerdos de su vida que en él se conservan son muchos y muy notables. El locutorio nos trae á la memoria las reprensiones que le dió el Señor en una temporada de tibieza; el coro la venida de la Virgen á visitarla, en ocasión en que se cantaba la Salve, siendo ella priora, el paraje de la celda, la transverberación de su corazón por mano de un querubín y otros muchos que se refieren más adelante.

Pero y ¿qué se hizo de la celda de la Santa? Triste es decirlo: todo ha desaparecido, quedando sólo el sitio y el recuerdo. «Lo que lamentamos en la casa nativa, dice La Fuente, hay que deplorarlo asimismo en la Encarnación. Demo-

gión, y era bien, pues había de ayudar á tantas almas á ir al cielo, lo comenzase tan temprano. Así que los dos juntos salieron para la religión, aunque no con igual ventura. Ella se quedó en la Encarnación, y él se fué de allí al Monasterio de Santo Tomás, de la orden del glorioso Santo Domingo, á pedir el hábito. No le recibieron allí entonces hasta saber la voluntad de su padre, con quien aquellos Padres tenían amistad. Después entró en la orden del bienaventurado San Jerónimo, y siendo novicio vino á enfermar de manera que no pudo perseverar (1). Volvamos á nuestra novicia, á quien el Señor cada día iba mejorando y dando señales manifiestas de lo mucho que la amaba. Al principio habíase aficionado á este Monasterio, por tener allí una monja á quien ella quería mucho, que se llamaba Juana Suárez, la cual se ayudó harto de su amistad, como á su tiempo diremos; pero al tiempo que lo puso por obra, ya estaba tan

líose la celda y se derribó parte del convento para construir en el siglo xviii otra capilla, grandiosa sí, pero fría, y que nada dice á la vista, aunque mucho por el recuerdo. Al construirla se oyó, según la tradición, una voz que decía á los trabajadores procedieran con más respeto, y una inscripción en el pavimento lo recuerda con estas palabras: *¡Esta tierra que pisa es tierra santa!*

Sí que lo es, porque es bendita, y en paraje santo y de santo recuerdo. Pero las paredes que fueron mudos testigos de los éxtasis y celestiales favores que allí recibió Santa Teresa, el suelo, los ladrillos regados con sus lágrimas y con la sangre arrancada de sus venas á fuerza de maceraciones y de los rigores de sus penitencias, y por ende santificados, éstos desaparecieron: éstos eran la verdaderamente tierra santa: éstos no están allí. *Manual del peregrino*, cap. III.; Cfr. *Cuadrado, Salamanca, Avila y Segovia*, parte 2.^a, cap. IV, pág. 431 y sigs.

(1) El autor de *l'Histoire de Sainte Thérèse, d'après les Bollandistes* (t. I, cap. IV, pág. 50 nota), hace decir al P. Ribera lo contrario de lo que dice, á saber, que «Antonio se volvió á casa de sus padres y poco después entró en los Jerónimos donde perseveró hasta su prematura muerte». Rechaza después la aserción de dicho Padre y acepta la errada opinión del cronista carmelitano Fr. Francisco de Santa María, *Reforma de los Descalzos*, según la cual el citado hermano de Santa Teresa, «recibió el hábito en Santo Tomás de Avila, de la orden de Predicadores y, habiendo vivido con grande ejemplo, murió antes de profesar».

El señor La Fuente, en la nota que pone á este pasaje de la vida de la Santa, dice: «otros aseguran que entró monje Jerónimo; pero esto parece menos probable».

No sólo no es lo menos probable sino que es lo único que resulta cierto y averiguado, según documentos oficiales y auténticos, perfectamente de acuerdo con la versión de nuestro padre Ribera.

En efecto, Antonio de Ahumada, cuarto hijo varón de Don Alfonso y Doña Beatriz, padres de Santa Teresa y de cinco años menos de edad que ella, fué novicio jerónimo, pero no pudo perseverar por falta de salud. Convaleció luego y abrazó la carrera de las armas. Siguiendo el ejemplo de cuatro hermanos suyos, pasó después á las Indias y á poco de llegar allí tomó, juntamente con ellos, parte en la sangrienta batalla, librada en las cercanías de Quito, entre Gonzalo Pizarro y Blasco Núñez Vela, primer Virrey del Perú. Murió éste en la demanda y Antonio de Ahumada recibió un tiro mortal de arcabuz, falleciendo á los pocos días, bien en el mismo campo de batalla ó bien en Quito, donde fué enterrado. Cfr. González Suárez, *Hist. general de la República del Ecuador*, t. II, lib. II, c. IX.—Agustín de Zárate, *Hist. del Perú*, lib. VI, c. VIII.—Pólit, *La Familia de Santa Teresa en América*, cap. II y el Apéndice n.º III.—Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas de Indias*, t. III.

bien dispuesta, que fuera muy de gana á cualquiera donde ella pensara servir más á Dios, porque más cuenta tenía con el remedio de su alma que con el regalo ó descanso de su cuerpo.

Salió de la casa del padre terreno á la del celestial con una contradicción tan grande de su alma, y con un dolor y sentimiento tan extraño, que la parecía cada hueso se le apartaba de su parte, y que era mayor que si el alma se le apartara de su cuerpo (1). Pero con la gracia del Señor, y con la grandeza y generosidad de su corazón, venció la tierna doncella aquella dura y áspera batalla, y con gran determinación se entró por el Monasterio, y pidió el hábito con tanta disimulación y con tantas veras, que nadie hubo que pensase sino que le deseaba mucho. Luego el Señor (que no está esperando sino que nos determinemos á cosas dificultosas de su servicio, para mostrar en nosotros sus misericordias), la dió una alegría tan grande de haber escogido aquel estado, que jamás después en su vida la faltó. Mudóse luego la sequedad de su alma en grandísima ternura, y el gusto de las cosas del mundo en gusto grande de las de la religión, y en ver que estaba ya libre de aquellas tan penosas vanidades, no cabía de placer. Con todo eso no la dejó Dios de ejercitar bien aquel año en cosas que, aunque en sí no eran pesadas, á ella la desasosegaban y afligían harto (2). Mas cada día iba mostrando más el Señor no

(1) «Acuérdaseme á todo mi parecer y con verdad, dice la Santa, que cuando salí de casa de mi padre no creo será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que como no había amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que, si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante; aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra. En tomando el hábito, luego me dió el Señor á entender cómo favorece á los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendía de mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura. Dábanme deleite todas las cosas de la Religión, y es verdad, que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo y gala, y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba y no podía entender por dónde venía. Cuando de esto me acuerdo, no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla.» *Vida*, cap. IV.

(2) «El año del noviciado, pasé grandes desasosiegos con cosas que en sí tenían poco tomo, mas culpábanme sin tener culpa harta veces; yo lo llevaba con harta pena y imperfección, aunque con el gran contento que tenía de ser monja, todo lo pasaba. Como me veían procurar soledad, y me veían llorar por mis pecados algunas veces, pensaban era descontento, y así lo decían. Era aficionada á todas las cosas de Religión, mas no á sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame de ser estimada; era curiosa en cuanto hacía; todo me parecía virtud, aunque esto no me será disculpa, porque para todo sabía lo que era procurar mi contento y así la ignorancia no quita la culpa. Alguna tiene no estar fundado el monasterio en mucha perfección; yo, como ruin, íbame á lo que veía falta y dejaba lo bueno. Estaba una monja entonces enferma de grandísima enfermedad, y muy penosa, porque eran unas bocas en el vientre, que se le habían hecho de opi-laciones, por donde echaba lo que comía: murió presto de ello. Yo veía á todas temer aquel mal; á mí hacíame gran envidia su paciencia. Pedía á Dios que, dán-

haber ella venido á aquella casa y religión acaso, sino por orden maravillosa de su Providencia, para que se cumpliese lo que antes estaba profetizado. Contábase entonces que hartos años antes había entrado allí un zahorí á buscar tesoros (que está este Monasterio en el campo, poco apartado de la ciudad), y andando por una parte y por otra de la casa, descubrió con ojos de profeta otro mayor tesoro que los que él buscaba con ojos de zahorí: y dijo que en ella había haber una santa que se llamase Teresa. Otros atribuyeron esta profecía á una monja sierva de Dios, que hubo al principio de su fundación en aquella casa, y puede ser que lo dijesen entrambos, para que en boca de dos testigos estuviese aquella tan verdadera palabra. El haber habido esta profecía, es cosa cierta, porque la Madre, como era tan graciosa, solía, riéndose, decir á otra monja que entonces había de su nombre, si había de ser alguna de ellas aquella santa que decían.

Así pasó su año de noviciado con muchas enfermedades en el cuerpo, pero con gran contento y alegría en su alma, y al cabo de él hizo su profesión. Aunque á ese tiempo fué combatida fuertemente del demonio, y sintió en hacerla una tan grande dificultad, que para encarecer mucho lo que en una había sentido, dijo que jamás en cosa sintió tanta en su vida, ni en el hacer profesión, sino fué cuando salió de casa de su padre á ser monja, como adelante se dirá. Mas con toda esta contradicción de su carne, prevaleció en ella tanto la gracia, que la hizo con corazón alegre y muy determinado, entregándose con toda su alma por esposa de aquel gran Señor, que con tan poderosa mano la había sacado de las vanidades y engaños y peligros en que algún tiempo había andado.

domela así á mí, me diese las enfermedades que fuese servido. Ninguna me parece temía, porque estaba tan puesta en ganar bienes eternos, que por cualquier medio me determinaba á ganarlos.» *Vida*, cap. V.

CAPÍTULO VII

De las enfermedades que tuvo, y cómo sanó de ellas, y cómo volvió á las vanidades primeras y dejó la oración, y después volvió á ella

Las enfermedades iban creciendo, tenía desmayos y gran mal de corazón, y otros muchos males, con que muchas veces se quedaba sin sentido; y no bastando los médicos de Avila para el remedio de ellos, su padre, que tanto la amaba, la sacó del Monasterio en compañía de aquella monja amiga suya (1) para llevarla á un lugar que se llamaba Becedas, donde había una mujer que curaba muchas enfermedades, y estuvo entonces casi fuera un año. Ella salió al principio del invierno y porque la cura no se había de comenzar hasta principios del verano, estúvose este tiempo en un lugar que estaba en el camino que se dice Castellanos de la Cañada, en casa de doña María de Cepeda, su hermana, que hubo su padre de doña Catalina del Peso, su primera mujer, y estaba casada con Martín de Guzmán Barrientos, y entrambos, pero particularmente doña María, la querían mucho.

Allí la comenzó nuestro Señor á poner en oración, teniendo ella por maestro un libro que su tío la había dado, que es el *Tercero Abecedario de Ossuna* (2), y dióla luego la oración que llaman de quietud,

(1) «En la casa que era monja, dice la Santa en el cap. IV de su vida, no se prometia clausura.» Esto que aquí se narra sucedía en 1537, y la clausura no se impuso como obligatoria á todos los religiosos hasta el año 1563, en que la prescribió el Concilio de Trento, cap. V *De reformatione regularium*, sess. 25., poniendo en vigor lo mandado en el VI de los Decretales.

(2) El autor de esta obra es el P. Francisco de Ossuna de la orden franciscana. Consérvase en el monasterio de San José de Avila el ejemplar que usaba Santa Teresa, con las señas marginales que ponía la Santa en los pasajes que más llamaban su atención. Faltan en él las últimas hojas, por lo cual no consta el año de la impresión; con todo parece indudable que el ejemplar que leía Santa Teresa no pudo ser de la 2.^a edición hecha en 1537. La obra completa consta de seis partes de las cuales se hicieron en los siglos XVI y XVII muchas ediciones, pero ni Gallardo, ni Salvá, ni Brunet, ni Nicolás Antonio, ni Sbaralea dan noticia exacta de la primera edición de cada una de estas partes. Como dato curioso la pondremos

y aun algunas veces la llegaba á la unión sin entender ella lo uno ni lo otro. Y porque, como he dicho, en las cosas que la Madre Teresa de Jesús escribió en el libro de su vida, no me tengo de detener, sino tocarlas brevemente, no más para llevar seguido el hilo de la historia, y que lo demás se vea en su lugar, no digo más de que Nuestro Señor en estos principios de su oración dió buenas muestras de los muchos y muy soberanos dones que en ella le había de comunicar, y en las enfermedades tan grandes y tan largas, y en la cura de ellas la dió una grande y perfecta paciencia. Tres meses (1) estuvo en Be-

aquí, excepto de la tercera parte, cuya primera edición no hemos podido haber á las manos. *Abecedario espiritual de las circunstancias de la Pasión de Christo Nuestro Señor y otros misterios...* Sevilla, en la oficina de Juan Cromberger, 1528.—Segunda parte del libro llamado *Abecedario espiritual, donde se tratan diversos exercicios en cada letra el suyo...* Sevilla, en la oficina de Juan Varela, 1530.—Tercera parte del libro llamado *Abecedario Espiritual. Agora nuevamente impreso.* Valladolid, por Juan de Villaquirán, 1537. Es la 2.^a edición, la primera será probablemente de 1533 ó 1534.—*Ley de amor y cuarta parte del Abecedario Espiritual donde se trata muy de raiz los misterios y preguntas y exercicios del amor y la theologia que pertenece no menos al entendimiento que á la voluntad...* Burgos, por Juan de Junta, 1536.—*Quinta parte del Abecedario Espiritual...*, que es consuelo de pobres y aviso de ricos... Burgos, Juan de Junta, 1541.—*Sexta parte del Abecedario Espiritual compuesto...* que trata sobre las llagas de Jesu Christo, para exercicio de todas las personas devotas. Añadidas las tablas de las otras cinco partes con la del Combite del Sacramento, que el mismo autor compuso. Nunca antes impresa. Medina del Campo, por Matheo y Francisco del Canto hermanos, 1554.

(1) Aquí omite el P. Ribera un hecho notable que tuvo lugar durante la permanencia de la Santa Madre en Becedas. Nadie como ella misma podrá referirnos con más sencillez y claridad. Dice así:

«Estaba una persona de la iglesia que residía en aquel lugar adonde me fuí á curar, de harto buena calidad y entendimiento: tenía letras, aunque no muchas. Yo comencéme á confesar con él, que siempre fuí amiga de letras, aunque gran daño hicieron á mi alma confesores medio letrados, porque no los tenía de tan buenas letras como quisiera. He visto por experiencia que es mejor, siendo virtuosos y de santas costumbres, no tener ningunas, que tener pocas; porque ni ellos se fían de sí, sin preguntar á quien las tenga buenas, ni yo me fiara; y buen letrado nunca me engañó; estotros tampoco me debían de querer engañar, sino no sabían más...

Duré en esta ceguedad creo más de diez y siete años, hasta que un Padre Dominicó, gran letrado, me desengañó en cosas, y los de la Compañía de Jesús del todo me hicieron tanto temer, agravándome tan malos principios, como después diré. Pues comenzándome á confesar con este que digo, él se aficionó en extremo á mí, porque entonces tenía poco que confesar para lo que después tuve, ni lo había tenido después de monja. No fué la afición de éste mala, mas de demasiada afición venía á no ser buena. Tenía entendido de mí, que no me determinaría á hacer cosa contra Dios que fuese grave por ninguna cosa, y él también me aseguraba lo mesmo, y ansí era mucha la conversación. Mas mis tratos entonces, con el embebecimiento de Dios que traía, lo que más gusto me daba era tratar cosas de El; y como era tan niña, haciale confusión ver esto, y con la gran voluntad que me tenía comenzó á declararme su perdición, y no era poca, porque había casi siete años que estaba en muy peligroso estado con afición y trato con una mujer del mismo lugar, y con esto decía misa. Era cosa tan pública, que tenía perdida la honra y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto. A mi hizoseme gran lástima, porque le quería mucho, que esto tenía yo de gran liviandad, y ceguedad, que me parecía virtud ser agradecida, y tener ley á quien me quería. Maldita sea

cedas con su hermana, donde la curó aquella mujer; pero por las curas que la hicieron, más recias de las que su flaco sujeto podía llevar, salió de allí muy más enferma que había venido, y volvió á Avila á casa de su padre para que la viesen los médicos: ellos la desahucieron y dijeron que estaba ética. El día de Nuestra Señora de Agosto en la noche, dióla un parasismo tan recio y tan largo, que estuvo cuatro días sin sentido, y como muerta; diéronla la Extrema-Unción, y decíanla muchas veces el Credo, porque cada momento pensaban que expiraba, y ella no entendía nada. La cera se halló ella después echada sobre los ojos, la sepultura estaba abierta en la Encarnación, y estaban esperando el cuerpo para enterrarle, y monjas estaban allí de la Encarnación que habían enviado para estar con el

tal ley, que se extiende hasta ser contra la de Dios. Es un desatino que se usa en el mundo, que me desatina: que debemos todo el bien que nos hacen á Dios, y tenemos por virtud, aunque sea ir contra él, no quebrantar esta amistad. ¡Oh ceguedad del mundo! Fuéades vos servido, Señor, que yo fuera ingratísima contra todo él, y contra vos no lo fuera un punto; mas ha sido todo al revés por mis pecados. Procuré saber é informarme más de personas de su casa; supe más la perdición, y vi que el pobre no tenía tanta culpa; porque la desventurada de la mujer le tenía puestos hechizos en un idolillo de cobre, que le había rogado le trajese por amor de ella al cuello, y éste nadie había sido poderoso de podersele quitar. Yo no creo, es verdad, esto de hechizos determinadamente, mas diré esto que yo vi, para aviso de que se guarden los hombres de mujeres que este trato quieren tener; y crean, que pues pierden la vergüenza á Dios, que ellas más que los hombres son obligadas á tener honestidad, que ninguna cosa de ellas pueden confiar; y que á truco de llevar adelante su voluntad, y aquella afición que el demonio las pone, no miran nada. Aunque yo he sido tan ruín, en ninguna de esta suerte yo no caí, ni jamás pretendí hacer mal, ni aunque pudiera, quisiera forzar la voluntad para que me la tuvieran, porque me guardó el Señor de esto; mas si me dejara, hiciera el mal que hacía en lo demás, que de mí ninguna cosa hay que fiar. Pues como supe esto, comencé á mostrarle más amor: mi intención buena era, la obra mala; pues por hacer bien, por grande que sea, no había de hacer un pequeño mal. Tratábale muy ordinario de Dios: esto debía aprovecharle, aunque más creo le hizo al caso el quererme mucho; porque por hacerme placer me vino á dar el idolillo, el cual hice echar luego en un río. Quitado éste comencé, como quien despierta de un gran sueño, á irse acordando de todo lo que había hecho aquellos años, y espantándose de sí: doliéndose de su perdición, vino á comenzar á aborrecerla.

Nuestra Señora le debía ayudar mucho, que era muy devoto de su Concepción, y en aquel día hacía gran fiesta. En fin, dejó del todo de verla, y no se hartaba de dar gracias á Dios, por haberle dado luz. A cabo de un año en punto, desde el primer día que yo le vi, murió. Ya había estado muy en servicio de Dios, porque aquella afición grande que me tenía, nunca entendí ser mala, aunque pudiera ser con más puridad; mas también hubo ocasiones para que si no se tuviera muy delante á Dios, hubiera ofensas suyas más graves. Como he dicho, cosa que yo entendiera era pecado mortal, no la hiciera entonces. Y paréceme que le ayudaba á tenerme amor ver esto en mí; que creo todos los hombres deben ser más amigos de mujeres que ven inclinadas á virtud; y aun para lo que acá pretenden, deben de ganar con ellos más por aquí, según después diré. Tengo por cierto está en carrera de salvación. Murió muy bien y muy quitado de aquella ocasión: parece quiso el Señor que por estos medios se salvase.

De este episodio, tan candorosamente descrito por la Santa, ha tomado pie un novelista francés, licencioso é impío, Catulo Mendes, para su esperpento teatral, en que pretende ridiculizar á nuestra patria, á nuestra Santa y á su época.

cuerpo, y hubieranla enterrado si su padre no lo estorbara muchas veces contra el parecer de todos, porque conocía mucho de pulso y no se podía persuadir que estuviese muerta; y cuando le decían que se enterrase, decía: Esta hija no es para enterrar.

Otro peligro tan grande como éste tuvo entonces, porque velándola una noche de estas Lorenzo de Cepeda, su hermano, se durmió, y una vela que tenía sobre la cama se acabó, y se quemaban las almohadas y mantas y colcha de la cama, y si él no despertara al humo, se pudiera quemar, ó acabar de morir la enferma. Al cabo de estos cuatro días revivió, y según á mí me han contado personas de mucha autoridad y religión, á quien yo creo muy bien porque las conozco mucho y sé cuán amigas son de la verdad, y ellas lo saben de boca de la misma Madre, comenzó á decir que para qué la habían llamado, que estaba en el cielo y había visto el infierno, y que su padre y otra monja de la Encarnación, amiga suya, llamada Juana Suárez, se habían de salvar por su medio, y que vió también los Monasterios que había de fundar, y lo que había de hacer en la orden, y cuántas almas se habían de salvar por ella, y que había de morir santa, y que su cuerpo, antes que le enterrasen, había de estar cubierto con un paño de brocado. Bien es verdad que siempre que de esto se hablaba, la Madre decía que eran disparates y frenesí; y después que ella entendió que su padre estaba allí y había oído aquellas cosas, había gran vergüenza de él por ser hombre tan grave. Pero las personas que he dicho, entienden que hablaba así por disimular, porque todo esto se cumplió así después, como veremos. Yo también, predicando el Padre Maestro Fray Domingo Bañez, Catedrático de prima de Teología de Salamanca, en una de las fiestas de los PP. Descalzos Carmelitas, año de 1587, le oí decir que la había confesado muchos años y que en estos días que estuvo como muerta, la mostró el Señor el infierno, y que esto lo sabía por ella misma; y á su hermana doña Juana de Ahumada decía ella después que no quisiera volver acá, que iba buen camino. A lo menos de la fundación de los Monasterios, bien creo que no lo vió entonces, como se podrá entender de lo que diremos en el capítulo sexto del libro siguiente, ni de lo demás me parece no hay que hacer mucho caso, que debió de ser alguna representación á que ella daba poco crédito, y por eso decía que eran disparates.

Después de esto se confesó lo mejor que pudo, y comulgó con hartas lágrimas. Estuvo con grandes dolores que parecían intolerables (1), pero llevados con mucha paciencia, hasta Pascua de Resu-

(1) Véase con qué viveza y colorido los describe la Santa Madre en el cap. VI de su *Vida*:

«Quedé de estos cuatro días de parasismo de manera que sólo el Señor puede saber los incomportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida; la garganta de no haber pasado nada y de la gran flaqueza, que me

rrección; y entonces por la mucha priesa que ella daba, la llevaron á su Monasterio como medio muerta. Estuvo tullida ocho meses, y esta larga y penosa enfermedad la duró tres años. Gustaba mucho en este tiempo de hablar de cosas de Dios, más que de otra cualquiera conversación; confesaba y comulgaba muy á menudo, era en gran manera amiga de leer en buenos libros, sentía grandísimo dolor si ofendía á Dios, y tal, que (aunque en esto estaba errada) no osaba volver á la oración, porque temía la gravísima pena que en ella había de sentir de haberle ofendido. Y este tormento que sentía no era por temor, sino porque se acordaba de los regalos que el Señor la hacía en la oración, y veía cuán mal le pagaba lo mucho que le debía, y no lo podía sufrir, tanto, que de las mismas lágrimas que por sus culpas derramaba, se enojaba en extremo después, cuando veía su poca enmienda. Después, por la intercesión del glorioso San José, de quien era á maravilla devota (1), y cuya fiesta celebraba cada año con la solemnidad que podía, vino á poderse levantar y andar.

No estaba por estas cosas el demonio sin esperanza de tornarla á coger, ni dejaba de tender sus redes siempre que se le ofrecía la ocasión. Visitaban en aquel tiempo muchas personas aquel Monasterio, y como ella era de tan graciosa y suave conversación, y tan amorosa, y por otra parte la parecía estaba obligada, en ley de mujer de bien, á querer á quien la quisiese, comenzó el enemigo á meterla en estas conversaciones, y de tal manera la metió, que comenzó á dejar la oración, así porque ya la faltaban por sus culpas los regalos que el Señor en ella la solía hacer, como por la vergüenza que tenía de venir á tratar de amistad particular con Dios, andando ella en la de los hombres tan vana y distraída; y hacerlo así la parecía á ella era más

ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estaba descoyuntada con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encogida, hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear, ni brazo, ni pie, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, si no me meneaban; sólo un dedo me parece podía menear de la mano derecha. Pues llegar á mí no había cómo, porque todo estaba tan lastimado que no lo podía sufrir. En una sábana, una de un cabo y otra de otro, me meneaban: esto fué hasta Pascua florida. Sólo tenía, que si no llegaban á mí, los dolores me cesaban muchas veces; y á cuento de descansar un poco, me contaba por buena, que traía temor me había de faltar la paciencia, y así quedé muy contenta de verme sin tan agudos y continuos dolores, aunque á los recios fríos de cuartanas dobles con que quedé, recísimas, los tenía incomportables; el hastío muy grande. Di luego tan gran priesa de irme al monasterio, que me hice llevar así. A la que esperaban muerta, recibieron con alma; mas el cuerpo, peor que muerto, para dar pena verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que solos los huesos tenía: ya digo que estar así me duró más de ocho meses: el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años. Cuando comencé á andar á gatas, alababa á Dios. Todos los pasé con gran conformidad; y si no fué estos principios, con gran alegría, porque todo se me hacía nonada, comparado con los dolores y tormentos del principio: estaba muy conforme con la voluntad de Dios, aunque me dejase así siempre. Paréceme era todo mi ansia de sanar por estar á solas en oración.

(1) Véase el cap. XIII del libro IV.

humildad. Ayudábala para esto de las conversaciones ver que otras, que ella tenía por buenas, hacían lo mismo, y topábase con confesores que lo que era pecado venial, por ignorancia la decían era lícito, y lo que pudiera ser mortal, la hacían entender no era más que venial. Así andaba vana y engañada, metiéndose en ocasiones, que aunque ella no las temía, eran de suyo peligrosas, y saliendo hartas veces mal de ellas. Mas no por eso la dejaba el piadosísimo Señor, antes estando ella una vez á los principios de una conversación, que fué la que más la desasosegó, vió interiormente á Jesucristo Nuestro Señor con mucho rigor, dándola claramente á entender cuánto aquel trato le displacía. Fué la visión muy más clara que si se viera con los ojos del cuerpo, y quedó su figura tan impresa en su corazón, que muchos años después la parecía tenerla presente.

Con todo eso no dejaba sus entretenimientos, á que estaba muy asida, y aunque á cabo de un año que había dejado la oración (1) volvió á ella por consejo del Padre presentado Fray Vicente Varrón,

(1) Durante el año en que Teresa se apartó del ejercicio de la oración, por parecerle que era indigna de tenerla, ocurrió la muerte de su padre D. Alonso de Cepeda, acaecida el 1.º de Febrero de 1544. Contaba á la sazón nuestra Santa muy cerca de 29 años de edad. Con tiernísima piedad filial, de que rebosaba su corazón puro y delicado, narra ella misma el precioso tránsito á mejor vida del autor de sus días, con estas palabras:

«En este tiempo dió á mi padre la enfermedad de que murió, que duró algunos días. Fulle yo á curar estando más enferma en el alma que él en el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de manera que, á cuanto entendía, estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido que digo; porque, entendiéndolo yo, en ninguna manera lo estuviera. Pasé harto trabajo en su enfermedad; creo le serví algo de los que él había pasado en las mías. Con estar yo harto mala me esforzaba, y con que el faltarme él me faltaba todo el bien y regalo porque en un ser me le hacía, tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena y estar hasta que murió como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando veía acabar su vida, porque le quería mucho.

Fué cosa para alabar al Señor la muerte que murió y la gana que tenía de morir, los consejos que nos daba después de haber recibido la Extremaunción, el encargarnos le encomendásemos á Dios y le pidiésemos misericordia para él y que siempre le sirviésemos, que mirásemos se acababa todo; y con lágrimas nos decía la pena grande que tenía de no haberle servido, que quisiera ser un fraile, digo, haber sido de los más estrechos que hubiera.

Tengo por muy cierto que quince días antes le dió el Señor á entender no había de vivir; porque antes de estos, aunque estaba malo, no lo pensaba. Después, con tener mucha mejoría y decirlo los médicos, ningún caso hacía de ello, sino entendía en ordenar su alma. Fué su principal mal de un dolor grandísimo de espaldas que jamás se le quitaba; algunas veces le apretaba tanto, que le congojaba mucho. Díjele yo que, pues era tan devoto de cuando el Señor llevaba la cruz á cuestras, que pensase su Majestad le quería dar á sentir algo de lo que había pasado con aquel dolor. Consolóse tanto, que me parece nunca más le oí quejar. Estuvo tres días muy faltarle el sentido. El día que murió se le tornó el Señor tan enter, que nos espantábamos, y le tuvo hasta que á la mitad del Credo, diciéndole él mismo, expiró. Quedó como un ángel, y así me parecía á mí lo era él, á manera de decir, en alma y disposición, que la tenía muy buena...

Decía su confesor, que era Dominico (Fr. Vicente Varrón), muy gran letrado, que no dudaba de que se iba derecho al cielo; porque había algunos años que le confesaba, y loaba su limpieza de conciencia. *Vida*, cap. VII.

lector de Teología de la orden de Santo Domingo, con quien se había comenzado á confesar, se los tenía todavía, y pasaba gran trabajo, porque en la oración conocía sus faltas y la venía deseo de enmendarse, y su antigua costumbre y conversaciones no la dejaban. Estando en la portería de la Encarnación en conversación con uno de los que habemos dicho, la mostró Nuestro Señor un brazo muy llagado y arrancado de él un pedazo de carne, de cuando estaba atado á la columna, como quejándose de cuando estaba atado por ella, y cuán mal se lo pagaba en lo que hacía (1). No he podido averiguar bien si fué ésta la misma visión que acabo de contar, ó si fueron diversas. Esto la aprovechó mucho para apartarse más, aunque no luego lo dejó bien del todo. Así anduvo casi veinte años como cayendo y levantándose, y ni bien gozando de los consuelos de Dios, porque no se disponía para recibirlos, ni bien gustando de los del mundo, porque cuando estaba en ellos, se le aguaban con la memoria de lo que debía á Dios y de las muchas faltas que con él hacía. Con todo se le pasaban en este tiempo algunas veces muchos meses, y alguna vez año entero, en que se guardaba con gran cuidado de ofender á Dios, y se daba mucho á la oración, tanto, que en todos estos años muy pocos días se pasaban sin tener ratos de oración, y esta fué, en fin, por donde Dios la acabó de sacar de aquellos vanos cuidados y llegarla enteramente á sí.

(1) En el locutorio del convento de la Encarnación de Avila se conserva todavía una pintura que representa estos sucesos en el paraje mismo en que ocurrieron.

CAPÍTULO VIII

De qué tan graves fueron los pecados de la Madre Teresa de Jesús

Antes que hable de la conversión, casi postrera, de la Madre Teresa de Jesús, en que más de veras se comenzó á llegar á aquel gran Señor que por tantas partes la traía á sí, me parece necesario decir algo de la gravedad de estos sus pecados, de que ya habemos dicho, y ella dice tantas veces con tanto encarecimiento y sentimiento. A mí no me parecen bien los que, escribiendo vidas de santos, quieren encubrir los pecados y flaquezas en que, como hombres, en algún tiempo cayeron, porque es eso encubrir en parte la grandeza de la bondad y misericordia y sabiduría de Dios, que los sufrió y sacó de ellos, usando para ello de medios muy eficaces y acertados, y verdaderamente admirables, y de tales como primero eran, los hizo tales como después fueron. Y así, si yo supiera más en particular los pecados de la Madre Teresa de Jesús, no los dejara de decir, porque ella misma deseaba fuesen conocidos, para que más se conociese la bondad de Dios y más resplandeciese en ellos su gloria. Pero no es tampoco razón que se piensen los que nunca hubo; y porque los que leyeren el libro de su vida, fácilmente creerán que debió de hacer grandes pecados contra su castidad y pureza virginal, según ella los encarece, he querido poner aquí este capítulo para desengañarles.

Muchas veces he pensado y comunicado con personas que podían saber bien desto, qué pecados podían ser estos que ella siempre llora con tanto sentimiento; y si ella no dijera en el capítulo 32 de su vida, que la mostraron en el infierno el lugar que le estaba aparejado, con gran dificultad creyera que alguno de sus pecados había llegado á ser mortal. Y aun ahora con todo eso tengo alguna, porque la pudieron mostrar el lugar, no que entonces hubiera merecido, sino que viniere á merecer por el camino que llevaba, si el Señor no la

sacara de él. Las razones que para pensar esto tengo, son estas: La primera, que nunca ella dió en pecados en que otras mujeres dan, como enemistades, rencillas, envidias, murmuraciones y otras cosas semejantes. De esto dice ella así en el capítulo 32 de su vida: «Cuando yo considero que aunque yo era tan malísima, traía algún cuidado de servir á Dios, y no hacer algunas cosas que veo que, como quien no hace nada, se las tragan en el mundo, y en fin, pasaba grandes enfermedades, y con mucha paciencia que el Señor me daba, no era inclinada á murmurar, ni á decir mal de nadie, ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener de manera que fuese ofensa grave del Señor, y otras algunas cosas que, aunque era tan ruin, traía temor de Dios lo mas continuo, etc.»

Todo su pecado fué tratar y conversar con amistad con hombres. Y es cosa certísima que en todo este trato y amistad no hubo jamás pecado mortal de flaqueza de la carne, ni consentimiento en él, no sólo después de monja cuando estaba ya en sí más recogida, sino aún cuando era muchacha, y tenía para eso más libertad, y para defenderse menos entendimiento. Y así de ese tiempo dice ella en el capítulo 2.º de su vida estas palabras: «Y pues nunca era aficionada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino á pasatiempos de buena conversación.» Y antes de esto dice: «No me parece había dejado á Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la honra. Este tuvo fuerza para no le perder del todo, ni parece me podía mudar por ninguna cosa del mundo, ni había amor de persona que á esto me pudiera rendir. Así tuviera fortaleza para no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural para no perder en lo que me parecía á mí perdía la honra del mundo.»

Pero más que esto sé yo. Sé que siendo ya de mucha edad, y tratando con ella una de sus hijas cierta cosa que tocaba á tentaciones deshonestas, respondió: «No entiendo eso, porque me ha hecho el Señor merced que en cosas de esas en toda mi vida no haya tenido que confesar.» Esto me ha contado á mí algunas veces una priora de uno de los más principales Monasterios de esta orden, persona de mucha verdad y religión, á quien la misma Madre lo respondió. Y si con esto juntamos lo que ella dice en el capítulo 5.º del mismo libro, que en aquellos tiempos de su vanidad jamás dejó de confesar pecado ninguno, aunque fuese venial, veremos claro la singular merced que el Señor hizo á esta alma que para tan grandes cosas tenía escogida, de guardarla su limpieza de cuerpo y alma con tan aventajada misericordia, para que después entre las santas vírgenes recibiese la inmortal corona de la virginidad. Tengo para mí que sus pecados no debieron de ser más que de ponerse ella á peligro de hacer algún pecado ó pecados graves con aquella conversación y trato que ella

tenía con algunas personas, por ser ellos ó de poca edad ó de mucha virtud, que fácilmente pudieran caer, y ella de su natural ser muy amorosa é inclinada á querer de veras á aquellos con quien tenía amistad. Esto se entiende de sus mismas palabras, porque allí donde decía que nunca era aficionada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino á pasatiempos de buena conversación, luego añade esto: «Mas puesta en la ocasión estaba en la mano el peligro, y ponía en él á mi padre y hermanos, de lo cual me libró Dios, donde se parece bien procuraba contra mi voluntad que del todo no me perdiese, etc.»

Y aunque los peligros podían ser tan grandes que en ellos hubiese pecado mortal, pero en quien con tanta inocencia andaba en esta parte, y tan lejos en la voluntad de cosas deshonestas, con dificultad creo que lo llegase á ser, mayormente estando ella siempre determinada de no hacer ninguno, y asegurándola tanto los confesores, que estonces tenía, que no lo eran. Esto dice en el mismo capítulo 2.º: «Informada de quien me confesaba y de otras personas, en muchas cosas me decían que no iba contra Dios»; y en el capítulo 5.º, tratando del daño que la hicieron confesores poco letrados, dice así: «Buen letrado nunca me engañó; estotros tampoco me querían engañar, sino no sabían más: yo pensaba que sí, y que no era obligada más de á creerlos, como era cosa ancha lo que me decían y de más libertad, que si fuera apretada, yo soy tan ruin que me buscara otros. Lo que era pecado venial decíanme que no era ninguno: lo que era gravísimo mortal, decíanme que era venial. Esto me hizo tanto daño, que no es mucho lo diga aquí para aviso de muchos, etc.» Y en el capítulo 8.º dice: «Quisiera yo saber figurar la cautividad que en estos tiempos traía mi alma, porque bien entendía yo que lo estaba, y no acababa de entender, que no podía entender del todo que lo que los confesores no me agravaban tanto, fuese tan malo como yo lo sentía en mi alma. Díjome uno, yéndome yo á él con escrúpulo, que aunque tuviese subida contemplación, no me eran inconvenientes semejantes ocasiones y tratos. Esto era ya á la postre, cuando ya con el favor de Dios yo me iba apartando de los peligros grandes, mas no me quitaba del todo la ocasión, etc.» Y un poco más abajo: «Lástima tengo ahora lo mucho que pasé y el poco socorro que de alguna parte tenía, sino de sólo Dios, y la mucha salida que me daban para mis pasatiempos y contentos con decir eran lícitos.»

De lo dicho se entiende bien que lo más grave de sus pecados, fué esto de los peligros en las conversaciones que tenía. Pero la causa de encarecerlos ella tanto después de juzgarse por ellos merecedora de mil infiernos, fué el mirarlos ya con otros ojos que entonces, que por el grande amor que á Dios tenía, ninguna ofensa suya la parecía pequeña; cualquier pecado que hubiese hecho la parecía grave, y más

aquellos en que se ponía á tales peligros, y, atrayéndola Nuestro Señor á sí con misericordia y regalos, no quería dejar aquellas ocasiones, que tanto la distraían y estorbaban para responder al Señor con el agradecimiento que debía. Esto parece se puede entender de sus palabras, porque en el capítulo 3.º dice así: «Vine á ir entendiendo la verdad de cuando niña, de cómo era todo nada y la vanidad del mundo, y cómo se acaba en breve; y á temer cómo, si me hubiera muerto, me iba al infierno.» Si ella tuviera aquellos pecados verdaderamente por mortales, no parece dijera que temía se fuera al infierno; pero habló así porque no estaba en ese punto bien determinada. Después, en el capítulo 7.º, hablando de cómo por una ó dos cosas que vió, en que parecía que el Señor la avisaba, no dejó la conversación y amistad que con uno tenía, dice: «Esto he dicho para que se entienda mi maldad y la gran bondad de Dios, y cuán merecido tenía el infierno por tan gran ingratitud.»

No parece pecado mortal esta ingratitud; pero quien tanto amaba á Dios, juzgábase por ella digna del infierno; y lo mismo debe de ser cuando habla de los pecados mismos. También las conversaciones que tenía y lo que hacía, estaba entonces ella tan lejos de pensar que llegasen á pecado mortal, que con palabras aseguraba á otras que hacían lo mismo. Y así, dice luego: «Y también porque si el Señor ordenare y fuere servido en algún tiempo vea esto alguna monja, escarmiente en mí; y les pido por amor del Señor huyan de semejantes recreaciones, y plega á su Majestad se desengañen algunas por mí de cuantas he engañado, diciéndolas que no era mal, y asegurándolas tan gran peligro con la ceguedad que yo tenía, que de propósito no las quería yo engañar, etc.» Y si esto no basta, aun más claro lo dice en el capítulo 7.º con estas palabras: «Y fuíle yo á curar estando yo más enferma en el alma que en el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de manera que, á cuanto entendía, estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido que digo, porque entendiéndolo yo, de ninguna manera lo estuviera.»

Y si en otras partes las palabras de la Madre dan algunas veces claro á entender que hubo algunos pecados mortales, créolo yo así, que cuando ella lo escribía la pareciera algunas veces que lo eran. Pero no por eso queda averiguado que lo fuesen cuando se hicieron, miradas todas las circunstancias que habemos dicho, las cuales siempre que se trata si es pecado ó no, se deben mirar, si ha de ser el juicio acertado. Con todo eso dejo el juicio de esto al Señor, que sabe enteramente la verdad; pues no tengo por donde enteramente determinarme á la una parte ni á la otra. Solamente he querido yo decir aquí, pues venía á propósito, lo que á mí, pensando muchas veces en esto, se me ha ofrecido, por no pasar sin decir algo de esta duda que á mí me ha venido, y vendrá á todos los que leyeren en el libro de su

vida. También he dicho esto por la gloria de Dios, la cual no quiere él que se engrandezca diciendo nosotros más de lo que es ó de lo que sentimos; y á mi parecer, con lo dicho se esclarece harto, pues está claro que no es menor misericordia y grandeza suya sacar á una persona, con tanta limpieza de cuerpo y alma, y con entereza de su virginidad, de tales y tan peligrosas ocasiones, y no la dejar caer, que después de caída sacarla de los mismos pecados.

Después de escrito todo esto, escribí para mayor claridad á una persona, á quien la Santa Madre amaba mucho y comunicaba sus secretos. Respondióme estas palabras: «Acerca de los pecados, lo que entendí y tengo casi por cierto, que fueron pocos ó casi ningunos graves. Porque era mucha la pureza de su alma y cuerpo, que ni tenía movimientos ni pensamientos malos, como naturalmente acometen á otras, ni ella sabía qué cosa era, digo en los movimientos. Por lo que tanto encarece sus pecados, entiendo es porque, como trataba con algunas personas graves en la Encarnación, que en aquel tiempo se llamaban devotos, y la querían mucho, y de una parte á otra había frecuencia de regalos y conversaciones, ella también los quería, aunque siempre con temor de Dios y buena intención. De parte de ellos puede ser que no hubiese tanta, y ser ella ocasión de ello es causa de los encarecer tanto.» Otro testigo me escribió esto mismo, y dice más. «Era curiosa en las cosas que hacía y pulida en su traje: decíame ella á mí que la acaecía estar toda una tarde hablando á la red, y salir de allí y irse al oratorio, y no hacer sino derramar lágrimas, porque en aquella conversación no tenía más de perder aquel tiempo.» Esto he querido referir para que mejor se entienda la verdad (1).

(1) A los testimonios aducidos por el autor puede añadirse el fallo solemne que la Iglesia ha dado acerca de los pecados de Santa Teresa. Gregorio XV, en la Bula de su canonización, dice estas formales palabras: *«Inter caeteras ejus virtutes, quibus quasi sponsa a Deo ornata excelluit, integerrima effulsit castitas quam, adeo eximie coluit, ut non solum propositum virginitatis servandae a pueritia conceptum usque ad mortem perduxerit, sed omnis expertem maculae angelicam in corde et corpore servaverit puritatem.* Entre todas las virtudes con que Dios quiso adornarla como á su esposa, brilla con especiales fulgores su integérrima castidad, la cual tan perfectamente guardó, que no sólo observó hasta la muerte el voto de virginidad que hizo en la flor de su juventud, sino que además conservó, libre de toda mancha, la pureza angélica de su corazón y de su cuerpo.»

Otro Soberano Pontífice, Urbano VIII, cuando le presentaron el primer oficio compuesto en honor de la Santa, que terminaba con aquellas palabras al final de la lección sexta: *Eam divinis charismatibus tam liberaliter locupletabat Dominus, ut saepius exclamans peteret beneficiis in se divinis modum imponi, nec tam celeri oblivioni scelerum suorum memoriam aboleri.* La colmaba el Señor tan liberalmente con sus divinos carismas, que muchas veces le rogaba pusiera tasa á sus divinas larguezas y no echara tan pronto al olvido el recuerdo de los crímenes que ella había cometido. «Temiendo el Papa que estas palabras *scelerum suorum*, no dieran ocasión á pensar que Teresa había sido una pecadora, las borró de un trazo, substituyéndolas con estas otras de su propia mano *culparum*

suarum, que se leen ahora en el Breviario, añadiendo de viva voz: *Sancta Teresia nunquam commisit peccatum mortale. Quare non convenit, ut quae ipsa prae humilitate sibi attribuebat, vulgo fiant occasio suspicandi eam gravium delictorum argeundam unquam fuisse.*

Véase además lo que afirman los Auditores de la Rota, jueces tan ilustrados como severos, en la relación que hacen de las virtudes de nuestra Santa, á los efectos de su canonización: «*Quamvis ipsa culpas suas in relatione vitae suae exaggeravit (quod profundam humilitatem arguit) nunquam tamen peccatum lethale commisisse, sed nuptialem gratiae vestem in baptismo susceptam fidelissime custodisse.* Aunque ella en la relación de su vida abulta sus faltas (lo cual arguye profunda humildad), con todo, no cometió jamás pecado mortal sino que conservó fidelísimamente la gracia bautismal.» (Artic. VII.)

Finalmente la Sagrada Congregación de Ritos al aprobar la oración que se reza en la fiesta de la Transverberación del corazón de la mística Doctora, declara del modo más solemne que este corazón fué siempre morada del amor divino y espejo de incontaminada inocencia. *Deus, qui ilibata praecordia Beatae virginis Teresiae sponsae tuae ignito jaculo transfixisti, et charitatis victimam consecrasti*, etc. Oh Dios que traspasasteis con un dardo inflamado el corazón virginal é incontaminado de Teresa vuestra esposa, y lo hicisteis víctima de caridad, etc.

CAPÍTULO IX

De su conversión, y cómo desde allí fué siempre medrando, y de la ocasión que tuvo para venir á tratar con los de la Compañía de Jesús, y cuánto la aprovecharon

Dejemos ya los pecados á una parte y volvamos á la historia y á su postrera ó casi postrera conversión. Esta obró el Señor por medio de las sagradas imágenes, con quien ha aprovechado y mejorado muchas almas y con tanta razón honra y guarda la santa Iglesia. Entrando ella un día en su oratorio (que siempre fué amiga de tenerle para recogerse allí en soledad á tener oración), vió una imagen de Cristo Nuestro Señor llagado, y luego en viéndola se turbó, como tenía tantas llagas, y comenzó á considerar cuán desagradecida había sido á ellas, y á sentir un dolor tan extraño, que parecía que el corazón se le partía. Con este sentimiento se arrojó allí cabe la imagen, derramando muchas lágrimas y suplicando al Señor que de una vez la diese fortaleza para nunca más le ofender, y esto tan de veras, que con la confianza que tenía del Señor, cuya misericordia tantas veces había sentido, y con el deseo que tenía tan grande de ser ya toda suya, dijo que no se levantaría de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. No fué sin fruto su piadosa y humilde oración, porque desde entonces fué siempre su alma medrando mucho y juntándose cada día más con Dios con un grande y crecido amor que hasta entonces había tenido.

Ayudóla mucho entonces el libro de las *Confesiones* de San Agustín, parecíala que se veía á sí misma en ellas como en un muy claro espejo. Pero cuando llegó á la conversión de San Agustín y á la voz que le dieron cuando estaba en el huerto, como lo cuenta él en el fin del libro octavo, no pareció sino que á ella se la habían dado, según se alteró su corazón, y estuvo un rato grande que se deshacía en

lágrimas. Desde allí comenzó á darse más á la oración y á tratar menos en cosas que la dañasen, que del todo aún no las había dejado; y el Señor, que no estaba esperando sino á que ella se ayudase de su parte, alargó la mano é hizola desde allí adelante muy mayores mercedes que solía en la oración, como se dirá cuando se trate de su oración. Todas estas mercedes y otras semejantes que se dirán, recibió por la intercesión de Nuestra Señora y del bienaventurado San José. Y así se lo dió el Señor á entender en una revelación que ella dejó escrita de su mano en un papel suelto, donde dice así: «Entendí que tenía mucha obligación de servir á Nuestra Señora y á San José, porque muchas veces, yendo perdida del todo, por sus ruegos me tornaba Dios á dar la salud.» Entre otras la hizo una muy grande de dar lugar á que se levantase en su alma un nuevo temor, no fuese engaño del demonio aquella gran suavidad que sentía en la oración, y aquella suspensión del alma, y que por allí la quisiese quitar la oración mental y pensar en la pasión del Señor, y aprovecharse con esto. No tenía duda cuando estaba en la oración, però en distrayéndose algo, tornaba á temer. Movíala á esto ver engaños grandes que en aquel tiempo había habido en mujeres, y particularmente el de Magdalena de la Cruz (1), que puso espanto á toda España. Atormentóla mucho y por mucho tiempo este saludable temor, pero fuéla de grandísimo provecho y ocasión de acabar del todo con el mundo. Parecíala que de este trabajo no podía salir sino era tratando con personas espirituales que lo entendiesen bien todo y la declarasen la verdad.

Había venido ya á Avila la Compañía de Jesús (2), y ella sin

(1) Sobre Magdalena de la Cruz y demás alumbrados de aquella época, véase Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, t. II, pág. 521-555.

(2) Dióse modesto principio al colegio de Avila en la primavera de 1554. Ya en 1550, con ocasión de cierto negocio, había tenido que ir á aquella ciudad el P. Miguel de Torres S. J. precisamente al tiempo en que se hablaba mucho de las disensiones lamentables que reinaban en un convento donde vivían más de 120 monjas. Rogaron al Padre que fuera á aquel monasterio para hacer algunas pláticas á las religiosas. Accedió el Padre, y á la primera quedaron tan conmovidas y trocadas aquellas monjas que, empezando por la abadesa, todas se pusieron de rodillas, y pidiendo á Dios perdón de sus faltas, se reconciliaron sinceramente en presencia del Padre. Asombradas varias personas buenas del efecto producido por una sola plática de aquel hombre, concibieron la idea de abrir en Avila una casa de la Compañía.

No pudo por entonces realizarse este proyecto, pero con esta ocasión llamó Dios á la Compañía al hombre que cuatro años más tarde debía ejecutarlo.

Era éste Fernando Alvarez del Aguila, nacido de ilustre familia avileña y sacerdote ejemplar, quien deseando aprovechar á los prójimos, había fundado en Avila un pequeño colegio de niños, á los cuales sustentaba con sus bienes y enseñaba las letras y el santo temor de Dios. Creyendo que podría emplear más provechosamente su celo en la nueva Orden religiosa de que acababa de tener noticia, fué á Salamanca y allí empezó su noviciado con extraordinario fervor.

Desde que vistió la sotana de la Compañía concibió la idea de fundar un colegio en su ciudad natal; hizo la primera tentativa en 1551, y dió nuevo impulso al

conocer á nadie, la amaba mucho por lo que de ella se oía, y bien la parecía hallarla allí lo que deseaba; pero no podía acabar consigo de ir allá. No se tenía por digna de hablar con aquellos que ella en tanto estimaba, ni sentía en sí fortaleza para obedecerles, porque veía que la habían de quitar cosas á que su corazón estaba todavía asido y no la parecía que las podía dejar. Creciendo más los dones de Dios y con ellos este temor, y viendo que por sí no se podría valer, envió á llamar á un hidalgo principal de aquella ciudad, á quien ella llama el Caballero Santo, y llamábase Francisco de Salcedo, hombre que, aunque era casado, había muchos años que se daba mucho á la oración, y era de gran virtud y ejemplo, y ayudaba cuanto podía á la salvación de las almas. Este, después, enviudó y se ordenó de misa, y, acabada su santa vida, se enterró en Avila en una capilla que él hizo, pegada con la iglesia del Monasterio de San José.

Por medio de este siervo de Dios vino á tratar con un maestro teólogo (1), estimado por su mucha virtud, en que ha perseverado

negocio en 1552, escribiendo al efecto á San Ignacio, comunicándole sus ideas y deseos. En la primavera de 1553 presentóse en Avila el mismo Padre Alvarez del Aguila, resuelto á meter fuego en el negocio, valiéndose al efecto de sus parientes y amigos, tan poderosos en aquella ciudad, pero no pudo verlo ultimado hasta la primavera de 1554. El 23 de Mayo de aquel mismo año, San Francisco de Borja, que acababa de ser nombrado Comisario de España, presentóse en Avila para formalizar la cosa.

Para empezar el colegio designó el P. Nadal al P. Andrés González y otros dos Hermanos estudiantes, llamando de Avila al Padre Alvarez del Aguila para nombrarle Rector de Burgos; pero observando que con tan pocos elementos había de decaer forzosamente aquella fundación, mandaron los superiores, á fines de aquel año, que volviese el P. Alvarez á su patria. La presencia del fundador reanimó naturalmente la vida del colegio, el cual fué cobrando fuerzas poco á poco, y algunos años después tenía la dicha y la honra de suministrar los insignes confesores que tanto ilustraron el espíritu de Santa Teresa de Jesús.

Para la fundación de este colegio cedió generosamente el Obispo de Avila don Diego de Alava la parroquia de San Gil y las contiguas casas episcopales. En 1623 compraron los PP. de la Compañía la mansión de los Dávilas, señores de Navamorcuende y Villatoro, asomada á la muralla de mediodía, que contrajeron la obligación de conservar, y para las reparaciones y nuevas construcciones que tuvieron que hacerse con el fin de trasladar allí el colegio de San Gil, les franqueó sus caudales el cardenal y patriarca de las Indias don Diego de Guzmán. Su muerte, ocurrida en 1631, dejó suspendidos los magníficos proyectos, y con menos ostentación fué edificado el nuevo templo y colegio, que sirven al presente, desde la supresión de la Compañía en el siglo XVIII, el uno de parroquia de Santo Tomás y el otro de palacio episcopal. En cuanto el primitivo colegio de San Gil fué cedido á los Jerónimos, y en la actualidad está convertido en seminario conciliar.

Cfr. Astrain S. J. *Hist. de la C. de J. en la Asist. de España*, t. I pág. 419-422. — Polanco *Hist. S. J.* t. II pp. 128 y 633; IV pp. 398 y 586. — *Epis. mixtae S. J.* t. II p. 561; t. III pp. 133 y 290; IV p. 392. — Carramolino, *Monasterios y conventos de Avila* t. I. — Quadrado. — *Salamanca, Avila y Segovia*, p. 422. — La Fuente, *Manual del peregrino*, cap. III.

(1) Llamábase Gaspar Daza: había éste formado una reunión de celosos sacerdotes para procurar la salvación de las almas, no sólo dentro de la ciudad de Avila, sino por todo el obispado; pero en conociendo la santidad y grande espíritu del P. Baltasar Alvarez, se puso él mismo y toda aquella reunión de virtuosos

muchos años haciendo á Nuestro Señor mucho servicio y á las almas de los prójimos mucho provecho. Dióle parte de su oración y de las cosas de su alma; y él, viendo lo que el Señor la daba en la oración y la obligación que tenía de ser agradecida, quísola desde luego quitar de cosillas que tenía, y para salir luego de ellas faltábala aún fortaleza. No pudo sufrir por entonces aquella cura por su poca fortaleza, y fué (como ella dice) para su bien, porque ella conocióse y tratase los de la Compañía de Jesús. Entretanto, Francisco de Salcedo la visitaba y animaba y ayudaba hartó; pero, viendo la oración que tenía, y por otra parte las imperfecciones, que aún no se habían acabado, no podía persuadirse que aquel fuese buen espíritu. Con todo eso dijo que no se determinaba del todo, hasta que ella, habiendo pensado bien todo lo que era menester decir de su oración, le diese cuenta de ella más en particular. La Madre se afligia y lloraba mucho, y por una parte no podía creer en ninguna manera que cosas tales y que tanto la aprovechaban, fuesen del demonio; por otra temía no permitiese Dios que se cegase y no lo entendiese. Juntábase con esta aflicción otra no pequeña, no saber ella declarar lo que pasaba dentro de sí; y para salir de la una y de la otra, miraba en libros espirituales que leía, si hallaba algo por donde se pudiese dar á entender.

Halló lo que deseaba en uno que se llama «*Subida del monte Sión*», de un Padre de la orden de San Francisco (1), y rayólo y diólo á Francisco Salcedo para que lo comunicase con el maestro y la respondiesen. Decía también que si aquellos eran engaños del demonio, y á ellos les pareciese, dejaría del todo la oración, por no se poner á esos peligros, aunque de muy mala gana hiciera esto, porque por experiencia había visto cuán mal la había ido el tiempo que la dejó, y lo mucho que después, con tenerla, se había mejorado. Estaba ella entretanto con tanto miedo esperando la respuesta, y con ella creció más su congoja, porque dijeron que, á cuanto ellos podían entender, aquello era del demonio, y que lo que la convenía era tratar con algún Padre de la Compañía de Jesús, con quien hiciese confesión general y se declarase enteramente en todo lo bueno y malo que tuviese y le obedeciese en todo.

La causa de juzgarlo estos siervos de Dios así, era ver que lo que ella tenía en la oración no se suele dar sino á personas de gran perfección, y que de ésta estaba ella lejos por las imperfecciones que

clérigos, bajo la dirección de dicho Padre, para que los alentase, enderezase y guiase por el camino de la virtud.

Conservó Daza toda su vida grande aprecio y estima de Santa Teresa, á quien prestó muy buenos servicios en la fundación del primer monasterio de San José de Avila, como lo indica la misma Santa en el cap. XXXVI de su vida.

(1) Se conjetura que era Fr. Bernardino de Laredo, citado por Wadingo el 1433 de sus anales.

tenía, y pareciales que tales dones de Dios no se compadecían con tal vida, y así no debían ser de Dios. Ayudaba á esto haber ya veinte años que ella trataba de oración, y que si aquello fuera de Dios, hubie-
ra en tanto tiempo trocádose del todo. Tópala Dios luego en la Compañía con lo que había de menester, porque comenzó á tratar con un Padre (aunque no de muchos años) de mucha religión y prudencia (1). Este Padre, me dicen, la dió parte de los ejercicios de la Compañía, y ella hizo con él su confesión, y él la animó mucho y la dijo que aquel era espíritu de Dios claramente, pero que era menester tornar de nuevo á la oración, porque no iba bien fundada, ni se había dado á la mortificación. Encargóla mucho que en ninguna manera dejase la oración, sino que se esforzase mucho más, pues el Señor la hacía tantas mercedes; y hablando Dios por él, añadió que qué sabía si por medio de ella quería Dios hacer bien á muchas personas, y otras cosas de esta manera, que después se vieron y se ven bien cumplidas.

(1) Era éste el P. Juan de Prádano que fué el primer confesor de la Compañía que trató á Santa Teresa: se distinguió toda su vida como excelente director espiritual. Hace la santa honorífica mención de él en varias de sus cartas. En la dirigida á la Priora de Valladolid, el 2 de Noviembre de 1576, dice: «Muy de veras buen amigo es Prádano: bien hace de tratar con él.» Murió en Valladolid donde había residido muchos años. Cfr. *Polanco Chronicon Soc. Jesu*, t. V pag. 410.— *Epistolae mixtae*, t. IV, p. 519.— *Astrain*, t. II p. 537.

El Maestro Julián de Avila, primer capellán del monasterio de San José, que como él mismo nos dice: «mientras vivió la Santa, después que esta primera casa hizo, la sirvió veinte años y la acompañó en todas las más fundaciones que en su vida hizo», refiere esta primera entrevista de la Santa Madre con los padres de la Compañía, con estas palabras: «Fuéla forzado á la santa madre buscar con más diligencia confesor que la desengañase; y eran recién venidos á Avila los Padres de la Compañía de Jesús; y como tenían fama y hechos de tanta santidad, parecíala no era digna de tratarlos; pero la necesidad en que se vió la hizo aventurar á ello. ¡Oh qué gran cosa es un conocimiento propio de nuestra flaqueza! A el fin, por medio de aquel caballero (Francisco de Salcedo), la llevó un Padre de la Compañía de Jesús, que parece que, como ella se había de aprovechar tanto del espíritu y de la Orden destes santos religiosos, que á el modo que Jesucristo envió sus sagrados Apóstoles á predicar su santo Evangelio por todo el mundo así á estos Padres, como amigos y allegados de Jesucristo, é compañeros é imitadores de sus Apóstoles, los ha enviado á su santa Iglesia á refrescarla é renovarla con la frecuentación de los santos Sacramentos de la Confesión y Comunión, que estaba en la cristiandad tan resfriado, que eran muy pocos los que confesaban y comulgaban más que una vez en el año, cuando el no lo hacer es grandísimo pecado mortal. Así que, como estos Padres la habían de ayudar tanto, para lo que el Señor quería obrar en ella, quiso que fuesen el principio de su consolación y aprovechamiento; y así el primer Padre que la trató, la entendió y consoló, y la aprovechó y aprobó por bueno su espíritu, y ella de cada día iba aprovechándose más, y Dios les iba más aumentando. Mudaron á este Padre, y vino otro, porque ya la sierva de Dios les había perdido el miedo, que al principio tenía, el cual nacía de humildad é propio conocimiento; y como ha dado Dios á estos Padres un don particular, y es como tratando á uno como si tratasen á todos, y tratando á todos es como si tratasen á uno, y esto lo causa la unidad de la verdad, y es conformarse todos en la verdadera doctrina de Jesucristo, así el segundo y los demás que trató, aunque las personas eran diferentes, como la doctrina era toda una todos la consolaban y aprobaban su espíritu. *Vida de Santa Teresa de Jesús*, anotada y adicionada por D. Vicente de La Fuente, parte 1.^a, cap. X, p. 79-80.

Dijola que cada día tuviese oración de un paso de la pasión, para que con esto se aplicase á la mortificación y viniese á la perfección, y que no pensase más que en la sagrada humanidad de nuestro Salvador, y á los recogimientos y gustos que solía tener resistiese cuanto pudiese, hasta que él otra cosa la avisase. Ayudóla mucho este Padre, porque la entendió muy bien, y vió la condición y natural que tenía, y por donde la había de llevar, y decíala unas palabras que se las imprimía en el corazón. De esta confesión quedó su alma muy blanda, y comenzó á hacer mudanza en muchas cosas con tanto ánimo para dejarlas, que á personas de su casa y de afuera las parecía extremo el retirarse tanto y el hacer tan poco caso de lo que antes hacía mucho.

El confesor suyo de la Compañía andaba con ella con mucha cordura y discreción y no la apretaba, antes parecía que hacía poco caso de todo, esperando á que la Majestad de Dios fuese obrando en aquella alma y mudándola. Ella le procuraba en todo obedecer, pero en aquello de la oración no podía, porque mientras más resistía aquella divina consolación, más la daba Dios; y así en dos meses que en esto anduvo, vino á tener mucho más que antes. Púsola este Padre más afición á la penitencia, de que ella estaba descuidada por ser tan grandes sus enfermedades (1), diciéndola que podía hacer cosas que para ellas no la dañasen, y que por ventura se las daba Dios porque ella no hacía penitencia, y así él se la quería dar de su mano. Hacíala hacer muchas mortificaciones, y con esto iba la oración sobre buen cimiento de penitencia y mortificación (que es el que ella ha de llevar para ser cual debe), y veíase claro el provecho, porque sentía mucho cualquiera ofensa que á Dios se hiciese, aunque fuese muy pequeña; y si alguna cosa superflua traía, no se podía recoger hasta que se la quitaba (2).

(1) «En especial, dice la Santa hablando de este período de su vida, tuvo veinte años vómitos por las mañanas, que hasta más de medio día me acaecía no poder desayunarme; algunas veces más tarde: después acá que frecuento más á menudo las comuniones, es á la noche antes que me acueste, con mucha más pena, que tengo yo de procurarla con plumas y otras cosas, porque si lo dejo, es mucho mal que siento y casi nunca estoy, á mi parecer, sin muchos dolores, algunas veces bien graves, en especial en el corazón.» *Vida*, cap. VII.

(2) Veamos ahora con qué humildad y candorosa sencillez narra la mística Doctora este importantísimo episodio de su vida, que marca definitivamente el derrotero que seguirá su endiosado espíritu y purísimo corazón. Dice así: «Hecha la relación de mi vida y pecados, á D. Francisco Salcedo lo mejor que pude (por junto, que no confesión por ser seglar, más bien di á entender cuán ruin era) los dos siervos de Dios *Salcedo* y *el Maestro Daza* miraron con gran caridad y amor lo que me convenía. Venida la respuesta que yo con harto temor esperaba, y habiendo encomendado á muchas personas que me encomendasen á Dios, y yo con harta oración aquellos días, con harta fatiga vino á mí, y díjome: que á todo su parecer de entrambos era demonio; que lo que me convenía, era tratar con un Padre de la Compañía de Jesús, que como yo le llamase, diciendo que tenía necesidad, venía; y que le diese cuenta de toda mi vida por una confesión gene-

ral, y de mi condición, y todo con mucha claridad, que por la virtud del sacramento de la confesión le daría Dios más luz, que eran muy experimentados en cosas de espíritu. Que no saliese de lo que me dijese en todo, porque estaba en mucho peligro, si no había quien me gobernase. A mí me dió tanto temor y pena, que no sabía qué me hacer, todo era llorar; y estando en un oratorio muy afligida, no sabiendo qué había de ser de mí, leí en un libro, que parece el Señor me lo puso en las manos, que decía San Pablo: Que era Dios muy fiel, que nunca á los que le amaban consentía ser del demonio engañados. Esto me consoló muy mucho. Comencé á tratar de mi confesión general, y poner por escrito todos los males y bienes, un discurso de mi vida lo más claramente que yo entendí y supe, sin dejar nada por decir. Acuérdomme, que como vi después que lo escribí, tantos males, y casi ningún bien, que me dió una aflicción y fatiga grandísima. También me daba pena, que me viesen en casa tratar con gente tan santa, como los de la Compañía de Jesús, porque temía mi ruindad, y parecíame quedaba obligada más á no lo ser, y quitarme de mis pasatiempos; y si esto no hacía, que era peor; y ansí procuré con la sacristana y portera no lo dijese á nadie. Aprovechóme poco, que acertó á estar á la puerta, cuando me llamaron, quien lo dijo por todo el convento. ¡Mas qué de embarazos pone el demonio, y qué de temores á quien se quiere llegar á Dios!

Tratando con aquel siervo de Dios (el P. Prádanos), que lo era harto y bien avisado, toda mi alma, como quien bien sabía este lenguaje, me declaró lo que era, y me animó mucho. Dijo ser espíritu de Dios muy conocidamente, sino que era menester tornar de nuevo á la oración, porque no iba bien fundada, ni había comenzado á entender mortificación: y era ansí, que aun el nombre no me parece entendía; que en ninguna manera dejase la oración, sino que me esforzase mucho, pues Dios me hacía tan particulares mercedes, que qué sabía si por mis medios quería el Señor hacer bien á muchas personas, y otras cosas, que parece profetizó lo que después el Señor ha hecho conmigo; que ternía mucha culpa si no respondía á las mercedes que Dios me hacía. En todo me parecía hablaba en él el Espíritu Santo, para curar mi alma, según se imprimía en ella. Hizome gran confusión; llevóme por medios, que parecía del todo me tornaba otra. ¡Qué gran cosa es entender un alma! Díjome, que tuviese cada día oración en un paso de la Pasión, y que me aprovechase de él, y que no pensase sino en la Humanidad, y que aquellos recogimientos y gustos resistiese cuanto pudiese, de manera que no les diese lugar, hasta que él me dijese otra cosa. Dejéme consolada y esforzada, y el Señor, que me ayudó, y á él para que entendiese mi condición, y cómo me había de gobernar. Quedé determinada de no salir de lo que me mandase en ninguna cosa, y ansí lo hice hasta hoy. Alabado sea el Señor, que me ha dado gracia para obedecer á mis confesores, aunque imperfectamente, y casi siempre han sido de estos benditos hombres de la Compañía de Jesús, aunque imperfectamente, como digo, los he seguido. Conocida mejoría comenzó á tener mi alma, como ahora diré.

Quedó mi alma de esta confesión tan blanda, que me parecía no hubiera cosa á que no me dispusiera; y ansí comencé á hacer mudanza en muchas cosas, aunque el confesor no me apretaba, antes parecía hacía poco caso de todo; y esto me movía más, porque lo llevaba por modo de amar á Dios, y como que dejaba libertad, y no premio, si yo no me le pusiese por amor. Estuve ansí casi dos meses, haciendo todo mi poder en resistir los regalos y mercedes de Dios. Quanto á lo exterior veíase la mudanza, porque ya el Señor me comenzaba á dar ánimo para pasar por algunas cosas que decían personas que me conocían, pareciéndoles extremos, y aun en la mesma casa: y de lo que antes hacía, razón tenían, que era extremo; mas de lo que era obligada al hábito, y profesión que hacía, quedaba corta. Gané de este resistir gustos y regalos de Dios, enseñarme su Majestad, porque antes me parecía que para darme regalos en la oración, era menester mucho arrinconamiento, y casi no me osaba bullir: después vi lo poco que hacía al caso, porque cuando más procuraba divertirme, más me cubría el Señor de aquella suavidad y gloria, que me parecía toda me rodeaba, y que por ninguna parte podía huir, y ansí era: yo traía tanto cuidado, que me daba pena. El Señor le traía mayor á hacerme mercedes, y á señalarse mucho más que solía en estos dos meses, para que yo mejor entendiese, que no era más en mi mano. Comencé á

tomar de nuevo amor á la sacratísima Humanidad, comenzóse á asentar la oración como edificio que ya llevaba cimiento, y á aficionarme á más penitencia, de que yo estaba descuidada, por ser tan grandes mis enfermedades. Díjome aquel varón santo que me confesó, que algunas cosas no me podrían dañar, que por ventura me daba Dios tanto mal, porque yo no hacía penitencia; me la quería dar su Majestad. Mandábame hacer algunas mortificaciones no muy sabrosas para mí. Todo lo hacía, porque parecíame que me lo mandaba el Señor; y dábale gracia, para que me lo mandase de manera que yo le obedeciese. Iba ya sintiendo mi alma cualquiera ofensa que hiciese á Dios, por pequeña que fuese, de manera, que si alguna cosa superflua traía, no podía recogerme hasta que me la quitaba. Hacía mucha oración, porque el Señor me tuviese de su mano; pues trataba con sus siervos permitiese no tornase atrás, que me parecía fuera gran delito, y que habían ellos de perder crédito por mí.» *Vida*, cap. XXIII y XXIV.

CAPÍTULO X

De cómo el Padre Francisco de Borja, general que fué después de la Compañía de Jesús, aprobó su espíritu, y cómo el Señor la habló dos veces y el fruto grande que sacó de aquella habla

En este tiempo (1557) vino á Avila el Padre Francisco de Borja (1), que algunos años antes había dejado el Ducado de Gandía y entrado en la Compañía de Jesús; y su confesor y Francisco Salcedo dieron orden cómo ella le hablase y diese cuenta de su oración. El Padre Francisco la respondió, que aquél era espíritu de Dios y que no lo resistiese más; que lo de hasta entonces había sido acertado, pero que de allí adelante comenzase la oración en un paso de la pasión, y si después el Señor la llevase el espíritu, no le resistiera, sino se dejase

(1) Era la segunda vez que San Francisco de Borja visitaba la ciudad de Avila. Había ido allí el 23 de Marzo de 1554, á raíz de ser nombrado Comisario de España, para tratar de la fundación de aquel colegio. Toda la ciudad, dice Polanco (*Historia S. J.*, t. IV, pág. 586), tanto el clero como el pueblo y la nobleza se alegró en gran manera con su venida; y predicando en la catedral, un día de la octava del Corpus, fué tal el aplauso y admiración de toda la ciudad, que bien era menester la gran humildad de Borja para no desvanecerse entre tantas aclamaciones.

¿Comunicó ya entonces la Santa Madre sus cosas de espíritu con el Padre San Francisco de Borja? Así parece desprenderse de lo que ella misma certifica en la Relación de su vida, hecha al Padre Rodrigo Alvarez S. J., con estas palabras: «Al Padre Francisco, que fué Duque de Gandía, trató dos veces» (habla en tercera persona). Estas palabras parecen resolver satisfactoriamente la duda que sugirieron al Padre Vandermoere (*Acta Sanctae Teresiae* n.º 164), quien, no teniendo noticia de la primera estancia de Borja en Avila, pregunta: ¿Estuvo Borja dos veces en Avila, ó bien en la vez que estuvo allí celebró dos entrevistas con Santa Teresa?

Nótese de paso el anacronismo en que incurren Yepes (cap. XI) y Juan de Jesús María (*Compendium vitae Sanctae Teresiae*), al decir que á la sazón era ya General de la Compañía, San Francisco de Borja: sólo era entonces Comisario y hasta 1565 no fué elegido General. Igualmente se equivocan Villefore, *Vie de Sainte Thérèse* y el Autor de *l'Histoire de Sainte Thérèse*, t. I, p. 151, al decir que era Provincial.

llevar. Con este Padre se consoló ella mucho, porque le preguntó muchas cosas y, como hombre de mucha experiencia en ellas, la satisfizo. En un libro de mano del Camino de perfección, en el capítulo 31, hallé escrito de mano de la Madre estas palabras, hablando de sí: «Yo sé una persona que la ponía el Señor aquí muchas veces, y no se sabía entender, y preguntólo á un gran contemplativo, que era el Padre Francisco, de la Compañía de Jesús, que había sido Duque de Gandía, y dijo que era muy posible, que á él le acaecía así, etc.» En esto mudaron á su confesor á otra parte, cosa que ella sintió mucho, porque no la parecía ser posible hallar otro como él, pero hallóle prestó en el mismo colegio de la Compañía (1). Y porque en su Monasterio entonces se daba licencia á las monjas para salir, estuvo muchos días en casa de una señora viuda (2), de mucha calidad y grande amiga suya, que vivía junto á la Compañía. Con esta ocasión tuvo lugar para tratar mucho con los Padres de la Compañía, á quien ella amaba mucho y con su trato sentía gran provecho su alma. Este Padre, aunque con mucha maña y blandura, la comenzó á poner en mucha más perfección, diciéndola que para del todo contentar á Dios, no había de dejar nada por hacer. Sentía ella

(1) Dúdase quién sería este confesor de la santa. El Padre La Puente opina que era el Padre Baltasar Alvarez, y á lo mismo se inclinan Fr. Francisco de Santa María, Fr. Federico de San Antonio, el Padre Montoya S. J. y otros; pero esto no parece probable, pues el contexto de Santa Teresa da á entender que el hecho pasó á fines de 1557 ó á principios de 1558, y no era todavía entonces sacerdote el Padre Alvarez, que se ordenó en el verano de este último año. Además, tanto la Santa como el Padre Ribera, indican claramente que entre el Padre Prádanos y el Padre Alvarez, hubo otro confesor. Dice la Santa: «Uno de ellos (de los Padres de la Compañía) que antes me ayudaba, con quien me confesaba algunas veces, que no podía el Ministro (Padre Alvarez), comenzó á decir...» cap. XXIX. Y el Padre Ribera, en el capítulo siguiente: «Otro Padre del mismo colegio (Avila) que antes la ayudaba, y la confesaba algunas veces cuando el Padre Baltasar Alvarez no podía, la dijo, etc. El Padre Vandermoere S. J. *Acta Sanctae Teresiae a Jesu.*, n.º 166, después de rechazar como improbable la opinión de Boucher, que permanece indeciso entre los Padres Fernando Alvarez y Antonio Araoz, declara que no puede sacarse en limpio quién era este Padre que aquí se menciona.

(2) Doña Guiomar de Ulloa. Tenía por director espiritual al Padre Baltasar Alvarez é indujo á Santa Teresa á que también se confesara con él. Más adelante la puso en relaciones con San Pedro de Alcántara. Toda su vida fué íntima amiga de la Santa á quien alentó y ayudó poderosamente en la Reforma del Carmen. De esta piadosa y ejemplar señora, que enviudó á los diez y nueve años de su edad, dice el Padre La Puente en la *Vida del Padre Baltasar Alvarez*, cap. IX: «Como tenía buen parecer, era también amiga de ser tenida por tal, y de componerse y andar galana. Comenzó á tratar con el Padre Baltasar, y pudieron tanto con ella sus palabras, que recabaron de ella lo que tenía por casi imposible, que fué olvidarse del mundo y de sus galas y locuras, y entregarse muy de veras al servicio de Nuestro Señor, con cuyo favor alcanzó un gran desprecio de la pompa mudana, dejó los escuderos y criados, y cuando tuvo más edad, se iba sola á las iglesias, llevándose ella debajo del manto un corcho en que sentarse; y por este camino alcanzó no pocas mercedes de Nuestro Señor, cuya propiedad es honrar á los que por su amor se desprecian, y dar los consuelos del cielo á los que renuncian los de la tierra.»

entonces no pequeña dificultad en dejar algunas amistades que convenía dejar, no porque con ellas ofendiese á Dios, sino porque era mucha la afición; y como su natural era tan noble y no había en ellas pecado ninguno, parecía ingratitud dejarlas, y así lo decía á su confesor. El la respondió que lo encomendase á Dios algunos días y que rezase al Espíritu Santo el himno *Veni, creator Spiritus*, para que la diese luz con que conociese cuál era lo mejor. Hizolo así, y habiendo un día estado mucho tiempo en oración, suplicando al Señor la ayudase para contentarle en todo, comenzó el himno, y estándole diciendo la vino de pronto un arrebatamiento (que así llaman en romance, ó arrobamiento, lo que los latinos llaman *raptó*) tal, que casi la sacó de sí, cosa que hasta entonces nunca había tenido. En él oyó estas palabras en lo más adentro de su alma: «*Ya no quiero que tengas conversaciones con hombres, sino con ángeles.*» Fué tan de Dios esta merced, y echóse tanto de ver, que lo que ella en muchos años con cuantas diligencias había hecho nunca había podido acabar consigo haciéndose gran fuerza y perdiendo con ella harto de salud, el Señor de los corazones lo hizo en un punto, y quedó desde entonces tan mudada, que nunca en su vida pudo tener amistad ni consuelo sino con las personas á quien vía quería Dios bien, y le era una penosa cruz tratar con persona que no tratase de oración.

Aquí comenzó Dios á hablarla, y desde ahí adelante era muy ordinario el hacerlo. Y cómo se hagan estas hablas y cómo se conoce si son de Dios ó no, decláralo excelentemente en el capítulo 25 del libro de su vida. No dejaba por eso el demonio de afligirla con miedos, ya que por otra parte no podía. Juntáronse cinco ó seis siervos de Dios, á quien ella daba mucho crédito, y díjola su confesor que todos se determinaban en que aquello que ella tenía en la oración era del demonio, y que no comulgase tantas veces, y procurase distraerse de manera que no tuviese soledad. El mismo confesor, por probarla más, parecía aprobaba lo que ellos decían. Ella, que era entonces muy temerosa y tenía mal de corazón que la ayudaba á serlo, tanto, que aun en una pieza no osaba estar muchas veces sola, fuese de San Gil (que éste es el nombre del colegio de la Compañía de Jesús de Avila) con grandísima aflicción. Después, habiéndola quitado muchos días de comulgar y de recogerse á su soledad, que era todo su consuelo, y no teniendo con quien tratar, porque todos parecía que eran contra ella, aún no la dejaban con esto; porque unos decían al confesor que se guardase de ella, otros que era claro demonio; sólo su confesor la animaba diciendo que, aunque fuese, no ofendiendo ella á Dios, no la podía hacer nada. Ella, viéndose en tantos trabajos, pedía al Señor con grande instancia que la llevase por otro camino, y hacía á otros pidiesen lo mismo. Pero siempre llena de desconsuelo, cuando pensaba en que era posible que el demonio la

hablase, y en esto anduvo casi dos años. Estando, pues, en un oratorio con grandísima congoja, y no habiendo sentido consuelo del cielo ni de la tierra, al cabo de cuatro horas de este trabajo, el Señor, que no estaba olvidado nada de ella, la tornó á hablar allá dentro de su alma, y la dijo: «*No hayas miedo, hija, no temas, que no te desampararé, porque yo soy.*» Con estas palabras se desbarataron en un punto los nublados de dolor y perturbación que escurecían su alma, y vino á ella una luz de seguridad y satisfacción tan grande, que la parecía que contra todos los letrados del mundo pudiera defender que aquello era Dios.

Quedó con aquello su corazón muy blando, y sus ojos como unas fuentes que derramaban arroyos de suavísimas lágrimas, y ella con grande admiración de verse tan trocada. Y perdió desde entonces el miedo á los demonios de tal manera, que tomó una cruz en la mano y los desafiaba diciendo: «*Ahora venid todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podéis hacer.*» Quedó después de esto tan sosegada, que de allí adelante, aunque los vió algunas veces, no los temía ni hacía caso de ellos, y estimaba esto en tanto, que decía que tenía ésta por una de las grandes mercedes que la había hecho el Señor. De allí adelante, descuidada ya con estas mercedes de Dios de todas las cosas de la tierra, y dejándose toda al gobierno de Dios, iba por el camino de la vida espiritual con la prosperidad y ligereza que va una nao con muy buen viento en popa y con bonanza, que todo cuanto hay parece la ayuda á correr. El Señor iba cada día multiplicando y acrecentando las mercedes, hablándola de muchas maneras y enseñándola verdades altísimas, y mostrándola visiones grandes y suavidad, y todas estas dejaban en su alma unos efectos maravillosos con que iba siempre medrando y mejorándose.

Contara aquí estas hablas y visiones, si la misma Madre no las contara desde el capítulo 25, donde todos las podrán leer, si no fuere por ventura alguna cosa muy notable y que aproveche para seguir la historia que voy contando. Con todo esto no faltaban personas que la ponían miedo, y la decían que todo aquello era del demonio, y que se le antojaba. Movióles á esto ver que en el mismo lugar vivía la madre Maridíaz, cuya santidad era muy conocida y aprobada, y llevábala el Señor por camino más ordinario sin estas hablas y visiones; como si hubiera sólo un camino por donde Dios lleva las almas, ó no hubiera llevado á muchos santos y santas por este por donde llevaba á la Madre Teresa de Jesús. Ella, que tenía buenas y seguras prendas del soberano huésped que la visitaba, junto con la aprobación de los Padres dichos, no se turbaba ya por eso como antes, sino deciales que este gran Señor la dejaba joyas en las manos en señal de su amor, que ella antes no tenía, y se veía rica siendo ella muy pobre, y que ella veía, y á los que la confesaban era muy manifiesto, cuán tro-

cada y mejorada estaba su alma, y que así no podía creerlo aunque quisiese, ni se persuadía que el que quería llevar las almas al infierno, tomase para eso medio tan contrario como apartarla de los pecados y poner en ella virtudes y fortaleza. Esto mismo respondía á otras personas aquel Padre de la Compañía de Jesús con quien ella se confesaba, y él solo volvía por ella. Había bien menester este Padre la virtud que tenía para sufrir tantas cosas como venían á él. Decíanle que se guardase de ella, no le engañase el demonio creyéndola algo de lo que decía, y trayéndole ejemplos de otras personas que habían parado en grandes ilusiones (1). Y personas que la trataban y deseaban el bien de su alma, preguntábanla cosas, á que ella respondía con llaneza, ó decía algo con descuido, y decían que les quería enseñar, y que se tenía por sabia, y no les parecía buena señal. Una falta que en ella viesen, por pequeña que fuese, les hacía que lo condenasen todo, y con todo esto iban al confesor. Él la animaba y sosegaba y la mandaba que no le callase nada; pero la humildad que él tenía causó grandes trabajos á la Madre, porque él siempre era de parecer que aquello era de Dios, y el ver á personas de letras y espíritu que decían lo contrario, le hacía andar en alguna manera dudoso, temiendo no hiciese mal en guiarse de su parecer más que del de tantos. En tres años pasaron él y ella hartos con estas y otras cosas semejantes que cada día salían, y persecuciones y cosas que sin propósito la levantaron, que luego con todo esto iban al confesor. Pero lo que más sentía la Madre era la contradicción de personas que veía eran siervos de Dios; y fué tanto lo que por esta vía padeció, que decía ella después, que aunque había pasado en su vida grandísimos trabajos, ninguno había sido mayor que éste (2). Llegó la cosa

(1) En efecto, hubo por aquel entonces muchas ilusas é hipócritas en España y fuera de ella, como puede verse en Menéndez Pelayo, *Heterodoxos*, t. II, pág. 521 y sigs.

(2) Véase con qué sencillez y naturalidad encantadoras refiere ella misma todas estas peripecias: «Mi confesor, como digo (que era un padre bien santo de la Compañía de Jesús), respondía esto mismo, según yo supe. Era muy discreto, y de gran humildad, y esta humildad tan grande me acarreó á mí hartos trabajos, porque con ser de mucha oración y letrado, no se fiaba de sí, como el Señor no le llevaba por este camino: pasólos hartos grandes conmigo de muchas maneras. Supe que le decían, que se guardase de mí, no le engañase el demonio con creermelo algo de lo que le decía; traíanle ejemplos de otras personas; todo esto me fatigaba á mí. Temía que no había de haber con quien me confesar, sino que todos habían de huir de mí: no hacía sino llorar. Fué providencia de Dios querer él durar y oírme, sino que era tan gran siervo de Dios, que á todo se pusiera por Él; y así me decía, que no ofendiese yo á Dios, ni saliese de lo que él me decía, que no hubiese miedo me faltase: siempre me animaba y sosegaba. Mandábame siempre que no le callase ninguna cosa: yo así lo hacía.

El me decía que haciendo yo esto, aunque fuese demonio, no me haría daño, antes sacaría el Señor bien del mal, que él quería hacer á mi alma; procuraba perfeccionarla en todo lo que podía. Yo, como traía tanto miedo, obedecíale en todo, aunque imperfectamente; que hartos pasó conmigo tres años y más que me confesó, con estos trabajos; porque en grandes persecuciones que tuve, y cosas

tan adelante, que hubo más de uno que la quiso conjurar como á endemoniada, y de esto poco se le daba á ella: lo que más sentía era lo que acabo de decir, de aquella tan grande y tan larga contradicción de gente tan buena, y el ver algunas veces que los confesores venían con miedo á confesarla, y temer que había de venir á tiempo que no hallase quien la quisiera confesar. Mas no bastaba todo esto para que á ella la pesase de tener aquellas celestiales visiones, que eran tales que sólo una de ellas no trocara por todos los bienes y deleites que puede haber en el mundo.

hartas que permitía el Señor me juzgasen mal, y muchas estando sin culpa, con todo venían á él, y era culpado por mí, estando él sin ninguna culpa. Fuera imposible, si no tuviera tanta santidad, y el Señor que le animaba, poder sufrir tanto, porque había de responder á los que les parecía iba perdida, y no le creían; y por otra parte habíame de sosegar á mí, y de curar el miedo que yo traía, poniéndome mayor, me había por otra parte de asegurar; porque á cada visión, siendo cosa nueva, permitía Dios me quedasen después grandes temores: todo me procedía de ser tan pecadora yo, y haberlo sido. El me consolaba con mucha piedad, y si él se creyera á sí mismo, no padeciera yo tanto, que Dios le daba á entender la verdad en todo, porque el mismo Sacramento le daba luz, á lo que yo creo.

Los siervos de Dios, que no se aseguraban, tratábanme mucho: yo, como hablaba con descuido algunas cosas que ellos tomaban por diferente intención (yo quería mucho al uno de ellos, porque le debía infinito mi alma, y era muy santo: yo sentía infinito de que veía no me entendía, y él deseaba en gran manera mi aprovechamiento y que el Señor me diese luz) y así lo que yo decía, como digo, sin mirar en ello, parecían poca humildad: en viéndome alguna falta, que verían muchas, luego era todo condenado. Preguntábanme algunas cosas, yo respondía con llaneza y descuido: luego les parecía les quería enseñar, y que me tenía por sabia; todo iba á mi confesor, porque cierto ellos deseaban mi provecho: él á reñirme.

Duró esto harto tiempo, afligida por muchas partes; y con las mercedes que me hacía el Señor, todo lo pasaba. Digo esto para que se entienda el gran trabajo que es no haber quien tenga experiencia en este camino espiritual, que á no me favorecer tanto el Señor, no sé qué fuera de mí. Bastantes cosas había para quitarme el juicio, y algunas veces me veía en términos que no sabía qué hacer, sino alzar los ojos al Señor; porque contradicción de buenos á una mujercilla ruin y flaca como yo y temerosa, no parece nada así dicho, y con haber yo pasado en la vida grandísimos trabajos, es éste de los mayores. Plega al Señor, que yo haya servido á su Majestad algo en esto, que de que le servían los que me condenaban y argüían, bien cierta estoy, y que era todo por gran bien mío. *Vida* cap. XXVIII.

CAPÍTULO XI

De cómo por obedecer á los confesores resistía á las mercedes de Dios, y el Señor se las hacía mayores; y de la verdad de una gran visión que tuvo

De tal manera la dejaba el Señor en estas congojas, que no se olvidaba de consolarla y asegurarla con las palabras que dentro de su alma la hablaba maravillosamente, y con irla siempre acrecentando mucho el amor. Ella, que se sentía tan favorecida del Señor, ibase á quejar de todas estas cosas á Él, y descansaba con Él, diciéndoselo todo con una gran ternura de amor, y siempre salía consolada de la oración y con muchas fuerzas para padecer. A los demás no osaba decir nada, porque todo lo atribuían á falta de humildad; todo lo trataba con su confesor, el que entonces tenía en la misma Compañía de Jesús, y él la consolaba y animaba mucho. Este era el Padre Maestro Baltasar Alvarez (1), gran siervo de Dios, y muy avisado y

(1) Moraba el Padre Baltasar Alvarez en aquel Colegio desde principios de 1557. Era natural de la villa de Cervera, obispado de Calahorra en donde nació el año de 1533, de padres nobles. Entrado en la Compañía en 1555, empezó su noviciado en Simancas y lo terminó en Avila donde hizo los votos del bienio en 1557, ordenándose de sacerdote al año siguiente, y recién ordenado tomó bajo su dirección espiritual á Santa Teresa, contando él solos 25 años de edad. Dirigió á la Santa Madre por espacio de seis años, con tanto celo y discreción, que la Santa asegura que fué el que más la aprovechó. «Tenía yo, dice, un confesor que me mortificaba mucho, y algunas veces me afligía y daba gran trabajo, porque me inquietaba mucho, y era el que más me aprovechó, á lo que me parece: y aunque le tenía mucho amor, tenía algunas tentaciones por dejarle, y parecíame me estorbaban aquellas penas que me daba de la oración. Cada vez que estaba determinada á esto, entendía luego que no lo hiciese, y una reprensión, que me desahacía más que cuanto el confesor hacía.» (*Vida*, cap. XXVI.)

A principios de 1566, enviáronle á Medina del Campo donde ayudó poderosamente á la Santa en la fundación del segundo monasterio de Descalzas en 1567. Desempeñó sucesivamente los cargos de Maestro de novicios, Rector de varios colegios, Vice Provincial, Visitador de la Provincia de Aragón y Provincial de la de Toledo, muriendo santamente en el Colegio de Belmonte el 25 de Julio de 1580, á los 45 años de su edad y 25 de Compañía. Al saber su muerte Santa Teresa,

de mucho conocimiento de cosas espirituales, que entonces era Ministro en aquel colegio de San Gil; y algunos años después, habiendo servido mucho á Nuestro Señor, porque era hombre de gran oración y mortificación, y habiendo hecho harto provecho á los de su religión y á los de afuera, porque era poderoso en la palabra, y la metía en los corazones, y tenía gran destreza en encaminar las almas á Dios, murió santamente como había vivido, en el colegio de Belmonte, siendo Provincial de la provincia de Toledo. Este Padre fué el que más la ayudó, porque la ejercitó mucho en la mortificación, y tanto, que estuvo muchas veces tentada de dejarle; porque algunas la afligía mucho; pero siempre que á esto se determinaba, sentía en su alma que la decían no lo hiciese, y juntamente una gran reprehensión, y ella le cobró grande amor, y riéndose me decía después á mí: «A este mi Padre, aunque es mal acondicionado, mucho le quiero.» Mal acondicionado decía que era, porque siempre la mortificaba, y lo mismo hacía entonces con la madre Maridíaz, gran ejemplo de santidad y muestra de las maravillas que hace Dios en las almas que de veras se le entregan. Y aunque el P. Baltasar Alvarez tenía en las cosas de espíritu ciencia y experiencia, la Madre Teresa de Jesús volaba tan alto, que hubo menester darse buena prisa para poderla alcanzar. Acuérdomé que estando yo con él una vez en Salamanca, y hablándose allí de diversos libros espirituales y del provecho de cada uno de ellos, dijo él: «Todos estos libros leí yo para entender á Teresa de Jesús.» Yendo, pues, creciendo las visiones, otro Padre del mismo

rompió en amargo llanto, asegurando que la Iglesia había experimentado aquel día una gran pérdida. Tres meses antes, el 8 de Abril, escribía la Santa á Doña Isabel de Osorio: «Dícenme estará ahí presto, si no lo está ya, un provincial, que ahora han hecho en esa provincia de la Compañía. Sepa V. M. que es de los mayores amigos que tengo: hame confesado algunos años, procure V. M. hablarle, que es un santo.» Y el 4 de marzo de 1581, escribiendo á la Ilma. Señora Doña Ana Enríquez, le decía: «Para cosas del alma hallo soledad, porque no hay aquí ninguno de la Compañía, de los que conozco. A la verdad, en todo cabo la hallo, que con estar lejos nuestro santo (el Padre Baltasar), parece me hacía compañía, porque aun por cartas podía comunicar algunas cosas.» El Padre La Puente nos ha conservado un fragmento de una carta del Padre Alvarez á Santa Teresa de Jesús. (Cfr. La Puente, *Vida del Padre Baltasar Alvarez*, S. J.)

Después de lo dicho, no puede menos de sonreírse uno al leer lo que H. Joly, hablando de los confesores de Santa Teresa, ha escrito recientemente: «¿Qué sacamos en limpio, dice, de los textos citados? Sencillamente, que el método ordinario, tan calculado, tan hábil, tan fino y tan práctico que sigue la Compañía, al parecer no conviene á todos. Santa Teresa tal vez, y sin tal vez, lo hubiera recomendado á muchas almas, á no haberse ocupado ella en intereses espirituales de otro género. (*Sainte Thérèse*, cap. X, pág. 229.) Lo peor es que cuatro páginas más adelante parece contradecir lo que poco antes había afirmado. Una supérieure de Carmélites, dice, m'écrit que, dans son ordre, «les âmes conduites par des voies plus particulièrement spirituelles trouvent chez les jésuites des directeurs aussi sûrs et aussi larges qu'elles peuvent le souhaiter.» (*Ibid.* pág. 233, nota 1.) Una superiora carmelita me escribe que en su orden, «las almas que andan por vías muy espirituales hallan en los jesuitas, directores tan seguros y holgados como pudieran desearlos.»

colegio, que antes la ayudaba y la confesaba algunas veces cuando el Padre Baltasar Alvarez no podía, la dijo que claramente era el demonio y que, ya que ella no podía resistir, se santiguase á lo menos cuando algo viesse, y diese higas, porque era el demonio, y con esto dejaría de venir. Terrible cosa fué ésta para ella, porque tenía para sí por averiguado que era Dios; pero era tan grande su obediencia, que cuanto la mandaban hacía. Ella, con muchas lágrimas, pedía al Señor no consintiese que fuese engañada, y encomendábase á los gloriosos Apóstoles San Pedro y San Pablo, con quien tenía gran devoción porque la primera vez que vió á Jesucristo Nuestro Señor, fué en la fiesta de ellos, y el Señor la prometió que ellos la guardarían para que no fuese engañada, y muchas veces le veía muy claramente á su lado con una manera de visión más alta que la ordinaria. Cuando tenía estas visiones, era imposible dudar que fuese Dios; pero por hacer lo que la mandaban, daba higas, aunque esto no todas veces, porque la era penosísimo, sino santiguábase; y cuando se cansaba de santiguarse, tomaba una cruz en la mano para cumplir su obediencia. Pero al mismo contra quien esto hacía, estaba pidiendo perdón por otra parte de aquello, diciendo que lo hacía por obedecer á sus ministros, que estaban en su lugar. El Señor la respondió que hacía bien en obedecerles, y que él haría que se entendiese la verdad, como después la entendieron ellos bien y se desengañaron. Estando un día en esto, y ella con la cruz en la mano, que la traía en el rosario, el Señor, que no se espantaba nada de la cruz, se la tomó y se la tornó después á dar, pero muy de otra manera que la había tomado, porque parecía hecha de cuatro piedras grandes y muy ricas, más que diamantes, sin comparación, y en una de ellas estaban las cinco llagas de muy graciosa hechura, y dijola que así vería la cruz de allí adelante. Y así fué, porque ella no veía la madera de que ella fué hecha, sino estas piedras; pero sólo ella las veía, que á los demás de la misma manera que antes les parecía.

Así aconteció á Santa Catalina de Sena, como cuenta Fray Raimundo y San Antonino (1), que la metió el Señor en el dedo un anillo de oro y perlas, y se le quedó en el dedo; pero sólo ella lo veía, y no los demás. A Santa Cecilia, como lo cuenta en su vida Simeón Metafrastes, la trujo el Angel dos guirnaldas del Paraíso muy hermosas, y no las podía ver nadie sino ella y su esposo Valeriano.

Santa Gertrudis cuenta (2) que pidiendo ella señal al Señor de una gran promesa que la hacía, la mostró su corazón, y ella metió la mano en él, y sacándola después, vió en sus dedos siete círculos

(1) *Chron.*, 3 p. tit. XXIII, c. XIX, §. VI.

(2) *Lib. II*, c. XXI. Véase Amort, *De Revelationibus, visionibus, etc.*, part. II, n. VIII, §. LIII, donde, con gran copia de erudición, trata todo lo referente á las revelaciones de Santa Gertrudis.

de oro como siete anillos, en cada dedo uno y en el de en medio tres. Así, San Clemente papa y mártir vió un cordero que con un pie alzado le mostraba la fuente; y estando tantos cristianos con él ninguno de ellos lo vió sino él, como lo cuenta en su vida Simeón Metafrastes. Así que, no es cosa nueva hacer Dios mercedes á sus siervos, que ellos solos las gocen y otros no las pueden ver. Estando el glorioso San Martín en su iglesia para decir misa, habiendo gran muchedumbre de gente en ella, apareció sobre su cabeza una como bola de fuego, la cual vieron solamente una virgen y un presbítero y tres monjes, como lo cuenta Sulpicio Severo en el diálogo segundo de la vida del mismo santo.

Esta cruz la sacó después con grandes ruegos y con buena disimulación, como que sabía lo que había en ella, su hermana doña Juana de Ahumada, que ahora vive en Alba, y hoy día la tiene en su poder, y á mí me la ha mostrado algunas veces, y tenía, como es razón, por un gran tesoro. Es de cuatro cuentas bien largas de ébano, como las que ordinariamente se ponen en los extremos de unos rosarios muy grandes que se usan. En el Monasterio de dentro de Alba está una señora que se llama doña Magdalena de Toledo, tía de don Francisco de Fonseca, señor de Coca y Alaejos, que estuvo ciega de cataratas, y se curó y cobró la vista, pero quitósele después súbitamente tres veces, y yendo á visitar á doña Juana de Ahumada después de la muerte de la Madre, ella mostró esta cruz, y doña Magdalena la puso sobre los ojos, y desde aquel punto nunca más perdió la vista, como ella lo dice á todos cuantos se lo preguntan, y aun lo dió firmado de su nombre al P. Fr. Nicolás de San Cirilo, Prior que era entonces del Monasterio de Manzera de los Descalzos Carmelitas (1).

En fin, las visiones y las demás mercedes de Dios, no cesaban por esto, antes iban creciendo, y en queriéndose divertir, nunca salía de oración. Las veces que vió á Cristo Nuestro Señor fueron muchas, y las más veces le veía resucitado y glorioso. Yo he visto dos pequeñas imágenes que la Santa Madre traía consigo, una del Señor resucitado y otra de Nuestra Señora, que pintó Juan de la Peña, Racionero de Salamanca, que después murió religioso de la Compañía de Jesús. Hizoselas pintar la Madre conforme á las figuras que en su memoria quedaron impresas de las visiones que tuvo, y estaba ella allí delante y le decía lo que había de hacer, y salieron las imágenes tales, que aunque la industria de todos los pintores no basta á igualar ni con gran parte la hermosura de lo que en semejantes visiones se ve, nunca creo yo hizo él cosa que á estas llegase, y especialmente la de Nuestra Señora es graciosísima. Yo he visto muchas tablas suyas, pero á mi juicio había tanta diferencia de estas dos á las demás,

(1) No se sabe á punto fijo el paradero de esta cruz tan interesante. Unos dicen que la poseen las Carmelitas de Valladolid, otros que las de Madrid.

que con dificultad pudiera yo creer que ellas eran del Racionero, si no me lo dijera quien lo sabía bien. El Cristo está en poder de la duquesa de Alba, y un retrato sacado de éste tiene la condesa de Alba de Aliste. La de Nuestra Señora tiene un Padre muy siervo de Dios de los Descalzos Carmelitas.

No se contentó el Señor con esto, sino por dar más á entender que lo que en su sierva se veía no era del demonio, sino suyo, como la había prometido que lo haría, encendió de presto en su corazón un fuego tan grande de amor de Dios y tan alto, que se abrasaba y moría de deseo de verle, y no cabía en sí, y verdaderamente parecía que el alma se le arrancaba. Andaba herida y como muriendo con una muerte más dulce que cualquier vida de acá, y ni podía desear que se le sanase aquella llaga, ni trocara aquel tormento por todos los deleites del mundo. Acordábase muchas veces de lo que decía David: «Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así mi alma te desea á ti, Dios» (1), porque lo veía claramente cumplido en sí.

Vió en este tiempo algunas veces una maravillosa y divina visión. Veía cabe sí al lado izquierdo un ángel en forma corporal, pequeño, de muy hermoso rostro, y tan encendido, que á ella le parecía debía ser de los Serafines, que todos se abrasan en amor. Tenía en las manos un dardo de oro largo, y al cabo del hierro parecía que tenía un poco de fuego, y con él la hería en el corazón; y cuando le sacaba, juntamente parecía que la sacaban las entrañas, y la dejaba toda abrasada en amor de Dios. El dolor era tan grande, que la hacía dar unos pequeños gemidos, que para darlos grandes no tenía fuerzas, y la suavidad que en el alma ponía aquel dolor, era tan crecida, que no podía desear que se le quitase el dolor ni contentarse con menos que Dios (2).

(1) Psalm, XLI, 2.

(2) Hay que leer las mismas palabras con que la sublime mística Doctora narra esta maravillosa visión. «Veía, dice, un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver, sino por maravilla; aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada, que dije primero. En esta visión quiso el Señor le viese así; no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan: deben ser los que llaman Querubines, que los nombres no me los dicen, mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles á otros, y de otros á otros, que no lo sabría decir. Vefale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba á las entrañas: al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que miento.» *Vida*, cap. XXIX.

Según la opinión más probable recibió la Santa Madre este favor extraor-

Los días que esto la duraba andaba como fuera de sí: no quisiera ver ni hablar, sino gozar de aquella sabrosa pena, que para ella era mayor gloria que cuantas hay en lo criado. Después la vinieron muchos y grandes raptos ó arrobamientos, que aun estando entre gen-

dinario á los 44 años de su edad, ó sea, en 1559. Con este motivo escribió la preciosa canción que sigue:

En las internas entrañas
Sentí un golpe repentino:
El blasón era divino,
Porque obró grandes hazañas.
Con el golpe fui herida,
Y aunque la herida es mortal,
Y es un dolor sin igual,
Es muerte que causa vida.
Si mata, ¿cómo da vida?
Y si vida ¿cómo muere?
¿Cómo sana cuando hiere,
Y se ve con él unida?
Tiene tan divinas mañas,
Que en un tan acerbo trance,
Sale triunfando del lance,
Obrando grandes hazañas.

Dice el Padre Fray Manuel de Traggia (*La mujer grande: vida meditada de Santa Teresa...* t. II, p. 122, Madrid 1807), que «en el año 1700 se halló en las monjas Carmelitas Descalzas de Sevilla esta canción, que parece ser de la Santa; aunque en 1806 se buscó y no se halló.» Tanto los conceptos como el estilo y corte de la composición parecen de Santa Teresa.

En el altar mayor de la Iglesia de las Carmelitas Descalzas en Alba de Tormes, se ve el corazón de la endiosada Teresa, con la herida que recibió en aquella ocasión, encerrado en un cristal de la misma forma, que por dos veces ha estallado ya, como incapaz de resistir á la presión interna de aquel apagado volcán de amor.

Benedicto XIII concedió á las Carmelitas Descalzas en 25 de Mayo de 1726, celebrar la fiesta de la Transverberación del corazón de Santa Teresa, con oficio propio: en 1733 se hizo extensiva esta concesión á todos los dominios de España.

Benedicto XIV, en su Breve *Dominici gregis* de 8 de Agosto de 1744, concedió á perpetuidad indulgencia plenaria á todos los fieles que visitaren las iglesias del Carmen, desde las primeras vísperas de la Transverberación hasta la puesta del sol del día de la fiesta, que se celebra el 27 de Agosto.

Mr. L. F. Alfredo Maury, en su *Essai sur les pieuses légendes du moyen âge*, (París 1843), ignorando ó aparentando ignorar lo que refiere la Santa en el cap. XXIX de su vida y el juicio que sobre este hecho maravilloso ha formulado la Iglesia y la verdadera crítica histórica, atribuye al pintor Alonso Cano el haber pintado el corazón de Santa Teresa traspasado con una flecha, y, con una ligereza impropia de un escritor formal, dice que de aquí vino el tomar por realidad lo que sólo es alegoría.

«El corazón de la Santa, dice el Dr. Don Robustiano Boada en un informe que dió sobre él, se halla intacto, viéndose bien clara y distintamente la herida de la transverberación.»

Sobre las excrecencias ó espinas que se han observado en la parte inferior de dicho corazón de que tanto se habló años atrás, véase la Relación que las religiosas del convento de la Anunciación de Alba de Tormes, enviaron al Procurador General de su Orden en Roma, fecha del 5 de Junio de 1870, y el Dictamen facultativo que sobre el asunto dieron el 23 de Julio de 1872, los Profesores en medicina y cirugía de la Universidad de Salamanca, Dr. Manuel Elena, Lic. Domingo Sánchez, y Lic. Miguel Sánchez Teruel (Apéndice).

tes, y deseándolos harto encubrir, no era posible resistirlos, y después que los comenzó á tener no sentía ya tanto de esta pena.

Acerca de esta visión del serafín ó ángel, será menester decir alguna cosa, así por ser ella más extraordinaria que otras, como porque hay hombres que apenas se persuaden á creer, en estas cosas espirituales, lo que ellos no han probado y visto en sí; y acontece algunas veces hacer conversación y burla de cosas, que les habían de mover á maravillarse de la bondad de Dios y alabarle mucho, porque tanto se ha querido comunicar á sus criaturas.

Mas porque en el capítulo segundo de este libro hablé en general de las revelaciones de la Madre Teresa de Jesús y del crédito que se les debe dar, diré ahora solamente lo que toca á esta visión presente.

Supuesto, pues, el crédito que se debe á persona tan santa y de tanta verdad, decir que esto que cuenta es antojo suyo, tampoco lleva camino, porque quien tanta experiencia tenía ya de estas cosas, y de las del espíritu contrario, y que también lo echó de ver tres ó cuatro veces que este enemigo la habló, queriéndose transformar en ángel de luz, no podía fácilmente ser engañada. Y si una vez hubiera tenido esta visión del serafín, más ocasión hubiera para poner en ella alguna duda, los que en todo la quieren poner; pero habiendo sido muchas veces y muy de propósito, ¿cómo se había de engañar? Temerosa era ella, y no se creía fácilmente, y en cosas claras muchas veces ponía duda, y ésta cuéntala como la habemos contado, sin reparar en ella, ni poner ninguna manera de duda. Y no escribió esta visión el día que la tuvo, sino algunos años después, habiéndolo mirado y considerado muchas veces y entendiendo bien que no se engañaba. Y no se haber engañado, cuando otra cosa no hubiera, ¿no se echa bien de ver por los efectos que siempre en ella dejaba esta visión de abrasarla en amor de Dios y quedarla en el alma un gran dolor, con una no menor suavidad y gran deseo de Dios, y no se poder contentar con menos que Dios? Querría saber de estos nuevos académicos, por qué razón no quieren creer sino lo que tocan ó ven, y en todos los demás favores que Dios hace á las almas, por lo menos ponen duda; pues Dios es el que lo hace aquí todo: ¿en qué cosa de Dios quieren poner tasa? ¿en su poder ó en su bondad? Si en el poder no se puede poner, porque es todopoderoso, ¿por qué la quieren poner en la bondad, pues no es menor que el poder? ¿Por qué no creerán que con las almas que se disponen mucho mejor que ellos, hará la bondad de Dios mucho más que con ellos? Si no saben qué cosa es esto, hagan lo que hicieron y trabajen por Dios lo que trabajaron los que lo saben, y sabránlo ellos también. ¿Por ventura será Dios corto en hacer mercedes á las almas santas, como ellos lo son en creerlas? A lo menos asegurariales yo á éstos (como muchas veces suele decir la misma

Madre), que quien no creyere que el Señor hace estas semejantes y mayores mercedes á las almas que enteramente se le dan, no las verán por su casa.

A quien ha pasado por algo de esto y ha comenzado á gustar de veras que es suave el Señor, nada de esto se le hace duro de creer, como no se hicieron duras las cosas que la Madre cuenta de sí al P. Francisco de Borja, con quien primero las comunicó, ni al santo Pedro de Alcántara, ni al Maestro Avila, á quien envió todo lo que escribió de su vida en ese libro, y él lo aprobó, como lo diremos en su lugar. Pues los que no tienen de esto experiencia, ¿para qué se meten en lo que no saben, que es como juzgar los ciegos de los colores? ¿Es cosa nueva ésta, y que jamás se haya visto? ¿Cuántas semejantes están escritas de los santos, y creídas y recibidas de los hombres que son cuerdos, ó que tienen algún conocimiento de la infinita bondad de Dios? ¿Qué dirán éstos de lo que escribió en la vida de Santa Catalina de Sena Fr. Raimundo, confesor de la misma virgen, y después de él San Antonino (1), que tuvo una vez tanto amor de Dios, que estuvo cuatro horas su alma fuera de su cuerpo viendo soberanas visiones? Los mismos cuentan, y en los mismos lugares, que estando la santa virgen rogando al Señor que la quitase su corazón y su voluntad y la diese corazón y voluntad conforme á Él, la pareció que venía el Señor y la abría el costado izquierdo y la sacaba el corazón y se le llevaba, y que andaba sin corazón, hasta que otro día vino el Señor y la tornó á abrir el mismo costado y la puso un corazón muy lindo que traía en las manos. Y no era canonizada Santa Catalina, cuando leyó esto San Antonino, y lo creyó y lo escribió. Tampoco lo era el Abad Sereno, y cuenta de él Casiano en las Colaciones (2) que, habiendo él alcanzado de Dios la castidad del alma, pidió también con instancia la del cuerpo, y tuvo una noche esta visión: Vino á él un ángel, y parecía como que le abría el vientre y le arrancaba de allá dentro una hinchazón encendida de carne, y la echaba á mal; y después, tornándole á poner el cuerpo como antes estaba, le dijo que de allí adelante tenía en el cuerpo perpetua limpieza.

Y no es muy diferente de esta otra cosa que San Gregorio (3) cuenta del Abad Equitio, á quien en visión apareció un ángel, y haciéndole eunuco, quitó de su cuerpo todos los malos movimientos por toda su vida. El mismo efecto hizo San Juan Bautista en el alma y cuerpo de un santo presbítero, signándole tres veces en el vientre con la señal de la Santa Cruz, como lo cuenta Sofronio, Patriarca de Jerusalén, en aquel antiguo y muy autorizado libro que llamó *Prado*

(1) *Chron.*, 3 p., tit. XXIII, cap. XIX, §. X.

(2) *Collat.* VII, cap. II.

(3) *Didl.* lib. I, cap. IV.

Espiritual (1). Santa Gertrudis (2) cuenta dos veces que la imprimió el Señor sus cinco llagas dentro de su corazón. Y en otras dos del mismo libro (3) dice que la hizo una llaga en el corazón. Santa Angela de Fulgino (4) dice que la mandó Cristo Nuestro Señor que pudiese la boca en la llaga de su costado, y la parecía que teniéndola puesta allí, bebía la sangre que del costado del Señor estaba manando. La misma Santa Gertrudis vió á Cristo Nuestro Señor con una saeta de oro en la mano, con que la pasó el corazón, y se le hirió de manera que nunca tornó á la sanidad primera, que es casi lo mismo que ahora contamos. En otra parte (5) se escribe que la pidió Nuestro Señor su corazón, y ella se lo dió muy de buena gana, le tomó el Señor y le juntó con el suyo. Y otras hay que de otros santos se cuentan, porque el poder y bondad de Dios y los regalos que hace á sus siervos, pasan muy adelante de adonde los entendimientos cortos de los hombres pueden llegar. Así que, quede también esto dicho para lo que adelante se hubiere de contar, y prosigamos nuestra historia.

(1) Cap. III.

(2) Lib. II, cap. IV y XXIII.

(3) Cap. V y XXIII.

(4) Véase el extenso estudio de Eus. Amort sobre las revelaciones de Santa Angela de Foligno, en la obra arriba citada, n.º X.

(5) Lib. III, cap. LXVII.

CAPITULO XII

De cómo dió cuenta al Padre Fray Pedro de Alcántara y la aseguró ser espíritu de Dios, y de muchas tentaciones con que fué fatigada

Estando ella por las visiones que habemos dicho en gran duda, y no sabiendo cómo se pudiese compadecer un gran dolor espiritual con tan extraña suavidad en el mismo espíritu, y viendo que no bastaba para resistir á los dones de Dios, y que no la entendían, y estando por todo esto muy penada, consolóla Nuestro Señor Jesucristo en gran manera con la venida del santo Fray Pedro de Alcántara (1),

(1) Y ¡qué bueno nos le llevó Dios ahora en el bendito fray Pedro de Alcántara! No está ya el mundo para sufrir tanta perfección. Dicen que están las saludes más flacas, y que no son los tiempos pasados. Este santo hombre de este tiempo era, estaba grueso el espíritu, como en los otros tiempos, y así tenía el mundo debajo de los pies; que aunque no anden desnudos, ni hagan tan áspera penitencia como él, muchas cosas hay, como otras veces he dicho, para repisar el mundo, y el Señor las enseña, cuando ve ánimo. ¡Y cuán grande le dió su Majestad á este santo que digo, para hacer cuarenta y siete años tan áspera penitencia, como todos saben! Quiero decir algo de ella, que sé es toda verdad. Díjome á mí, y á otra persona, de quien se guardaba poco (y á mí el amor que me tenía era la causa, porque quiso el Señor le tuviese para volver por mí, y animarme en tiempo de tanta necesidad, como he dicho y diré), pareceme fueron cuarenta años los que me dijo había dormido sola hora y media, entre noche y día, y que éste era el mayor trabajo de penitencia que había tenido en los principios de vencer el sueño, y para esto estaba siempre, ó de rodillas, ó en pie. Lo que dormía era sentado, y la cabeza arrimada á un maderillo que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera no podía, porque su celda, como se sabe, no era más larga que cuatro pies y medio. En todos estos años jamás se puso la capilla, por grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los pies, ni vestido, sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y éste tan angosto como se podía sufrir, y un mantillo de lo mesmo encima. Decíame que en los grandes fríos se le quitaba, y dejaba la puerta y ventanilla abierta de la celda, para que con ponerse después el manto y cerrar la puerta contentaba al cuerpo, para que sosegase con más abrigo. Comer á tercero día era muy ordinario. Y díjome, que ¿de qué me espantaba? Que muy posible era á quien se acostumbraba á ello. Un su compañero me dijo, que le acacía estar ocho días sin comer. Debía ser estando en oración, porque tenía

Comisario que era entonces de los Padres Descalzos del glorioso Padre San Francisco. Entonces doña Guiomar de Ulloa, que sabía mucho de sus cosas y la quería mucho, pidió licencia al Provincial del Carmen y trájola á su casa, y así se dió orden para que la Madre, á veces en casa de doña Guiomar, á veces en algunas iglesias, pudiese hablar y dar cuenta de sí á este santo varón. Y aunque ella entonces no sabía declararse en estas cosas tan espirituales, él, como era de grandísima penitencia y oración, luego la entendía, y dióla mucha luz, y aseguróla mucho, tanto, que la dijo que estuviese tan cierta que aquello era espíritu de Dios, que si no era la fe, no había cosa más verdadera, ni que él creyese más. Y como conoció bien lo que Dios tenía puesto en aquella alma, y la gran disposición que en ella había, para que fuese cada día poniendo más, cobróla mucho amor, y desde allí adelante la escribía y comunicaba mucho, y la rogaba que le encomendase á Dios. Díjola que había pasado uno de los mayores trabajos de la tierra, que era contradicción de buenos; pero que la quedaba aún harto por pasar. Y habló al Padre Baltasar Alvarez para acabarle de asegurar que era aquel espíritu de Dios, y á Francisco de Salcedo, que era el que más la amaba, y el que más guerra la hacía, teniendo él siempre para sí que iba engañada, y tanto, que aun no bastó lo que el Santo Fray Pedro le dijo para que lo creyese del todo; pero fué todavía parte para que no la afligiese tanto. Con todo eso, aunque quedó muy consolada, revolvía algunas veces sobre

grandes arrobamientos é ímpetus de amor de Dios, de que una vez yo fuí testigo. Su pobreza era extrema y mortificación en la mocedad, que me dijo, que le había acaecido estar tres años en una casa de su Orden, y no conocer fraile, sino era por la habla; porque no alzaba los ojos jamás, y así á las partes que de necesidad había de ir, no sabía, sino íbase tras los frailes. Esto le acaecía por los caminos.

A mujeres jamás miraba; esto muchos años. Decíame que ya no se le daba más ver, que no ver; mas era muy viejo cuando le vine á conocer, y tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles. Con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras, si no era con preguntarle. En éstas era muy sabroso, porque tenía muy lindo entendimiento. Otras cosas muchas quisiera decir, sino que he miedo dirá vuesa merced que para qué me meto en esto, y con él lo he escrito. Y así lo dejo, con que fué su fin como la vida, predicando y amonestando á sus frailes. Como vió ya se acababa, dijo el salmo de *Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi*, é hincado de rodillas murió.

Después ha sido el Señor servido yo tenga más en él que en la vida, aconsejándome en muchas cosas. Hele visto muchas veces con grandísima gloria. Díjome la primera que me apareció, que bienaventurada penitencia, que tanto premio había merecido! y otras muchas cosas. Un año antes que muriese me apareció estando ausente, y supe se había de morir, y se lo avisé, estando algunas leguas de aquí. Cuando expiró me apareció, y dijo como se iba á descansar. Yo no lo creí; y díjelo á algunas personas, y desde á ocho días vino la nueva cómo era muerto, ó comenzado á vivir para siempre, por mejor decir. Héla aquí acabada esta aspereza de vida con tan gran gloria: paréceme que mucho más me consuela que cuando acá estaba. Díjome una vez el Señor, que no le pedirían cosa en su nombre, que no la oyese. Muchas que le he encomendado pida al Señor, las he visto cumplidas. Sea bendito por siempre. Amén. Tal fué el magnífico elogio que la seráfica doctora tejió, con ocasión de la preciosa muerte de aquel gran Santo. (*Vida*, cap. XXVII).

ella la tentación del demonio y el vano temor, y obscurecía la el entendimiento, y henchía la de dudas y de sospechas vanas. Parecía que quizá no lo había sabido decir, ó no había sabido entender lo que el Santo Fray Pedro la había dicho, y que bastaba que ella anduviese engañada, sin engañar á los siervos de Dios, porque para afinarla más, quería el Señor que fuese bien probada en el fuego de la tribulación, y no de cualquier tribulación, sino de la mayor pena que en el mundo la podía dar, y acontecía durar con esta furia la tentación, una y dos y tres semanas, pareciéndola siempre que se estaba ahogando. Otras veces ponía los ojos en su vida pasada, y parecía que á todos los traía engañados, y iba á sus confesores y deciales que mirasen no les engañase. Con estos temores y aflicciones, y con otras muchas maneras de tentaciones, quiso el Señor fuese bien ejercitada, como quien había de ser Madre de tantas hijas y había de ayudar á tantas almas. Y aun por medio de sus confesores también la ejercitaba, porque, estando ella muchas veces con grandes trabajos de cuerpo y alma, é yendo á ellos á buscar algún alivio, la reñían mucho, y la decían palabras muy secas y ásperas, tanto, que ellos mismos se espantaban después, porque deseaban antes consolarla viendo la grande necesidad que tenía, y aun á veces les venía escrúpulo de haberla hablado así, y decían que no era más en su mano (1). Con estas

(1) Todas estas torturas interiores, referidas sucintamente por el autor, las describe la mística Doctora, con una clarividencia y profundidad psicológica que pasan, en el cap. XXX, car. ord. *de su Vida*.

«Fué el Señor servido, dice, remediar gran parte de mi trabajo, y por entonces todo, con traer á este lugar al bendito fray Pedro de Alcántara, de quien ya hice mención, y dije algo de su penitencia; que, entre otras cosas, me certificaron que había traído veinte años cilicio de hoja de lata continuo. Es autor de unos libros pequeños de oración, que ahora se tratan mucho de romance, porque como quien bien lo había ejercitado, escribió harto provechosamente para los que la tienen. Guardó la primera regla del bienaventurado san Francisco con todo rigor, y lo demás que allá queda algo dicho. Pues como la viuda sierva de Dios, que he dicho, y amiga mía, supo que estaba aquí tan gran varón y sabía mi necesidad, porque era testigo de mis aflicciones y me consolaba harto, porque era tanta su fe, que no podía sino creer que era espíritu de Dios, el que todos los más decían era del demonio; y como es persona de harto buen entendimiento y de mucho secreto, y á quien el Señor hacía harta merced en la oración, quiso su Majestad darla luz en lo que los letrados ignoraban. Dábanme licencia mis confesores, que descansase con ella algunas cosas, porque por hartas causas cabía en ella. Cabía parte algunas veces de las mercedes que el Señor me hacía, con avisos harto provechosos para su alma. Pues como lo supo, para que mejor le pudiese tratar, sin decirme nada, recaudó licencia de mi provincial para que ocho días estuviese en su casa; y en ella, y en algunas iglesias le hablé muchas veces esta primera vez que estubo aquí, que después en diversos tiempos le comuniqué mucho. Como le dí cuenta en suma de mi vida y manera de proceder de oración, con la mayor claridad que yo supe, que esto he tenido siempre, tratar con toda claridad y verdad con los que comunico mi alma, hasta los primeros movimientos querría yo les fuesen públicos, y las cosas más dudosas y de sospecha, yo les argüía con razones contra mí; así que sin doblez ni encubierta le traté mi alma. Casi á los principios vi que me entendía por experiencia, que era todo lo que yo había menester, porque entonces no me sabía entender como ahora, para saberlo decir que des-

cosas iba creciendo mucho su santidad, y sin quererlo ella, antes aborreciéndolo mucho, iba ganando con todos grande opinión y esti-

pués me lo ha dado Dios, que sepa entender y decir las mercedes que su Majestad me hace, y era menester que hubiese pasado por ello quien del todo me entendiese y declarase lo que era.

El me dió grandísima luz porque, al menos en las visiones que no eran imaginarias, no podía yo entender qué podía ser aquello, y parecíame que en las que veía con los ojos del alma tampoco entendía cómo podía ser; que, como he dicho, sólo las que se ven con los ojos corporales eran de las que me parecía á mí había de hacer caso, y éstas no tenía. Este santo hombre me dió luz en todo, y me lo declaró, y dijo que no tuviese pena, sino que alabase á Dios, y estuviese tan cierta que era espíritu suyo, que si no era la fe, cosa más verdadera no podía haber, ni que tanto pudiese creer; y él se consolaba mucho conmigo, y hacíame todo favor y merced, y siempre después tuvo mucha cuenta conmigo, y daba parte de sus cosas y negocios; y como me veía con los deseos que él ya poseía por obra, que estos dábanelos el Señor muy determinados, y me veía con tanto ánimo, holgábase de tratar conmigo. Que á quien el Señor llega á este estado, no hay placer ni consuelo que se iguale á topár con quien le parece le ha dado el Señor principios de esto; que entonces no debía yo de tener mucho más, á lo que me parece, y plega al Señor lo tenga ahora; húbome grandísima lástima. Díjome que uno de los mayores trabajos de la tierra, era el que había padecido, que es contradicción de buenos, y que todavía me quedaba harto, porque siempre tenía necesidad, y no había en esta ciudad quien me entendiese; mas que él hablaría al que me confesaba y á uno de los que me daban más pena, que era este caballero casado que ya he dicho; porque, como quien me tenía mayor voluntad, me hacía toda la guerra, y es alma temerosa y santa, y como me había visto tan poco había tan ruin, no acababa de asegurarse. Y así lo hizo el santo varon, que los habló á entrambos, les dió causas y razones para que se asegurasen y no me inquietasen más. El confesor poco había menester; el caballero tanto, que aún no del todo bastó, mas fué parte para que no tanto me amedrentase.

Quedamos concertados que le escribiese lo que me sucediese más de allí adelante, y de encomendarnos mucho á Dios; que era tanta su humildad, que tenía en algo las oraciones de esta miserable, que era harta mi confusión. Dejéme con grandísimo consuelo y contento, y con que tuviese la oración con seguridad, y que no dudase de que era Dios; y de lo que tuviese alguna duda, y por más seguridad de todo, diese parte al confesor, y con esto viviese segura. Mas tampoco podía tener esa seguridad del todo, porque me llevaba el Señor por camino de temer, como creer que era demonio, cuando me decían que lo era; así que temor ni seguridad nadie podía que yo la tuviese, de manera que les pudiese dar más crédito del que el Señor ponía en mi alma. Así que, aunque me consoló y sosegó, no le di tanto crédito para quedar del todo sin temor, en especial cuando el Señor me dejaba en los trabajos de alma que ahora diré; con todo quedé, como digo, muy consolada.

No me hartaba de dar gracias á Dios y al glorioso padre mío San José, que me pareció le había él traído, porque era comisario general de la custodia de San José, á quien yo mucho me encomendaba, y á nuestra Señora. Acaecíame algunas veces, y aun ahora me acaece, aunque no tantas, estar con tan grandísimos trabajos de alma, junto con tormentos y dolores de cuerpo, de males tan recios, que no me podía valer. Otras veces tenía males corporales más graves, y como no tenía los del alma, los pasaba con mucha alegría; mas cuando era todo junto, era tan gran trabajo, que me apretaba muy mucho.

Todas las mercedes que me había hecho el Señor se me olvidaban; sólo quedaba una memoria como cosa que se ha soñado para dar pena; porque se entorpece el entendimiento de suerte, que me hacía andar en mil dudas y sospechas pareciéndome que yo no lo había sabido entender, y que quizá se me antojaba, y que bastaba que anduviese yo engañada, sin que engañase á los buenos: parecíame yo tan mala, que cuantos males y herejías se habían levantado me parecía eran por mis pecados. Esta es una humildad falsa, que el demonio intentaba para des-

ma. Porque como ella decía á sus confesores claramente las mercedes que Dios la hacía, y aun algunas veces á otras personas de espíritu

asosegarme, y probar si puede traer el alma á desesperación: tengo ya tanta experiencia, que es cosa del demonio, que como ya ve que le entiendo, no me atormenta en esto tantas veces como solía. Vese claro en la inquietud y desasosiego con que comienza, y el alboroto que da en el alma todo lo que dura, y la obscuridad y aflicción que en ella pone, la sequedad y mala disposición para oración, ni para ningún bien. Parece que ahoga el alma y ata el cuerpo para que de nada aproveche, porque la humildad verdadera, aunque se conoce el alma por ruin y da pena ver lo que somos, y pensamos grandes encarecimientos de nuestra maldad, tan grandes como los dichos, y se sienten con verdad no viene con alboroto, ni desasosiega el alma, ni la obscurece, ni da sequedad, antes la regala, y es todo al revés, con quietud, con suavidad, con luz. Pena que por otra parte conhorta, de ver cuán gran merced le hace Dios en que tenga aquella pena, y cuán bien empleada es; duelele lo que ofendió á Dios, por otra parte la ensancha su misericordia; tiene luz para confundirse á sí, y alaba á su Majestad porque tanto la sufrió. En esta otra humildad que pone el demonio, no hay luz para ningún bien, todo parece lo pone Dios á fuego y á sangre; represéntale la justicia, y aunque tiene fe que hay misericordia (porque no puede tanto el demonio que la haga perder), es de manera que no me consuela, antes cuando mira tanta misericordia, le ayuda á mayor tormento, porque me parece estaba obligada á más.

Es una invención del demonio de las más penosas y sutiles y disimuladas; que yo he entendido de él: y así querría avisar á vuesa merced para que si por aquí le tentare, tenga alguna luz, y lo conozca, si le dejare el entendimiento para conocerlo; que no piense que va en letras y saber, que aunque á mí todo me falta, después de salida dello, bien entiendo es desatino. Lo que he entendido es, que quiere y permite el Señor, y le da licencia, como se la dió para que tentase á Job, aunque á mí, como á ruin, no es con aquel rigor. Hame acaecido, y me acuerdo ser un día antes de la víspera de Corpus Christi, fiesta de quien yo soy devota, aunque no tanto como es razón. Esta vez duróme sólo hasta el día; que otras durárame ocho y quince días, y aun tres semanas, y no sé si más: en especial las Semanas Santas, que solía ser mi regalo de oración, me acaece, que coge de presto el entendimiento por cosas tan livianas á las veces, que otras me reiría yo de ellas, y hácele estar trabucado en todo lo que él quiere, y el alma aberrojada allí sin ser señora de sí, ni poder pensar otra cosa más de los disparates que él la representa, que casi ni tienen tomo, ni atan, ni desatan, sólo ata para ahogar de manera el alma que no cabe en sí: y es así, que me ha acaecido parecerme que andan los demonios, como jugando á la pelota con el alma, y ella que no es parte para librarse de su poder. No se puede decir lo que en este caso se padece; ella anda á buscar reparo, y permite Dios no le halle; sólo queda siempre la razón del libre albedrío, no clara, digo yo, que debe ser casi tapados los ojos. Como una persona que muchas veces ha ido por una parte, que aunque sea noche y á oscuras, ya por el tino pasado sabe donde puede tropezar, porque lo ha visto de día, y guárdase de aquel peligro: así es para no ofender á Dios, que parece se va por la costumbre. Dejemos aparte el tenerla el Señor, que es lo que hace al caso.

La fe está entonces tan amortiguada y dormida como todas las demás virtudes, aunque no pérdida, que bien cree lo que tiene la Iglesia, mas pronunciado por la boca, y que parece por otro cabo la aprietan y entorpecen, para que casi como cosa que oyó de lejos, le parece conoce á Dios. El amor tiene tan tibio que si oye hablar en Él, escucha como una cosa que cree ser el que es, porque lo tiene la Iglesia; mas no hay memoria de lo que ha experimentado en sí. Irse á rezar, no es sino más congoja ó estar en soledad; porque el tormento que en sí se siente, sin saber de qué, es incomportable; á mí parecer es un poco del traslado del infierno. Esto es así, según el Señor en una visión me dió á entender, porque el alma se quema en sí, sin saber quién, ni por donde le ponen fuego, ni cómo huir de él, ni con qué le matar; pues quererse remediar con leer, es como si no supiese. Una vez me acaeció ir á leer una vida de un Santo, para ver si me embebería, y para consolarme de lo que él padeció, y leer cuatro ó cinco veces otros tantos renglones, y con ser romance, menos entendía de ellos á la postre, que al principio,

ó de letras, porque la apretaba mucho aquella fortísima tentación de temer no fuese del demonio, lo que veía claramente ser de Dios cuan-

y así lo dejé: esto me acaeció muchas veces, sino que ésta se me acuerda más en particular.

Tener, pues, conversación con nadie, es peor, porque un espíritu tan disgustado de ira pone el demonio, que parece á todos me querría comer, sin poder hacer más; y algo parece se hace en irme á la mano, ó hace el Señor en tener de su mano á quien así está, para que no diga, ni haga contra sus prójimos, cosa que los perjudique, y en que ofenda á Dios. Pues ir al confesor, esto es cierto, que muchas veces me acaecía lo que diré, que con ser tan santos, como lo son los que en este tiempo he tratado y trato, me decían palabras y me reñían con una aspereza, que después que se las decía yo, ellos mismos se espantaban, y me decían que no era más en su mano; porque aunque ponían muy por sí de no lo hacer otras veces, que se les hacía después lástima, y aun escrípulo, cuando tuviese semejantes trabajos de cuerpo y de alma, y se determinaban á consolarme con piedad, no podían. No decían ellos malas palabras, digo en que ofendiesen á Dios, mas las más disgustadas que se sufrían para confesar: debían pretender mortificarme; y aunque otras veces me holgaba, y estaba para sufrirlo, entonces todo me era tormento. Pues dame también parecer que los engaño; y iba á ellos, y avisábalos muy á las veras, que se guardasen de mí, que podría ser los engañase. Bien veía yo que de advertencia no lo haría, ni les diría mentira, mas todo me era temor. Uno me dijo una vez, como entendió la tentación, que no tuviese pena, que aunque yo quisiese engañarle, seso tenía él para no dejarse engañar. Esto me dió mucho consuelo.

Algunas veces, y casi ordinario, al menos lo más contino, en acabando de comulgar descansaba, y aun algunas en llegando al Sacramento, luego á la hora quedaba tan buena alma y cuerpo que yo me espanto: no me parece sino que en un punto se deshacen todas las tinieblas del alma, y salido el sol, conocía las tonterías en que había estado. Otras con sola una palabra que me decía el Señor, con sólo decir: *No estés fatigada; no hayas miedo* (como ya dejo otra vez dicho), quedaba del todo sana, ó con ver alguna visión, como si no hubiera tenido nada. Regalábame con Dios, quejábame á Él, cómo consentía tantos tormentos que padeciese; mas ello era bien pagado, que casi siempre eran después en gran abundancia las mercedes; no me parece sino que sale el alma del crisol como el oro, más afinada y clarificada para ver en sí al Señor: y así se hacen después pequeños estos trabajos, con parecer inoportables, y se desean tornar á padecer, si el Señor se ha de servir más de ello. Y aunque haya más tribulaciones y persecuciones como se pasen sin ofender al Señor, sino holgándose de padecerlo por Él, todo es para mayor ganancia; aunque como se han de llevar no los llevo yo, sino harto imperfectamente. Otras veces me venían de otra suerte, y vienen, que de todo punto me parece se me quita la posibilidad de pensar cosa buena, ni desearla hacer, sino una alma y cuerpo del todo inútil y pesado; mas no tengo con esto estotras tentaciones y desasosiegos, sino un disgusto, sin entender de qué, ni nada contenta al alma.

Procuraba hacer buenas obras exteriores para ocuparme medio por fuerza, y conozco bien lo poco que es un alma cuando se esconde la gracia: no me daba mucha pena, porque este ver mi bajeza me daba alguna satisfacción. Otras veces me hallo que tampoco cosa formada puedo pensar de Dios, ni de bien que vaya con asiento, ni tener oración, aunque esté en soledad, mas siento que le conozco. El entendimiento é imaginación entiendo yo es aquí lo que me daña, que la voluntad buena me parece á mí que está, y dispuesta para todo bien; mas este entendimiento está tan perdido, que no parece sino un loco furioso, que nadie le puede atar, ni soy señora de hacerle estar quedo un *Credo*. Algunas veces me río, y conozco mi miseria, y estoyle mirando, y déjole, á ver qué hace; y gloria á Dios, nunca por maravilla va á cosa mala, sino indiferente, si algo hay que hacer aquí, y allí y acullá. Conozco más entonces la grandísima merced que me hace el Señor, cuando tiene atado este loco en perfecta contemplación. Miro qué sería si me viesen este desvarío las personas que me tienen por buena. He lástima grande al alma

do estaba sin ella, y mucho más cuando estaba gozando de aquellos celestiales regalos, estos lo iban diciendo á otros, y así se iba siempre acrecentando su fama. Con esto, señoras de autoridad la desea-

de verla en tan mala compañía. Deseo verla con libertad, y ansí digo al Señor: ¿Cuándo, Dios mío, acabaré ya de ver mi alma junta en vuestra alabanza, que os gocen todas las potencias? No permitáis, Señor, sea ya más despedazada, que no parece sino que cada pedazo anda por su cabo. Esto pasó muchas veces, algunas bien entiendo le hace harto al caso la poca salud corporal.

Acuérdome mucho del daño que nos hizo el primer pecado (que de aquí me parece nos vino ser incapaces de gozar tanto bien en un sér) y deben ser los míos, que si yo no hubiera tenido tantos estuviera más entera en el bien. Pasé también otro gran trabajo, que como todos los libros que leía, que tratan de oración, me parecía los entendía todos, y que ya me había dado aquello el Señor, que no los había menester, y ansí no los leía, sino vidas de Santos, que como yo me hallo tan corta en lo que ellos servían á Dios, esto parece me aprovecha y anima; parecíame muy poca humildad pensar yo había llegado á tener aquella oración; y como no podía acabar conmigo otra cosa, dábame mucha pena; hasta que letrados y el bendito fray Pedro de Alcántara me dijeron que no se me diese nada. Bien veo yo que en el servir á Dios no he comenzado, aunque en hacerme su Majestad mercedes, es como á muchos buenos, y que estoy hecha una imperfección, si no es en los deseos y en amar, que en esto bien veo me ha favorecido el Señor para que le pueda en algo servir. Bien me parece á mí que le amo, mas las obras me desconuelan, y las muchas imperfecciones que veo en mí. Otras veces me da una bohería de alma (digo yo que es) que ni bien ni mal me parece que hago, sino andar al hilo de la gente, como dicen, ni con pena, ni con gloria; ni la da vida, ni muerte, ni placer, ni pesar: no parece se siente nada. Paréceme á mí que anda el alma como un asnillo que paca, que se sustenta porque le dan de comer, y come casi sin sentirlo; porque el alma en este estado no debe estar sin comer algunas grandes mercedes de Dios, pues en vida tan miserable no le pesa de vivir, y lo pasa con igualdad, mas no se sienten movimientos, ni efectos, para que se entienda el alma.

Paréceme ahora á mí, como un navegar con un aire muy sosegado, que se anda mucho sin entender cómo; porque en estótras maneras son tan grandes los efectos, que casi luego ve el alma su mejoría, porque luego bullen los deseos, y nunca acaba de satisfacerse un alma: esto tienen los grandes ímpetus de amor que he dicho, á quien Dios los da. Es como unas fuenteccias que yo he visto manar, que nunca cesa de hacer movimiento el arena hacia arriba. Al natural me parece este ejemplo ó comparación de las almas que aquí llegan; siempre está bullendo el amor y pensando qué hará; no cabe en sí, como en la tierra parece no cabe aquella agua, sino que la echa de sí. Ansí está el alma muy ordinario, que no sosiega ni cabe en sí con el amor que tiene: ya la tiene á ella empapada en sí, querría bebiesen los otros, pues á ella no la hace falta, para que la ayudasen á alabar á Dios. ¡Oh, qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor á la Samaritana! Y ansí soy muy aficionada á aquel Evangelio; y es ansí cierto, que sin entender como ahora este bien, desde muy niña lo era, y suplicaba muchas veces al Señor me diese aquel agua, y la tenía dibujada adonde estaba siempre con este letrado, cuando el Señor llegó al pozo: *Domine, da mihi aquam*. Parece también como un fuego que es grande, y para que no se aplaque es menester haya siempre que quemar: ansí son las almas que digo, aunque fuese muy á su costa, querrían traer leña, para que no cesase este fuego. Yo soy tal, que aun con pajas que pudiese echar en él, me contentaría; y ansí me acaece algunas y muchas veces; unas me río y otras me fatigo mucho. El movimiento interior me incita á que sirva en algo, de que no soy para más, en poner ramitos y flores á imágenes, en barrer, en poner un oratorio, ó en unas cositas tan bajas, que me hacía confusión. Si hacia algo de penitencia todo poco, y de manera que á no tomar el Señor la voluntad, veía yo era sin ningún tomo, y yo mesma burlaba de mí. Pues no tienen poco trabajo á ánimas que da Dios por su bondad este tuego de amor suyo en abundancia, faltar fuerzas corporales para hacer algo por él. Es una pena bien grande; porque como le faltan corporales para echar alguna leña

ban mucho tener algún día consigo, y pedíanselo á su Provincial, y eran las personas tales, que no se les podía negar, y así la era forzo-
so salir muchas veces de su Monasterio.

en este fuego, y ella muere porque no se mate, paréceme que ella entre sí se consume, y hace ceniza, y se deshace en lágrimas, y se quema, y es harto tormento; aunque es sabroso.

CAPÍTULO XIII

Del principio y ocasión que hubo para fundar el primer Monasterio de Descalzas, que fué San José de Avila, y cómo el Señor se lo mandó muchas veces, y de las persecuciones que por eso padeció, y cómo ya una vez se desbarató lo del Monasterio

De la vida que en este tiempo hacía la Madre, se puede entender algo por una carta que escribió á una monja de otra orden, en que dice así: «Antes que fuesen comenzados estos Monasterios, estuve veinte y cinco años en uno á donde había ciento y ochenta monjas; y porque estoy de priesa sólo diré que á quien ama á Dios, todas esas cosas le serán cruz y para provecho de su alma, y no tocarán en dañarla, si V. m. anda con aviso de considerar que sólo Dios y ella están en esa casa. Y mientras no tuviere oficio que la obligue á mirar las cosas, no se le dé nada de ellas, sino procurar la virtud que viere en cada una para amarla por ella, y aprovecharse y descuidarse de las faltas que en ella viere. Esto me aprovechó tanto que, siendo las que he dicho, no me hacían más al caso que si no hubiera ninguna, sino provecho: porque en fin, señora mía, en toda parte podemos amar á este gran Dios. Bendito sea él, que no hay quien pueda estorbarnos esto.»

Pero aunque en su Monasterio edificaba mucho, y hacía mucho provecho con el grande ejemplo que daba y con la luz que de sus obras salía, por más que la procurara esconder, todo eso era poco para lo que el gran Señor tenía determinado de hacer por medio de ella, y así poco á poco la comenzó á despertar y llamar á cosas mayores. Y porque veamos cuán maravilloso es Dios en sus obras, y cuán pequeños principios toma algunas veces para cosas muy grandes, el principio de los monasterios que fundó la Madre Teresa de Jesús, fué éste.

Tenía una sobrina, á quien siempre quiso mucho, llamada doña María de Ocampo, que después vino á ser monja Descalza, y se llamó María Bautista y ha sido priora del Monasterio de las Descalzas Carmelitas de Valladolid muchos años con mucha religión. Entonces an-

daba muy llena de estas que llaman galas, y para andarlo tenía ingenios extraños é invenciones que espantaban. Estando, pues, ella por seglar en la Encarnación una noche en la celda de su tía con una hermana suya y otras parientas y sobrinas de la Madre, parte seglares y parte monjas, y con Juana Suárez, aquella grande amiga de la Madre, de quien arriba dijimos, comenzaron á hablar en burlas que era vida penada la que en aquella casa se pasaba, por haber tanta gente; y al punto salió doña María de Ocampo, y dijo: Pues vámonos las que estamos aquí á otra manera de vida más solitaria, á manera de ermitañas. Como aquella palabra era de Dios, sin entenderlo ella, no la dejó caer en tierra, antes fué bien recibida y dió gusto á todas. Y de palabra en palabra se fué aquella noche en dar trazas cómo se haría un Monasterio pequeño de pocas monjas, y lo que podría costar. Doña María dijo que daría para ello mil ducados de su legítima, y tomaba el negocio muy de veras, cosa que á la Madre dió mucho gusto, ver que con tanto calor hablase en aquella nueva manera de vida, estando ella entonces en medio de toda su vanidad.

Andaba entonces la Madre con unos nuevos deseos de penitencia y de soledad y de darse de nuevo á Dios, y andaba pensando qué haría por el Señor que con este fuego encendía su corazón. Háblala quedado todo esto de una temerosa y maravillosa visión, en que el Señor la había mostrado el lugar y tormento que en el infierno le estaba aparejado, si fuera por el camino que había en otro tiempo comenzado. Esta, la escribió la misma á la larga en el capítulo 32 de su vida (1). Habíase determinado en que lo que la convenía era res-

(1) Dice así: «Después de mucho tiempo que el Señor me había hecho ya muchas de las mercedes que he dicho, y otras muy grandes, estando un día en oración, me hallé en un punto toda sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios me tenían allá aparejado, y yo merecido por mis pecados. Ello fué en brevísimo espacio; mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme. Parecíame la entrada á manera de un callejón muy largo y estrecho, á manera de horno muy bajo y oscuro, y angosto: el suelo me pareció de una agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él: al cabo estaba una concavidad metida en una pared, á manera de una alacena, adonde me vi meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso á la vista en comparación de lo que allí sentí: esto que he dicho va mal encarecido.

Estotro me parece que aun principio de encarecerse como es, no le puede haber, ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es, los dolores corporales tan incomportables que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y según dicen los médicos los mayores que se pueden acá pasar, porque fué encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aun algunos, como he dicho, causados del demonio, no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin, y sin jamás cesar. Esto no es, pues, nada en comparación del agonizar del alma, un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible, y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer; porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco; porque aun parece que otro os acaba la vida, mas aquí el alma mesma es la que se despedaza.

ponder á su llamamiento, y guardar la regla de su religión con la mayor perfección que pudiese, y parecíala que, aunque en el Monasterio donde entonces estaba, había muchas siervas de Dios, era menester para lo que ella deseaba más encerramiento y soledad. Pues como el Señor la había ya comenzado á disponer de la manera dicha, y oyó lo que aquellas doncellas trataban, holgóse mucho de ello y guardólo en su corazón. Luego la vino á ver una señora principal amiga suya, y como riéndose la comenzó á decir: Estas doncellas estaban poco há tratando que hiciéramos un pequeño Monasterio, como á manera de las Descalzas de San Francisco, y daban esta traza y esta. Doña Guiomar no lo tomó como burla, sino con muchas veras salió á ello, diciendo que se hiciese, y daba orden cómo se le pudiese dar renta. La Madre Teresa de Jesús, aunque lo deseaba, por otra parte entraba la tentación, porque estaba contentísima en la casa en que estaba, y la celda que tenía estaba hecha muy á su propósito, y hacíala algo detener, y en fin, las dos se concertaron de encomendarlo mucho á Nuestro Señor.

Otro día habiendo comulgado, mandóla Jesucristo Nuestro Señor que con todas sus fuerzas procurase hacer aquel Monasterio, prometiéndola que no se dejaría de hacer, y que Su Majestad sería muy servido en él, y mandó que se llamase San José; y dijo que el Santo José estaría á la una puerta y su Madre Santísima á la otra, y las

El caso es que no sé cómo encarezca áquel fuego interior y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veía yo quién me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzar, á lo que me parece, y digo, que aquel fuego, y desesperación interior es lo peor. Estando en tan pestilencial lugar tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en éste como agujero hecho en la pared, porque estas paredes, que son espantosas á la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga; no hay luz, sino todo tinieblas oscurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto que, con no haber luz, lo que á la vista ha de dar pena todo se ve.

No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno, después he visto otra visión de cosas espantosas, de algunos vicios el castigo: cuanto á la vista muy más espantosas me parecieron; mas como no sentía la pena, no me hicieron tanto temor; que en esta visión quiso el Señor, que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos, y aflicción en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé cómo ello fué, mas bien entendí ser gran merced, y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de donde me había librado su misericordia; porque no es nada oírlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos (aunque pocas, que por temor no se llevaba bien mi alma) ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leído, no es nada con esta pena, porque es otra cosa: en fin, como de dibujo á la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparación de este fuego de allá. Yo quedé tan espantada, y aun lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es así, que me parece el calor natural me falta de temor, aquí adonde estoy, y así no me acuerdo vez que tenga trabajo, ni dolores, que no me parezca no nada todo lo que acá se puede pasar; y así me parece en parte, que nos quejamos sin propósito. Y así torno á decir, que fué una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado muy mucho, así para perder el miedo á las tribulaciones y contradicciones desta vida, como para esforzarme á padecerlas, y dar gracias al Señor que me libró, á lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles.

guardaría y andaría con ellas, y sería este Monasterio una estrella que diese de sí gran resplandor. Por donde después la Madre puso sobre la portería á Nuestra Señora y á San José. Dijo más, que no pensase que, aunque las religiones estaban relajadas, se servía poco de ellas, y que ¿qué sería del mundo si no fuese por los religiosos? que dijese esto á su confesor, y que quería que no fuese contra ello ni lo estorbare.

La habla fué de manera y dejó en su alma tales efectos, que no pudo dudar sino que había sido el Señor el que la hablaba. Con todo esto la dió este negocio grandísima pena, porque se le ofrecían muchos de los trabajos que después en la ejecución de él padeció, y hacíasele de mal dejar su casa, donde tan bien se hallaba, y parecíala que ya no era esto cosa de voluntad como antes, sino que la obligaba el Señor, y que se metía en grandes ruidos y desasosiegos, y no sabía qué se hacer. El Señor, que no quería que se dejase, tornábala muchas veces á hablar en ello, y traíala muchas razones que no tenían respuesta; y viendo claramente ser ésta la voluntad de Dios, no osó contradecirla, sino escribe todo lo que había pasado y dalo á su confesor, que era el Padre Maestro Baltasar Alvarez. El, como era muy cuerdo y temeroso de Dios, no la quiso decir claramente que lo dejase, aunque le parecía que era cosa que no llevaba camino, por no haber con qué lo hacer sino muy poco, y respondió que lo tratase con su Provincial, que era el P. Fr. Angelo de Salazar, é hiciese lo que él la dijese.

Entonces fué aquella señora que dijimos á hablar al Padre Provincial, y díjole que ella quería hacer este Monasterio, y él vino muy bien en ello, y la dió el favor que era menester, y dijo que admitiría la casa.

Antes de esto habían escrito al P. Fr. Pedro de Alcántara todo lo que pasaba (1), y respondió (2) que no le dejase de hacer, y dióla su parecer en todo, y al obispo escribió sobre ello, como después diré.

(1) También consta en la vida de San Luis Beltrán, escrita por el Maestro Fr. Vicente Justiniano Antist, primer biógrafo y contemporáneo del Santo, que Santa Teresa le consultó sobre su proyectada fundación. «La bienaventurada Madre, Teresa de Jesús, dice, fundadora de las descalzas y descalzos Carmelitas, en los primeros años que empezó á fundar la vida recoleta de su Orden, procuró de consultar sus intentos con muchas personas espirituales, particularmente con el Padre Beltrán, que moraba entonces en esta casa de Predicadores (Valencia). Escribióle una carta, y dióle cuenta de su deseo, y de algunas revelaciones que había tenido sobre ello. El Padre Fr. Luis encomendó á Dios, en sus oraciones y sacrificios, los buenos intentos della, y al cabo de tres ó cuatro meses, le respondió en esta forma:

«Madre Teresa, recibí vuestra carta. Y porque el negocio sobre que pedís mi parecer, es tan en servicio del Señor, he querido primero encomendárselo en mis pobres oraciones y sacrificios. Y esta ha sido la causa de haber tardado en responderos. Agora digo, en nombre del mismo Señor, que os animéis para tan grande empresa, que él os ayudará y favorecerá. Y de su parte os certifico, que no pasarán cincuenta años, que vuestra religión no sea una de las más ilustres que haya en la iglesia de Dios, el cual etc., de Valencia.—*Fray Luis Beltrán.*»
Verdadera relación de la vida y muerte del Padre Fr. Luis Beltrán... Adiciones, Trat. II, cap. VI.

(2) Véase en los Apéndices esta contestación de San Pedro de Alcántara.

Como este negocio llevaba alguna manera de hacerse, el demonio, que adivinaba el daño que de allí le podía venir (aunque nunca creo yo temió él tanto cuanto le ha venido y vendrá), levantó una gran borrasca en toda la ciudad, porque en comenzándose á saber, en todos los corrillos se hablaba de ello, y se reían y decían que era disparate, y que bien se estaba la monja en su Monasterio, y de ella y de su compañera decían muchas cosas de esta manera, y padecían gran persecución. Al contrario, el Señor la esforzaba, decíala vería lo mucho que habían pasado los santos que fundaron las religiones, y que mucha más persecución había de pasar de lo que ella podía pensar.

En esto andaba la ciudad llena de aquello, y ni de seglares ni de religiosos había casi quien no estuviese contra ellas. Llegó la cosa á términos que yéndose doña Guiomar á confesar la mañana de Navidato con un confesor que yo conozco bien, nunca la quiso absolver si no lo dejaba, porque decía que estaba obligada á quitar el escándalo. Ellas quisieran valer para esto de los de la Compañía; pero parecióla á doña Guiomar con el amor que les tenía, que había poco que eran venidos á aquella ciudad, y eran pobres y tenían necesidad del favor y amor de todos, y que si en esto se metían se harían muy odiosos á la ciudad, y que sería mejor valerse de otro, como ella me lo ha dicho á mí, y vanse las dos á Santo Tomás, Monasterio principal de la orden del glorioso Padre Santo Domingo, y hablaron al Padre presentado Fray Pedro Ibáñez (1), hombre de muchas letras y de

(1) No hay que confundir á este Padre con Fr. Domingo Báñez de la misma sagrada religión, como lo hace el Padre Antonio Touron O. P. en su obra: *Histoire des hommes illustres de l'Ordre de Saint Dominique*, t. IV. lib. XXXII. Tuvo el Padre Ibáñez la feliz idea de ordenar á Santa Teresa que escribiera la historia de su vida. Principióla en Avila, en 1561 y la acabó de escribir en Toledo, en casa de Doña Luisa de la Cerda, hacia Junio de 1562. Terminaba esta vida en el cap. XXXI; los restantes escribiólos la Santa por mandato de otro confesor suyo, Fr. García de Toledo.

Fray Santiago Echard, O. P. en su obra: *Scriptores Ordinis Praedicatorum*, al año 1565, pone una corta biografía del Padre Fr. Pedro Ibáñez. Véase el hermoso y elocuente testimonio que de su santidad y preciosa muerte nos ha trazado la mística Doctora:

«Otra vez vi estar á Nuestra Señora poniendo una capa muy blanca al presentado desta mesma Orden (de Santo Domingo). Díjome que, por el servicio que le había hecho en ayudar á que se hiciese esta casa, le daba aquel manto, en señal que guardaría su alma en limpieza de ahí adelante, y que no caería en pecado mortal. Yo tengo cierto que así fué, porque desde á pocos años murió, y su muerte, y lo que vivió fué con tanta penitencia la vida, y la muerte con tanta santidad, que á cuanto se puede entender, no hay que poner duda. Díjome un fraile que había estado á su muerte, que antes que expirase, le dijo cómo estaba con el Santo Tomás. Murió con gran gozo, y deseo de salir de este destierro. Después me ha aparecido algunas veces con muy gran gloria, y díchome algunas cosas. Tenía tanta oración, que cuando murió, que con la gran flaqueza la quisiera excusar, no podía porque tenía muchos arrobamientos. Escribíome poco antes que muriese, que ¿qué medio tenía? porque como acababa de decir misa se quedaba con arrobamiento mucho rato, sin poderlo excusar. Díóle Dios al fin el premio de lo mucho que había servido toda su vida. (Vida, cap. XXXVIII.)

mucha religión, y dánle cuenta de todo y piden su parecer. Las revelaciones que la Madre había tenido, no se las quiso decir, porque en este negocio y en los demás que hubo de hacer, no quería que la cosa se llevase por revelación, sino representaba las razones que para ello la movían y los bienes que de allí se podían seguir, y dejábales que juzgasen como si fuera puramente consejo humano, y no se hubiera Dios metido en él, y así lo hizo entonces. El Padre, como hombre tan cuerdo, y como lo pedía la cualidad del negocio, (aunque á él le parecía tan disparate como á los demás, y tenía intención de estorbárselo, como él lo dijo después), no dió luego la respuesta, sino pidió ocho días de término para encomendarlo á Dios y pensarlo. Poco después le vino un recaudo de un caballero de la ciudad, que mirase bien lo que hacía y que no las ayudase, y cosas de esta manera. En comenzando á mirar el negocio el P. Fr. Pedro Ibáñez, luego comenzó á ser de otro parecer y á juzgar que era cosa de mucho servicio de Dios y que no se había de dejar de hacer. Y en fin, las respondió que se diesen prisa á hacerlo, y diólas orden de cómo se había de hacer, y dijo que aunque la hacienda fuese poca, tuviesen esperanza en el Señor, y que quien aquello contradijese, fuese á él, que él respondería. Consoláronse mucho con esto y con que aquellos siervos de Dios, que antes eran contrarios, ya no lo eran, sino antes ayudaban. Y compraron una casa pequeña, que es donde ahora es el Monasterio, y la Madre estaba con ella contenta (aunque no bastaba para lo que se pretendía), porque el Señor la había dicho que entrase como pudiese, y que después vería lo que él hacía. Estando ya hecha la compra, y habiéndose de hacer el día siguiente las escrituras, como en la ciudad se murmuraba tanto de esto, y en el mismo Monasterio de la Encarnación había tantos dichos y tanto alboroto, al Padre Provincial le pareció cosa recia ponerse contra tantos; y dijo á doña Guiomar que no podía admitir aquella fundación, porque la renta era poca y no segura y la contradicción mucha. Háblala costado muchos trabajos y aflicciones á la Madre Teresa de Jesús traer el negocio á los términos en que estaba; y con todo eso alzó la mano de él con tanta facilidad y paz de su alma, como si no la hubiera costado nada, porque contra la voluntad de su Provincial ella no quería hacer nada, ni contra el P. Baltasar Alvarez, su confesor, que luego, en sabiendo la voluntad de su Provincial, la dijo que no entendiese más en ello. Si antes se había dicho mucho, con esto se comenzó á decir mucho más, porque les pareció que se confirmaba bien con aquello lo que ellos antes habían dicho, que eran disparates de mujeres, que sólo por su parecer salían con aquella invención. En su Monasterio estaba también muy mal quista, decían que las afrentaba, y que allí podía ella servir á Dios como le servían otras mejores que ella, y cosas semejantes, y aun algunas decían que la echasen en la

cárcel. Ella lo sufría todo con mucha paciencia dando las razones que para ello tenía; pero callando siempre la principal, que era ser cosa mandada por el Señor. Y con parecerla que había hecho lo que era en sí para cumplir lo que su Señor la había mandado, quedó muy sosegada y dejólo del todo; pero no la esperanza de que se había de hacer, aunque estaba tan desbaratado que no veía por dónde.

CAPÍTULO XIV

De cómo su confesor la estorbó la fundación, y el Señor la consoló y mandó esperar hasta su tiempo, y después dió á entender al Padre de la Compañía que la confesaba, que quería que se hiciese, y ella tornó á tratar de ello, y de una cosa notable que en esto aconteció

Más que todo esto sintió ella el trabajo que la vino de donde esperaba el consuelo, porque la escribió el Padre Baltasar Alvarez, que ya por lo que había sucedido veía que era todo sueño, y que se enmendase de allí adelante en no querer salir con nada, ni hablar más en ello, pues veía el escándalo que se había levantado. Dióla esto tanta pena, porque se comenzó á temer si había ella sido ocasión de que Dios hubiese sido ofendido, y decía entre sí, que si las visiones que acerca de esto había tenido eran falsas, toda la oración que tenía era engaño, y apretábala fuertemente el demonio con la acostumbrada tentación de temor. Pero tras estos nublados muy oscuros, vino luego gran serenidad con la habla del Señor, que la esforzaba, diciéndola que no se fatigase, que mucho servicio le había hecho y no ofendídale, que hiciese por entonces lo que la mandaba su confesor, hasta que fuese tiempo de tornar á ello. Con esto quedó tan consolada, que todo la parecía nada cuanto sobre ella había venido; y sin esta vez, otras muchas la consoló el misericordiosísimo Señor, que parecía quererla con una manera de ternura, que no le sufría el corazón verla mucho desconsolada.

Lo que de todo esto sacó, fué crecer en ella el amor de Dios y otros dones maravillosamente, y tener aquellas avenidas de este amor con mayor fuerza que antes y mayores arrobamientos. Entretanto, el bendito Padre Fray Pedro Ibáñez, que siempre tenía por cierto que aquello se había de hacer, trataba de ello con aquella se-

ñora viuda, porque la madre no quería entender en ello por no ir contra obediencia de su confesor, y escribían á Roma sobre ello. Lo que ella trataba con él, era darle cuenta de su oración y revelaciones, y de todo lo demás que del Señor recibía, rogándole mucho que lo mirase bien, y la dijese si había en ello algo contra la Sagrada Escritura, y á él le pareció bien todo y la sosegó. Pasaron así cinco ó seis meses sin que ella entendiese ni hablase en el Monasterio, y sin que el Señor la mandase cosa que á eso tocase. Al fin de este tiempo vino por Rector del colegio de la Compañía de Jesús el Padre Gaspar de Salazar que hoy vive en la provincia de Andalucía, y según después se vió, era necesaria su venida para que se tornase otra vez á tratar del negocio. La causa de esto es que el Padre Baltasar Alvarez era ministro de aquel colegio, y como en la Compañía se use tanto el dar cuenta á los superiores de los negocios que tratan, y no menearse sin su parecer, hacía así este Padre; y su Rector (1),

(1) Era éste el Padre Dionisio Vázquez, hombre muy docto y meritísimo por sus claros hechos y sólidas virtudes, pero, como nota el Padre Vandermoere S. J. (*Acta Sanctae Teresiae*, n.º 309), de carácter fuerte y rígido con sus súbditos.

Oigamos con qué exquisita discreción narra la Santa, en el cap. XXXIII de su vida, este cambio del Rector del colegio de San Gil de Avila, que tuvo lugar en 1561. «Al fin de este tiempo, habiéndose ido de aquí el Rector, que estaba en la Compañía de Jesús (*el Padre Dionisio Vázquez*), trajo su Majestad aquí otro (*Padre Gaspar de Salazar*) muy espiritual, y de gran ánimo y entendimiento y buenas letras, á tiempo que yo estaba con harta necesidad; porque como el que me confesaba tenía superior, y ellos tienen esta virtud en extremo de no se bullir, sino conforme á la voluntad de su mayor, aunque él entendía bien mi espíritu, y tenía deseo de que fuese muy adelante, no se osaba en algunas cosas determinar, por hartas causas que para ello tenía. Y ya mi espíritu iba con ímpetus tan grandes, que sentía mucho tenerle atado, y con todo no salía de lo que me mandaba.

Estando un día con gran aflicción de parecerme el confesor no me creía, díjome el Señor que no me fatigase, que presto se acabaría aquella pena. Yo me alegré mucho, pensando que era que me había de morir presto, y traía mucho contento cuando se me acordaba; después vi claro era la venida de este Rector que digo, porque aquella pena nunca más se ofreció en que la tener, á causa de que el Rector que vino, no iba á la mano al ministro que era mi confesor; antes le decía que me consolase, y que no había de qué temer, y que no me llevase por camino tan apretado, que dejase obrar el espíritu del Señor, que á veces parecía, con estos grandes ímpetus de espíritu, no le quedaba al alma como resollar. Fuéme á ver este Rector, y mandóme el confesor tratase con él con toda libertad y claridad. Yo solía sentir grandísima contradición en decirlo, y es así que, en entrando en el confesonario sentí en mi espíritu un no sé qué, que antes ni después no me acuerdo haberlo con nadie sentido, ni yo sabré decir cómo fué, ni por comparaciones podría. Porque fué un gozo espiritual y un entender mi alma, que aquella alma la había de entender, y que conformaba con ella, aunque, como digo, no entiendo cómo; porque si le hubiera hablado, ó me hubieran dado grandes nuevas de él, no era mucho darme gozo en entender que había de entenderme, mas ninguna palabra él á mí ni yo á él nos habíamos hablado; ni era persona de quien yo tenía antes ninguna noticia.

Después he visto bien que no se engañó mi espíritu, porque de todas maneras ha hecho gran provecho á mí y á mi alma tratarle; porque su trato es mucho para personas, que ya parece el Señor tiene ya muy adelante, porque él las hace correr, y no ir paso á paso. Y su modo es para desasirlas de todo y mortificarlas, que en esto le dió el Señor grandísimo talento también, como en otras muchas

que no estaba bien en este negocio, debíale de ir algo á la mano, y así él, aunque deseaba que fuese aquello adelante, ibase deteniendo y no se osaba en algunas cosas determinar. Antes que el Padre Salazar viniese á Avila, estando la Madre un día en oración con grande aflicción, por parecerla que su confesor no la creía, dijola el Señor

cosas. Como le comencé á tratar, luego entendí su estilo, y vi ser un alma pura y santa, y con don particular del Señor, para conocer espíritus: consoléme mucho.» Refiriéndose al mismo Padre Salazar en el cap. XXXVIII, dice así:

«Del Rector de la Compañía de Jesús, que algunas veces he hecho de él mención, he visto algunas cosas de grandes mercedes que el Señor le hacía, que por no alargar no las pongo aquí. Acaecióle una vez un gran trabajo, en que fué muy perseguido, y se vió muy afligido. Estando yo un día oyendo misa, vi á Cristo en la cruz, cuando alzaban la hostia; díjome algunas palabras que le dijese de consuelo, y otras, previniéndole de lo que estaba por venir, y poniéndole delante lo que había padecido por él, y que se aparejase para sufrir. Dióle esto mucho consuelo y ánimo; y todo ha pasado después como el Señor me lo dijo.

De los de la Orden de este Padre, que es la Compañía de Jesús, de toda la Orden junta he visto grandes cosas: vilos en el cielo con banderas blancas en las manos algunas veces, y como digo, otras cosas he visto de ellos de mucha admiración, y así tengo esta Orden en gran veneración, porque los he tratado mucho, y veo conforme su vida con lo que el Señor me ha dado de ellos á entender.»

Este es, dice La Fuente, el párrafo que salió alterado en la edición de Salamanca, por el cual se ha hecho cargo á Fray Luis de León, y á los Carmelitas Descalzos. En efecto, la edición de Foquel dice:—*«De los de cierta orden, de toda la orden junta he visto grandes cosas, vilos en el cielo con vanderas blancas en las manos, etc.»* Hállase el párrafo con estas precisas palabras y esta misma ortografía, á la página 495 de aquella edición.

En el original del Escorial, donde lo confronté, y en la copia auténtica de la Biblioteca Nacional, se encuentra el párrafo, tal cual aquí se ha impreso.

En la edición de López, á pesar de decir en la portada que se había corregido ésta, según sus originales auténticos, se reimprimió este párrafo conforme á la edición de Foquel, salvando la omisión con esta nota marginal poco exacta: *«Hizo la Santa otros traslados (no es del todo cierto), y en ellos se copiaron las impresiones que se han hecho hasta aquí. Mas en el que está en el Escorial, declara la Santa ser de la Compañía de Jesús, de quien habla en esta visión.* Esta nota se reprodujo idénticamente en la edición de Foppens al pie de la página 17. ¿No hubiera sido más sencillo ponerlo como estaba en el original? Así se hizo en la de Doblado, pero alterando algo la ortografía, poniendo: *deste Padre—de toda la orden—he visto dellos;* pero en el original dice como dejamos transcrito.

Resta averiguar el autor de esta superchería. Los Carmelitas Descalzos declinaron la responsabilidad, y con razón; pues ellos no corrieron con la edición de Salamanca. En tal caso viene aquélla sobre Fray Luis de León; y en efecto, á él se le ha solido culpar; pero como él no tuvo el original de la *Vida de Santa Teresa*, sino la copia sacada por el padre Medina, dominico, para la duquesa de Alba, falta saber si la copia era conforme al original.

De Fray Luis de León no se sabe que fuera enemigo de los jesuitas: estos aún no se habían ingerido en la Universidad, cuyas cátedras daban pábulo á todas aquellas rencillas. El Padre Medina y casi todos los frailes de San Esteban de Salamanca, discípulos de Melchor Cano, eran desafectos á los jesuitas. Con todo, yo no me atrevo á culpar á nadie. (*Escritos de Santa Teresa*), t. I, pág. 117, nota 4.

Tampoco es nuestro ánimo hacer cargos á nadie, pero creemos que no puede ya dudarse racionalmente de que el Mtro. Fr. Luis de León y no otro fué quien hizo aquel cambio. El mismo asevera terminantemente que tuvo en sus manos el original de la *Vida de Santa Teresa*: *«Con los originales de este libro (de la Vida) vinieron á mis manos unos papeles, etc. Prólogo á las Adiciones.* Y para que no

que no se fatigase, que á presto se acabaría aquella pena. Ella pensó que se acabaría con la muerte, y que estaba ya cerca, y andaba con eso muy contenta; mas el Señor, que la tenía guardada para cosas de mayor gloria suya, pensaba otra cosa muy diferente, y cuando ella pensaba que acababa, quería él que comenzase. El suceso declaró esta profecía, porque por él vió que aquella su fatiga se había de acabar con la venida de este Rector del colegio de San Gil. Como vino, la dijo el P. Baltasar Alvarez que tratase con él de sus cosas, con toda libertad y claridad, y ella lo hizo de muy buena gana, de donde se siguió á su alma gran provecho y consuelo. Como el Rector entendió todo por donde iba, no iba á la mano en cosa al Padre Baltasar Alvarez, antes le decía que la confesase, y que no había que temer, que no la llevase por camino tan apretado, que dejase obrar al espíritu de Dios. Desde á poco, torna el Señor á mandarla que trate de la fundación del Monasterio, y que diga á su confesor y al Rector algunas razones para que no lo estorben. El Rector miraba el negocio con mucho cuidado, y no dudaba ser aquello espíritu de Dios, y en fin, ni él ni el ministro se atrevieron á estorbárselo. Vino el Ministro á entender la voluntad de Dios, de esta manera: Dijo un día Nuestro Señor á la Madre Teresa de Jesús: Dí á tu confesor que tenga mañana su meditación sobre este verso: *¡Quam magnificata sunt opera tua, Domine; nimis profundae factae sunt cogitationes tuae!* Que son palabras del salmo 91, y quieren decir: *Cuán engrandecidas son, Señor, vuestras obras; muy hondos son vuestros pensamientos.* Escribióle luego un billete que contenía lo que el Señor la había dicho. El lo hizo así, y como á los Magos, que sabían de estrellas, enseñó el Señor por estrella, ordenando todas las cosas con suavidad; así á los hombres de oración les suele por ella comunicar mucha luz. Así aconteció al Padre Baltasar Alvarez, porque tan claramente vió ser aquello lo que Dios quería, meditando en aquel verso, y que por medio de una mujer había de mostrar sus maravillas, que luego la dijo que no había que dudar más, sino que volviese á tratar de veras de la fundación del Monasterio. Esto sé yo de un Padre de la Compañía, digno de toda fe, á quien aquella misma tarde el Padre Baltasar Alvarez mostró el billete que la Madre le había enviado. Con esta respuesta, la Madre, que ya estaba descuidada de la obra, y solamente atendía al provecho de su alma, medrando cada día y enriqueciéndose con las verdaderas riquezas, tornóse á poner en cuidado,

pueda caber la menor duda lo declaró, con palabras más explícitas si cabe, la Ven. Ana de Jesús en su *Deposición jurídica* diciendo: «Y así los (libros) que se imprimieron y andan ahora impresos, se sacaron de sus originales de su propia mano. Yo, con licencia y orden de los Prelados, los junté, que estaban en diferentes partes, para darlos al Padre maestro Fray Luis de León, que fué á quien lo remitió el Consejo real.» Es verdad que el Señor La Fuente no tenía conocimiento de esta *Declaración*.

aunque veía bien que se ponía á mucho trabajo por ser la cosa en sí tan dificultosa y ella tan sola, y tener tan poco con que hacer el Monasterio. Buscó con mucho trabajo los dineros que pudo para comprar la casa donde ahora es el Monasterio; y porque convenía mucho que se hiciese todo con mucho secreto (porque, á saberlo el Provincial, se desbaratará todo), tomó con su gran prudencia una traza muy á propósito, que fué ésta. Tenía en Alba á su hermana doña Juana de Ahumada, casada con Juan Ovalle; hácele á él venir á Avila y comprar la casa como para sí, y poco después vino su mujer también, que fué á diez de agosto de mil quinientos sesenta y uno, y comenzaron á labrar en ella. Con esto ibase haciendo algo; y ella, teniendo allí á su hermana, tenía ocasión con que haber licencia para salir de su Monasterio y ver lo que era menester para la obra, y lo que se hacía, y dar priesa en ella. Porque en todo lo que trató de esta fundación, desde el principio hasta el cabo, con su gran prudencia y santidad, y principalmente porque Dios no la dejaba de la mano, guió siempre las cosas de tal manera, que nunca por ellas faltó un punto á la obediencia, que según las reglas de su religion, debía á sus perlados, aunque lo deseaba tanto, y aunque el Señor tantas veces se lo había mandado, que verdaderamente pone admiración y espanto. Ayudábala una señora amiga suya en lo que podía, pero era poco, y así cargaba todo sobre ella, que para persona tan recogida y que con tanto secreto lo había de hacer, y si no perderse todo, fué un trabajo casi intolerable. Mientras duró esta obra, acontecieron algunas cosas harto de notar, que después contaré. Una de ellas fué que teniendo ella una vez necesidad grande de traer unos oficiales, y no sabiendo qué se hacer, porque no tenía con qué los pagar, se le apareció el glorioso san José, con quien tenía gran devoción, y dijola que los concertase, que no le faltaría con qué los pagar. No hubo menester más con su gran fe: hácelos luego venir á trabajar, y íbala el Señor proveyéndola de dineros por manos de quien nunca los esperara, y todos los que sabían por dónde venían se espantaban; pero ella con la fe que tenía, todo le parecía muy posible.

CAPÍTULO XV

De cómo se hacía la obra y de algunas cosas maravillosas que en aquel tiempo la acontecieron

La obra se hacía poco á poco, pero la casa se le hacía á la Madre muy pequeña, como en la verdad lo era, tanto, que no hallaba donde pudiese haber refectorio, ni dormitorio, ni parecía llevaba camino de Monasterio. Era menester para iglesia otra casilla que estaba allí junto, pero ni había con qué comprarla, ni arte de haberlo. Estando en esta duda y congoja, dijola el Señor un día, en acabando de comulgar, estas palabras: «*Ya te he dicho que entres como pudieres. ¡Oh codicia del género humano, que aun tierra piensas que te ha de faltar! ¿Cuántas veces dormi yo al sereno por no tener á dónde me meter?*» (1) Quedó de esto muy espantada, y va á la casa y trázala, y halla que se podía hacer Monasterio, aunque muy apretado, y no curó de buscar más sitio, sino procurar que se labrase todo tosco, cuanto bastase á poder vivir. Púsola más ánimo para todo que un día de la gloriosa virgen Santa Clara, yendo á comulgar se le apareció esta virgen con gran hermosura, y la dijo que se esforzase y fuese adelante con lo comenzado, que ella la ayudaría. Y salió esto tan verdadero, que del Monasterio de Santa Clara, que se llama Santa María de Jesús, las ayudaron después, algún tiempo á sustentar. Mas otra visión la vino después que la animó más. Andaba en este tiempo pensando á quién sería bueno dar la obediencia después de hecho el Monasterio, y inclinábase mucho á darla á su Provincial; pero estorbóselo el Señor, diciendo que no convenía sino al Obispo, y que enviase á Roma por cierta vía que él la decía, que él haría que viniese el recaudo por allí.

En este tiempo, estando en el Monasterio de Santo Tomás, día de la sagrada Asunción de la gloriosa siempre Virgen María Nuestra Señora, y pensando en los pecados que en otro tiempo había en aquella casa confesado, vínola un arrobamiento tan grande, que casi salió

(1) *Vida*, cap. XXXIII.

de sí, y en él vió que la vestían una ropa de mucha claridad y blancura. No veía al principio quién se la vestía; pero después vió que Nuestra Señora de la parte derecha, y de la izquierda el glorioso San José, eran los que se la ponían. Entendió allí que estaba ya limpia de sus pecados, y veía que la Virgen gloriosa la asía de las manos, y la decía que la daba gran contento en servir á su esposo San José, y que el Monasterio se haría, y se serviría mucho el Señor en él, y ellos dos, y que no temiese que en esto jamás hubiese quiebra, aunque la obediencia no fuese muy á gusto, y que Ella y San José las guardarían y su Hijo andaría con ellas, como se lo había prometido. Y que en señal de que ello sería así, la daba aquella joya: y parecíala que la había echado al cuello un collar de oro muy más hermoso que en la tierra se puede hallar, con una cruz de mucho valor que colgaba de él. Después la parecía los veía subir al cielo con gran muchedumbre de ángeles, y ella quedó llena de consolación y tan encogida y tan enternecida, que estuvo algún espacio sin poderse menear ni hablar, sino casi estaba fuera de sí, y con ímpetus grandes de deshacerse por Dios.

Estándose haciendo la obra, y estando la Madre con su hermana, pasaron algunas cosas que ella no cuenta y será bien contarlas.

Un día fueron á sermón, á la iglesia de Santo Tomé, las dos, y un Padre que entonces predicaba, comiéndala á reprender tan ásperamente como si fuera algún gran pecado público, y decía palabras tan pesadas, que su hermana estaba corridísima, y por otra parte tan claras, que no faltaba más que señalarla con el dedo. La Santa, con el deseo que tenía de padecer, estábase entre sí holgando y riendo, como estuviera otra si la alabaran mucho; pero su hermana tan mohina, que no paró hasta hacerla volver á su Monasterio, lo cual ella hizo luego sin poco ni mucho turbarse. Pero como era menester asistir allí para la obra, hizola que pidiese licencia al Provincial, y volvió. Estando allí, hizo el Señor un gran milagro por su sierva, de esta manera: Tenía Juan de Ovalle un niño que se llamaba don Gonzalo, á quien yo conocí muy bien, y murió poco ha, y siendo mozo acabó tan santa y ejemplarmente, que se le echó bien de ver tener en el cielo la parienta que tenía. A este niño le halló su padre, viniendo una vez de fuera, atravesado en el umbral de la puerta, sin sentido y yerto, y tomándole luego en los brazos le llamaba, y en el niño no había señal ninguna de vida. De dónde vino esto, ó qué fuese, nunca se pudo saber, ni si estaba verdaderamente muerto, mas de estar de la manera que he dicho. Viendo esto Juan de Ovalle llévale á la Madre. En esto doña Juana estaba en otra pieza, y aunque oyó algún ruido y se comenzó á alterar, sosególa una señora que la había venido á visitar, con buena disimulación, porque estaba preñada y en el postrer mes, y de la alteración se le podía seguir mucho daño. Pero

como llegaron los de casa, no se pudo encubrir tanto que ella no lo sintiese, y salió acongojada y dando voces por su hijo, y vínose para la Santa Madre. Ella le tenía atravesado sobre sus rodillas, y dijo á su hermana que callase, y los demás la dijeron lo mismo, y estaban suspensos en qué había de parar. La Madre, abajando el velo y juntamente la cabeza, acercándola al niño y callando exteriormente, pero allá dentro, como Moisés, dando voces á Dios para que no desconsolase á los que había tomado por medio de la obra que quería hacer: estuvo así un rato, hasta que el niño comenzó á revivir y á echarla las manos á la cara como regalándose con ella; y como si no se hubiera hecho nada, sino que solamente el niño despertara de un ordinario sueño, dásele á su madre diciendo: ¡Oh, váleme Dios, que estaba ya tan congojada por su hijo, vele ahí, tómele allá! El niño quedó luego con flaqueza, que apenas podía tenerse en pie; pero de allí á un rato cobró sus fuerzas, y andaba corriendo por la pieza, y volviéndose para su tía y abrazándola, y haciendo esto algunas veces.

De esto hay hoy testigos de vista, algunos bien dignos de fe, que me lo han contado á mí. El mismo mozo me contó á mí, que solía decir á la Santa Madre, que estaba obligada á hacer que Nuestro Señor le llevase al cielo, pues si no fuera por ella, estuviera desde entonces allá.

También he oído algunas veces decir á una señora amiga suya, que dijo á la Madre: Hermana, ¿cómo ha sido esto? este niño muerto estaba, y la Madre se sonrió y calló; y cuando le decía otras veces cosas semejantes, que ella pudiera con verdad negar, luego la Madre la respondía amorosamente, y la decía que para qué decía aquellas cosas tan sin camino; pero entonces no la dijo nada. Poco después de esto le nació á doña Juana un niño, á quien llamó Josepe, por la devoción que la Madre tenía con el glorioso San José. A este niño la Santa Madre, teniéndole algunas veces en los brazos, solía decir: Plega á Dios, niño, que si bueno no has de ser, te lleve Dios así angelito, antes que le ofendas. Como tres semanas habían pasado cuando le dió el mal de la muerte, y estando ya cerca de expirar, la Madre Teresa de Jesús le tomó en las manos, y le estaba mirando. Mientras ella miraba al niño, doña Juana la miraba á ella con atención, y vió que se le mudó el rostro y se le puso muy encendido y hermoso, que parecía un ángel. En esto expiró el niño, y la Madre salíase de aquel aposento porque doña Juana no se afligiése, ella dijo no se vaya V. m., que ya veo que el niño es muerto. Dijo entonces la Madre con alegre semblante y muy maravillada: Cosa es para alabar al Señor ver qué de ángeles vienen por el alma, cuando se muere uno de estos angelitos. De donde se puede entender, que los vió ella entonces venir por el alma de aquel niño.

CAPÍTULO XVI

De cómo derribaron los demonios parte de la casa que estaba hecha, y por mandado del Señor fué á Toledo, y volvió al tiempo que era menester para la fundación

Volviendo, pues, á lo que habíamos un poco dejado, había andado la Madre dudosa á quién se daría la obediencia, y parecíala, como hemos dicho, cosa recia darla á otro que á los de su misma orden; pero salió de la duda con lo que el Señor la había mandado, que lo diese al Obispo de Avila, que era entonces don Alvaro de Mendoza y después murió Obispo de Palencia, y por devoción de la Santa Madre se determinó de hacer la capilla mayor del mismo Monasterio de San José de Avila, y enterrarse allí, á donde entendía que ella también se había de enterrar. Y para que esto tuviese la firmeza que era menester, envió á Su Santidad por un breve. Cuanto más adelante iba la obra, tanto más se acongojaba el demonio con aquella nueva fundación, de quien tanto se temía, y procuraba de estorbarla cuanto era posible. Habíase hecho una pared muy buena y grande con su cimiento de piedra, y lo demás de tapia con rafas de piedra, ó de ladrillo muy firme, que había costado hartos dineros, y estos se habían habido no con poco trabajo. Esta se cayó una noche toda con haberla hecho muy buenos oficiales. Y estando Juan de Ovalle muy enojado con ellos, y puesto en que la habían de tornar á hacer á su costa, porque habían tomado la obra á destajo, llamó la Santa Madre á doña Juana y díjola: «Diga á mi hermano que no porfie con esos oficiales, que no tienen ellos la culpa, porque muchos demonios se juntaron para derribarla: calle, y tórneles á dar otro tanto.» Y después la dijo á la misma doña Juana: «Qué fuerza pone el demonio para estorbar esto, pues no le ha de aprovechar.» Esto desmayó mucho á doña Guiomar, y con este desmayo fué á la Madre diciendo que no debía ser voluntad de Dios que aquella obra se hiciese, pues la pared tan bien hecha y tan firme se había caído. Respondió ella con mucha paz: «Si se ha caído,

levantarla.» Y para haber algunos dineros, hizo doña Guiomar un propio á su madre (1), que estaba en Toro, pidiéndola treinta ducados por orden de la Madre, aunque con harto miedo que no los daría. En pasando dos ó tres días, dice la Madre: «Hermana, alégrese, que los treinta ducados son ciertos; ya están contados y en poder del hombre que enviamos: en la cuadra baja se los contaron.» Luego vino el mensajero y se supo que se los habían dado cuando la Madre lo había dicho.

Así que, nada de esto bastaba para turbar el corazón de la Madre: lo que más pena la daba era que, por mucho secreto que había, en fin se traslucía á algunas personas, y temíase que en viniendo su Provincial y en sabiéndolo, la había de mandar que no pasase adelante, y ella estaba determinada de en todo obedecerle. Pero esto se vino á remediar de esta manera.

Murió á la sazón en Toledo Arias Pardo, caballero muy principal, señor de Malagón y otros lugares, y su mujer doña Luisa de la Cerda (2), hermana del duque de Medinaceli, quedó tan en extremo desconsolada, que se temía mucho de su salud. Oyó las nuevas de la Madre y que estaba en Monasterio que podía salir, y vínola gran deseo de tenerla algún tiempo consigo, para remedio de aquel nuevo y grande desconsuelo. Luego trató de ello, por las vías que pudo, con el Padre Provincial Fray Angel de Salazar, aunque estaba bien lejos de allí. No se lo pudo negar el Provincial por ser señora tan principal en todo, y la víspera de Navidad del mismo año 1561, llégala á la Madre un mandamiento suyo con precepto de obediencia, que luego se partiese con una compañera. Después se fué á maitines, y encomendándose mucho al Señor, porque ella no quisiera ir, estuvo todos los maitines, ó gran parte de ellos, en gran arrobamiento, y en él oyó

(1) Doña Aldonza de Guzmán.

(2) Doña Luisa de la Cerda, cuyo esposo, Don Antonio Arias Pardo de Saavedra, acababa de morir (1561), era hija de Don Juan de la Cerda, segundo Duque de Medinaceli, y consiguientemente traía su origen de los Reyes San Fernando de España y San Luis de Francia. En efecto: El primero que llevó el apellido *Cerda*, á causa de una cerda que tenía en la espalda, fué el hijo primogénito de Alfonso el Sabio, Fernando, el cual contrajo matrimonio con Doña Blanca hija de San Luis, Rey de Francia.

La biznieta de Don Fernando y Doña Blanca, Isabel de la Cerda, casó con Don Bernardo de Fox, hijo de Gastón vizconde de Bearnés, á quien concedió Enrique II de Castilla y León el título de conde de Medinaceli; título que los Reyes Católicos, Fernando é Isabel, cambiaron en 1491, con el de Duque.

El hermano de Doña Luisa, Don Juan de la Cerda, cuarto duque de Medinaceli, habiendo sido primero Gobernador de Sicilia y después de Navarra, fué enviado á Bélgica como sucesor del Duque de Alba, pero renunciando aquel cargo, se volvió á España, donde le nombraron mayordomo del palacio de la Reina Ana.

Vid. J. F. F. de Rivarola y Pineda, *Monarchia hispanica* (t. I, lib. II, cap. I).—Imhof, *Stemma Desiderianum* (tab. VIII, XXV y XXVI).—*Hist. geneal. Italiae et Hispaniae* (pág. 368 y sigs.).—P. Anselmus, *Hist. geneal. et chronol. regiae domus Franciscæ* (t. III, pág. 351 y sigs.), citados por el Padre Vandermoere (*Acta Sanctae Teresiae a Jesu*, pág. 474, B.)

al Señor que la decía «que no dejase de ir, y que no escuchase pareceres, porque pocos la aconsejarían sin temeridad: que aunque tuviese trabajos se serviría mucho Dios, y que para este negocio del Monasterio convenía ausentarse hasta ser venido el Breve; porque el demonio tenía armada una gran trama, venido el Provincial, y que no temiese nada, que El la ayudaría allá.» (1)

Ella quedó consolada con esto y esforzada, y aunque la decían algunas personas que no fuese, que era invención del demonio aquella, y que escribiese á su Provincial, no hizo caso de eso, sino fuese al Padre Salazar, Rector del colegio de la Compañía de Jesús, y dijosele, y él respondió que en ninguna manera dejase de ir (2). Con esto se puso en camino: acompañóla Juan de Ovalle, y dejándola en Toledo se volvió él á Avila.

(1) *Vida*, cap. XXXIV.

(2) Yo obedecí al Rector, dice la Santa con su habitual gracejo y discreción; y con lo que en la oración había entendido, iba sin miedo, aunque no sin grandísima confusión de ver el título con que me llevaban, y cómo se engañaban tanto: esto me hacía importunar más al Señor para que no me dejase. Consolábame mucho que había casa de la Compañía de Jesús en aquel lugar adonde iba, y con estar sujeta á lo que me mandasen, como lo estaba acá, me parecía estaría con alguna seguridad. Fué el Señor servido, que aquella señora se consoló tanto, que conocida mejoría comenzó luego á tener, y cada día más se hallaba consolada. Túvose á mucho, porque (como he dicho) la pena la tenía en gran aprieto; y debíalo de hacer el Señor, por las muchas oraciones que hacían por mí las personas buenas que yo conocía, porque me sucediese bien. Era muy temerosa de Dios, y tan buena, que su mucha cristiandad suplió lo que á mí me faltaba. Tomó grande amor conmigo; yo se le tenía harto de ver su bondad, mas casi todo me era cruz, porque los regalos me daban gran tormento, y el hacer tanto caso de mí, me traía con gran temor. Andaba mi alma tan encogida, que no me osaba descuidar, ni se descuidaba el Señor, porque estando allí me hizo grandísimas mercedes, y éstas me daban tanta libertad y tanto me hacían despreciar todo lo que veía (y mientras más eran, más), que no dejaba de tratar con aquellas tan señoras, que muy á mi honra pudiera yo servir las, con la libertad que si yo fuera su igual. Saqué una ganancia muy grande, y declásele. Vi que era mujer, y tan sujeta á pasiones y flaquezas como yo, y en lo poco que se ha de tener el señorío, y cómo mientras es mayor tiene más cuidados y trabajos, y un cuidado de tener la compostura conforme á su estado, que no las deja vivir: comer sin tiempo ni concierto (porque ha de andar todo conforme al estado, y no las complexiones), han de comer muchas veces los manjares más conformes á su estado que no á su gusto.

Es así que del todo aborrecí el desear ser señora. Dios me libre de mala compostura, aunque ésta, con ser de las principales del reino, creo hay pocas más humildes y de mucha llaneza. Ya la había lástima, y se la hé de ver cómo va muchas veces, no conforme á su inclinación, por cumplir con su estado. Pues con los criados es poco lo poco que hay que fiar, aunque ella los tenía buenos; no se ha de hablar más con uno que con otro, si no al que se favorece ha de ser el malquisto. Ello es una sujeción, que una de las mentiras que dice el mundo, es llamar señores á las personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas. Fué el Señor servido, que el tiempo que estuve en aquella casa, se mejoraban en servir á su Majestad las personas de ella, aunque no estuve libre de trabajos y algunas envidias que tenían algunas personas del mucho amor que aquella señora me tenía. Debían por ventura pensar que pretendía algún interese; debía permitir el Señor me diesen algunos trabajos cosas semejantes, y otras de otras suertes, porque no me embetiese en el regalo que había por otra parte, y fué servido sacarme de todo con mejoría de mi alma. (*Vida*, cap. XXXIV.)

No perdió la Madre nada en el camino, porque doña Luisa se consoló y mejoró mucho con tan buena huéspedada, y la cobró gran amor, y de ahí vino después á ser fundadora del Monasterio de Malagón, como diremos á su tiempo, y á la Madre hizo Nuestro Señor grandes mercedes el tiempo que estuvo allí.

En la casa de esta señora vino á haber gran mudanza y mejoría desde entonces: comenzóse á confesar toda la casa con los Padres de la Compañía de Jesús (1), y frecuentábanse los Sacramentos y dábanse limosnas. Teníanla todos gran respeto y reverencia, y maravillábanse de ver su santidad, y con deseo de ver algo de lo que entendían que Dios hacía con ella, después que ella se encerraba en su aposento, la iban á mirar por entre la puerta, y la veían arrobada y después salir con gran disimulación, como si nada hubiera pasado por ella.

Estaba allí entonces una doncella que se había criado en aquella casa, cuyo nombre era María de Salazar. Esta llevó la mejor parte, porque con aquel ejemplo que Dios la había puesto delante, se movió mucho, y comenzó á darse á la soledad y oración, y confesóse generalmente, y en fin, con lo que vió entonces, y después otra vez que pasó por allí yendo á fundar á Malagón, la vino Dios á traer á la religión, donde está ahora Priora de Lisboa, y lo fué primero mucho de Sevilla: llámase en la religión María de San José, de quien yo pudiera decir mucho, si no tuviera intento de decir poco de las vivas. Entonces tuvo noticias de ella una beata de su misma orden, mujer de mucha penitencia y santidad, á quien el Señor había movido el mismo mes y año que á la Madre para hacer otro Monasterio semejante. Y había con este deseo vendido todo lo que tenía, é ido á Roma á pie y descalza, para traer despachos para ello, y Nuestra Señora también se la había aparecido y mandado que hiciese el Monasterio. Esta era de lejos de allí, y haciéndosele camino, aunque con mucho rodeo, vino á Toledo á verse con la Madre, y estuvieron quince días juntas, y trataron de la orden que habían de tener para fundar sus Monasterios, y consoláronse mucho la una con la otra, conociendo los dones de Dios y la conformidad de su llamamiento.

Llamábase esta sierva de Dios María de Jesús (2), y fundó en

(1) Este colegio de Toledo se había fundado en 1558, tres años antes, siendo entonces su Rector el Padre Pedro Doménech, y ministro el Padre Gil González Dávila. (Cfr. *Astrain*, t. II, lib. I, cap. III.) El Padre Doménech era el confesor de Santa Teresa.

(2) La venerable María de Jesús nació en Granada el año 1522, y era hija de un relator de aquella chancillería. Estuvo casada muy poco tiempo, y tomó el hábito de beata de Nuestra Señora del Carmen. Fué á Roma á pie descalzo, y se presentó á Pío IV pidiéndole permiso para fundar un monasterio de mujeres, según la regla primitiva del monte Carmelo, y sin mitigación. Admirado el Papa de su resolución, y al verla descalza y con los pies ensangrentados, le dijo:—¡Varonil mujer, hágase lo que pides!—Hizo que la albergaran los Carmelitas de la Congregación de Mantua, que vivían con alguna más austeridad que los demás Calzados.

Alcalá un Monasterio de Descalzas Carmelitas, y allí vivió algunos años con muy santo ejemplo y acabó con gran santidad. No fundó más Monasterios de éste, el cual yo vi el año de 1585 y hablé á la Priora, y me informé, así de la Madre María de Jesús, como de lo que en el Monasterio había. De la Madre me dijo mucho de su santidad, que holgara se me acordara para decirlo aquí, y la Priora me pareció muy religiosa. Tenían ya las constituciones de la Madre Teresa de Jesús y en todo querían seguirlas, aunque no estaban sujetas á los Padres Carmelitas, sino al Arzobispo de Toledo.

Estúvose la Madre Teresa de Jesús en Toledo con doña Luisa de la Cerda medio año, y entre tanto su hermana doña Juana se volvió á Alba al principio de junio de 1562 años; y Juan de Ovalle, como se tardaba ella tanto, se volvió á Toledo á despedirse de ella, y vino á la vuelta por Avila con pensamiento de partirse al día siguiente á Alba, como lo había allá concertado con la Madre, pareciéndole que ya no era menester allí su presencia. Pero porque lo era, y Dios quería que aquella obra se acabase, ordenó las cosas de otra manera: porque apeándose en la misma casa, que es ahora de San José, le dió un frío y luego una calentura muy grande, de manera que le fué forzoso detenerse allí, y desde á quince días vino la Madre de Toledo, habiendo quedado sin pensamiento por entonces de venir. La ocasión de su venida así tan de pronto, fué ésta: Vino en este tiempo recaudo de su Provincial, en que la alzaba la obediencia y la daba licencia para reunirse ó estarse más, como ella más quisiese. Pero porque en la Encarnación había de haber de allí á poco la elección de Priora, y de allá la habían avisado que la querían á ella elegir, queríase detener hasta que fuese hecha la elección, por no ser elegida. Estando ella en este pensamiento, dijola el Señor: «En ninguna manera, hija, te dejes de ir, y pues deseas cruz, buena se te apareja, no la deseches, que yo te ayudaré; ve con ánimo y sea luego» (1). Fué con esto á su confesor, que era un Padre de la Compañía de Jesús, muy fatigada; pensó que la cruz era el ser Priora, y él la dijo que lo hiciese, pero que se detuviese algunos días, por los grandes calores que

Habiendo venido á Granada con intento de fundar, la echaron de allí por ilusa y la amenazaron sus paisanos con azotarla públicamente. Doña Leonor Mascareñas, ama de Felipe II y fundadora de los Descalzos Reales de Madrid, la amparó y le dió una casa que tenía en Alcalá con oratorio.

En una relación antigua de aquel convento se dice: «Venimos á este monasterio María de Jesús y Polonia de San Andrés y Juana Bautista, á 11 días del mes de setiembre de 1562 años, y venimos á servir á la gloriosísima Madre de Dios, Nuestra Señora del Monte Carmelo.» Con todo, la fundación definitiva, con permiso del ordinario, no se realizó hasta el día 23 de Julio de 1563.

Santa Teresa tuvo empeño en que se agregaran á la orden, pero nunca quisieron acceder á salir de la jurisdicción del ordinario. V. La Fuente, t. I, pág. 255 y Portilla (Miguel), *Historia de Compluto*, part. 3.^a, que habla exclusivamente de este monasterio llamado de la Imagen.

(1) *Vida*, cap. XXXV.

hacía, que bastaba llegar allá al tiempo de la elección. Ella queriale obedecer, pero el Señor no la dejaba, porque era tan grande el desasosiego que traía en sí, que no podía tener oración; parecía que faltaba de lo que Dios quería, y que por estar allí con regalo, no se quería poner en el trabajo que la esperaba, y otras cosas de esta manera. Al confesor también le movió Dios, y le dijo que se fuese; y habiendo trabajado mucho con aquella señora y traídola muchas razones para que la dejase ir, se hubo en fin de partir con mucho contento, porque consideraba que aquello era mayor servicio de Dios: todo el trabajo la parecía nada. Fué de tanta importancia para la fundación del Monasterio el partirse luego, que si poco más se detuviera, fuera posible no concluirse el negocio, como lo diremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVII

De cómo vino el Breve, y el Obispo admitió la obediencia, y se puso en el Monasterio el Santísimo Sacramento, y se dió el hábito á las primeras monjas

El Santo Padre Fray Pedro de Alcántara, como veía tan claramente lo que Dios tenía en la Madre Teresa de Jesús, y su mucho valor y deseo de perfección, y de cuánto servicio y gloria suya sería lo que se trataba, siempre favorecía, cuanto podía, á la fundadora y á la fundación. Y estando la Madre ausente, escribió una carta á don Alvaro de Mendoza, obispo de Avila, para que aceptase la obediencia del nuevo Monasterio. Esta carta he tenido yo muchos días en mi poder: no tiene medio pliego entero, sino sólo lo que fué menester para lo que escribía, y así toda está llena; el sobrescrito dice:

Al Ilustrísimo y Reverendísimo señor Obispo de Avila, que nuestro Señor haga santo.

La carta (que por ser de tan santo varón y de tanta autoridad me pareció ponerla aquí) no tiene arriba cortesía ninguna, sino como dos dedos de papel que quedan en blanco, y después dice así:

«El espíritu de Cristo hincha el alma de V. S., recebida su santa bendición. La enfermedad me ha agravado tanto, que ha impedido tratar un negocio muy importante al servicio de Nuestro Señor, y por ser tal, y no quede por hacer lo que es de nuestra parte, en breve quise dar noticia de él á V. S., y es: Que una persona muy espiritual con verdadero celo, ha algunos días pretende hacer en este lugar un Monasterio religiosísimo y de entera perfección, de monjas de la primera regla y orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo, para lo cual ha querido tomar por fin y remedio de la observación de la dicha primera regla dar la obediencia al Ordinario de este lugar. Y confiando en la santidad y bondad grande de V. S., después que Nuestro Señor se le dió por Perlado, han traído el negocio hasta ahora con gasto de más de cinco mil reales, para lo cual tienen traído Breve. Es negocio que me ha parecido bien. Por lo cual, por amor de Nues-

tro Señor pido á V. S., lo ampare y reciba, porque entiendo es en aumento del culto divino y bien de esta ciudad. Y si á V. S. parece, pues yo no puedo ir á tomar su santa bendición y tratar esto, recibiré mucha caridad; mande V. S. el Maestro Daza venga á que yo lo trate con él ó con quien á V. S. parezca. Mas á lo que entiendo, esto se podrá fiar y tratar con el Maestro, y de esto recibiré mucha consolación y caridad. Digo que puede V. S. tratar desto con el Maestro Daza, y con Gonzalo de Aranda, y con Francisco de Salcedo, que son las personas que V. S. sabe, y tendrán más particular conocimiento que yo. Aunque yo me satisfago bien de las personas principales que han de entrar, que son gente aprobada y la más principal, creo yo que mora el espíritu de Nuestro Señor en ella. El cual Su Majestad dé y conserve en V. S., para mucha gloria suya y universal provecho de su Iglesia. Amén, amén. Siervo y Capellán de V. S., indigno, Fray Pedro de Alcántara.»

Todo esto estaba seguido y sin apartamiento ninguno de la manera que yo aquí lo he puesto. Lo del Breve que dice, es de uno que había venido á doña Guiomar para la fundación del Monasterio; pero vino éste corto, y tenía dificultades, y era menester otro.

También vi una carta que escribió el mismo á la Madre Teresa de Jesús el Septiembre adelante: no tiene cuatro dedos de papel en ancho, sino sólo lo que era menester para lo que había de escribir. El sobrescrito dice:

«A la muy magnífica y religiosísima Señora Doña Teresa de Ahumada, en Avila, que Nuestro Señor haga santa.»

En ella con mucho amor la pide le haga saber de su salud, y en qué términos va lo de su Monasterio, y le encomiende á Nuestro Señor que anda muy enfermo, y dala cuenta familiarmente de algunas cosas suyas.

La razón, pues, porque Nuestro Señor daba tanta priesa á la Madre que se partiese de Toledo, era porque ya el Breve (1) venía para que se hiciese el Monasterio, y se diese la obediencia al Obispo, de tal manera, que llegó á Avila la misma noche que ella, por la vía que el Señor la había dicho que le haría venir, y halló en la misma ciudad al Obispo y al Santo Fray Pedro de Alcántara, y á Francisco de Salcedo, en cuya casa posaba el Padre Fray Pedro; y los dos acabaron con el Obispo que admitiese el Monasterio, y fué harto, por ser el Monasterio tan pobre; pero el Obispo era amigo de favorecer siempre á obras y personas buenas. Quien más hizo en esto fué el Santo viejo Fray Pedro con su mucha autoridad, aprobándole, y con poder

(1) Va dirigido este Breve á Doña Guiomar de Ulloa y á Doña Aldonza de Guzmán su madre: está fechado á 6 de Febrero de 1562, que era el tercero del pontificado de Pío IV. Puede verse en la *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen*, lib. II, cap. IX.

mucho con el Obispo y con otras personas que ayudaron; y á no estar él allí aquel tiempo, pudiera ser no se hiciera nada, y estuvo entonces en Avila no más que ocho días, y ésos enfermo, y de ahí á poco le llevó el Señor á darle el galardón de sus santos trabajos y de su grande y larga penitencia y mortificación, que parece no estaba esperando sino que ayudase á acabar esta obra y después llevarle. Por eso convino que llegase á aquel punto la Madre, y que Juan de Ovalle hubiese caído antes malo para que no se fuese á Alba, como lo tenía pensado, porque por estar él allí enfermo, y solo, como se había ido poco antes doña Juana su mujer, dieron licencia á la Madre para salirle á curar y acabar lo que estaba comenzado de la fundación, y á no ser esto, no tuviera causa bastante para salir, mayormente no estando allí doña Guiomar de Ulloa, que se había ido á Toro, porque pareció convenir más eso para disimular mejor el negocio.

Estuvo Juan de Ovalle malo todo el tiempo que la Madre hubo menester estar fuera de la Encarnación para acabar sus negocios. No dejó él de entender por qué le daba el Señor aquella enfermedad, y así cuando la Madre había hecho lo que era menester, la dijo: «Señora, ya no es menester que yo esté más malo», y luego le dió Nuestro Señor la salud, de que él y todos se espantaron mucho.

Entretanto la Madre se daba mucha priesa para que la casa se acabase y se pusiese en forma de Monasterio, porque veía que la tardanza la podía ser muy dañosa. Hizo mudar de allí á su cuñado y á su hermana, y acomodó una pieza pequeñita para iglesia, con una rejita pequeña de madera doblada y bien espesa, por donde viesen las monjas misa, y un zaguán pequeñito, por donde se entraba á la iglesia y á la casa que todo, en pequeño y en pobre, representaba el portal de Belén (1). Mas con todo lo que había hecho, y con toda la gana que tenía que se acabase, no daba paso ni hacía cosa sin consejo de muy buenos teólogos, con quien lo comunicaba, para de tal manera hacer lo que pretendía, que no faltase un punto de la obediencia que debía á sus Prelados. Ellos la dijeron siempre que lo podía hacer, y que era gran servicio de Dios y honra de su orden, porque á haber en ello alguna pequeña imperfección, dejáralo del todo con aquella quietud y paz de su alma que ya al principio lo había dejado. Y aunque andaba, mientras esto se hacía, con harto cuidado del edificio material de

(1) Véase como lo describe Julián de Avila: «Junto á la portería, estaba una reja de palo, á muy cerca de la reja estaba el altar, aunque con decencia, pero con harta pobreza y estrechura; porque en portería y coro, á donde el Santísimo Sacramento estaba, no me parece á mí habría arriba de diez pasos: representaba bien á el portalico de Belén. Al lado de la mano izquierda, dentro de la reja que dividía la portería y del coro, á donde estaba el Santísimo Sacramento casi junto al altar estaba otra rejica de palo, que hacía el coro de las monjas: estaba todo junto, que casi no había pasos que dar para ir de una parte á otra. (*Vida de Santa Teresa*, 2.^a, cap. VIII.)

la casa, muy mayor le traía de buscar piedras vivas que fuesen cimiento conveniente al edificio espiritual que pretendía levantar. Y así puso los ojos en cuatro doncellas pobres y huérfanas, pero grandes siervas de Dios, como lo dice también el Padre Fray Pedro de Alcántara en la carta suya que puse en este capítulo, y sin ningún dote las recibió. Estas fueron, la primera, Antonia de Henao, que después se llamó Antonia del Espíritu Santo, y vino por orden del Santo Fray Pedro de Alcántara, que la había tratado mucho, porque era mujer de gran espíritu, y queriéndose ella ir á ser monja á otra parte lejos, la detuvo el Padre Fray Pedro, para que entrase en este nuevo Monasterio, y dió de ella noticia á la Madre. La segunda se llamaba María de Paz, á quien doña Guiomar había tenido en su casa, y allí la había conocido la Madre y aficionándose á su virtud; llamóse después María de la Cruz. La tercera, Ursula de los Santos, que así se llamaba antes de monja y después, mujer en algún tiempo muy galana, pero después tan recogida y encerrada, que era de todos muy estimada por su santidad; especialmente se señaló en llaneza y humildad y paciencia con que sufrió sus enfermedades sin ningún regalo y sin queja. A ésta trataba el Maestro Daza, y él se la dió á conocer á la Madre. La cuarta, María de Avila, y después se llamó María de San José. De éstas sólo Ursula de los Santos pasó de esta vida en el mismo Monasterio, año 1574, estando la Madre en Alba, donde la vió ir al cielo con un cuerpo glorificado, según ella lo dijo después de vuelta á Avila; y echada la cuenta del día y hora en que murió y de la hora en que la vió de la manera que hemos dicho, hallaron que había estado no más de cuatro horas en el purgatorio. Las demás viven, al tiempo que esto escribo, con mucha santidad y edificación: Antonia del Espíritu Santo en Málaga, María de la Cruz en Valladolid, María de San José en Avila.

Venía ya cerca el día del glorioso Apóstol San Bartolomé, y parecióle á la Madre que era aquél buen día para dar principio á su Monasterio, y así procuró darse mucha priesa para que para entonces estuviese todo á punto. Quiso el Señor que fuese así todo, y el día del bienaventurado Apóstol, que es veinte y cuatro de agosto, año de 1562, el Maestro Daza, que siempre favoreció esta obra, puso el Santísimo Sacramento y quedó hecho el Monasterio del glorioso San José (1), como lo había mandado el Señor. Este mismo día, el mismo

(1) Parece casi cierto, como observa Emery en el compendio de la vida de Santa Teresa, que precede á su obra: *L'Esprit de Sainte Thérèse*, que este ha sido el primer templo dedicado á honra del Patriarca San José, en todo el orbe: porque sí bien es verdad, como prueban los Bolandistas en su Comentario histórico que precede á la vida del gloriosísimo Esposo de la Madre de Dios (19 de Marzo, núm. 56 y 56), que ya mucho antes se le habían dedicado altares, como el de la Iglesia de San Agrícola, en Aviñón, siglo xv, y en Santa María de los



Iglesia del Monasterio de San José, en Avila,
primero de los fundados por Santa Teresa de Jesús.
Á la derecha, vése la capilla primitiva
edificada por la Santa

siervo de Dios dió el hábito á las cuatro primeras monjas que he dicho, hallándose á él la Madre, que todavía se estaba allí, y dos monjas de la Encarnación que se hallaron entonces fuera de su Monasterio: la una era doña Inés de Tapia, de quien diremos en el libro siguiente (1). Ella se quedó con sus cuatro novicias, esperando tiempo conveniente para volverse á su Monasterio y no salir de él hasta que para ello tuviese licencia de su Provincial.

Mártires de Roma en 1548, no consta que se erigiera ningún templo en su honor antes que éste. Véase Vandermoere, n.º 344.

(1) La otra era Doña Ana de Tapia, ambas primas de Santa Teresa. Fueron testigos don Gonzalo de Aranda, don Francisco Salcedo, el presbítero Julián de Avila, Juan de Ovalle y Doña Juana de Ahumada.

LIBRO SEGUNDO

DE LA

VIDA DE LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS

PRÓLOGO

Grandes son por cierto las obras de este gran Señor Dios Nuestro, y maravillosas; que lo que á los hombres, por muy cuerdos y experimentados que sean, parece imposible, él lo concierta y hace en un momento, y no basta nadie á deshacerlo, como en este segundo libro veremos. Sus consejos son muy altos, y sus trazas llenas de profunda sabiduría, con que deslumbra aun á los grandes letrados, y por medio de quien á él le place consigue los altísimos fines que pretende, y de lo que parecía que no era nada, saca cosas que al mundo ponen espanto. Pero temprano me comienzo á maravillar; mucho más habemos de ver: no ha hecho la eterna Sabiduría, en lo que hasta ahora habemos contado, más de abrir zanjas, aunque es verdad que van bien hondas por la humildad, y anchas por la caridad, y ya de ellas se puede entender que debe ser muy alto el edificio que aquí se ha de hacer. Paréceme, que así como los que habían visto el primer templo de Salomón y vieron después las zanjas y los cimientos del segundo, que se comenzaba á edificar, después de acabada la cautividad de Babilonia, lloraban, porque por aquellos principios veían que no llegaría ni con mucho á la grandeza del pasado, según escribe el santo Esdras: así, quien quiera que tuviera noticia de los principios de la religión de Nuestra Señora del Monte Carmelo, y de aquella primera santidad y penitencia, viendo estos principios pudiera alegrarse mu-

cho y alabar á Jesucristo Nuestro Señor, de donde todo el bien nos viene, pues desde luego dan esperanza de haberse de restituir á aquella primera santidad y antigua estrechura y aspereza. Pero porque por firmes y buenos que vayan los cimientos y por alto que vaya el edificio se suele caer, si las piedras que se van asentando no dicen bien con las primeras, ni juntan unas con otras, sino en lugar de cal que fragüe bien, echan lodo ó barro mal hecho, así se vendrá á caer este edificio que el Señor ha levantado, si no se tiene gran cuenta en mirar y examinar las que se reciben, y no tanto que vengan labradas, cuanto que tengan buen natural y blando para poderse labrar y hacer de la forma que quisieren, y asentarlas donde mejor hayan de estar y más convenga para el edificio. Si son niñas, como piedras muy tiernas, se desharán cuando las labren: si son de mucha edad, estarán muy duras para la pica y para la escoda. Pero no son estas las peores de labrar, sino unas que parecen bien desde aparte, y aun desde cerca, á los que no saben de cantería, y tienen allá dentro una dureza tan extraña, que es menester gastar muchas picas y embotar muchos cinceles, y cuando parece que se van á poner en la figura que es menester, se hacen pedazos. Estas son las que no saben obedecer, sino llenas de propio juicio, por tenerse por muy avisadas, ó por nobles, ó por haber traído mucha hacienda al Monasterio, piensan que han de mandar y se ha de seguir su parecer, y que los Prelados las deben tener respeto y contentar. La buena piedra es la que se deja labrar y no resiste al que la labra; y adonde quiera que la quieran poner, luego parece que viene bien, porque la hacen con facilidad de la figura que quieren. Ya que las piedras sean buenas, junten bien con las demás, lo cual se hace con la semejanza y conformidad de las costumbres. Y como las piedras que están ya asentadas no se tornan á labrar, para que las que de nuevo se ponen cuadren con ellas, antes éstas se han de aderezar para que vengan bien con las primeras: así, las que de nuevo van entrando, no han de querer hacer á su condición á las que estaban en el Monasterio, sino ellas dejarse formar y figurar de tal manera, que en todo convengan con las más antiguas, mirando siempre las virtudes que en ellas resplandecen y procurando de imitarlas. Y esto para las antiguas no es honra ni autoridad, si bien lo quieren entender, sino carga y obligación, pues por haber de ser ejemplo y dechado de las demás, están más obligadas á mirar por sí y quitar, cuanto les fuere posible, todas las imperfecciones, porque no pasen á las más mozas, y conformarse ellas con el perfectísimo dechado que Dios puso delante, que es la Santa Madre Teresa de Jesús. Y para obra tan grande y piedras tan buenas, no busquen lodo, ni barro con que se junten ni traben unas con otras, recibiendo á quien trae más dinero, ó tiene más nobles ó ricos ó poderosos parientes, ó otros respetos semejantes de mundo, que es todo tierra y

lodo eso, y no es bueno para los edificios duraderos. Cal se ha de buscar que asga muy bien, que es la verdadera mortificación que unas y otras han de tener, y por eso se han de buscar personas aparejadas para obediencia y mortificación, y aun rogarlas á éstas, si fuese menester, por pobres que sean y de bajo linaje, antes que recibir á otras que no tienen natural para esto, aunque rueguen muchos por ellas y traigan grandes dotes. Acabarse há el dinero, y la monja mal mortificada se quedará en casa, y una sola ejercitará y dará en qué entender á todas las demás. La cal viva no puede servir para los edificios, muere primero y después vale mucho. Así, personas que tienen sus pasiones vivas, son muy dañosas para la comunidad, y es imposible juntar bien con las demás, ni aun ellas mismas entre sí; pero si mortifican bien sus pasiones, habrá la junta y la unidad y la caridad en la casa, que tan necesaria es para el buen ser y acrecentamiento de la religión. Nada de esto que he dicho pensaba decir; hame hecho que lo diga el deseo que tengo de que esta obra de Dios vaya siempre adelante y se mejore, y si ahora no es menester por la perfección que hay en los monasterios, puede ser que andando el tiempo lo sea. Y si Dios quisiere dar vida á este libro, holgaréme de estar haciendo instancia con estas letras después de muerto, en lo que ahora viviendo la hago y la haré con la voz. Y en esto pagaré á la Santa Madre Teresa de Jesús algo de lo mucho que la debo, pues quien leyere sus constituciones y sus libros, verá bien cuánto deseó y encomendó todo lo que yo aquí he dicho. Quiero también que sirva esto para que las personas que no sintieren en sí natural ni virtud para lo dicho, no traten de entrar en estos Monasterios, porque se hallarán en ellos mal, sino busquen otros que sean más á su propósito y adonde se puedan hallar mejor.

CAPÍTULO PRIMERO

En que se trata del fin que tuvo la Madre Teresa de Jesús para fundar estos Monasterios, y cuán alto y perfecto es, y cuánto valor da á la religión

No me parece conveniente pasar adelante en la historia, hasta satisfacer primero á los que desearan saber qué pretendió en la fundación de este Monasterio la Madre Teresa de Jesús, y qué regla y hábito y manera de vivir puso en él, y quedará dicho de una vez para los demás Monasterios de quien diremos adelante. Su intención primera no fué más de hacer un Monasterio donde ella y las que la siguiesen, con más encerramiento y estrechura, pudiesen guardar lo que habían prometido al Señor, conforme al llamamiento de su religión, que de religión nueva nunca trató, sino de perficionar esta suya antigua de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Después, considerando las grandes necesidades de la Iglesia, y deseando con su gran caridad ayudar á los que pelean por ella en lo que la fuese posible, levantó más alto sus pensamientos, y añadió á la penitencia y pobreza que antes había pensado, y trazó el negocio de otra manera.

Pero porque quiero más que esto todo se entienda de sus palabras que de las mías, referiré aquí lo que á este propósito dice en el libro que ella llamó «*Camino de perfección*», en el capítulo primero, no como anda en los libros impresos hasta ahora en Eborá y Salamanca, sino como ella lo escribió en el original de su misma mano, de donde yo lo he sacado, y esto quedará dicho para todo lo que de este libro yo alegare. Dice pues así: «Al principio que se comenzó á fundar este Monasterio de San José de Avila, etc., no era mi intención hubiese tanta aspereza en lo exterior, ni que fuese sin renta, antes quisiera que hubiese posibilidad para que no faltara nada, en fin, como flaca y ruín, aunque algunos buenos intentos llevaba, más que mi regalo. En este tiempo vinieron á mi noticia los daños y estragos que habían

hecho en Francia los Luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Fatiguéme mucho, y como si yo pudiera algo, ó fuera algo, lloraba con el Señor, y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de una alma de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer y ruin, y imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, toda mi ansia era, y aun es, que pues tiene tantos enemigos, y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos. Determiné de hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar, estas poquitas que están aquí, hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar á quien por él se determina á dejarlo todo; y que siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no tendrían fuerza mis faltas, y podría yo contentar en algo al Señor, para que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos á este Señor mío, que tan apretado le traen aquellos á quien El ha hecho tanto bien, que parece que le querrian tornar ahora á la cruz estos traidores, y que no tuviese á dónde reclinar la cabeza.» Y después dice: «¡Oh hermanas mías en Cristo, ayudadme á suplicar esto al Señor, que para eso os juntó Su Majestad aquí; éste es vuestro llamamiento, éstos han de ser vuestro negocios, éstos han de ser vuestros deseos, aquí vuestras lágrimas, éstas vuestras peticiones.» De estas palabras de la Santa Madre se entiende bien el fin de esta su renovación y fundación de los Monasterios y el llamamiento de las religiosas de ellos. Y aunque lo primero era de mucha perfección, subióla tanto de quilates con este nuevo fin y intento que le puso, que apenas se podrá hallar en religión alguna de mujeres mayor perfección ni más alto llamamiento. Porque, según la doctrina de Santo Tomás y según la verdad, el ser una religión más perfecta que otra, no consiste tanto en las penitencias que hay en ella, cuanto en tener el fin más alto que la otra, con los medios proporcionados para tal fin. Y así concluye que las religiones que más alto grado tienen, son las que están ordenadas para enseñar y predicar. Y tras ellas vienen luego las que están ordenadas para la contemplación, porque como es más alumbrar que lucir solamente, así es más comunicar á los otros lo que se ha contemplado, que contemplar solamente. Pues como religiones de mujeres no son ordenadas para enseñar ni predicar, aquella será más alta que está ordenada para ayudar con sus oraciones y penitencias á los que esto hacen, que son los que defienden la Iglesia, pues aquello es más perfecto que más se llega á lo que tiene la cumbre de la perfección. Y no puede ninguna religión de mujeres tener más alto fin que orar siempre y ayunar y usar de asperezas por la conservación y defensa de la Iglesia Católica y la

salud de las almas, procurando que los fieles vivan conforme á su llamamiento, y los infieles vengan á conocimiento de su Criador, pues nadie duda de que sea verdad lo que dice San Gregorio en la homilia 12 sobre Ezequiel: Que no hay sacrificio más agradable á Dios que el celo de las almas.

Otra cosa también se saca de aquí, que todas las religiosas de esta orden deben tener siempre estampada en su alma, y es, que por más asperezas que hagan, y por más que oren y canten y hagan todo lo que unas muy buenas y perfectas monjas deben hacer, no han cumplido con su llamamiento, ni con lo que Dios quiere de ellas, si no tienen particular cuidado de enderezar sus oraciones y ayunos y asperezas que habemos dicho, á ayudar á los que andan en el campo sudando y peleando por la gloria de Dios Nuestro Señor y por la defensión y acrecentamiento de su santa Iglesia, y en fin, por todos aquellos que particularmente procuran la salvación de las almas. Así que, lo que á las otras monjas bastaría, á ellas no basta, y con lo que otras serían perfectas, ellas no lo serán enteramente, porque faltarían de lo que en su llamamiento y religión es lo más principal. También me huelgo quede esto escrito aquí, porque todas las veces que se leyere lo estaré yo clamando después de mi muerte, como lo hago en la vida. Y crean las religiosas de esta orden que esto leyeren, que Nuestra Señora la Virgen María, que es la Madre de estos Monasterios, y el bienaventurado San José, que es el Padre de ellos, y la Santa Madre Teresa de Jesús, que es la fundadora, quieren y desean que esta doctrina se predique en ellos. Lo que hasta aquí he dicho para estas religiosas, y lo que dijere, si bien hubieren leído sus libros, hallarán que es lo mismo que la Santa Madre las dejó más encargado. Y así, acerca de esto que ahora decimos, en el capítulo tercero del *Camino de perfección*, después de haber dicho al propósito muchas cosas muy buenas, concluye con estas palabras: «Y cuando vuestras oraciones, deseos, disciplinas y ayunos no se emplearen por aquesto que he dicho, pensad y creed que no hacéis, ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor, y no permita el Señor esto se quite de vuestra memoria jamás, por quien su Majestad es.»

CAPÍTULO II

De cómo hizo la Madre Teresa de Jesús que se guardase en su Monasterio la primera regla de su orden, y qué es lo que contiene y lo demás que ella añadió

Para conseguir este fin alto que pretendía, y para que sus monjas viviesen de tal manera que sus oraciones valiesen mucho delante del divino acatamiento, se determinó la Madre en que se guardase en su Monasterio la primera regla que guardaron los primeros Padres que comenzaron á vivir en el monte Carmelo en forma de religión. Y porque ésta, por ser estrecha y áspera, dispensando los Sumos Pontífices, se había venido á mitigar y perdido su primer rigor, parecióla que convenía tornarla á él, y que haría mucho servicio á Nuestra Señora, cuya es esta religión, en volverla á su principio, y ponerla en el punto de penitencia y santidad en que en tiempo de aquellos santos y primeros ermitaños estaba. Esta la hizo Alberto, Patriarca de Jerusalén, y fué confirmada, corregida y enmendada por el Papa Inocencio IV en el año quinto de su pontificado, que fué el año del Señor de mil y doscientos cuarenta y ocho, primero día de septiembre (1).

Y fuera de las cosas comunes á las otras reglas de religiones, como es elegir una cabeza á quien obedezcan, y hacer sus votos de castidad, pobreza y obediencia, y guardar á tiempos señalados el silencio, lo que esta regla contiene es: Que los religiosos estén dentro de sus celdas ó cerca de ellas meditando de día y de noche en la ley

(1) La Regla del Carmen, dada por San Alberto en 1209, fué aprobada en 1226 por el Papa Honorio III. Veinte años más tarde S. Simón Stock, general de la Orden y sus definidores enviaron, desde la Gran Bretaña, una delegación al Papa Inocencio IV, que á la sazón se hallaba en Lión, rogándole que se dignara aclarar algunos puntos oscuros de ella. Encargó el Soberano Pontífice á dos miembros de la Orden de Santo Domingo, Hugo de San Charo y Guillermo, obispo de Antera en Siria, que revisaran la regla del Carmen y modificaran lo que les pareciera. Aquella regla así revisada es la que se observa en los Monasterios fundados por Santa Teresa.

del Señor, y velando en oración, si no fueren ocupados en otras justas ocupaciones. Manda también que ayunen desde la fiesta de la Exaltación de la Cruz, que es á catorce de septiembre, hasta el de la Resurrección del Señor, si enfermedad ú otra justa causa no lo estorbare, y que nunca coman carne, si no fuere por enfermedad, y que siempre tengan algún trabajo de manos en que se ejerciten. Lo del ayuno y no comer carne, ordenó la Madre Teresa de Jesús que se guardase á la letra, y el silencio ni más ni menos, desde completas hasta dicha prima. Mandó también que en las demás horas del día se guarde, aunque no con tanto rigor como en el tiempo dicho, si no fuere después de comer y de cenar, en que la Priora puede dispensar, para que estén juntas las hermanas en recreación una hora.

Lo del meditar de día y de noche en la ley del Señor, y lo del trabajo de manos, lo aplicó á sus Monasterios de esta manera: Los matines se digan después de las nueve de la noche, y luego estén un cuarto de hora haciendo examen de en qué han gastado el día, y luego se lea un poco del misterio que se ha de pensar en el día siguiente, pero de manera que en todo esto no se detengan más que hasta las once poco más ó menos, y entonces haciendo señal con la campana, se recojan á dormir. En el verano se levanten á las cinco, y tengan oración hasta las seis; y en invierno á las seis, y la oración hasta las siete. Luego digan las horas antes de la misa. Este trabajo de manos no quiso fuese alguna labor curiosa, sino hilar ó cosas semejantes, que no sean tan primas que ocupen el pensamiento para no le tener en el Señor. Tampoco quiso que á ninguna se le señalase tarea, porque no se ocupen en ella demasadamente y se distraigan de la oración. Y esto no en alguna casa de labor, sino cada una en su celda, porque no se quiebre el silencio, ó se estorbe el levantar el corazón al Señor. Un poco antes de comer se taña á hacer examen de lo que hasta entonces han hecho. En dando las dos se digan las vísperas, y después se lea algo allí en común hasta las tres, y este tiempo también se puede gastar en oración, si quisieren. Después vayan á sus oficios hasta completas, y después de completas tengan una hora de oración. Y aun en el tiempo de recreación, han de estar también entendiendo en sus oficios de manos. La pobreza quiso que fuese tan grande, que no da licencia para que ninguna monja tenga renta alguna, como en otras partes, sino que todo sea común, y á cada una se dé de lo que hubiere, conforme á su necesidad, desde el hábito hasta todo lo demás que haya menester, de manera que no tenga en esta parte de qué cuidar, ni tenga que pedir á parientes y conocidos, con que se excusan grandes daños, y se cierra una gran puerta al tentador.

En particular no las deja tener cosa ni para comer ni para vestir, ni arca ni alacena; y mandó que cuando la Priora viesse á alguna her-

mana aficionada á alguna cosa, ora sea libro, ora celda ú otra cualquiera cosa, se la quitase. El hábito las dió bien conveniente á la pobreza que tanto ella amaba; quiso que fuese de jerga ó sayal, de color burielado sin tintura, la manga angosta, no más ancha en la boca que en el principio, sin pliegues, redondo, no más largo atrás que adelante, largo hasta los pies. El escapulario de lo mismo, cuatro dedos más corto que el hábito. La capa blanca con que van al coro, de jerga, del largo del escapulario, con un botón de palo arriba, y en todos estos vestidos encarga que se eche el menos sayal que ser pueda, para que sean angostos. Túnicas de estameña, tocas de sedeña ó lienzo grueso, no plegadas, y encima su velo negro basto, el cual no traen las novicias ni las freylas. El calzado, alpargatas. Las camas sin ningún colchón, sino con un jergón de paja, sábanas y almohadas de estameña, y el cobertor de jerga. En vestidos ni en cama no puede haber cosa de color, aunque sea tan poca como una faja. Zamarrros no los consiente, sino algún ropón de sayal, á quien tuviere más necesidad. En fin, ella anduvo mirando con gran prudencia lo que había en las demás religiones, y de allí tomaba lo que la parecía venía bien para su religión, y lo demás dejaba. Estuvo en el Monasterio de Nuestra Señora de la Piedad en Valladolid, que es de Descalzas de la orden de San Francisco, de gran observancia y religión; y de allí tomó la pobreza de las mesas, la llaneza con que se tratan las religiosas y lo que más la pareció.

Pero el no tener freylas, sino que las monjas por su turno estén en la cocina y hagan los demás oficios de casa, aunque al principio lo comenzó á usar, después lo dejó, porque decía que tanto trabajo corporal ahogaba el espíritu. Tampoco quiso imitarlas en que las monjas estuviesen sujetas á frailes, de manera que ellos solos las hubiesen de predicar y confesar, sino que pudiesen oír y tratar á todos aquellos que más les conviniese para sus almas, y con éstos tratasen las cosas de ellas, sin tercera que escuchase, porque la parecía que gente que no tenía otros descansos y caminaba por el camino de la oración y mortificación, á donde hay tantos tropiezos y tentaciones, había menester tratar con personas con quien se pudiesen enteramente declarar, y de quien se ayudasen para no ser engañadas. Y así las encargó muchas veces que siempre tratasen con hombres de letras y de espíritu, porque tenía experiencia del gran bien que en esto había para las almas, y de los grandes daños que de lo contrario se seguían. El número de las monjas quiso que fuese pequeño, para que hubiese entre ellas más unidad y caridad, y menos confusión: no quiso que pasase de trece ó catorce, contando entre éstas tres freylas; y después que la ordenaron que se hiciesen algunas casas que tuviesen renta, mandó que no pudiesen pasar de veinte, contando también en éstas otras tres freylas.

No quiso que se recibiesen monjas de otras órdenes, ni aun del Carmen de la regla mitigada. Y porque esto es cosa en que va mucho, y que yo deseo que con todo rigor se guardase, por muchas razones que la experiencia ha enseñado, pondré aquí lo que ella escribió á una monja de otra orden que deseó ser recibida en ésta. Vi yo esta carta toda escrita de su mano, y dice así:

«En lo principal que V. m. manda, no la puedo servir en ninguna manera, por tener constitución pedida por mí, de no tener monja de otra orden en estas casas, porque eran tantas las que quisieran venir á ellas y quieren, que aunque alguna nos diera consuelo tener, hállanse muchos inconvenientes para no abrir puerta en esto. Y así en ello no tengo que decir más, porque no se puede hacer, ni sirve de más tener yo deseo de servir á V. m. en este caso, que de darme pena» (1).

Encarga mucho que las que se hubieren de recibir sean personas de oración y que pretendan toda perfección y menosprecio del mundo, y tengan salud y buen entendimiento, y de edad no menos de diez y siete años. Y que contentas de la persona (la cual quiere que se examine mucho, y se haga gran diligencia para saber si tiene estas partes), si no tiene limosna que dar á la casa, no se deje de recibir por eso, como ella siempre lo hizo; y que para recibir no se mire al interés, sino á la bondad y calidad de la persona, dando siempre muestras de amar la pobreza que profesaron, y poniendo su esperanza en el Señor, y considerando que no es esto lo que las ha de sustentar, sino la fe y perfección y fiar en sólo Dios. La clausura es grandísima, toda la que es posible haber: abrir la red en el locutorio, ó hablar las monjas sin velo, es con muy pocas personas, como con padres ó hermanos, ú otras de mucha edificación y espíritu, y esto más para edificación y provecho espiritual que para recreación. Con sus deudos quiso que tratasen poco, y las visitas fuesen de personas tales como las dichas; y así para otras, ó para gente que pretende entretenimiento y pláticas vanas, no hay entrada.

A las novicias permitió que visitasen, para que declaren libremente si se hallan bien en la casa, y si no, se puedan ir cuando quisieren. Pero cuanto las quitó de estos entretenimientos humanos, tanto y más las dejó de libertad para los divinos, con que el alma se sustenta y se consuela. Porque demás de la grande y preciosa libertad, que como habemos dicho, las dejó para sermones y confesiones y trato de hombres espirituales, de donde viene gran bien y consuelo á sus almas, y grande abundancia del pasto de la palabra divina, y dejando también el uso de la mortificación pública y secreta, que es grande, fuera de las penitencias que demás de las de la regla se toman por la voluntad de cada una, con licencia de la Priora y del

(1) Tomo II, carta 48. Ed. de La Fuente.

confesor, y el ejercicio admirable de la humildad, diciendo sus faltas en capítulo cada semana, y ayudándose unas á otras con caridad, diciéndole otras en que ellas no caían, que son todas estas cosas con que en gran manera se esfuerza el espíritu y se hinche de alegría, no solamente dió licencia, sino mandó que llegasen á la Sagrada Comunión todos los domingos y fiestas de Nuestro Señor, y de Nuestra Señora, y de San José, y San Alberto, y Jueves Santo, y en todos los demás días que al prudente confesor le pareciere, pero con licencia de la Priora.

Estas constituciones hizo por breve que tuvo para ello del Papa Pío IV, dado á 17 de Julio del año de 1565, en que concedió que se hiciesen constituciones y desde luego las aprobó (1). Después, viviendo aún la Santa Madre, se confirmaron con autoridad apostólica en Alcalá de Henares, en un Capítulo de los Padres Descalzos Carmelitas, en la Cuaresma del año 1581, por el Padre Fray Juan de las Cuevas, de la orden de Santo Domingo, Comisario Apostólico para esto, y por el Padre Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, Provincial de los mismos Descalzos, y por los Definidores. Las mismas constituciones fueron después aprobadas muy en particular, haciendo mención de los títulos de todos los capítulos de ellas, por el Reverendísimo César Speciano, obispo de Novara, Nuncio Apostólico de nuestro muy Santo Padre Sixto V en Madrid, á diez de Octubre del año de 1588, dándolas perpetua firmeza, y mandó que el Vicario de la misma orden y sus consiliarios, no puedan revocar ó derogar cosa alguna de ellas, y que la tal revocación ó derogación sea ninguna, nombrando para eso por jueces conservadores á los Arzobispos de Toledo y de Sevilla, y al Obispo de Avila.

Dos cosas entre otras se entienden de lo dicho. La primera, cuán alta y perfecta sea esta religión, pues la perfección y ventaja de una religión la pone Santo Tomás, como arriba dijimos, en tener más alto fin, y después de esto en tener constituciones y medios más convenientes á aquel fin. De la alteza del fin, dijimos en el capítulo pasado; la excelencia y conveniencia admirable de los medios que para él se toman, vese por lo que está dicho en éste. La segunda es, que aunque más no se hubiera dicho, ni se hubiera de decir de la santidad de la Madre Teresa de Jesús, por estas constituciones se pudiera echar de ver su maravillosa prudencia y sabiduría, la alteza de su espíritu, la grandeza de su perfección, porque como San Gregorio dijo de San Benito (2). Quien quisiere saber muy bien su vida y costumbres, puédelo ver en sus constituciones, porque una mujer tan santa no pudo enseñar sino como ella vivió.

(1) La facultad para hacer estas constituciones la dió Pío IV en 1562; en 1565 aprobó las que se habían hecho.

(2) *Dial.*, lib. II, cap. XL.

CAPÍTULO III

De cómo ordenó que su Monasterio no tuviese renta alguna, sino que se viviese de limosnas

Aun no está acabada de decir la perfección que la sierva de Dios quiso que hubiese en su Monasterio, pues falta una parte tan principal, como es la pobreza, que quiso fuese tan grande, que ninguna renta hubiese, sino siempre se viviese de limosna. Este propósito no le tuvo desde el principio, como se ve por las palabras suyas que puse en el capítulo primero de este libro, antes quería que tuviese renta, porque viviesen sin cuidado de lo temporal, hasta que después en Toledo, en las pláticas que tuvo con aquella beata de su orden, que fundó el Monasterio de Descalzas Carmelitas de Alcalá, entendió que, conforme á la primera regla del Carmen, no se había de tener. Parecióla bien esto, y si no hubiera de mirar más que á sí, sin ninguna duda se determinara desde luego; pero temíase que no la habían de dejar hacerlo, y que si á las demás no daba el Señor los deseos de pobreza que á ella le había dado, vivirían descontentas, y que podría la necesidad ser causa de distracción, como se ha visto en algunos Monasterios.

Comenzó, para acertar más, á tomar parecer de hombres letrados y de sus confesores, y todos la traían muchas razones para persuadirla que no convenía lo que ella deseaba. Pero como veía que era la pobreza conforme á la regla, y cosa de más perfección, no acababa de creerlo; y si algunas veces parecía que estaba convencida, en mirando á Nuestro Señor Jesucristo en la cruz, pobre y desnudo, no podía llevar á paciencia el tener renta. Deciales que para no seguir su llamamiento, ni abrazar los consejos del Señor con toda perfección, no quería ayudarse de teología ninguna. En fin, antes que ella saliese de Toledo, vino por su ruego el Santo Fray Pedro de Alcántara á visitar á doña Luisa de la Cerda, y dióle cuenta de lo que pasaba, y con su parecer se resolvió en no tener renta, ni buscar sobre aquello más pareceres. Después, estándolo un día encomendando mucho á Nues-

tro Señor, tuvo un gran arrobamiento, y dijola Cristo Nuestro Señor: «Hija, en ninguna manera hagas el Monasterio con renta, que ésta es »la voluntad de mi Padre y la mía; yo te ayudaré.» Otra vez la dijo alabanzas de la pobreza, y que en la renta estaba la confusión, y la aseguró que á quien á él sirviese no le faltaría lo necesario para vivir. Con esto estaba contentísima, y en determinándose á vivir de limosna, le pareció que poseía toda la riqueza del mundo. Estando ya tan firme en este parecer, le vino casi á mudar después, aunque no del todo, porque poniendo los de la ciudad mucha fuerza en que se deshiciese el Monasterio, y reparando mucho en la carga que sería para ella si hubiesen de vivir de limosna, parecíala á la Madre que sería bueno tomarla por entonces, hasta que aquel ruido cesase, y después dejarla. Y habiéndose de hacer el concierto así, la noche antes, estando en oración, la dijo el Señor: «Hija, no hagas tal concierto como ése, »porque si una vez comenzáis á tener renta, no os consentirán que la »dejéis.» Y para que estuviese más cierta de ser aquella la voluntad de Dios, la misma noche le apareció el Santo Fray Pedro de Alcántara, que había muerto poco antes, y aun estando cercano á la muerte y sabiendo la revuelta que había en la ciudad, la había escrito encargándola mucho que en ninguna manera tomase renta, y con eso venía á hacerse todo como ella lo quisiese. Vióle lleno de gran gloria, pero con algún rigor (lo que otras veces que se le había aparecido no solía), y dijola que en ninguna manera tomase renta, y que por qué no quería tomar su consejo, y desaparecióse luego. Con esto, á la mañana trató con Francisco de Salcedo que del todo se desconcertase lo de la renta, y así se hizo. En fin, no descansó hasta hacer traer un breve del Papa, para no poder tener renta, y con esto se concluyó todo. Y no fué sólo un breve, sino dos, y yo los he visto: el primero de Raynucio, Cardenal de San Angelo, en el año tercero del Papa Pío IV, que fué año de 1562, y en él, por comisión que de palabra le dió el Papa, concede á las monjas de San José de Avila que no tengan renta, sino que vivan de limosnas. Otro es del mismo Pío IV, en el año sexto de su pontificado, á diez y siete días del mes de Julio, en que confirma la bula que primero había dado para que se hiciese el Monasterio, y las da licencia para que vivan de limosnas, y estén sujetas al Obispo de Avila, y gocen de todas las gracias que los demás Monasterios de la misma orden gozan.

Algunos años después mudó de parecer, no por su voluntad, sino porque personas muy letradas y espirituales hicieron grande instancia en que le mudase, y particularmente el Padre Maestro Fray Domingo Báñez, diciéndola que pues al Santo Concilio Tridentino había parecido cosa conveniente tener renta los Monasterios, y especialmente era más menester esto en Monasterios de monjas, no quisiese ella saber más que el Concilio, á quien alumbraba el Espíritu Santo.

También se entiende (aunque de esto no estoy del todo cierto), que la mandó Nuestro Señor se llegase al parecer de estos sus siervos, y ella lo hizo así, como quien en todo obedecía á Dios y á sus ministros, y no se casaba con su propio juicio. No hubo en esto contradicción ninguna en las revelaciones que tuvo, antes fué gran providencia de Dios mandar primero lo uno y después lo otro. Porque este Monasterio, si la Madre esperara á tener primero renta, no se fundara porque no había de dónde la haber, y publicárase el negocio primero, de manera que así su Provincial como la ciudad se lo estorbara, y no se fundando él, cesaran los demás que se hacían fácilmente no esperando la renta, y si la hubieran de esperar no se hicieran, porque no había quien la diese. Por otra parte, tantos Monasterios como se habían de hacer, porque los tenía Dios guardados para provecho de tantas almas, que viven en ellos con gran perfección y santidad, no se pudieran bien conservar sin tener alguna renta, siendo de mujeres, y tan encerradas, y si se conservaran, fuera aflojando mucho la perfección en que ahora están. Así que aquello fué muy conveniente al principio, y esto lo ha sido después, y la experiencia ha mostrado que, aunque tengan renta, se guarda en ellos la perfección que se deseaba, y juntamente muy gran pobreza, porque no hay monja que pueda tener renta en particular, como en otras partes, ni dinero ninguno, ni vestidos, ni regalos de comer, sino á todas se da todo lo que han de menester, de lo que hay en casa, según la necesidad de cada una. Y así no dependen de parientes, ni tienen necesidad de amistades, ni conversaciones de los de fuera para que las den lo que han menester.

Esta experiencia que digo, movió también mucho á la Madre. Cuando el santo varón Francisco de Salcedo vió que ya el Monasterio podía tener renta, mandóle para después de sus días doscientas fanegas de pan de renta y doce mil maravedís de hierba, y unos pedazos de monte; después el Señor ha ido dando más y acrecentando esta obra que era tan suya.

CAPÍTULO IV

Del alboroto interior y exterior que se levantó después de tener ya fundado el Monasterio

Tornando, pues, á lo que íbamos diciendo de la nueva fundación, estaba la Santa Madre contentísima, que no cabía de placer, viendo cumplidos sus deseos, y (lo que ella más estimaba) las promesas del Señor, y una Iglesia más en que hubiese el Santísimo Sacramento, y que la Iglesia fuese de su amado Padre San José, de quien ninguna había en Avila, y viendo cuatro huérfanas tan bien remediadas, pues tan de veras se habían arrojado en las manos del Señor. Regalábase mucho su alma en ver la misericordia que la había hecho el Señor en quererla tomar por instrumento de una obra tan grande, y estaba de contento como fuera de sí, en una alta oración. Mientras ella estaba tan llena de placer, el enemigo antiguo, lleno de envidia y de pesar, estaba esperando la licencia del Señor para vengarse, cuanto pudiese, de quien tanto mal le hacía. Paréceme, si para ello se le dió licencia, que iría y vería, como cuando andaba persiguiendo al Santo Job, para que se la dejasen en sus manos. Ibase ya acercando la cruz que el Señor la había dicho que la estaba esperando, y así, acabado todo lo arriba dicho, de allí á tres ó cuatro horas, dió lugar Dios al enemigo para que comenzase á usar de su oficio con ella, y revuélvela en su corazón tanta diversidad de pensamientos y temores vanos, y levanta con estos una tan gran tristeza en el alma, que poco antes estaba tan alegre, que no parecía ella, ni se podía valer.

Comienza á pensar si en aquella fundación había ido contra la obediencia de su Prelado, si habían las nuevas monjas de hallarse bien con tanta estrechura, si se habían de poder sustentar. De sí también pensaba, que quién la había metido en aquello, pues tenía buen Monasterio: si había de poder estar en casa tan estrecha, y con tantas enfermedades como tenía, cómo había de poder sufrir tanta penitencia, y que había dejado una casa muy buena, donde tenía aposento

muy á su gusto, y las amigas que allá tenía, y que quizá las de acá no serían tanto á su propósito, que por ventura el demonio había pretendido aquello para quitar la paz y quietud de su alma, sin la cual no podría tener oración, y sin estas dos cosas podría ser que se viniese á perder. Y como el enemigo obscurece luego el entendimiento, estaba su alma en una grande obscuridad, que no parece había resquicio ninguno por donde la entrase un poco de luz. De todo cuanto el Señor la había dicho sobre el Monasterio, y de lo que la había prometido, de todos los pareceres que en confirmación de eso la habían dado tantos siervos de Dios, de las maravillas que el Señor había mostrado, y en fin, de la paz y alegría grande que un poquito antes había tenido, y de todo lo que la podía ayudar, estaba por entonces tan olvidada, como si nunca hubiera sido. Fué éste uno de los recios y tristes ratos que ella tuvo en su vida, que parecía adivinaba su alma lo mucho que la quedaba por pasar. Mas en estas tan graves tinieblas, envióla un rayo de luz el Padre de las lumbres, con que echó de ver quién era el que la había causado aquella obscuridad, y que no pretendía con tantas mentiras sino espantarla y hacerla alzar la mano de lo que había comenzado, y puso los ojos en lo que antes solía pensar, y en los deseos que tenía de servir á Dios con toda perfección y de padecer por él. Con estas y otras semejantes consideraciones, determina de romper por todos los inconvenientes que se le ponían delante para llegarse bien á Dios; y sintiendo en sí una grande contradicción véncela varonilmente, y delante del Santísimo Sacramento promete de hacer, cuanto pudiere, para tener licencia de venirse á su nuevo Monasterio, y hacerlo sin dilación en pudiéndolo hacer, con buena conciencia, y promete la clausura que ahora se guarda.

En haciendo esto, vino á su alma gran claridad y serenidad, y el príncipe de las tinieblas huyó, y la quedó un contento tan grande de lo que había hecho y prometido, que jamás en su vida le faltó.

Luego que en la ciudad se supo que estaba hecho el Monasterio, alababan mucho á Dios; pero de allí á pocas horas revolviólo todo el demonio, de manera que á los principales del pueblo se les puso en la imaginación, que si no le deshacían, la ciudad se había de destruir, y tomaron una ira grande y porfía, y comenzóse el pueblo á alborotar. Estando, pues, la Madre con esta seguridad, y no sabiendo nada de lo que allá fuera pasaba, quiso descansar un poco después de comer, porque no había dormido aquella noche, y muchos días y noches antes había trabajado mucho, mas no le dieron lugar, porque como en la Encarnación y en toda la ciudad se supo lo que aquella mañana había pasado, hubo grande alboroto, y la Priora la envió á mandar que luego se viniese. No bien hubo ella visto el mandamiento de su Priora, cuando lo deja todo, y se viene despidiéndose de sus cuatro novicias, á quien dejó muy afligidas, y suplicando al Señor la favoreciese, y al

glorioso San José la volviese presto á su casa, y entretanto dejó por mayor á Ursula de los Santos.

Llevaba entendido que la habían de echar en la cárcel y dar grandes penitencias, y iba con gran deseo de padecer por Dios, y con mucho contento de que se le hubiese ofrecido para esto tan buena ocasión. En llegando, dió razón de sí á la Priora, y aplacóse algo, y determinaron de enviar á llamar al Padre Provincial Fray Angel de Salazar, y dejárselo todo á él para que él conociese de la causa. Llegó el Provincial y mandóla parecer ante sí á juicio. Solía ella contar que cuando había de ir á este juicio estaba con un contento tan grande, de ver que padecía algo por el Señor, que no podía tener la risa, ni sabía cómo había de disimular este contento y esta risa delante de él. Decían las monjas grandes cosas al Provincial contra ella, y él la dió una gran reprensión: ellas ayudaron y agravaron el delito: ella pedía perdón y decía que la castigasen, y no hablaba más, porque estaba determinada de no volver por sí. El Provincial la mandó que respondiese por sí delante de todas las monjas, y ella con mucha paz, porque de todo lo que había pasado ninguna alteración había sentido, lo hizo de manera que ni el Provincial ni las monjas tuvieron que decir. Después le habló á él más claro, y quedó tan satisfecho, que la prometió, en sosegándose la ciudad, darla licencia para que se volviese al Monasterio que había hecho.

Ya esto del Monasterio y de su orden estaba sosegado; pero la ciudad estaba tan alterada, como si la hubiera venido un muy grande mal, en que luego convenía se pusiese remedio. Y fuera de lo mucho que se decía en todas partes, y la soltura con que de esto se hablaba, júntanse de allí á tres días el corregidor y regidores y algunos del Cabildo, y el día siguiente júntanse en el Consistorio los más principales de las órdenes, y con ellos el regimiento de letrados y común del pueblo, como si ya la ciudad estuviera para perderse, y tratóse del negocio con mucho calor y porfía, y con grandes encarecimientos de los daños que de aquel Monasterio se seguían. La conclusión de todo esto y la resolución de estas consultas fué que venía mucho daño á la ciudad de aquel Monasterio, y que no se había de consentir, sino que luego se quitase el Santísimo Sacramento y se deshiciese. Eran las veras con que todos tomaban esto tan grandes, que hicieran lo que habían dicho, si no saliera el Padre Maestro Fray Domingo de Báñez (1), de la orden de Santo Domingo, Catedrático que es ahora

(1) Fray Domingo Báñez nació el 29 de Febrero de 1528, en Medina del Campo, aunque sus padres eran oriundos de Mondragón (Guipúzcoa), no Cataluña como dicen equivocadamente las Carmelitas del primer Monasterio de París (op. cit. t. II, pág. 76). En 1546, tomó el hábito de Santo Domingo en el Convento de San Esteban de Salamanca, donde hizo su profesión el 3 de Mayo de 1547. Terminados sus estudios de filosofía y teología (1547-1551), le dedicaron durante los diez años siguientes (1551-1561), á la enseñanza de aquellas facultades en el

de Prima de Teología en la Universidad de Salamanca, el cual, aunque había sido de parecer que no se hiciese el Monasterio sin renta, les dijo que no era aquél negocio que tan presto se había de determinar, que se mirase más en él, pues había tiempo para ello; que era

mismo convento de San Esteban. En 1561 le nombraron profesor de teología del colegio de Santo Tomás de Avila, erigido en Universidad, y poco después (1562), tomó la defensa del primer monasterio que acababa de fundar Santa Teresa. Durante su estancia en Avila (1561-1567), fué confesor de Santa Teresa y de sus religiosas, aunque la Santa continuó confesándose también con el Padre Baltasar Alvarez, todo el tiempo que este padre moró en aquella ciudad. Las palabras de Santa Teresa, en su Relación al Padre Rodrigo Alvarez S. J., son bien terminantes y no admiten duda. «El Padre Baltasar Alvarez la confesó seis años por este tiempo, desde fines de (1558 á 1565)... Con el Padre Mtro. Fr. Domingo Báñez... me confesé seis años», (1561-1567). En esta época ordenó el Padre Báñez á la Santa que escribiese el *Camino de Perfección*, y durante toda su vida, la Reformadora del Carmelo mantuvo muy íntimas y cordiales relaciones con el célebre teólogo dominico, á quien solía consultar por cartas los asuntos y negocios que se le ofrecían: desgraciadamente no se conservan sino cuatro de estas cartas. En una de ellas, escrita á mediados de 1574, contestando á otra que le había enviado el Padre Báñez, rogándole la admisión de una religiosa en el convento de Segovia, le dice la Santa con su gracia acostumbrada. «No hay que espantar de cosa que se haga por amor de Dios, pues puede tanto el de fray Domingo, que lo que le parece bien, me parece, y lo que quiere, quiero: no sé en qué ha de parar este encantamiento.»

Hacia 1567 fué enviado el Padre Báñez á la Universidad de Alcalá donde enseñó teología. De allí pasó á Salamanca (1572) y más tarde (1573) á Valladolid, en cuyo colegio de San Gregorio fué profesor de los jóvenes dominicos que allí se formaban, durante cuatro años (1573-1577.) Este mismo año hizo oposiciones á la cátedra llamada de Durando, en la Universidad de Salamanca, y tres años después, á principios de 1581, ganó por oposición la cátedra de prima en la misma Universidad. Regentó aquella cátedra los 24 años restantes de su vida. Murió en Medina del Campo el 22 de Octubre de 1604.

El Padre Mandonnet en un artículo biográfico que dedica á este célebre teólogo dominicano (*Dictionnaire de Théologie Catholique*) dice de él, «que fué *incontestablemente* el director espiritual de Santa Teresa que más profunda y perseverante influencia ejerció en el alma de la gran mística española». Esas afirmaciones rotundas resultan casi siempre peligrosas para el que tiene que probarlas, y esto es lo que le pasa al Padre Mandonnet, el cual aduce para ello las palabras de Santa Teresa que antes hemos citado y otras que se leen en la misma Relación. La Santa se limita á decir: «Con el Padre maestro fray Domingo Báñez, que ahora está en Valladolid por regente en el colegio de San Gregorio, me confesé seis años, y siempre trataba con él por cartas, cuando se le ofrecía algo... que es con quien más tiempo he tratado y trato.» Esto escribía Santa Teresa en 1576. El 4 de Marzo de 1581, viviendo aún el Padre Báñez y gozando de toda la confianza de la mística Doctora, escribe ella lo que sigue: «Para cosas del alma, hallo soledad... A la verdad, en todo cabo la hallo, que con estar lejos nuestro santo (el Padre Baltasar Alvarez, que había muerto el año anterior) parece que me hacia compañía, porque aun por cartas podía comunicar algunas cosas.» (La Fuente, II, pág. 282.) Cfr. Quéatif-Echard, *Script. Ord. Praed.*, t. II, pág. 352.—Touron, *Hist. des Hommes illustr. de l'ordre de St. Dominique*, t. IV, pág. 750.—Régnon, *Báñez et Molina*.—Wetzer und Weltes, *Kirchenlexicon*, I, col. 1948 y *Diction. de Théologie Cath.*, t. II, col. 140.

No está menos destituida de fundamento otra afirmación del Padre Fr. Paulino Alvarez en su obra *Santa Teresa y el Padre Báñez*.

Dice así en la pág. 94: «Como el principio de la santificación de la seráfica Madre se debe, después de Dios, al Padre dominico gran letrado que le desengañó, y al otro dominico, gran letrado también que la hizo frecuentar los Sacramen-

negocio del Obispo, y otras cosas más, con tanta prudencia que bastó para que aquella apresurada resolución, que en aquellas juntas se había tomado, no se ejecutase.

En el lugar había grande alboroto y en todas partes se hablaba de eso, y condenaban á la Madre y á todos los que la habían ayudado; y iban y venían á la Encarnación y al Provincial con lo que se decía, y con lo que se les ofrecía, y el demonio andaba por todas partes para que no se aplacase, sino antes creciese la terrible tempestad que él había levantado. La Madre entretanto no dormía, como Jonás en lo bajo de la nao, sino daba voces á Dios, y estaba su corazón tan sosegado con saber las cosas que de ella se decían, como si nada se dijera. Y con esta paz escribió á Toro, á doña Guiomar de Ulloa, un día después de estas consultas, todo lo que había pasado en la ciudad; y cuando todos trataban de deshacer el Monasterio, la enviaba á decir que la comprase unos misales y una campanilla que había menester. Con todo eso, otras veces entraba la tentación y la daba pena con temor de que no se viniese á deshacer. Estando por esto una vez fatigada, el Señor, que siempre andaba tan cerca de ella, para consolarla la dijo: «¿No sabes que soy poderoso? ¿de qué temes? Ten por cierto que no se deshará el Monasterio; yo cumpliré lo que te he prometido.»

La ciudad, que había tomado esta porfía muy á pechos, hacía entretanto lo que podía; y el corregidor, viendo que no había quien le resistiese, pensó tenerlo ya acabado, y va á San José y manda á las cuatro monjas que se salgan, y si no, que las quebrantarán las puertas. Ellas respondieron con gran ánimo, que el que allí las había traído, las mandaría salir cuando hubiesen de salir, que él no tenía que ver con ellas, pues tenían Prelado. Reportóse algo con esto el corregidor,

tos...; así al Padre Báñez se debe, en lo humano, que... durante todo el período de la vida pública, apareciese ella tan grande, y gloriosa, y sabia... Y un poco más adelante añade: «Le prefería (al Padre Báñez) á todos los insignes maestros y confesores que... ella había tratado.»

En cambio la Santa Madre dice esto otro: «Tratando con aquel siervo de Dios (el Padre Juan de Prádanos), que lo era harto y bien avisado, toda mi alma, me declaró lo que era, y me animó mucho. Dijo ser espíritu de Dios muy conocidamente, sino que era menester tornar de nuevo á la oración, porque no iba bien fundada, ni había comenzado á entender mortificación: y así era, que aun el nombre no me parece entendía... y así comencé á hacer mudanza en muchas cosas... *Vida*, cap. XXIII.

Esto al principio, en 1557. Más adelante escribía en 1568 al Señor Don Cristóbal de Moya: «Ellos (los Padres de la Compañía) son mis padres, y á quien *después de Nuestro Señor debe mi alma todo el bien que tiene*, si es alguno... No todas las personas espirituales me contentan para nuestros monasterios, si no son las que estos Padres confiesan: y así casi todas las que están en ellos, y no me acuerdo ahora estar ninguna de las que he tomado, que no sea hija suya, porque son las que nos convienen, que como ellos habían criado mi alma, hame hecho el Señor merced que en estos monasterios se haya plantado su espíritu.» A fines de 1578 (4 de Octubre) escribió: «En la Compañía me han criado y dado el sér.» Cfr. La Fuente, *Obras de Santa Teresa*, I, pág. 75, II, pags. 7 y 194.

y nadie se osó desmandar, sino dejáronlas. Parecióles mejor no llevarlo por fuerza, sino por justicia, y hubo luego demandas y respuestas de audiencia. Pero como el corregidor y el regimiento eran la parte contraria, no había procurador ni escribano que quisiese hacer las partes del Monasterio, de manera que fué forzoso al Padre Julián de Avila, hermano de María de San José, ir á hacer algún requerimiento al corregidor ó algún otro auto que fuese necesario, porque como era clérigo y siervo de Dios, y no tenía que temer á nadie, iba y venía con recados á la Encarnación, y por su medio negociaba la Madre, y así era menester que hiciese á ratos oficio de procurador y aun de escribano. Apelóse de parte del Monasterio para el Consejo Real, y él proveyó, en favor de las monjas de San José, un Recetor que viniese á hacer probanza á Avila, la cual de parte del Monasterio se hizo muy bastante, y la ciudad también hizo la suya. Ya aquí estaba comenzado un pleito ordinario, porque la ciudad enviaba personas de su parte á la corte, y era menester que el Monasterio también enviase de la suya, ó perderse el negocio. Pero ni había quien fuese, ni dineros para ir, ni la Madre sabía qué se hacer. Y no paró aquí, que estando ausente el Provincial, la Priora la mandó que no tratase de ello. Ella con esto (porque no había de ir contra lo que su Priora la había mandado), fuese á buscar el remedio á donde siempre le solía hallar, y dice á Dios: «Señor, esta casa no es mía: por Vos se ha hecho; ahora que no hay quien haga nada, es menester que lo haga todo Vuestra Majestad.» Y con haber dicho esto, quedó tan consolada y sin pena, como si á todo el mundo tuviera de su parte, y tuvo por seguro el negocio.

CAPÍTULO V

De lo mucho que duró la contradicción, y cómo se vino la Madre al nuevo Monasterio, y todo se sosegó, y comenzó á haber mucha devoción con aquella casa

No tardó nada en verse cuánto vale la fe y confianza en Dios, porque luego salieron al negocio algunos siervos de Dios, como el Maestro Daza y Francisco de Salcedo, y Gonzalo de Aranda, clérigo bien conocido allí y en otras partes por sus virtudes, y tan de veras salieron como si fuera suyo propio el negocio, y más porque veían que era de Dios. Y Gonzalo de Aranda fué de parte de la Madre á Madrid. Hubo otra gran junta en la ciudad, en la cual se halló el mismo Maestro de parte del Obispo, y todos estaban en que se había de deshacer: él los resistió y con mucha prudencia los aplacó por entonces; pero luego tornaban á hacer cuanto podían para desbaratar el Monasterio. Duró esta persecución casi medio año, y todo este tiempo la Madre llevaba la cruz que el Señor la había dicho, y á estos siervos de Dios que la ayudaban, les alcanzó también de ella no pequeña parte. Así que, bien podía decir la Madre lo que una vez me dijo á mí con mucha gracia, hablando de esto y riyéndose, que había querido que se fundase aquel Monasterio el día de San Bartolomé, para que la amparase y librase del demonio, y que no pareció sino que se habían soltado todos sus diablillos contra ella.

La manera de vivir que tenían entretanto las cuatro novicias, era ésta. Dejó la Madre encomendado el Monasterio al Obispo y á aquellos siervos de Dios que la habían ayudado, y ellos lo hicieron muy bien, proveyéndolas de quien las dijese misa y administrase los Sacramentos, y visitábanlas y animábanlas á lo que habían comenzado. Particularmente el Maestro Daza, á quien el Obispo había dado sus veces para que acudiese á hacer esto, las hacía las pláticas espirituales y las tomaba cuenta de la oración, y de la manera de proceder

que cada una llevaba. Hacían su capítulo de culpas, en que las unas á las otras se ayudaban en caridad, y él las mandaba hacer sus mortificaciones, y ellas le obedecían. En el coro no se rezaba más que el oficio menor de Nuestra Señora, porque no tenían quien las enseñase el rezado de la orden, hasta que vino la Madre.

Después de todo esto, con las oraciones que había y con las buenas obras de la Madre y de sus monjas, iba poco á poco cayendo la tempestad; pero levantóse un vientezuelo que parecía había de traer consigo la bonanza, y sin pensar, se tornaron á alterar las ondas que aun no se habían sosegado. Fué un siervo de Dios, que con buen celo dijo que se pusiese el negocio en manos de letrados, para que con lo que ellos dijiesen, el pleito se acabase. Parecía buen partido éste, y á algunos de los que ayudaban á la Madre les pareció acertado; pero ella en ninguna manera lo podía acabar consigo, porque sabía que tenía casi á toda la ciudad en contrario, y tuvo mucho trabajo en resistir y deshacer en esto.

En este tiempo trajo Dios á Avila al Padre Presentado Fr. Pedro Ibáñez, que pareció traerle solamente para la necesidad que había de presente, porque no tenía para qué venir, y estuvo lo que fué menester para aplacar los corazones de muchos, como lo hizo, por la grande opinión que se tenía de sus letras y santidad.

En yéndose se trató por algunas vías (y particularmente por la del Obispo, á quien las cuatro novicias daban la priesa que podían sobre ello) con el Padre Provincial del Carmen, diese licencia á la Madre Teresa de Jesús para que viniese á San José, y gobernase y enseñase á sus monjas. Como las cosas entonces estaban, imposible parecía poderse alcanzar tan presto, pero en fin se alcanzó.

Era ya esto mediada la Cuaresma del año de 1563, y con obediencia y bendición, se vino llena de alegría á sus nuevas hijas, que siempre estaban clamando á Dios por su venida, y así fué tan alegremente recibida, cuanto había sido con grandes lágrimas y suspiros deseada. Tuvo licencia también para que se viniesen con ella algunas de la Encarnación, y así se vinieron Ana de San Juan, Ana de los Angeles, María Isabel, Isabel de San Pablo, que era parienta de la Madre y la había tenido consigo algunos años en la Encarnación, donde entonces era novicia, y no quiso hacer allí profesión, sino venirse con la Madre á hacerla á San José. De estas hizo Priora á Ana de San Juan, porque ella no lo quiso ser, y Superiora á Ana de los Angeles; pero andando el tiempo, viendo el Prelado que convenía fuese Priora la que en la verdad era la Madre y maestra de todas, hizo tomar el oficio á la Madre Teresa de Jesús, aunque ella mucho más gustaba de obedecer que mandar, y así por no faltar en el obedecer, hubo de venir á mandar.

Si de las monjas fué bien recibida, fuélo muy mejor de su celestial

Esposo, á quien vió el mismo día, estando en un grandísimo arrobamiento, que la recibía con grande amor, y la ponía una rica corona, agradeciéndola mucho lo que por su Madre había trabajado. Y otra vez, estando todas en el coro en oración después de Completas, vió á Nuestra Señora con grandísima gloria, con un manto blanco, que debajo de él las recibía y amparaba á todas. Donde también entendió cuán alto grado de gloria había de dar Dios á las de aquella casa (1).

Luego el pueblo comenzó á tomar mucha devoción con aquel Monasterio, y recibieron algunas monjas, y el Señor trocó de tal manera los corazones, que los que más las habían perseguido, las favorecían mucho y las hacían limosnas, y alababan lo que antes tanto habían reprendido. Con esto, poco á poco fueron dejando el pleito, y diciendo que bien claro se veía ya ser aquella obra de Dios, pues habiendo tanta contradicción, siempre había ido adelante. Siempre ha durado esta devoción, y han venido bien á desengañarse de lo que primero pensaban, porque ven de cuánto provecho ha sido el Monasterio, y de cuánta gloria de Dios. Y él se ha aumentado de tal manera, que de seis años á esta parte se han gastado en coro y capillas y en la casa, cerca de nueve mil ducados, sin que el convento se haya adeudado para ello. Donde se ve claramente ser la mano del Señor, y cuán bien se va cumpliendo lo que dijo á la Madre: «Entra como pudieres, que tú verás lo que yo hago.»

En todo este tiempo que estuvo la Madre en San José, que fueron cinco años, como después se dirá, trató mucho con el Padre Maestro Fray Domingo Bañes, y como echó bien de ver lo mucho que el Señor le había comunicado, no solamente de letras, con que tanta luz ha dado y dará siempre por medio de sus escritos, sino también de discreción y prudencia, y de mucha religión y espíritu, gobernábase por él y comunicábale sus cosas clara y enteramente, con que no fué poco aprovechada.

Luego como esto se sosegó, comenzó el Señor á traer monjas á éste su Monasterio, que le fueron ayudando, y una de ellas fué doña María de Ocampo, sobrina de la Madre, causando á todos harta devoción y admiración con su entrada, que fué día de San Juan *Ante Portam Latinam*, como año y medio después de la fundación de San José. Con lo que trajo, se quitó un censo que tenía el Monasterio, é hizo la Madre unas ermitas para tener oración, y puso en ellas tales pinturas,

(1) «Fué grandísimo consuelo para mí, dice la Santa (*Vida*, cap. XXXVI), el día que venimos. Estando haciendo oración en la iglesia, antes que entrase en el monasterio, estando casi en arrobamiento, vi á Cristo que con grande amor me pareció me recibía, y ponía una corona, y agradeciéndome lo que había hecho por su Madre.

Otra vez estando todas en el coro en oración, después de completas, vi á Nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo de él parecía ampararnos á todas: entendí cuán alto grado de gloria daría el Señor á las de esta casa.

que ponen mucha devoción á quien las ve, y no quiso que la diese su padre más de para esto.

Al septiembre de adelante, entró otra sobrina de la Madre, llamada doña María de Avila, hija de Alonso Alvarez de Avila, hombre muy noble en linaje, y más en virtudes, por cuya causa le llamaban Alonso Alvarez el santo. Vino triunfando del mundo muy galana, con mucha seda y oro, y con todas las galas y aderezos que se podían pedir, acompañada de toda la caballería de la ciudad, porque tenía parentesco con la gente principal de ella, y á todos los tenía esparcidos, porque era sola en casa de su padre, y ya heredada, y que poco antes tenía tan altos pensamientos, que la parecían poco todos los casamientos que la salían. Habíala poco antes tocado el Señor con mano fuerte, y después de muchos días de aflicción y lágrimas, peleando con Dios, él porque fuese monja, y ella por no lo ser, en fin, se rindió y determinó de serlo. Y desde ese punto quedó tan sosegada y contenta, como si toda su vida lo hubiera deseado. Tuvo contradicciones para su entrada; pero estaba tan fuerte, que gustaba de las mismas contradicciones. Como la recibieron, de allí á un poco la sacaron á la iglesia, dejados los vestidos de la vanidad y tomada la jerga por la seda y oro; y doña María de Avila, mudada en María de San Jerónimo, donde á unos puso devoción y á otros lástima, viendo pobre y humilde á la que acababan de ver tan galana: y como se dió á sí á Dios, así le dió libremente consigo su hacienda, dotando una capellanía y haciendo aquella iglesia mayor. Y después fué hartos años, y lo es ahora, Priora de la misma casa. Entró también la Madre Isabel de Santo Domingo, de quien diremos adelante, que ha ayudado mucho á la orden, y otras con quien la casa en todo fué creciendo.

CAPÍTULO VI

De lo que la Madre hizo en su Monasterio, y del principio que comenzó á tener la fundación de los otros Monasterios que después fundó, y como para ello la dió patentes su General

En lo que hasta aquí he dicho, he hecho uno como comento al libro que la Madre escribió de alguna parte de su vida, añadiendo muchas cosas que ella dejó; de aquí adelante haré lo mismo en el libro que también escribió de las fundaciones.

Estábase, pues, la Santa Madre en su pequeño y pobrecito Monasterio, pero grande en los ojos de Dios, y rico de dones celestiales, con grandísimo contento y sosiego, porque pasados ya aquellos alborotos, el Señor había mandado á la mar que se sosegase, y el Esposo había conjurado á las hijas de Jerusalén que no despertasen á su querida, ni la quebrasen el sueño hasta que ella quisiese. Parecía que estaba en un paraíso, y que aquellas almas entre quien vivía eran ángeles. Y no era mucho sintiese ella esto, pues el mismo Señor la había dicho una vez estando en oración, que aquella casa era paraíso de su deleite.

Estaban ya trece, que era el número que ella quería, todas monjas de coro, que por entonces no se recibían freylas. No pedían limosna, mas el Señor las enviaba sin pedirlo todo lo que era menester; y si alguna vez faltaba, entonces estaban más regocijadas, y había tan poco cuidado en todas de aquello temporal, que la Madre misma, con ser Priora y haberlo de proveer, jamás en eso ocupó su pensamiento. La oración de todas muy alta, siempre andaban buscando la soledad para ella, y las visitas, aunque fuesen de parientes muy cercanos, las daban mucha pesadumbre; florecía la obediencia y el menosprecio del mundo, la estima y amor de la santa pobreza, y todo su cuidado era cómo servirían y contentarían más á Dios. La Madre recibía cada día mercedes grandes y regalos de su Esposo, y

siempre iba creciendo, y las monjas con sus ejemplos y palabras andaban encendidas en amor de Dios y deseosas de hacer por él grandes cosas, porque iba ella siempre delante en todo, como el águila (que dice la Escritura), que saca sus hijos á volar, y está ella allí volando encima de ellos como para enseñarlos.

Ejercitábalas en las verdaderas virtudes, y probábalas, y así se veía mejor cuánto iban medrando. Pusiéronla una vez en refectorio un poco de cohombro muy delgado y podrido todo por dentro, y llama á una de las de mejor entendimiento que había en casa, y de las de más partes, que fué la Madre María Bautista, cuya obediencia quiso probar, y mándala disimuladamente que vaya á sembrar aquel cohombro en un huertecillo que tenían. Ella, sin pasar más adelante con su pensamiento, pregunta á la Madre si le había de poner alto ó tendido; respondióla que tendido; y vase luego al huerto y siémbrale, sin venir á su imaginación si se había de secar ó no, sino rindiéndose del todo á la obediencia. Dice ella que estuvo tan lejos de poner duda en aquello, que hasta el día de hoy se está en la misma simplicidad y en el mismo pensamiento. Acontecióla encomendar á una seis ó siete oficios juntos, y tales, que unos no se compadecían con otros, y tómalos ella callando, pareciéndola que pues se los encomendaba la obediencia, no sería imposible cumplir con todos ellos.

Pero si de las virtudes de las primeras monjas, y de las que hay ahora yo hubiera de decir, otro libro, y no pequeño, fuera menester. Solamente diré una cosa bien maravillosa, que en este tiempo aconteció á la Madre, ayudando á ello también la mucha fe de una de sus hijas. Habían comprado una cerca que estaba junto á la casa, y en ella había un pozo que tenía el agua alta, pero tan mala y él tan sucio, que aun para las bestias no parecía conveniente. La Madre quiso encañar esta agua y traerla á un patinillo de casa, diciendo que de que corriese podría ser estuviese para beber. Pero por estar muy hondo parecía imposible correr. Hizo llamar oficiales que sabían de aquello, y refanse de ella que quisiese gastar dineros en balde, y juzgaban que era echarlos en el pozo, y era á tiempo que había bien pocos. Pidió á las hermanas su parecer, y una de ellas, que fué María Bautista, respondió que se procurase, trayendo para ello esta razón salida de una gran fe: Nuestro Señor (dice) nos ha de dar quien nos traiga agua, y con que le demos de comer, más barato le sale á Su Majestad dárnosla en casa, y así no dejará de dárnosla. Esta razón, que causara risa á los sabios ó avisados del siglo, á la Madre, que estaba llena de fe y juzgaba las cosas por causas más altas, la concluyó de tal manera, que lo tuvo luego por cierto, y lo mandó hacer contra la voluntad de un muy buen fontanero que entonces estaba allí, y decía que era tiempo perdido tratar de aquello, por ser el agua tan mala, y porque lo que se podía llevar era como un hilito, que no

había de ser de provecho. Con todo dijo la Madre que se hiciese, y salió tan bien con ello, que sacaron un caño de tan buena agua, que los que la bebían decían que era mejor que la de las fuentes, y así bebían de ella. Y el Obispo, que había visto primero el pozo, cuando vió hecho el caño espantóse tanto, que trajo á muchos para que probasen el agua. Llamábanla la fuente de María Bautista, y bebieron de ella como ocho años, y en fin, duró todo el tiempo que la hubieron menester; y el faltar no fué tampoco sin maravilla, porque al cabo de este tiempo las dió la ciudad un poco de agua para la huerta, porque este caño caía en lo postrero de la casa, y en teniendo esta agua cesó la maravilla de la otra, porque aunque no ha faltado del todo hasta hoy, desde entonces no corre sino un hilito delgado, que es lo que al principio se juzgaba que podía correr á lo mucho.

Otra cosa aconteció entonces de que muchas personas se maravillaron harto. Estaban muy apretadas en aquella casa, y no era posible hacerla mayor, sino era comprando una que estaba allí junto, y el dueño estaba muy recio, y decía que en sus días no la vendería ni se verían en ella. Tenía él gran afición á su casa, porque tenía un huerto de mucha recreación, y regábale con una corriente secreta, que tenía en la puente, del agua de la ciudad hartos años había, y nunca nadie había caído en ello. Pero cuando se trataba con él de esta venta, echaron de ver el negocio, y quitáronle el agua y con ella el amor que tenía al huerto, porque sin el agua no le podía sustentar. Con esto ya no estaba contento de su casa, y fácilmente la vino á vender al Monasterio, y se ensanchó con ella.

Fué este tiempo el más descansado que la Madre tuvo en su vida, y veía en él por experiencia cuán vanos eran los miedos que el demonio la ponía, que no se había de hallar bien en casa tan estrecha, ni sin las amigas que en el otro Monasterio había dejado, y conocía cuánto hubiera perdido si hubiera dado crédito al envidioso tentador, y cuánto pierden las almas por dejarse vencer de estos temores. Mas la grandeza de su corazón y el fuego de amor de Dios que en su alma ardía, aun en este descanso no la dejaban descansar, con los grandes deseos que en ella levantaban de ayudar á las almas, por todas las vías que pudiese. No sabía más que hacer, pero no por eso dejaba de desear siempre más. Por otra parte, viendo en sus monjas tantas virtudes y tanto valor, no podía pensar sino que para un gran fin las enriquecía Dios de aquella manera. Juzgaba de sí que era como quien tiene un gran tesoro guardado, y desea que todos gocen de él, y le atan las manos para repartirle. En fin, como no podía hacer más, empleaba sus deseos en hacer oración por el acrecentamiento de la Iglesia, y en que sus hijas hiciesen lo mismo, y en aficionarlas cuanto podía á desear y procurar el bien de las almas.

Pasáronse en estas cosas que habemos dicho cuatro años, y al

quinto acertó á venir por allí el Padre Fray Alonso Maldonado, Descalzo de la orden de San Francisco, que poco antes había venido de las Indias, y contóla de la infinita muchedumbre de almas que en aquella tierra se perdía por falta de doctrina. Holgóse la Madre de verle con deseos tan vivos de aprovechar las almas, como quien los tenía también, y húbole mucha envidia, que podía él cumplirlos tratando y ayudando á los prójimos, lo que ella no podía. Pero con aquello de las almas que se perdían hirióla el corazón, y lastimóla de manera que no cabía en sí. Vase luego á una ermita de las que tenía en la huerta, para recogerse con más soledad, y llena de lágrimas clamaba al soberano Criador de las almas, diese algún medio cómo ella pudiese algo para ganar alguna alma para él, pues tantas llevaba el demonio, y que valiesen sus oraciones algo, pues ella no valía para más. No cesaba de pedir esto, hasta que una noche estando en oración se le representó el Señor de la manera que otras veces solía, y mostrándola mucho amor á manera de quererla consolar, la dijo: «Espera un poco, hija, y verás grandes cosas.» Quedáronla estas palabras fijadas en el corazón, y no las podía quitar de su memoria. Pensaba qué cosas serían aquellas, y por qué camino se habían de venir á hacer; pero no podía atinar á nada, solamente se resolvía en que ello sería así como el Señor la había dicho, aunque ella no entendiése cómo.

No se pasaron muchos días sin que lo comenzase á entender, porque era ya tiempo de que aquella clarísima luz que tenía el Señor como encubierta y atapada entre aquellas pequeñas y estrechas paredes, se descubriese más y resplandeciese por todas partes, y alumbrase á los que estaban en la casa de Dios, que es la Iglesia. Y para esto hizo Dios una cosa, que fué traer, no sólo á España, sino á la misma ciudad de Avila, al Padre Fray Juan Bautista Rubeo de Rávena, General de los Carmelitas (1), cosa que ni hasta entonces se había visto (2), ni después acá se vió, porque siempre los Generales de esa orden suelen estar en Italia, y particularmente en Roma. La Madre, que no sabía entonces lo que la eterna Sabiduría tenía ordenado, sin pesadumbre ninguna le perdonara la venida, porque como la obediencia no se había dado á la orden, sino al Obispo, temió no se enojase y la mandase volver á la Encarnación, lo cual ella sentiría mu-

(1) Se llamaba fray Juan Bautista Rossi, que latinizado, según el estilo de la época, resulta, Rubeo. Vino á España en 1566, á instancias de Felipe II; celebró capítulo provincial en Andalucía y después pasó á Castilla. Nombróse en ésta, provincial á fray Alonso González, quedando de prior en Avila fray Angel de Salazar, que antes ejercía aquel cargo.

(2) Se sabe de dos Generales carmelitas que vinieron antes á España y celebraron aquí capítulo provincial. En 1321, vino á Barcelona fray Juan Alerio, y á Perpiñán fué fray Raimundo de Grasa en 1354. Verdad es que aquellos capítulos habían sido solamente para la corona de Aragón, donde la Orden del Carmen Calzado estaba muy extendida.

cho, aunque no fuera por más de no poder ella llevar adelante el rigor de la primera regla, y la gran penitencia y pobreza y encerramiento, que con tanta consolación de su alma había comenzado á guardar.

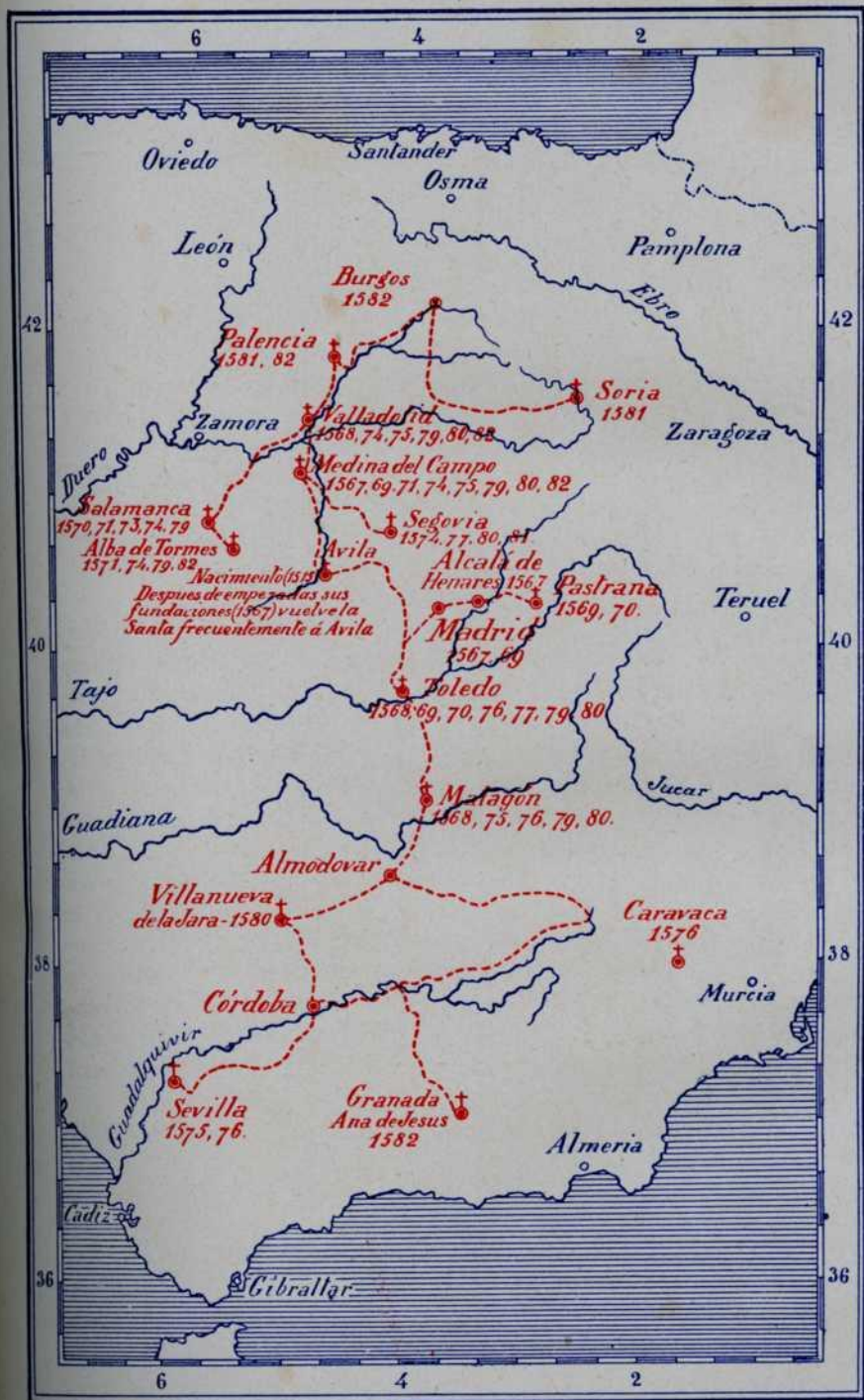
Como llegó el Padre General á Avila, la Madre, con la buena conciencia que tenía, pues ni había faltado de la obediencia, ni pretendido otra cosa sino la gloria de Nuestro Señor y de su Santísima Madre, no huyó ni quiso esconderse como Adán, porque no tenía por qué, sino procura que venga á San José, donde ella estaba. En viniendo dale cuenta no sólo de la fundación, sino de casi toda su vida, con toda la llaneza y verdad que la diera al mismo Señor cuyo lugar él tenía. La causa era buena y bien justificada y el juez allegado á razón y amigo de religión y piedad, y Dios estaba en el corazón y en la lengua de quien la defendía, y así lo hizo con tanta gracia y fuerza de razones, que el Padre General la consoló mucho y la puso grande ánimo, y la aseguró que no la mandaría salir de allí. Y como vió en aquel Monasterio un vivo retrato de los principios de su orden, y guardarse la primera regla sin ninguna mitigación, lo que en ningún otro Monasterio se hacía, y que sus deseos de ser parte para llegar almas á Dios eran grandes, contentóse mucho y vínole deseo de que aquello pasase adelante: dióla patentes muy cumplidas para que pudiese hacer más Monasterios, con mandato que hiciese todos los que pudiese y con grandes censuras para que ningún Provincial se lo pudiese estorbar. Ya ella desde aquí comenzaba á ver las grandes cosas que el Señor la había dicho que había de ver, porque hasta entonces no pretendía sino quedarse en paz en su Monasterio, y pedir licencia para otras fundaciones no la había pasado por el pensamiento. Y aunque veía por otra parte lo mucho que era menester de dineros y favor para fundar Monasterios, y que todo la faltaba, como tenía por una parte gran ánimo para emprender cosas dificultosas y grandes, por otra un encendido deseo de la gloria de Dios y del bien de las almas y tanta fe, en viendo aquella tan grande voluntad de su General para que hiciese más Monasterios, la pareció que ya los veía hechos, y que éstas debían ser las grandes cosas que la había dicho el Señor. En todo la amparaba mucho el Padre General, y hacía mucho favor, y las veces que se podía desocupar, la iba á ver, y hablaba con ella de cosas espirituales y de cosas de importancia de toda la orden, y tomóla tanto amor, que cuando hablaba de ella la llamaba «*la mia Figlia*», hasta que se hubo de partir para volverse á Roma.

CAPÍTULO VII

De cómo la Madre comenzó á tratar que se hiciesen Monasterios de los Descalzos Carmelitas, y cómo se partió á fundar en la villa de Medina del Campo el segundo Monasterio de Descalzas

No se acabaron aquí las grandes cosas que había de ver en la fundación de los Monasterios de monjas, porque la tenía Dios guardada para que también fuese fundadora de los frailes Descalzos Carmelitas, cosa tan maravillosa y tan nueva en una mujer, y casi nunca vista desde el principio de la Iglesia acá. Fué de esta manera: El Obispo don Alvaro de Mendoza, con el deseo que tenía de ayudar á los que con más perfección quieren servir á Dios, trató con el Padre General, antes que se fuese, diese licencia para que en su obispado se hiciesen algunos Monasterios de frailes de la primera regla, ahora fuese que él diese primero en ello, ahora (lo que yo más creo, y lo que entienden y dicen monjas de mucha autoridad que estaban entonces en el mismo Monasterio), porque se lo dijo á él la Madre que lo tratase. Otros también lo pidieron, y el Padre General lo quisiera hacer; pero halló alguna contradicción en su orden, y parecióle que no convenía por entonces: en fin, no tenía Dios guardado esto para el Obispo, sino para su sierva.

Pasados algunos días, ella comenzó á considerar que, si había de haber Monasterios de monjas, era necesario que los hubiese también de frailes, que tuviesen la misma regla y vida, para que de esta manera se conservasen: y encomienda el negocio mucho á Nuestro Señor, y escribe una carta al Padre General, que ya iba camino de Roma, poniéndole delante los grandes provechos que se seguirían de hacerse los Monasterios de frailes Descalzos, y los inconvenientes que en eso se ofrecían no deberían bastar para que una obra de tanta gloria de Dios se dejase. Alcanzó la carta al Padre General en Valencia, y como Dios la había dado tanta gracia y fuerza en las palabras, acabó



----- Itinerarios de *S^{ta} Teresa*
 † Fundaciones
 15... Fechas de los viajes

con él lo que quiso, y así la envió licencia para que se hiciesen dos Monasterios, pero remitida al provincial, que entonces era, y al pasado.

Cosa era bien dificultosa de alcanzar, pero ella, como vió hecho lo principal, tuvo desde luego por hecho lo demás, y así fué, porque el Obispo salió al negocio y hubo el consentimiento y aprobación de los dos Padres Provinciales. Creció el contento de la Madre con esto, y juntamente creció el cuidado, porque ni ella, en los frailes que conocía de su orden, hallaba quien la pareciese que arrostraría á esto, ni tampoco veía seglar que se atreviese á dar á esta obra principio. Tampoco tenía casa, ni cómo la tener; solamente tenía patentes y buenos deseos, y con ellos grande ánimo y esperanza, que pues el Señor había dado lo uno, daría lo otro. Suplicábale mucho que siquiera una sola persona despertase para comenzar.

Andando con estos cuidados movióla el Señor para que comenzase su obra de fundar más Monasterios de monjas, y parecióla que en Medina del Campo sería bueno para hacer principio, que era lugar rico y cercano, y debióla de mover no poco ser á la sazón Rector del colegio de la Compañía de Jesús en aquel lugar su antiguo confesor, de quien tanto bien había recibido, el Padre Maestro Baltasar Alvarez. Y como ella tenía tanta devoción y amistad con los de la Compañía, escribió al Padre Baltasar Alvarez lo que su General la había mandado, rogándole que la alcanzase licencia del Abad para hacer allí un Monasterio, porque con los recados que ella tenía del General, no había menester, en cada parte, más del consentimiento del Ordinario. Con este recado envió al Padre Julián de Avila, capellán de su Monasterio, de quien ya habemos dicho, y diremos otras veces, porque acompañó á la Madre en algunas fundaciones y la ayudó. Dificultad tuvo en alcanzar la licencia, por haber de ser el Monasterio sin renta; pero hizo Julián de Avila su oficio con mucho cuidado, y el Padre Baltasar Alvarez el suyo con el Abad, y así había buenas esperanzas. Fué menester que se hiciese una información (1), con autori-

(1) «Yo fuí á Medina, dice Julián de Avila, y conforme á lo que allá hubo, fué menester que yo hiciese una información jurídica de la utilidad y provecho que al pueblo vendría con el tal monasterio. Fué Dios servido que la información se hizo muy bastantísima, con testigos de mucha santidad y autoridad, porque de eclesiásticos fueron los principales que había entonces en la casa de la Compañía de Jesús; porque como los más de aquellos padres conocían á la Santa Madre, con gran voluntad decían sus dichos, entendiéndolo bien que Dios hacía al pueblo, donde ella fuese á plantar tan buena simiente, para aplicar las almas que ellos trataban. Porque entendían bien el modo de proceder que tenía ella y sus monjas destas casas, que la Madre quería hacer, por ir muy conformes en muchas cosas, en cuanto en mujeres podía caber, á las constituciones y ejercicios de la Santa Compañía de Jesús, y así gustaban, por donde la Compañía estuviere, hubiese también casa de estas monjas Descalzas, y gustaban también de tratarlas en particular, según su Orden se lo permite, por haber siempre, en estas casas de Des-

dad de la justicia, del provecho que á la villa vendría de aquel Monasterio, é hizola Julián de Avila muy bastante, con testigos de mucha autoridad. De eclesiásticos fueron los principales que allí había de la Compañía de Jesús, porque como conocían y amaban á la Madre, y sabían el servicio grande que se haría á Nuestro Señor en que allí hubiese ese Monasterio, dijeron sus dichos con mucha voluntad. De seglares fueron algunos regidores y otros de los principales del pueblo.

En esto se detuvo quince días, y sacó su licencia como la deseaba: alquiló por orden de la Madre una casa de las mejores que había en el lugar, para que allí comenzase el Monasterio, cerca de San Agustín, y costaba cada año cincuenta y un mil maravedís de alquiler. Otra diligencia había hecho más la Madre en este tiempo. Era Prior entonces del Monasterio de los Padres Carmelitas de Medina, que se llamaba Santa Ana, el Padre Fray Antonio de Heredia, á quien yo conozco muy bien, de Salamanca, y le conocí también Prior del Carmen de Avila. Escribióle la Madre para que las comprase allá una casa, y él lo trató con una señora que le tenía devoción, y sin pedirle fianzas se concertaron. Esta estaba en la calle de Santiago, en muy buen puesto, que es la que ahora tienen; pero estaba la mayor parte de ella caída, que no se podía morar, y por eso fué menester que Julián de Avila alquilase la otra, entretanto que ésta se enderezaba. Muy contenta quedó la Madre con la compra de la una y con el alquiler de la otra, aunque ni para uno ni para otro tenía blanca. Pero su ánimo era grande, y la confianza que tenía en el Señor, la cual tenía muy mayor después que la sacó tan bien de las grandes dificultades en que se había visto en la fundación de su primer Monasterio, y así no reparaba en el dinero, ni temía que por falta de él se hubiese de dejar de hacer lo que era menester. Faltaba, pues, aquí que quien había dado lo demás, proveyese también los dineros, porque ni los había para hacer aquel camino, ni aun crédito para buscarlos prestados. Pero porque no había de faltar por aquí, como nunca faltó, estando la Madre pensando de dónde habría dinero, viene á ella una doncella, que no había podido entrar en San José, por estar ya cumplido el número de trece; y como supo que se había de hacer otra casa, pidió que la recibiesen en ella, y ofrécela para ayuda de la fundación unos dinerillos que tenía. Recibióla, y fué la primera que en aquella casa de Medina se recibió: llámase Isabel de Jesús; pero los dineros eran tan pocos, que no había en ellos para pagar la casa que había comprado, sino para el alquiler de la otra.

Con estos se determinó de ponerse en camino, con harta gente que

calzas Carmelitas, muy buenas almas, y muy dadas á la oración y mortificación, y como ellos tratan de lo mesmo, parece que se conocen en el lenguaje. • *Vida de Santa Teresa*, p. 2.^a c. VIII, pág. 249.

había de mantener, como si llevara grandes riquezas. Escogió de San José dos monjas, y de la Encarnación salieron cuatro, porque tenía ella licencia para que pudiesen libremente salir á sus Monasterios las que quisiesen. Las de San José eran María Bautista, sobrina de la Madre, de quien ya hemos dicho, y Ana de los Angeles, que era Superiora. Las de la Encarnación, doña Inés de Tapia, que se llamó Inés de Jesús, Priora ahora de Palencia, y doña Ana de Tapia, que se llamó Ana de la Encarnación, su hermana, que lo ha sido muchos años de Salamanca, y lo fué después de Medina: eran las dos, primas hermanas de la Santa Madre; y doña Isabel Arias, á quien puso por Priora de Valladolid, cuando fundó aquella casa, y se llamó después Isabel de la Cruz, y doña Teresa de Quesada. Estas dos postreras se iban con el mismo hábito que tenían en la Encarnación: las demás ya le habían mudado, porque pocos días antes de esto se habían venido á San José con la Madre. Las que quedaron sintieron muy tiernamente su partida, porque era el amor que la tenían grandísimo, y ninguna había que no tuviera á gran dicha que la quisiera llevar en su compañía. Aunque antes que se partiese quiso como Madre verdadera consolarlas en parte, con dejarlas acomodadas de casa y huerta, que lo habían bien menester, y para esto, con estar tan pobre como estaba, se adeudó en nueve mil reales, esperando en Nuestro Señor que proveyera quien los pagase, como lo hizo antes que pasase mucho tiempo, trayendo doncellas que entrasen en el Monasterio, ricas de dineros y deseosas de servir á Dios, que no fué poco en aquel tiempo, cuando todos pensaban que el Monasterio se había de deshacer faltando ella de él.

A la hora que hubo de partirse, fué á una ermita que hay en aquella casa, de Cristo á la columna, y suplicóle con gran devoción que cuando ella volviese, hallase la casa como la dejaba, y así se lo concedió el Señor. Hecho esto, se despidió de sus hijas con harto sentimiento, pero encubríale con su grande ánimo, por no las desconsolar. Las que iban con ella iban todas con grande esfuerzo y deseo de padecer, y con la capitana que llevaban las parecía podrían romper por donde quiera. Iban en tres ó cuatro carros ellas, y la ropa, y ajuar que sufría la pobreza de la casa de donde salían, conforme á lo que allá habrían menester, y demás de la gente de á pie, iba él Padre Julián de Avila. Salieron cinco años después de la fundación de San José, á trece de agosto de 1567 años, porque deseaba mucho la Madre que el nuevo Monasterio se comenzase el día de la gloriosa Asunción de Nuestra Señora la Virgen María, cuyo era él y las que le fundaban.

No pudo ser esta salida secreta, ni se puso cuidado en que lo fuese, por parecer que iban á cosa hecha. Y así como se supo, hubo gran murmuración en la ciudad. Unos decían que era la Madre una loca:

otros que estaban esperando á ver en qué paraba aquel desatino: otros que la querían bien, la decían muchas cosas para estorbárselo, y la ponían grandes dificultades, que á ella no se la hacían, porque lo que ellos tenían por dudoso, á ella se le hacía tan fácil, que no podía creer sino que todo había de suceder bien. Al Obispo también le parecía cosa que no llevaba camino, pero no quiso decírselo, ni estorbarla, por no la dar un disgusto, que la amaba mucho.

La primera jornada fué á Arévalo, y estando como un cuarto de legua de él, ya tarde y harto cansadas por el mal aparejo que llevaban, salió á ellas Alonso Esteban, clérigo, siervo de Dios y hombre de mucha caridad, que las tenía buscada posada en casa de unas devotas mujeres, y da al Padre Julián de Avila una carta del dueño de la casa, que él dejaba en Medina alquilada, que se llamaba Alonso Alvarez, en que le decía que no se partiesen de Avila hasta que el negocio se averiguase con los Padres de San Agustín, que vivían allí junto, y no querían que tan cerca de su casa se hiciese Monasterio, y que ellos eran sus amigos y no les quería disgustar, ni daría la casa hasta que ellos viniesen en ello. Lo mismo dijo á la Madre en secreto. Nueva era ésta de harta pena para quien llevaba tanta gente, y iba con tanto deseo de que el día de Nuestra Señora, cuya víspera era el siguiente, se hiciese la fundación. Pero la Madre no se desmayó, sino antes cobró mayor ánimo, y parecióla que pues ya el demonio se comenzaba á alborotar, se había de servir mucho Dios de aquel Monasterio. Dijo al clérigo que callase, porque no se turbasen las compañeras que llevaba, y hacía lo principalmente por dos de la Encarnación, que eran doña Isabel Arias y doña Teresa de Quesada, que de las demás satisfecha estaba que se pondrían por ella á cualquier trabajo. Mas de las dos dichas, doña Isabel Arias era Superiora de la Encarnación al tiempo que salió, y estorbábanla allí mucho la salida, y entrambas eran de buenos deudos y muy nobles, y habían salido contra la voluntad de ellos, y por eso tenía de estas más pena.

Como entró en la posada, supo que estaba entonces en aquella villa el Padre Maestro Fray Domingo Báñez, y consolóse mucho, porque con su parecer, todo se persuadía iría acertado. Envióle luego á llamar, y dijole en secreto todo lo que pasaba: parecíale á él que se acabaría aquello presto con los Padres de San Agustín, pero la Madre, como traía tanta gente y veía que la brevedad importaba tanto, porque con la experiencia que tenía de la fundación pasada, veía que si no se tomaba la posesión antes que el pueblo lo sintiese, podían suceder muchos inconvenientes, no se aseguraba con aquello. Mucha parte de la noche estuvo después pensando y dando trazas para lo que deseaba, hasta que á la mañana llegó allí el Padre Prior Fray Antonio de Heredia, y dijo que aquella casa que él tenía concer-

tada era bastante, y que tenía un portal donde se podría poner el Santísimo Sacramento con algunos tapices. A la Madre pareció esto bien, porque era caso más breve, y resolviéronse también en que algunas de las monjas, que fueron Inés de Jesús y Ana de la Encarnación, su hermana, y doña Teresa de Quesada y doña Isabel Arias, se esperasen en un lugar que estaba cerca de allí, llamado Villanueva del Arenal, donde era cura Vicente de Ahumada, hermano de Inés de Jesús y de Ana de la Encarnación, á donde las llevó Alonso Esteban, de quien ya hemos dicho, y no estuvieron allí quince días, que luego la Madre envió por ellas. Con la Madre se quedaron María Bautista y Ana de los Angeles. Determinaron también de irse por Olmedo, donde estaba el Obispo de Avila, porque en el camino estaba la señora de la casa á donde ya querían ir. A ésta habló la Madre y trujo carta suya para que un mayordomo, que estaba en la casa, se saliese de ella y se la desembarazase, y escribióle también que la diese, si fuese menester, los tapices que había en casa y una cama de damasco azul, que fué un consejo muy acertado, como después veremos.

CAPITULO VIII

De cómo la Madre Teresa de Jesús llegó á Medina y fundó su Monasterio de San José

Aquella misma tarde llegaron á Olmedo, donde fueron bien recibidos del Obispo; mas no quiso la Madre detenerse por no perder la ocasión que pensaba tener. El Obispo la dió un coche en que fuese mejor y más decentemente con sus monjas, y un capellán que las acompañase, y en fin, aquel mismo día, que era víspera de la Asunción de Nuestra Señora, llegaron á Medina del Campo á la media noche. El Padre Julián de Avila (1) se había adelantado un poco, y tenía ya preparados á los Padres Carmelitas del Monasterio de Santa Ana, de cómo venía la Madre, y lo que pretendía hacer aquella noche, y apercibieron ornamentos para decir misa y aderezo para el altar. Luego llegó la Madre, y porque hubiese menos ruido, apéanse junto á la portería del mismo Monasterio, y sin dilación ninguna, se cargan todos de lo que era menester para lo dicho, el Prior y otros dos frailes y los dos clérigos y las monjas. Iba la bendita Madre dándoles priesa, con la determinación y ánimo que suele ir un valeroso capitán con su gente á alguna empresa de gran importancia, que, para no perderse, conviene ser antes acabada que ellos sentidos. Iban por fuera de la villa, y era esto al tiempo que andaban encerrando los toros que se habían de correr al día siguiente de Nuestra Señora de agosto, y así había mucha gente por todas partes, que fué otro trabajo, y fuéales mayor si les topara la justicia, porque todos iban cargados, que parecía habían robado alguna Iglesia. Los que les topaban, viendo frailes y clérigos y mujeres, decía cada uno lo que se le antojaba, con la libertad que la noche da á semejantes palabras; pero como no era la justicia, dejábanles pasar. Ellos callaban y alar-

(1) «Yo me adelanté, dice él mismo, para llegar primero á prevenir á los Padres Carmelitas, y á la media noche estaba yo dando golpes á la puerta, que al fin despertaron y me abrieron.» *Vida*, parte 2.^a, cap. VIII.

gaban el paso, y llegados á la casa, dieron al mayordomo un harto mal rato, porque él dormía y ellos llamaban á gran priesa, con la gana que tenían de entrar y no ser sentidos, y con el temor de que no les sucediese alguna desgracia. En fin, se levantó y les abrió, y hizo lo que su ama le mandaba, y ellos con gran contento entraron en un patio, donde vió la Madre las paredes caídas, pero no tanto como ellas estaban, y como parecieron después de día.

El portal á donde se había de poner el Santísimo Sacramento, tenía mucha tierra que sacar y estaba á teja vana, y tal que la Madre juzgaba no convenir hacer en él altar, ni poner Sacramento. Las paredes sin embarrar, y no había con que las cubrir, porque no traían más que tres reposteros, que para todo el largo del portal era nada. No sabía qué hacer, porque todo faltaba; pero el mayordomo se ofreció á dar los tapices de su ama y la cama de damasco azul, como ella se lo había escrito, que fué gran consuelo para la Madre y para todos. Ya que tenían paños, faltábanles los clavos para ponerlos, y no había donde se comprasen, ni tampoco para ello, que era lo que más cuidado les ponía. Porque habiendo llegado la Madre á Santa Ana á las doce de la noche, y habiendo andado y hecho lo que está dicho, y siendo entonces las noches tan cortas, bien se ve cuán poco faltaría para el día. Buscáronlos por aquellas paredes, y los frailes y los clérigos se dieron priesa á entapizar el portal, y las monjas á sacar la tierra, y no se los estaba mirando la Madre, antes ella era la primera en semejantes cosas, y ayudaba con gran cuidado y diligencia. Diéronse tan buena maña, que cuando amanecía estaban puestos los tapices y hecho el altar y la campanilla puesta en un corredor. Pero antes que amaneciese, faltaba ir al Provisor, para que mandase á un notario que diese por testimonio cómo aquel Monasterio se hacía con autoridad y licencia del Abad, para que después nadie lo pudiese contradecir ni estorbar. Luego fueron á llamar al notario para que, como lo mandaba el Provisor, se levantase y luego se fuese con ellos.

Todo se hizo, y cuando amanecía, comienzan á tañer su campanilla á la primera misa, que puso gran admiración á la vecindad y á todos los que lo veían, porque hallaban un monasterio más de la noche á la mañana. No sabían qué decir, sino espantados se miraban unos á otros, y en muy poco se juntó tanta gente, que no cabían ya en el portal, y fué menester que á la misa y al poner del Santísimo Sacramento, se retirasen las monjas; pero no sabían á dónde, porque lo más de la casa estaba por el suelo, y el Santísimo Sacramento faltaba poco para estar en la calle. El remedio que tuvieron fué éste: Enfrente del Santísimo Sacramento había una escalera que subía á un corredor que sólo estaba en pie, y cerraron la puerta de la escalera, y por los resquicios de ella oyeron Misa. Esta las servía de coro y de locutorio y de confesonario. Con ponerse el Santísimo Sacra-

mento y decir misa, quedaba ya tomada la posesión, y así quedó fundado el Monasterio del glorioso San José de Medina (que así quiso la Madre que se llamase, como el de Avila), día de la Sagrada Asunción de Nuestra Señora, á quince de agosto de mil y quinientos y sesenta y siete años.

Por cierto, si como me toca á mí ahora escribir esa historia, me tocara, escribiéndola, detenerme en las alabanzas de este tan glorioso hecho, y yo lo supiera bien hacer, mucho había en que mostrar la elocuencia, y gran campo tenía para extenderme, ahora quisiera alabar su gran prudencia, para acabar en un día lo que grandes hombres no acabarían en muchos, ahora la firmeza de su fe, que no bastaron tantos estorbos á hacerla desconfiar, ahora tratara de la grandeza de su ánimo, que tan gran cosa emprendió, y la llevó adelante, teniéndola acabada cuando otro no hubiera acabado de pensar si se había de hacer. Dejo el trabajo del camino, sin tomar reposo, caminar hasta la media noche, ayunando y comiendo mal, y luego, sin descansar, caminar á pie y cargada hasta la casa, una mujer de cincuenta y tres años y llena de enfermedades; no acordarse de comer ni de dormir, sino toda embebida en buscar la gloria de Dios y en acabar lo que había comenzado para ella; no se embarazar con tantas cosas que había que hacer, no se le poner delante temor alguno, y en fin, de una casa particular y caída, hacer en tres horas ó menos un Monasterio en una villa tan grande y de tanta gente, sin saber nada la misma villa hasta verle hecho. Habiendo vencido Julio César á Farnaces, rey del Ponto, cinco días después que llegó á su tierra, y en una sola batalla, que duró cuatro horas, sacó en su triunfo esta letra: *Vine, vi, venci* (1). ¿Cuánto mejor la pudiera sacar la Madre Teresa de Jesús, pues no á cabo de cinco días, sino á cabo de dos que salió de su Monasterio, antes de ver á Medina, porque lo estorbaba la noche; con su poca gente, no en cuatro horas, sino en tres, hizo una tan grande y gloriosa hazaña y alcanzó tal victoria? ¡Con qué ojos tan amorosos estaría Jesucristo Nuestro Señor mirándolo desde el cielo, y cómo diría! Hallado he una mujer conforme á mi corazón, que hará toda mi voluntad. Yo desde acá, cuando me acuerdo de aquella pregunta de Salomón: «Mujer fuerte ¿quién la hallará?» (2), me parece que tengo muy buena respuesta; que Cristo Nuestro Señor se la buscó y se la halló en esta Santa; y así con razón se puede decir lo que se sigue luego: «Su valor es como de una cosa traída de lejos y del cabo del mundo.»

(1) Suetonio, *in Vita*, cap. XXXV y XXXVII.

(2) Prov., XXXI, 10.

CAPÍTULO IX

**De la grave tentación que la vino después de lo dicho,
y de cómo se pasaron á otra casa, y pagaron y acomodaron
aquella en que antes estaban**

Lo mismo aconteció á la Madre Teresa de Jesús en la fundación de este Monasterio, que la había acontecido antes en la de Avila, porque estando ella muy contenta de que hubiese una Iglesia más donde estuviese el Santísimo Sacramento, y de ver hecho sin contradicción lo que deseaba, dió el Señor licencia al tentador, para que aquella alma santa fuese por todas partes probada y ejercitada, y Él retiróse un poquito mirando la batalla, que comenzó por aquí.

Después de haber oído la misa, fuese la Madre á mirar el patio desde una ventana, y vió las paredes por algunas partes todas en el suelo, y tales, que eran menester hartos días para remediarlas. Después vió cómo el Santísimo Sacramento estaba casi en la calle, y affigióse mucho, porque por ser los tiempos tan peligrosos de Luteranos, temió no hubiese algunos herejes secretos de los extranjeros, que le hurtasen de allí y le hiciesen algún desacato. Aquí entró el tentador, y pónela juntas delante de los ojos todas las dificultades que pudieran poner los que más habían murmurado de aquella su venida, y encarécelas, como lo sabe y suele hacer, haciendo de una hormiga un elefante: escurécela el alma, quita de su memoria las mercedes que del Señor había recibido, pónela delante solamente su bajeza y poco poder, y hácela entender que aún es menos, y pónela de arte que casi la parecía imposible ir adelante. Miraba las compañeras que traía de la Encarnación, con cuánta contradicción habían salido, particularmente las dos, cuán mal parecía tornarlas á enviar, y que errado este principio, no se podía pasar adelante en las fundaciones, y que si esto era verdad, había sido ilusión y engaño lo que la parecía haber entendido del Señor; y si éste era engaño, que toda su vida había andado engañada, y venfala de esto un gran miedo de

haber sido hasta entonces engañada, sino que podía también serlo en lo que la quedaba de vida.

Maravilla no pequeña parece verse en tantas dudas y temores una alma tan favorecida de Dios, y que tan claros testimonios tenía para tener por cierto que no tenía que temer. ¡Qué novedad tan grande ver tales tinieblas á donde solía siempre hacer un sol tan claro, temer la que poco antes estaba tan segura, y desmayar la que tenía tanta y tan bien fundada confianza! Pero quien tuviere algún conocimiento de las crecientes y menguantes que suele haber en los corazones de los santos, y mirare la gran Providencia de Dios, que quiere que las haya para que conozcan ellos más claramente lo que son con Dios, y lo que son en sí, y reconozcan más la grandeza del que les da las fuerzas, y la pequeñez suya, y con este conocimiento se dispongan para otras mayores mercedes y favores que les quiere hacer, dejarse ha de maravillar. ¿Quién dijera que era el mismo el que decía: «Cierto estoy que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles, ni los espíritus que se llaman Principados, ni los que se llaman Virtudes, ni las cosas presentes, ni las que están por venir, ni lo alto, ni lo bajo, ni otra criatura, nos podrá apartar del amor de Dios que le tenemos por Jesucristo Nuestro Señor» (1); y el que en otra parte escribía. «No quiero, hermanos, que dejéis de saber la tribulación nuestra que pasamos en Asia, porque sobremanera fuimos afligidos y sobre la fuerza que teníamos, de suerte que nos cansaba ya la vida misma, y tuvimos entendido que habíamos de morir, para que no tengamos la confianza en nosotros, sino en Dios, que resucita los muertos» (2). Por cierto, el mismo Apóstol San Pablo era el que decía lo uno y lo otro; pero en lo primero era Pablo con Dios, en lo segundo Pablo casi solo. Estas cosas pasaban en el corazón de la Madre, pero disimulábalas mucho por no desconsolar á sus compañeras más de lo que ellas estaban. Pasó con este trabajo hasta la tarde, que la envió el Padre Baltasar Alvarez un Padre que la visitase, el cual también la consoló y animó mucho. Trató con él que la buscasen una casa donde pudiesen estar, porque estaban como en la calle, y que en el precio no se reparase. Buscábase la casa con cuidado; pero como Medina entonces estaba en su prosperidad y había tanta gente de negocios, por ningún dinero se podía hallar. Entretanto, la Madre pasaba los días con harta pena, y las noches con más, porque era menester poner cada noche hombres que velasen el Santísimo Sacramento, como el Jueves de la Cena; pero no podía ella por eso acabar consigo de descuidar; temía no se durmiesen, y levantábase de noche á mirarlo por una ventana, y había luna muy clara, y así lo podía ver.

Así pasaron ocho días, hasta que un mercader, llamado Blas de

(1) Rom. VIII, 38, 39.

(2) Cor. I, 8, 9.

Medina, que tenía una muy buena casa hacia la Iglesia mayor, la repartió en dos moradas, y en la una se recogió él y su gente, y la otra, que era la de arriba, dejó á las monjas, y juntamente una sala muy grande y dorada que sirviese de Iglesia, entretanto que se aderezaba la casa que se había comprado. Con esto comenzó la Madre á sose-garse, porque en aquella casa donde se habían pasado, estaban con más encerramiento, y comenzaron á decir sus horas. En la misma calle de Santiago, donde tenían la casa que se había de aderezar, vivía una señora viuda muy principal y muy sierva de Dios y de mucha caridad, que se llamaba doña Elena de Quiroga, que como entendió el servicio que hacía á Dios, se fué á la Madre, y dijo que la ayudaría para que luego se hiciese una capilla en que estuviese el Santísimo Sacramento, y para que pudiesen estar en su casa con encerramiento.

Con esto comenzó á andar la obra, y el Padre Prior Fray Antonio de Heredia, con mucha diligencia y caridad, iba y venía y daba prisa en ella, y en dos meses se puso de manera la casa, que se pudieron pasar á ella. Otras personas las daban también harta limosna para sustentarse; pero doña Elena fué la que más las socorría. No perdió ella nada en ayudar á estas siervas de Dios, porque por ahí la vino el Señor á dar tan buen pago, que primero llevó á la misma religión á una hija suya, que se llama Jerónima de la Encarnación, á donde la ha hecho y hace muchas mercedes, y después á la misma doña Elena, desocupándola de los cuidados de hijos y hacienda, trujo á la misma casa donde había traído á su hija para gran bien suyo y mucha edificación de los que la conocíamos y tratábamos; y cuando esto escribo, es Priora del Monasterio de Toledo, á donde la mudaron con su hija, y llamóse después de monja, Elena de Jesús.

Cuando se pasaron á la casa, ya estaba de manera que pudieron pasar en ella algunos años razonablemente. Y no solamente ayudó Dios á estos principios, sino también las dió dinero con que pagasen la casa misma, y después se ha mejorado mucho y se han gastado en ella algunos millares de ducados.

La Madre iba haciendo todo lo que era menester, aunque no tuviese con qué, y cada cosa que se hacía, tenía Dios luego aparejadas personas que la pagasen, para que se viese bien ser aquella obra de Dios, y cuán confiados deben andar los que de veras tratan de la gloria y servicio de Dios y de su Santísima Madre. Ibanse recibiendo monjas que traía Nuestro Señor, cuales eran menester para aquellos principios, y hacíalas tanta merced, que la Madre se espantaba de lo que en ellas veía. Ayudábalas mucho para esto el buen ejemplo de las primeras, y así unas y otras vivían de la manera que las de Avila, y tenían en el pueblo gran crédito (1).

(1) Cfr. *Reforma de los Descalzos*, lib. II, cap. VI, VII y VIII. Es digna de

Tampoco faltaron aquí otros trabajos á la Madre, porque ella y sus compañeras que había traído de San José, estuvieron algunos días bien malas. Desde que ando en la historia de esta fundación, traigo en la memoria una cosa que leí, escrita de mano de la Madre, que por lo dicho se ve cuán bien dicha está.

Acabando ella de comulgar un día en su Monasterio de Malagón, vió á Nuestro Señor Jesucristo, y entre otras cosas, la mandó que escribiese las fundaciones de sus Monasterios. Ella estaba pensando, cómo en esta de Medina nunca la había dicho nada el Señor como en otras, y respondía él: «¿Qué más quieres, que ver que esa fundación de Medina fué milagrosa?»

leerse la carta del R. Padre General Rossi (Rubeo), fechada el 8 de Enero de 1569, dirigida á las monjas de Medina del Campo: las alaba grandemente y más aún á Santa Teresa.

CAPÍTULO X

De cómo pasó adelante en la fundación de los Descalzos Carmelitas, y cómo la ofrecieron lugar para fundar Monasterio en Valladolid, y fué á Alcalá al Monasterio de las Descalzas

Mientras Dios andaba haciendo los negocios de la Madre Teresa de Jesús, no se descuidaba ella de hacer los de Dios, aunque ni los primeros tenía ella por suyos, ni trabajara en ellos lo que trabajó, si no fuera por tenerlos por de Dios. Acabado lo dificultoso de la fundación de San José de Medina, como no se ofrecían dificultades ni cosas grandes en que se empeñara la gloria de Dios, no descansaba su generoso corazón, ni se hacía á estar sin emplearse en alguna grande empresa. Parecióla, pues, que se serviría mucho la Majestad de Dios en que hubiese frailes Descalzos, que tuviesen la misma manera de vivir que las monjas, y no hallando (como habemos dicho) de quién echar mano, determina de tratar con el Padre Fray Antonio de Heredia, en mucho secreto, lo que pretendía, á ver qué consejo la daba. Él, en oyéndolo, se alegró mucho, é inspirado de Dios, dijo: Que le parecía muy bien, y que él sería el primero.

No hizo caso de aquello la Madre, porque aunque sabía que había sido buen fraile siempre, y recogido, y estudioso, y amigo de la celda, parecióla que era delicado, y no hecho á tanta penitencia, y que no podría llevar adelante el rigor y aspereza que era menester y ella quería que hubiese, y como lo sentía, así se lo dijo. Respondió él que había muchos días que el Señor le llamaba á vida más estrecha, y así había estado determinado hasta entonces de pasarse á la Cartuja. Holgábase la Santa de oírle estas razones, pero no se satisfacía del todo, y no quiso que se hiciese nada hasta tenerle primero en probación, porque veía importaba mucho que el fundamento del edificio fuese firme y seguro. Rogóle que se dejase el negocio por algún

tiempo, y que él entretanto se ejercitase en hacer las cosas que había de prometer y guardar. Este fué como noviciado de este siervo de Dios, y la probación fué muy legitima y cumplida, porque duró un año, y entretanto que él se probaba á sí, le probaba Nuestro Señor mejor, como á principio de la grande obra que en él había de comenzar, porque permitió que le levantasen tantos testimonios, y tuvo tantos trabajos y persecuciones con ellos, y salió tan bien de todos, y tan aprovechado, que no se podía desear mejor noviciado para la profesión que se esperaba: con que la Madre estaba muy contenta.

En este tiempo trajo el Señor allí otro Padre de la misma orden, llamado Fray Juan de la Cruz, mancebo que estudiaba entonces en Salamanca. De éste dió su compañero á la Madre muy buenas nuevas de su vida y religión, ella le habló para ver si era cosa que la cumplía, y parecióla muy bien, y holgárase de tenerle para el Monasterio que quería hacer. Y como Dios quería lo mismo, ofrecióse buena ocasión para la plática, porque poco á poco él vino á decir que trataba de ser Cartujo. Luego entró la Madre diciéndole lo que ella pretendía, y que le rogaba se detuviese hasta que ella tuviese Monasterio, que aquello le estaba mejor, y que si quería mejorar, era más servicio de Dios y más acertado, fuese en la misma religión, para que Dios le había llamado, que en otra. El prometió de hacerlo así, como no hubiese en el negocio mucha dilación. Con esto quedó la Madre muy alegre, por haber hallado dos piedras vivas para cimiento de la casa que quería edificar á su Esposo, á quien tan ardentemente amaba, aunque no estaba de Fray Antonio tan del todo satisfecha, y por eso se holgaba que se fuese algo dilatando, y también por no tener á donde se pudiesen meter.

Aconteció también que cuatro ó cinco meses antes que saliese á la fundación de Malagón, de quien diremos presto, vino á ella un caballero principal, mancebo, á quien Dios traía, sin saber él el bien grande que de allí le había de venir. Y dijola que si quería hacer en Valladolid Monasterio, él daría para ello una casa que tenía con una huerta muy buena y grande, que tenía dentro una gran viña. Ofreció esto de muy buena gana, aunque era de harto valor, y quería que se tomase luego la posesión, é ibale harto á él en aquella priesa, aunque por entonces no lo entendía. Este caballero era don Bernardino de Mendoza, hijo del conde de Rivadavia, y hermano del Obispo de Avila, don Alvaro de Mendoza, y de doña María de Mendoza, que estando en Avila con su hermano, había tratado mucho en San José, y aprovechándose con los buenos consejos que allí se le daban. Tenía mucha devoción á la Madre y á sus monjas, y con ella las dió allí para dos ternos y una capa y un frontal. De allí le vino este deseo de dar aquella casa de Río de Olmos (que así se llamaba) y había sido casa de recreación del comendador mayor Cobos. Esto se había tratado

en Avila, antes de la fundación de Medina, y cuando para ello pasó la Madre por Olmedo, la daban priesa, don Bernardino y el conde de Rivadavia, para que fundase primero en Valladolid.

Después de la fundación de Medina, hubo de ir á Ubeda doña María de Mendoza, y con ella don Bernardino su hermano, y rogó mucho doña María á la Madre se fuese con ellos hasta Alcalá (1), donde ella también había de ir á lo que después diré, y en el camino hizo don Bernardino la donación con escritura firme, y la Madre se quedó en Alcalá. La Madre Teresa de Jesús bien vió que el lugar no era á propósito para Monasterio, por estar casi un cuarto de legua de la villa; pero por ser devoción tan grande, y darlo tan de buena gana, y por ver también que tomada allí una vez la posesión del Monasterio, se podrían fácilmente pasar á la villa, aceptó aquella hacienda, con determinación de ir allá, y fundar en aquella villa tan principal, y á donde tan bien estaría un Monasterio, aunque no se pudo hacer eso tan de presto, como poco después veremos.

La ocasión de esta ida á Alcalá, fué la instancia grande que hizo doña Leonor Mascareñas, señora muy principal y muy devota, para que fuese á instruir á las monjas Descalzas de Alcalá en las cosas de

(1) Hicieron el viaje por Madrid, donde se detuvo la Santa Madre unas tres semanas. Llegados á la Corte, se apearon en casa de Doña Leonor Mascareñas, junto al convento de los ángeles, en la plaza de Santo Domingo. Grande fué el alborozo de aquella señora, viendo en su casa á quien tanto deseaba. Esparcióse muy pronto por la corte la llegada de Teresa, y muchas damas de la principal nobleza se dieron cita en casa de Doña Leonor, para tener la honra de ver y hablar á la que el mundo predicaba por Santa, llevadas unas de curiosidad, otras de devoción, quienes con la esperanza de verla en éxtasis, quienes de verla obrar algún milagro.

Acogió Teresa con buena gracia aquella numerosa comitiva, pero eludiendo con suma finura las numerosas preguntas que le dirigían acerca de la oración, éxtasis y visiones, empezó á hablarles de las grandezas de la corte y de las hermosas calles de Madrid, divirtiendo así la conversación á cosas indiferentes, sin darles lugar á que entendiesen de ella más de lo que indicaban sus palabras y la llaneza de su trato. Muchas de aquellas damas quedaron no poco chasqueadas al ver mortificada su curiosidad, y varias de ellas declaraban al salir de su presencia, que la Madre Teresa no pasaba de ser una Monja de tantas, buena sí pero ordinaria.

No sucedió lo propio en el Real Monasterio de las Descalzas Franciscanas, donde la fué forzoso ir, á petición y mandato de la princesa Doña Juana, hermana de Felipe II y fundadora de aquel Convento, que deseaba mucho conocerla. Durante los quince días que allí estuvo hospedada, por más que ella procuró ocultar los dones extraordinarios con que el Señor la colmaba, no pudo ser tanto su disimulo que dejaran de traslucirse á los ojos atentos de los que la observaban. Así fué que no bien hubo abandonado aquel monasterio, las religiosas y principalmente la Madre Abadesa, que lo era la hermana de San Francisco de Borja, Duque de Gandía, no se hartaban de proclamar á voces que habían visto á una Santa con sus propios ojos. Bendito sea Dios, declan, que nos ha dejado ver una Santa á quien todas podemos imitar: que habla, duerme y come como nosotras, que conversa sin ceremonias ni melindres de espíritu. De Dios es sin duda el que ella tiene, pues es sincero y sin ficción, humilde y llano, y ha vivido entre nosotras, como vivió El entre los hombres. *Reforma de los Descalzos*, lib. II, cap. X.

De Madrid pasó la Santa á Alcalá en compañía de Doña Leonor Mascareñas.

su orden, y reformar lo que fuese menester; y eso mismo pedía también mucho la misma Madre María de Jesús, que fué la beata á quien Nuestra Señora mandó hiciese aquel monasterio, como dijimos en el primer libro (1). Estuvo con ellas como dos meses ó algo más, y después de haber hecho esto, y ordenado algunas cosas, se partió de allí á Toledo, y después á Malagón, como se dirá en el capítulo siguiente.

(1) Cap. XVI.

CAPÍTULO XI

De cómo la Madre Teresa de Jesús fundó en la villa de Malagón el tercero Monasterio de Descalzas, que se llamó San José

Quien quisiere hacer bien sus negocios, encárguelos á Dios Nuestro Señor, y cárguese él de los de Dios, que su Majestad tomará la mano y hará mucho más de lo que él osara esperar. Así acontecía á la Madre, que andando ella tan embebida en buscar la mayor gloria de Dios, Él la traía á las manos las fundaciones de los Monasterios. Poco había que la habían ofrecido lo de Valladolid, cuando la vinieron á rogar que fuese á la villa de Malagón á fundar otro Monasterio, ofreciéndola lo que para la fundación fuese necesario.

Quien pidió y ofreció esto, fué doña Luisa de la Cerda, hermana del duque de Medinaceli, en cuya casa en Toledo ella estuvo hartos días, como ya dijimos en el libro primero en el capítulo XV. Porque oyendo esta tan principal y cristiana señora que tenía la Madre licencia para fundar Monasterios, como la conocía y tenía tanto amor, comenzóla á importunar mucho para que fundase uno en su villa de Malagón. La Madre, aunque deseaba dar contento á esta señora, en ninguna manera quería admitir esta fundación, porque veía que siendo el lugar tan pequeño, era cosa forzosa haber de tener renta el Monasterio para poderse mantener, cosa que ella en gran manera aborrecía. Trató el negocio con letrados, como lo hacía en las dificultades y dudas que se le ofrecían, y especialmente con el Padre Maestro Fray Domingo Báñez, su confesor. Y dijéronla que hacía mal, y que pues el Santo Concilio de Trento daba licencia para tener renta, no era justo se dejase por eso de hacer un Monasterio, donde tanto el Señor se podía servir. Ella, como siempre se gobernaba por el parecer de hombres de letras, y no por el suyo, hubo de admitir el Monasterio, aunque de mala gana, porque á esto se llegaban también las muchas importunaciones de aquella señora. Dió bastante renta, porque la Madre siempre fué de este parecer, que sus Monasterios, ó bien fuesen del todo pobres, ó si hubiesen de tener renta, fuese la que

bastase para que las monjas no tuviesen necesidad de importunar á nadie.

Hechas las escrituras, envió á Avila por algunas monjas que llevar á Malagón. Y dejando en San José de Medina por Priora á Inés de Jesús, y por Supriora á su hermana Ana de la Encarnación que, como dijimos, habían salido de la Encarnación y venídose con la Madre á la fundación de Medina. Las monjas que llevó fueron Ana de los Angeles, María del Sacramento que, cargada de años y enfermedades, con mucha paciencia y religión murió en Alba, y María Magdalena y Isabel de Jesús, y Isabel de San José: las cuatro postreas de estas vinieron de la Encarnación. Partiósese para Malagón año de 1568, mediada Cuaresma, y fuese por Toledo, donde estaba aquella señora esperando. Estando allí en su casa, andaba con gran cuidado de encubrir las mercedes que el Señor la hacía, por su mucha humildad, pero Él para gloria suya las descubría. Dos veces la vieron allí en público arrobada, sin poderlo ella disimular. Con ellas fué desde Toledo la misma doña Luisa de la Cerda. Cuando llegaron, por no estar la casa bien acomodada para entrar en ella, se estuvieron en un aposento de la fortaleza más de ocho días con doña Luisa. El domingo de Ramos siguiente se pasaron á su casa de esta manera: Vino todo el lugar en procesión á la fortaleza por ellas, y salieron con sus capas blancas y los velos delante del rostro, y fueron á la Iglesia, á donde oyeron misa y sermón, y de allí fueron con el Santísimo Sacramento á su Monasterio, con la misma procesión, y púsose allí con mucha solemnidad y devoción de todo el pueblo, que se la había causado grande ver venir las monjas de aquella manera, y así quedó fundado el tercer Monasterio, que también se llamó San José, por la gran devoción que con el santo tenía. Esta casa estaba en la plaza, y después andando el tiempo se sintieron inconvenientes de vivir allí, y entre otros el mucho ruido de pregones y cosas semejantes, que las estorbaba, y por eso trataron de hacer casa en un olivar cerca de la fortaleza. Hizola con mucha liberalidad la misma señora en el sitio que la Madre señaló, y gastó en ella muchos ducados, y salió muy buena la casa y la Iglesia, que es donde ahora viven. Pero no dejaré de decir lo que aconteció en esta casa segunda, cuando se había de acabar. Llegando allí la Madre con intento de mudar sus monjas á ella, dijéronla aquella noche que llegó, los oficiales, que había qué hacer en la casa más de medio año, antes que se pudiese habitar. Esto era víspera de Santa Catalina virgen y mártir. Había ella llevado por el camino malas noches y había tenido áspero camino, y con esto llegó tan mala, que la parecía no tenía cosa en su cuerpo que no la doliese, y no estaba para menearse de una cama. Con todo eso, en amaneciendo se levantó, y fué á ver la casa, y halló ser verdad lo que los oficiales habían dicho; pero dijo que había de hacer de manera,

que el día de la Purísima Concepción de Nuestra Señora, que era de allí á trece ó catorce días, se pasasen las monjas á ella. Espantáronse los oficiales oyendo aquello, y parecíales imposible, y no se espantaba menos su compañera de verla tan diligente y con tanto ánimo, habiéndola visto tal la noche antes. En fin, se hizo como ella lo dijo, y el día de la Concepción se pasaron á la casa con solemnidad de toda la villa y de las aldeas, y con una gran procesión en que iban las monjas, con el Santísimo Sacramento.

En todos estos días que duró la obra, andaba la Santa desde que amanecía con los oficiales dándoles priesa, y diciéndoles lo que habían de hacer, y ella era la primera que tomaba la espuerta y la escoba, y á las once de la noche venía á rezar lo que la faltaba. Después de todo hecho, el mismo día de la Concepción en la noche, la tomó el mismo mal que tenía cuando allí llegó, y tornó á estar como tullida y llena de dolores, que no parecía tenía cosa sana, y se vió claramente habérselo quitado Dios para que entendiése en aquella obra, y acabada se lo volvió, y estuvo algunos días en la cama.

Como se hizo esta fundación, luego la Santa Madre, porque la santa pobreza, que ella tanto amaba, no quedase menoscabada en algo, por tener renta el Monasterio, ya que eso no lo pudo excusar, dió orden con todas las fuerzas que pudo, que ninguna monja poseyese cosa en particular, sino que en todo se guardasen las constituciones como en las casas de pobreza. Y porque ella no debía de estar del todo contenta por no tener aquella casa la pobreza que las otras, y esto lo había hecho rindiendo su juicio al de los letrados, quiso el Señor consolarla antes que de allí se partiese, y enseñarnos cuán acertado es dejar nuestro parecer por el ajeno, siguiendo á los que con razón debemos creer.

Un día, después de comulgar, estando en oración la dijo Nuestro Señor, que se había de servir en aquella casa mucho. Esto confirmó pocos años después, como ella lo dejó escrito de su mano en un papel, que dice así: «Acabando de comulgar segundo día de Cuaresma en San José de Malagón, se me representó nuestro Señor Jesucristo en visión imaginaria como suele. Y estando yo mirándole, vi que en la cabeza, en lugar de corona de espinas, en toda ella, que debía de ser donde hicieron llaga, tenía una corona de gran resplandor. Como yo soy devota de este paso, consolóme mucho, y comencé á pensar qué gran tormento debía ser, pues había hecho tantas heridas, y á darme pena. Díjome el Señor que no le hubiese lástima por aquellas heridas sino por las muchas que ahora le daban. Yo le dije, que qué podía hacer para remedio de esto, que determinada estaba á todo. Díjome que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese priesa á hacer estas casas, que con las almas de ellas tenía Él descanso, que tomase cuantas me diesen, porque había muchas que por no tener á

donde, no le servían. Y que las que hiciese en lugares pequeños fuesen como ésta, que tanto podían merecer con deseo de hacer lo que en las otras. Y que procurase anduviesen todas debajo de un gobierno de Prelado, y que pusiese mucho que por cosa de mantenimiento corporal no se perdiese la paz interior, que Él nos ayudaría para que nunca faltase. En especial tuviesen cuenta con las enfermas, que la prelada que no proveyese y regalase á la enferma, era como los amigos de Job; que Él daba el azote para bien de sus almas, y ellas ponían en aventura la paciencia. Que escribiese la fundación de estas casas. Yo pensaba cómo en la de Medina nunca había entendido nada para escribir su fundación. Dijome que ¿qué más quería de ver que su fundación había sido milagrosa? Quiso decir, que haciéndolo sólo Él, pareciendo ir sin ningún camino, yo me determiné á ponerlo por obra» (1). Detúvose aquí la Madre como dos meses, y dejando por Priora á la Madre Ana de los Angeles, se partió, porque no la dejaba reposar su espíritu, por la causa que diremos luego en el capítulo siguiente.

(1) La Fuente, *Obras de Santa Teresa*, t. I, pág. 152, nota y 176, asegura que la Santa tuvo esta revelación en 1568, mas esto no parece admisible, por cuanto Santa Teresa dice que se la hizo el Señor el segundo día de Cuaresma, y el Padre Ribera, á su vez, que en dicho año llegó á Malagón, mediada la Cuaresma. Los Editores de las *Oeuvres de Sainte Térèse*, t. II, pág. 223, nota, creen que tuvo lugar en Febrero de 1570.

De las palabras del Padre Ribera se infiere claramente que no tuvo la Santa esta visión cuando fundó el Monasterio de Malagón, sino otra en que le dijo el Señor que «se había de servir en aquella casa mucho». Y añade: «esto confirmó pocos años después, etc.» ¿Cuántos años transcurrieron entre una y otra? Por de pronto parece indudable que la Santa Madre no estuvo en Malagón á principios de 1570. A 17 de Enero de este año escribía la Santa á su hermano Lorenzo, desde Toledo: «Torné aquí (después de fundado el monasterio de Pastrana) por acabar de dejar esta casa puesta en concierto, que lleva manera de ser casa muy principal.» Por estas palabras se ve que contaba permanecer una larga temporada en aquella ciudad, como en efecto lo hizo.

Por otra parte no se tiene noticia alguna de que Santa Teresa volviera á Malagón, después de fundado aquel monasterio, hasta principios de 1575, en que se detuvo allí de paso para Veas.

El Maestro Julián de Avila, hablando de la fundación del monasterio de Malagón, dice: «No fué aquella primera vez con ella; pero fué otra vez, haciendo camino para otra parte.» *Vida de Santa Teresa de Jesús*, p. 2.^a, cap. VIII, página 261. Esta «otra parte» fué Veas. «Cuando fuimos, dice (Ibid. pág. 277) á la villa de Veas, nos detuvimos algunos días en Toledo, y también en Malagón.»

Terminada la fundación de Segovia, fuése la Santa á Avila, donde llegó á principios de Octubre de 1574. Detúvose allí hasta comienzos de Diciembre en que emprendió el viaje á Valladolid. Desde esta ciudad, escribía á Don Teutonio de Braganza, el 4 de Enero: «Yo me partiré de aquí en pasando los Reyes. Voy á Avila, y el camino por Medina, á donde no creo me detendré sino un día ó dos, y en Avila tan poco, que iré luego á Toledo.» La Fuente, *Obras de Santa Teresa*, t. II, cap. LIV, pág. 46. De Toledo pasó á Malagón, y de esta villa á Veas, donde llegó en Marzo de 1575. Ahora bien la visión que menciona el Padre Ribera, tuvo lugar, según las mismas palabras de la Santa, el «segundo día de Cuaresma», que aquel año fué el 17 de Febrero, puesto que el día de Ceniza cayó el 16; fecha que coincide con la estancia de la Santa en el Monasterio de Malagón.

CAPÍTULO XII

De la fundación del cuarto Monasterio, que fué la Concepción de Nuestra Señora del Carmen en Valladolid, y del buen pago que dió Dios al caballero que dió la casa y huerta para él

Habrían pasado como dos meses después de haber ofrecido y dado á la Madre aquel caballero (1) la heredad en que se había de hacer el Monasterio en Valladolid, cuando le dió el mal de muerte, y tan acelerado, que le quitó la habla, y no le dió lugar para confesarse bien, aunque mostró hartas señales de contrición, y de esta manera murió muy en breve, bien lejos de donde estaba la Madre entonces; porque él murió en Ubeda y ella estaba en Alcalá de Henares, y allí la vino la nueva. Y estando muy penada por temer no se hubiese por ventura condenado aquella alma, y encomendándola á Dios, la dijo el Señor que había estado su salvación en harta ventura, y que había habido misericordia de él por aquel servicio que había hecho á su Madre en dar aquella casa para que en ella se hiciese Monasterio de su orden, y que saldría de purgatorio cuando allí se dijese la primera misa, y no antes. Como la Madre, tan llena de caridad, supo esto, no podía descansar, porque siempre tenía presentes las graves penas que aquella alma padecía, y no veía la hora en que venir á Valladolid y fundar allí como pudiese. Esta fué la causa porque no se detuvo más en Malagón, ni quiso ir á fundar á Toledo, aunque lo deseaba. Pero no pudo ser tan presto como ella quería, porque la fué forzado ir á San José de Avila, que estaba á su cargo, y detenerse allí algunos días, y de allí se vino por Medina, á donde también fué menester parar algo. Y para que entendamos la compasión que el Señor tiene á las almas que están en el purgatorio, y cuán acepto y agradable le es lo que se hace por ellas, como la Madre, con negocios que se

(1) Don Bernardino de Mendoza.

ofrecían, se iba deteniendo, el Señor mismo la dió priesa un día estando en oración, y la dijo que abreviase su ida, porque padecía mucho aquella alma.

Antes de esto había enviado la Madre á Julián de Avila á Valladolid, á sacar licencia del Abad para hacer el Monasterio, y él se fué por Olmedo, donde estaba el Obispo de Avila don Alvaro de Mendoza, para que con su favor se hubiese más presto. Él en este negocio, como en todos los demás que á la Madre se le ofrecían, hizo lo que pudo, y envió con él á su secretario don Juan Carrillo, que ahora es tesorero de la Iglesia de Avila. Y aunque había en la licencia dificultad, por ser el Monasterio sin renta y por estar tan lejos de la villa la casa donde por entonces se había de fundar, la Madre, después, como el Señor la daba priesa y ella se la tenía, se partió como pudo, aunque tenía mal aparejo para la partida, y entró en Valladolid á diez de agosto de 1568 años, día del glorioso mártir San Lorenzo.

Llevó para esta fundación á doña Isabel Arias, á la cual dejó entonces por Priora, y á Antonia del Espíritu Santo, que la había vuelto consigo de Malagón, y á María de la Cruz, que fué también de las cuatro primeras. Y de la Encarnación sacó á Juliana de la Magdalena y á María de la Visitación, y de allí á cinco meses vino allí María Bautista, porque la pidió doña María de Mendoza. Cuando vió la casa, dióla mucha pena porque, aunque era de mucha recreación por ser la huerta muy buena, vió que no podían estar allí monjas, sino con demasiada costa, y que no podía dejar de ser enferma, por pasar el río junto á ella. Pero callaba ella todo esto por no desanimar á sus compañeras, y esperaba en Dios, que pues la había mandado venir, la daría donde viviesen. Entretanto hizo secretamente venir oficiales y comenzar á hacer las tapias, para que tuviese el recogimiento que convenía. Por otra parte, Julián de Avila andaba todavía procurando la licencia, y antes de haberla llegó el domingo, pero dióla entonces el Provisor para que se dijese misa en el lugar que tenían aderezado para eso, y así la dijo el mismo Julián de Avila. Cuando la vino á dar el Santísimo Sacramento, vióla con gran arrobamiento, como le solía tener muchas veces, antes ó después de recibirle. La causa fué que, llegándole á recibir, se le representó aquel caballero, dueño de la casa y huerta en que estaban, que con rostro resplandeciente y alegre, y puestas las manos, la agradecía lo mucho que había hecho para que él saliese de purgatorio, y hecho esto se subió al cielo. La Madre recibió grandísimo contento, y mayor cuanto más descuidada estaba de pensar que lo que el Señor la había dicho se había de cumplir entonces, porque pensaba que no había de salir hasta que estuviese hecho el Monasterio y se dijese misa en él. Y para el día de la Sagrada Asunción de nuestra Señora, que es á quince del mismo mes, estaba sacada la licencia, y aquel día se tomó la po-

sesión del Monasterio, como se había hecho en el de Medina: llamóse la Concepción de nuestra Señora del Carmen. Allí estuvieron algunos días, y aunque estaba de paso, hizo la Madre poner torno y redes para que hubiese el encerramiento que convenía, como si hubieran de estar mucho tiempo.

En este tiempo cayeron casi todas malas, por ser el lugar malsano. Viendo esto doña María de Mendoza, señora principalísima, no menos en cristianidad y en misericordia grandísima con los pobres que en linaje y hacienda, mujer del comendador mayor Cobos, y madre del marqués de Camarasa, como conocía ya á la Madre, porque era hermana del Obispo de Avila, y la hacía mucha caridad, hízolas curar á todas, y porque la casa que tenían no era á propósito, por ser muy lejos para las limosnas, y enferma para la vivienda, dijo á la Madre que la deixasen aquella casa, y que les compraría otra mejor, y así lo hizo. No contenta con darles casa é iglesia muy convenientes, las daba y dió siempre lo que habían menester.

Pasáronse á esta casa á tres de febrero del año 1569, día del bienaventurado obispo y mártir San Blas, con gran procesión del pueblo y gran solemnidad. Esta devoción fué creciendo, porque trajo el Señor á aquella casa personas que resplandecieron con santidad, de quien habría mucho que decir, si fuera éste su lugar.

De ahí á muy poco, vinieron á la Madre cartas de Toledo, para que se fuese á fundar allá, que lo deseaba mucho, y así no se pudo detener, y dejando por Priora allí á doña Isabel de Arias, que entonces se llamaba Isabel de la Cruz, y por Superiora á María Bautista, se partió apriesa á Avila, para de allí ir á Toledo.

CAPÍTULO XIII

De la fundación del quinto Monasterio, que fué San José, en Toledo

No estuvo holgando la Madre Teresa de Jesús los pocos días que estuvo en Avila, ni aun en el camino que desde allí hizo á Toledo, sino ocupada en dar orden cómo se hiciese algún Monasterio de Descalzos. Pero porque de estas fundaciones tengo de tratar de una vez y poner todo junto lo que toca á la Madre, no quiero ahora cortar el hilo de las que iba contando de las monjas, hasta que venga tiempo y lugar conveniente para decir de las de los frailes.

El principio de la fundación del Monasterio de Toledo, fué de esta manera: Había en Toledo un hombre honrado y siervo de Dios, mercader, llamado Martín Ramírez, rico y sin hijos, porque nunca se casó, y deseaba de su hacienda dejar alguna memoria para servicio de nuestro Señor. Y á lo que él más se inclinaba, era á dejar ciertas capellanías en una parroquia de aquella ciudad. Estando éste para morir, le fué á visitar el Padre Doctor Paulo Hernández, de la Compañía de Jesús, hombre muy religioso y letrado, que conocía á la Santa Madre, y la había confesado cuando fué á Toledo para la fundación de Malagón, y había quedado de esto con tanta estima de su prudencia y santidad, que decía después: «La Madre Teresa de Jesús es muy gran mujer de las tejas abajo, y de las tejas arriba muy mayor.» Fuéle, pues, á ver este Padre, porque deseaba mucho que hubiese en Toledo Monasterio de Descalzas, y díjole, si deseaba servir á nuestro Señor con su hacienda y dejar buena memoria, cuán buena ocasión se le ofrecía para ello, pues podía hacer un Monasterio de Descalzas, que sería de gran servicio de Dios, y poner en él las capellanías que quería. Él estaba ya tan malo, que entendió no tenía el tiempo que era menester para concertar esto, y así lo dejó en manos de su hermano Alonso Alvarez Ramírez, hombre discreto y temeroso de Dios, y de mucha verdad, y limosnero, para que hiciese en eso lo que más juzgase convenir al servicio de nuestro Señor.

Murió Martín Ramírez estando la Madre en la fundación de Valladolid, y allí recibió las cartas del Padre Paulo Hernández y de Alonso Alvarez, en que le decían lo que pasaba, y que si quería admitir aquella fundación, viniese luego á ella. Por esta razón se partió tan presto, como habemos dicho, de Valladolid, y llegó á Toledo á veinte y cuatro de marzo de mil quinientos sesenta y nueve, víspera de la sagrada Encarnación del Hijo de Dios y Señor nuestro.

Fuése á apear á la casa de doña Luisa de la Cerda, fundadora del Monasterio de Malagón, de quien fué muy alegremente recibida, porque la tenía grande amor. Llevaba consigo dos compañeras que sacó de San José de Avila, que fueron la Madre Isabel de Santo Domingo y Isabel de San Pablo, y diéronlas luego un aposento como solían, á donde estaban con el recogimiento que en un Monasterio. No perdió tiempo la Madre: luego comenzó á tratar de su negocio con Alonso Alvarez, con quien lo acabara presto; pero quisola el Señor ejercitar un poco primero por medio de un yerno de don Alonso Alvarez, de quien él hacía mucha cuenta en aquel negocio. Pedíala, por consejo de éste, muchas condiciones, que á ella no estaban bien, y andaban en los conciertos, y juntamente buscaban alguna casa alquilada, para tomar la posesión, y no se hallaba. Entretanto la Madre procuraba licencia del Gobernador, que no había entonces Arzobispo (1), y gobernaba el arzobispado el Licenciado don Gómez Tello Girón. Pero no se hacía nada de lo que ella pretendía. La licencia no se podía haber del Gobernador, aunque lo deseaban y procuraban doña Luisa de la Cerda por una parte, y por otra don Pedro Manrique, hijo del Adelantado de Castilla y canónigo de Toledo, que pocos años después entró en la Compañía de Jesús, donde acabó santamente. Y cuando estaba un poco blando el Gobernador, contradecían los del Consejo del Arzobispo. Por otra parte, no se podía concertar con Alonso Alvarez, antes vino á desconcertarse del todo. Así se vió la Madre, después de su camino y gasto que en él hizo, y después de mucho trabajo y mucho tiempo gastado, que había ya más de dos meses que se trataba, sin hacienda para fundar, y sin casa, y sin licencia. No sabía qué se hacer, ni quería volverse; todo la daba pena; pero lo que más se la daba, era no tener la licencia; porque, teniéndola, esperaba en Dios que todo se había de hacer.

(1) Aunque lo había, era lo mismo que si en realidad no lo hubiese, por hallarse impedida á la sazón la sede de Toledo. Era Arzobispo de ella el Ilustrísimo Don Fr. Bartolomé Carranza, dominico, que estaba preso en las cárceles del Santo Oficio de Valladolid, desde hacía algunos meses. Desde allí le condujeron á Roma en 1567, por haber avocado á sí San Pío V, la causa que se seguía contra él. Murió en el convento dominicano de la Minerva, en Roma, el 2 de Mayo de 1576, á los 73 años de su edad y siendo Sumo Pontífice Gregorio XIII. Sobre este célebre proceso véase á Menéndez Pelayo, *Heterodoxos*, t. II, págs. 359-415 y 744-745.

Para haberla, no curó de buscar más rogadores, porque entendió que había quien de secreto pusiese mal corazón al Gobernador, sino ella misma se fué á una iglesia junto á las casas del mismo Gobernador, y envióle á suplicar que tuviese por bien hablarla. Él vino allí, y con ser la Madre tan humilde y mansa como era, y él hombre tan grave y puesto en tanta dignidad, hablóle con una grande y santa libertad de esta manera:

«Más há de dos meses, señor, que vine á esta ciudad, no para verla ni holgarme en ella, sino para buscar la gloria de Dios y bien de las almas, y hacer á su Majestad, en esta ciudad tan ilustre, el servicio que en otras algunas le he hecho, de fundar un Monasterio de monjas Descalzas, que guarden la primera regla de la orden de Nuestra Señora del Carmen, y para eso traigo monjas conmigo. Cosa era digna de las muchas letras, y virtud, y dignidad de V. S., favorecer á unas mujeres pobres para cosa tan santa, y animarlas para que pasen adelante, pues le tiene Dios puesto en ese lugar. No lo he visto así, porque en tanto tiempo, ni la autoridad de los que han pedido la licencia, ni la justicia tan clara de nuestra causa, han bastado á acabar con V. S. que la diese. Cosa recia es sin duda que á unas pobres monjas, que no pretenden más que por amor de Dios vivir en tanto rigor y perfección y en encerramiento, no haya quien las quiera ayudar; y que los que no pasan nada de esto, sino están en regalos y viven á su voluntad, quieran estorbar obra de tanto servicio de Dios. Por cierto casas tenemos á donde vivir, y si nos volviésemos á ellas, poco podríamos aventurar, pues no tenemos qué perder en este mundo; pero V. S. vea lo que podría perder en esta ciudad, y cuán á su cuenta sería. Si esto por V. S. se dejase de hacer, estudie cómo se podría disculpar, cuando esté delante del acatamiento de Jesucristo Nuestro Señor, por cuyo amor y voluntad habemos venido, que yo no veo con qué se pueda V. S. descargar, si estorba cosa tan agradable al Señor, estando puesto por Él para ayudar con todas sus fuerzas á todo lo que es servicio suyo.»

Con estas razones y otras muchas que dijo, con la libertad y ánimo que entonces la puso Dios, movió al Gobernador de tal manera, que antes que de ella se apartase, la dió la licencia, aunque no como ella la quería, sino con condición que ni tuviese renta, ni patrón, ni fundador. Con esto quedó tan contenta, que la parecía lo tenía ya todo. El caudal que tenía para fundar el Monasterio era de tres ó cuatro ducados, y sin esperar á juntar más, ni querer guardar éstos, compró dos imágenes de lienzo para el altar, éste era el aderezo de la iglesia, y dos jergones y una manta, que era el ajuar del Monasterio. De casa no había memoria; con Alonso Alvarez ya estaba desconcertada.

Había allí un mercader, siervo de Dios, que siempre entendía en

obras pías, llamado Alonso de Avila, que la conocía, y la había prometido de buscarla casa, y éste entonces había caído malo y no podía hacer nada. Pero el Señor, que nunca la faltaba, la proveyó de casa por donde nadie pensara que se había de hallar.

Vino aquellos días allí el Padre Fray Martín de la Cruz, de la orden de San Francisco, varón religioso, y que deseaba ayudar á la Madre, y cuando se fué, envíala un mancebo que llamaban Andrada, no nada rico, á quien él confesaba, para que hiciese lo que ella le dijese. El se fué á ofrecer á la Madre, mostrando su buen deseo, pero declarando lo que en él se echaba bien de ver, que sólo con su persona la podría ayudar. Agradecióle su buena voluntad, pero cayóla mucho en gracia, y á sus compañeras más, ver la ayuda que el Padre las enviaba, porque ni su traje era para tratar con Descalzas, ni parecía había en qué pudiese ayudar, y aun la Madre Isabel de Santo Domingo se temía no pensase alguno mal de ver aquel mancebo hablar con la Madre, y dijosele á ella. Respondió la Santa con mucha gracia: «Calle ahora, ¿qué mala ventura han de pensar de nosotras, que no parecemos sino unas romeras?» Después, viendo que no tenía nadie que la buscase la casa con el secreto que había menester, acordóse de Andrada, y vínola gana de encomendárselo, y dijolo á sus compañeras. Ellas se rieron mucho, y la respondieron que no tratase de eso, porque no serviría sino de descubrir el negocio y deshacerlo todo. La Madre no hizo caso de lo que la decían, porque lo llevaba por causas más altas, y parecíala que, por ser enviado de aquel varón santo, no podía dejar de hacer algo, y que no había sido sin misterio enviársele. Hácele venir allí, y encárgale mucho el secreto, y el buscar la casa, y dice que ella dará fiador para el alquiler, y éste echa ella cuenta sería Alonso de Avila.

Tomó Andrada el negocio muy á su cargo, y luego á la mañana, estando la Madre oyendo misa en la Compañía de Jesús, viene á ella, y dice que ha hallado casa, y que allí trae las llaves de ella, y que cerca estaba, porque era á San Benito, y la podían luego ir á ver. Fué la Madre, y contentóse de la casa, y era tal, que estuvieron un año en ella. Maravillóse mucho de esto, y siempre que se acordaba de esta fundación después, la duraba la maravilla de ver las trazas de Dios, que lo que en cerca de tres meses, personas ricas, dando vueltas á la ciudad, nunca habían podido hallar, en una tarde lo hubiese hallado este mancebo, y que pudiéndose fundar el Monasterio sin trabajo, como se fundara si se concertara con Alonso Alvarez, no se hubiese concertado, para que fuese la fundación con pobreza y trabajo, y resplandeciese más la providencia de Dios.

La Madre, como no dilataba las cosas, ni perdía punto en lo que era menester, no veía la hora de pasarse á la casa y tomar la posesión del Monasterio, antes que en ella se hiciese cosa alguna, porque

no hubiese algún estorbo. Aunque en este tiempo muchas personas de autoridad y religión que la visitaban, la decían que era temeridad ponerse á fundar, sin tener más fundamento, y que era poner una casa en el aire, y que no parecería bien poner el Santísimo Sacramento en casa alquilada, y otras cosas que conforme á la prudencia humana iban bien fundadas, mas á ella, que se gobernaba por la divina, no la movían ni la apartaban de su propósito. Antes con mucha diligencia andaba acomodando la casa con cien reales que la prestó una mujer de un mayordomo de doña Luisa de la Cerda, porque no había quedado con blanca.

Andrada tampoco se descuidaba un punto, con el deseo que tenía de servir á Nuestro Señor, y ayudar á aquella obra suya, é hizo que muy en breve se desembarazase la casa, y vino á decir á la Madre que llevasen su ajuar. Poco se tardará en eso, señor Andrada, dijo la Madre con alegría, porque como se lleven dos jergones y una manta, tenemos ya llevado todo nuestro ajuar. Las monjas no gustaron mucho de esta respuesta, antes la decían, que para qué se habían declarado tanto con él porque, como las viese tan pobres, no las querría ayudar. Pero ni á la Madre la venían esos miedos, ni el siervo de Dios por eso aflojó en lo que podía, antes andaba con un cuidado tan grande, trayendo oficiales y acomodando la casa, que parecía que ellas mismas no le hacían ventaja en el deseo de ver aquello acabado.

CAPÍTULO XIV

De cómo se acabó esta fundación, y de las dificultades que después hubo en ella, y cómo la acrecentó en todo el Señor

Hecho todo esto así, buscaba la Madre aderezo para decir misa, y vanse con un oficial, á boca de noche, á la casa con una campanilla de estas chiquitas, con que se tañe á alzar, que no tenían otra para tomar la posesión. Toda la noche la anduvieron aliñando, pero no había á donde hacer iglesia, sino en una pieza que tenía la entrada por otra casilla que estaba junto, y también se la habían alquilado, pero vivían en ella unas mujeres á quien no habían osado decir nada, porque no lo descubriesen hasta que estuviese hecho. Ya que todo estaba á punto, y quería amanecer, comienzan á romper un tabique para abrir la puerta de la iglesia. Las mujeres, que estaban durmiendo y tan descuidadas, como oyeron golpes, levántanse despavoridas y enojadas, y hubo harto que hacer en aplacarlas; y aunque estuvieron recias, en fin se sosegaron viendo lo que era, con algunos dineros que la Madre las dió, y comprometerlas á que las buscaría casa, y no hicieron daño ninguno. Como las tuvieron sosegadas, tuvieron á punto al Padre Fray Juan de la Magdalena, Prior del Carmen, que dijese la misa, y tañen á ella con su campanita, y tómake por testimonio; y con esto se tomó la posesión, día de San Bonifacio, mártir, á catorce de mayo del mismo año de 1569; púsole el mismo nombre de San José que á los demás que había hecho.

Y el mismo día se habían temido muchos que se había de hundir la ciudad, por un vano pronóstico que en ella andaba algunos años antes, y habíanse confesado y comulgado para lo que viniese. Bien se puede ver la admiración de los que viesen á la mañana aquel nuevo Monasterio, y lo que en toda la ciudad de aquello se diría, y cómo el miedo á muchos se mudaría en devoción, viendo la ciudad no hundida, sino acrecentada con el nuevo Monasterio. Más que los otros se ma-

ravilló el dueño de la casa, que era una señora, mujer de un mayorgazgo, cuando vió su casa hecha en dos palabras Monasterio, sin haber ella sabido antes nada: maravillóse y enojóse mucho; pero con la esperanza de que se la pagarían bien, si las contentase, se aplacó. Los oidores del Consejo del Arzobispo, cuando vieron hecho el Monasterio, para quien nunca habían querido dar licencia, enojáronse en extremo, y como no estaba allí el Gobernador, porque se le había ofrecido cierto camino, después de haber dado la licencia, estaban muy bravos, y decían que estaban espantados del atrevimiento de una mujercilla, que contra su voluntad les hubiese hecho un Monasterio, y hacían grandes amenazas. Volvía por ella un canónigo, y decía que eso mismo había hecho en otras partes, y que no sería sin recaudos bastantes. Ellos quisieron saber esto, y de allí á pocos días mandan, so pena de excomunió, que no se diga misa en el Monasterio hasta que se muestren los recaudos con que se ha hecho. No se turbó nada la Madre con aquel mandato, sino con la misma libertad con que había hablado al Gobernador, les respondió á ellos, que haría lo que la mandaban, aunque no estaba obligada en obedecerles en aquello. Y rogó á don Pedro Manrique, que les fuese á hablar, y mostrase las patentes que tenía de sus Prelados. La licencia habíala dado á la Madre el Gobernador, no por escrito, sino de palabra, y como él no estaba allí, púsola esto en cuidado. Pero el Padre Fray Vicente Varrón, de la orden de Santo Domingo, que la conocía mucho y había hablado de esta fundación con el Gobernador, tenía alguna noticia de lo de la licencia, y habló á algunos del Cabildo. Con esto y con los buenos intercesores, y con estar ya el negocio hecho, se allanaron los oidores.

Ya estaban en paz en su casita, pero con harta necesidad, porque no había más ropa en ella de los dos jergones y la manta. De noche pasaban más, porque acertó entonces á hacer frío, y no tenían leña; acostábanse en los jergones, y con la manta y sus capas de sayal se abrigan como podían. El día que se tomó la posesión, la fiesta que se hizo y la comida que tuvieron fué de alguna sardina; pero la cocinera estaba bien desocupada, porque ni una astilla ni cosa semejante de leña había para asarla, hasta que vieron después un hacecito de leña en la Iglesia, de que las proveyó el Señor, sin saber ellas por quién, y después de algunos días, si se había de hacer algún huevo, era menester buscar la sartén prestada, y la sal se molía con un gujarro envuelto en un papel, y conforme á esto iba lo demás.

Una noche de aquellas había la Madre frío, y dijo que la echasen alguna ropa. Sus compañeras, con mucha risa, la respondieron que no pidiese más ropa, pues tenía toda la que había en casa, que eran sus capas, que después lo reía hartó la Madre.

Paréceme que se maravillará quien esto fuere leyendo, cómo

estaba la Madre tan pobre, estando en Toledo aquella señora tan rica y tan principal, que tanto la quería, y no será la maravilla sin razón. No fué otra la causa, sino querer Dios que aquellas siervas suyas vieses por experiencia qué cosa era ser pobres por su amor, y qué tesoros hay en esta pobreza, para que los manifestasen á quien no los conoce. Y así hizo que ni la Madre pidiese cosa á doña Luisa, que era muy enemiga de pedir, ni ella cayese en que podrían pasar necesidad, que las socorriera muy cumplidamente si lo entendiera, como lo hacía en todo lo que entendía era menester. El Señor bien lo advertía y pasaba por ello por hacerlas más ricas, y así andaban con una alegría interior y exterior tan grande, que no cabían de placer.

La Madre andaba, en todo aquel tiempo, con la devoción y consuelo que aquella pobreza la causaba, como en una suave contemplación. Mas duróles poco esta necesidad, ó por mejor decir, esta riqueza: porque Alonso Alvarez y otras personas devotas las fueron proveyendo más de lo que ellas quisieran, y andaban sin aquella alegría que antes las traía la pobreza, tanto, que se lo echó de ver la Madre en el rostro, y las preguntó por qué andaban así mustias, y le respondieron: «¿Qué habemos de hacer, Madre, que ya no parece somos pobres?»

Con lo que veía y oía Alonso Alvarez, le tornó el Señor á renovar la devoción, y trató de concertarse con la Madre, y á ella la pareció sería bien darle la capilla mayor, para entierro suyo y de sus descendientes, y que en el Monasterio, pues se había ya fundado sin él, no tuviese cosa ninguna. Pero para eso tenía grandes contradicciones de muchos, que la decían no convenía dársela, porque aunque eran gente de bien, no eran ilustres ni caballeros, y que en una ciudad tan principal como aquella, no faltaría una persona tal, que tomase la capilla mayor. Y lo que entonces la decían para la capilla, la decían luego al principio, para que no le admitiese por fundador por la razón dicha. La Madre bien desengañada estaba, porque siempre hizo ella más caso de la virtud que del linaje; pero habían ido tantos al Gobernador sobre el negocio, que cuando la hubo de dar la licencia fué con esta condición, que fundase ella como en otras partes. Cuando ella andaba en esto de dar la capilla mayor, salió una persona principal que la quería, y con esto daban más priesa á la Madre, y no sabía qué hacer. De esta duda la sacó Jesucristo nuestro Señor, porque la declaró el poco caso que delante de Dios se hacía de linajes y estados, y la reprendió mucho, porque había dado oídos á los que la hablaban en esto. Las palabras más substanciales de esta revelación escribió ella después en un papel, que yo tuve en mi poder, el cual por defuera tenía esto escrito:

«Esto era sobre que me aconsejaban que no diese el enterramiento de Toledo, de que no era caballero.» Y por de dentro decía: «*Mucho te*

desatinará, hija, si miras las leyes del mundo; pon los ojos en mí, pobre y despreciado de él. ¿Por ventura serán los grandes del mundo grandes delante de mí? ¿O habéis vosotras de ser estimadas por linajes, ó por virtudes?» En fin, le dió la capilla mayor sola, y cuán acertado haya sido, bien ha parecido después, porque con su ayuda se compró la casa, á donde cumplido el primer año se pasaron, que era de las buenas de Toledo (1), y costó doce mil ducados. Y como dejó Alonso Alvarez tantas misas y fiestas que se hiciesen, es mucho consuelo para las monjas, y también para los del pueblo.

Así fué Dios ayudando mucho á este Monasterio, así en darle lo necesario de lo temporal, como en traer personas, á quien enriquecía con sus espirituales dones. Luego, en tomando la posesión, envió por monjas, y vinieron de la Encarnación, doña Catalina Yera y doña Juana Yera, que se llama Juana del Espíritu Santo, hermanas, y de gente muy principal de Avila, y doña Antonia del Aguila, y Isabel Juárez. De éstas sólo ha quedado la madre Juana del Espíritu Santo; las demás, y otras algunas que salieron de la Encarnación, se volvieron; algunas por indisposiciones, otras por no sentirse con fuerzas para la nueva vida que habían tomado. Y así la santa Madre mandó en sus constituciones que no se admitiesen monjas de otros Monasterios, ni de las mismas del Paño (2) ó regla mitigada, y en teniendo ella monjas de las suyas, dejó de sacar de la Encarnación.

Trajo también de Malagón á Ana de Jesús y á Isabel de san José, de manera que con dos novicias que habían entrado, dejó la Madre siete monjas en Toledo, cuando hubo de partir de allí. Antes de pasar un año después de la fundación, entró en él una monja llamada Ana de la Madre de Dios, de edad de cuarenta años, que había gasta-

(1) La casa de los Tendillas á donde se trasladaron en 1570, estaba en el barrio de San Nicolás, frente á la casa de la moneda. Para su arreglo, dieron Alonso Alvarez Ramírez y su cuñado Diego Ortiz 12,000 escudos de la testamentaría de Martín Ramírez. Previa la venia del General de los Carmelitas, Juan Bautista Rossi, fundáronse en la iglesia, como indica el P. Ribera, unas capellanías para hacer varias fiestas y cumplir las cargas de la fundación: pero las vejaciones que estas cargas y fiestas ocasionaron á las religiosas, las obligaron á dejar aquella iglesia, que se ha quedado con el título de Oratorio de San José. En su pequeño recinto contiene varias pinturas del Greco y las urnas sepulcrales de sus patronos, colocadas á ambos lados del presbiterio. En la una yace Martín Ramírez, fundador de la capilla, que murió en 1569, y en la otra están enterrados Francisca Ramírez, fallecida en 1579, y Diego Ortiz, su marido, que murió en 1611.

Al abandonar las monjas esta morada, en 1594, pasaron á la casa de Alonso Franco, en la plaza de Sancho Minaya, junto á la casa de la Misericordia. Tampoco allí lograron establecerse, por ser local muy reducido y de poco recogimiento: así fué que en 1607 la madre Beatriz de Jesús, sobrina de Santa Teresa, que á la sazón era priora de aquel monasterio, compró una casa en la parroquia de Santa Leocadia, á donde trasladaron su residencia, que es el convento actual.

(2) Lllaman del Paño á las Carmelitas Calzadas, porque sus capas y hábitos solían ser de paño, á diferencia de los que usaban las Descalzas, que eran de jerga ó sayal.

do su vida en servicio de Dios, y era rica, y en su casa tenía mucho regalo y poca salud. Después tuvo buena salud y ningún regalo, sino mucha penitencia. Fué tanta su devoción, que antes de la profesión hizo donación de todo lo que tenía al Monasterio. A la Madre pesó de esto y no lo quería consentir; decíala, por probarla, que no se sabía si después la admitirían á la profesión y que, siendo esto, qué había de hacer. Respondió que cuando en eso se viese, lo pediría por amor de Dios; pero una por una, que su hacienda, que era mucha, había de ser del Monasterio, y no bastó con ella nada para que hiciese otra cosa.

Había tanta obediencia en esta casa, y lo mismo en las demás, que, burlando que la Priora dijese la cosa, sin mirar más, estaba luego hecha. Estando cabe una balsa de agua, una monja entendió que la Priora quería que se echase en ella: no lo hubo ella dado á entender, cuando la monja estaba dentro. También aconteció aquí una cosa á la Madre, muy digna de memoria,

Estaba una monja muy al cabo, y con esto llena de alegría, y entrándola á ver la Madre, que venía del coro, donde había estado delante del Santísimo Sacramento, suplicando á Nuestro Señor la diese buena muerte, vió á Cristo Nuestro Señor á su cabecera, en mitad de ella, con los brazos algo abiertos, como que la estaba amparando, de la manera que se apareció á Santa Gertrudis estando una vez muy al cabo. Y dijo á la Madre que tuviese por cierto que á todas las monjas que muriesen en estos sus Monasterios, las ampararía así: y que no hubiesen miedo de tentaciones á la hora de la muerte.

Esto se entiende de las monjas que vivieren conforme á su regla y constituciones. Y lo que dice de tentaciones, es que no teman tentaciones que las perturben mucho, ó las hagan morir con desasosiego que sea algo notable. Desde entonces miró la Madre en esto en todas las que morían, y vió que así ésta de quien hablamos, como todas las demás morían con una quietud grande, como si estuvieran muy recogidas en oración.

También se acaba de ver lo mismo, cuando esto escribo, en la gran sierva de Dios María de la Cruz, verdadera hija de la Madre Teresa de Jesús, de quien hablé al fin del libro primero, y dije que fué una de las cuatro primeras que admitió la Madre en su primer Monasterio. Murió de un dolor de costado en Valladolid, á veinte y tres de febrero, año de 1588, habiendo vivido en la religión veinte y cinco años con grande ejemplo de toda virtud, y señaladamente de caridad y obediencia y humildad y paciencia, sin haber nadie, de las que han vivido con ella lo más de este tiempo, que se acuerde haber ella jamás dado ocasión á nadie para que se pudiese quejar. Estaba con tan gran deseo de morirse, que no podía creer que había de ser, y decía que si acá quedaba, de solo pesar de eso moriría. Estuvo siempre con

mucha paz y sosiego, y así expiró, sin hacer ninguna manera de visaje, y aun sin dar boqueada que se echase de ver. Con no ser hermosa, lo quedó después de muerta tanto, y con tan gran blancura, que parecía otra, dando el Señor en su cuerpo indicios manifiestos de la gran hermosura que tenía en su alma.

CAPÍTULO XV

Del sexto Monasterio de Nuestra Señora de la Concepción, que fundó la Madre Teresa de Jesús en la villa de Pastrana

Cuando llegó la víspera de Pascua de Espíritu Santo, que era quince días después de la fundación de la casa de Toledo, había en ellos trabajado mucho la Madre en acomodar la iglesia, y poner redes, y cosas semejantes, y después de todo esto, sentándose á comer en refectorio, la dió un consuelo tan grande de ver que lo tenía ya todo acabado, y que aquella Pascua podría descansar á su placer con Nuestro Señor, que casi no podía comer, según sentía su alma regalada. Estando en esto, la vienen á decir que estaba allí un criado de doña Ana de Mendoza, princesa de Eboli, mujer del príncipe Ruiz Gómez de Silva. Fuéle á hablar la Madre, y era que la princesa enviaba por ella, para que fundase un Monasterio en su villa de Pastrana, según entre las dos estaba tratado, aunque la Madre no pensó que fuera tan presto.

No la pareció que convenía salir de Toledo, por ser el Monasterio tan recién fundado, y con la contradicción que había habido, aunque él hacía grande instancia diciendo, que la princesa estaba ya allá, y no había ido á otra cosa. La Madre veía que era menester contentar á Ruiz Gómez y á la princesa, por cierto respeto que importaba mucho para el servicio de Dios (que era porque tenía la Orden mucha necesidad del favor del rey para que la amparase, porque ya comenzaban contradicciones), y fuese delante del Santísimo Sacramento para suplicarle que escribiese ella de tal manera á la princesa, que no se enojase. El Señor la dijo entonces: «Hija, no dejes de ir, que á más vas que á esa fundación. Llévate la regla y las constituciones.» Como oyó esto, acudió al remedio que solía usar en cosas semejantes, que era ir á su confesor, y preguntarle lo que sería más servicio de Dios, representándole las razones que había; pero no diciendo cosa de lo que el Señor la había dicho, que de esta manera quedaba ella

más satisfecha, y rogaba siempre á Dios la diese luz. El confesor la dijo que fuese, y así partió de Toledo, segundo día de Pascua de Espíritu Santo, que fué á treinta de mayo de 1569, con Isabel de San Pablo y doña Antonia del Aguila, y dejó en Toledo por mayor á la madre Isabel de Santo Domingo.

Llegada á Pastrana, fué muy bien recibida del príncipe Ruiz Gómez y de la princesa, diéronla un aposento apartado, donde estuvo más de lo que pensó, porque la casa que les había de dar la princesa era pequeña, y había hecho derribar mucho de ella para ponerla de la manera que era menester. Tres meses estuvo allí, y aunque parecía que este Monasterio no la había de costar trabajo como otros, por estarse todo hecho, no la dejó de costar alguno, porque se la pedían algunas condiciones, que ella no juzgaba estar bien á su religión, y así se resolvió en volverse sin hacer el Monasterio (1). Pero como la princesa, por el deseo que tenía por el servicio de Nuestro Señor, lo deseaba mucho, y el príncipe holgaba de darla contento, allanóse el negocio y fundóse el Monasterio de Nuestra Señora de la Concepción, á nueve de julio, octava de la Visitación, de 1569 años.

No había traído la Madre consigo más de las dos monjas dichas, y así envió á Medina por Isabel de San Jerónimo y Ana de Jesús, que habían tomado allí el hábito, y de la Encarnación trajo otra. Lo que más hizo aquí la Madre, dirémoslo á su tiempo. Acabado esto, se volvió á Toledo, que era la casa que más necesidad tenía de su presencia, por ser tan recién fundada, y por esto estuvo allí algunos meses, hasta que compró la casa que dijimos, y lo puso todo en orden. Llegó vispera de la Magdalena, y en el coche en que ella había venido, envió á la Madre Isabel de Santo Domingo por Priora de aquel Monasterio, y á la Madre Ana de los Angeles, que era Priora de Malagón, trujo para que lo fuese en Toledo, y lo fué hartos años, y ahora lo es en Cuenca. En su lugar, por mayor, puso en Malagón á la Madre María del Sacramento. En Pastrana, puso por Superiora á Isabel de San Pablo.

(1) «Estaría allí tres meses, dice la Santa, á donde se pasaron hartos trabajos, por pedirme algunas cosas la princesa, que no convenían á nuestra religión; así me determiné á venir de allí sin fundar, antes que hacerlo. Mas el príncipe Ruiz Gómez con su cordura (que lo era mucho, y llegado á la razón) hizo á su mujer que se allanase.» *Fundaciones*, cap. XVII.

Unos de los caprichos de la princesa de Eboli, consistía en exigir á la Santa que admitiera, sin examen alguno y sólo porque á ella se le antojaba, á una religiosa agustina, Catalina Machucha, que había salido de su convento de Segovia. Despechada la de Eboli al ver que la Santa Madre no se doblegaba á sus caprichos, rehusó al convento los fondos que antes había ofrecido, y quería que se fundase sin renta; mas como allí era imposible vivir de limosnas, la Santa declaró que si la caprichosa bienhechora no se comprometía á dotar el monasterio, no era posible seguir adelante en su fundación. Al fin tuvo que deshacerse después de fundado, como se dirá más adelante, al tratar de la fundación de Segovia.

CAPÍTULO XVI

De la fundación del séptimo Monasterio, que fué San José, en Salamanca

En este tiempo el Rector del colegio de la Compañía de Jesús de Salamanca (que era el Padre Martín Gutiérrez, hombre de gran santidad y de excelente juicio, y de muchas letras, y muy buen púlpito, por quien Nuestro Señor trajo á su servicio muchas almas, y á quien fué servido de tomar por instrumento para hacerme á mí acabar de venir á la Compañía) (1), escribió á la Madre á Toledo, que estaría bien un Monasterio de los suyos en aquella ciudad, trayéndola para esto buenas razones. Ya ella había pensado otras veces en esto de Salamanca, y reparaba en ser lugar pobre para hacer en él Monasterio de pobreza, y entonces consideró que lo era tanto Avila, y no les había faltado lo necesario, y partióse para Avila con intención de ir desde allí á Salamanca.

Trajo consigo á Salamanca sola una compañera, que fué María del Sacramento, de quien ya he hablado, porque desde que salió á la fundación de Medina con tantas monjas, tenía determinado, y así lo hacía, de sacar muy pocas, como una ó dos, hasta fundar; y en tomando la posesión, enviar por las demás. Desde Avila escribió al Padre

(1) Pasando una vez por Villacastín el Padre Martín Gutiérrez, Rector del Colegio de Salamanca, fué á visitarle el Doctor Ribera que le había conocido, tratado y confesádose con él, siendo colegial en el Colegio del Arzobispo, de la Universidad salmantina. Después que los dos hubieron conferido algunas cosas, dijole el Doctor Ribera cómo estaba resuelto á retirarse á vivir en una casa que estaba junto á una ermita de Nuestra Señora, y desde allí hacer excursiones apostólicas por los lugares comarcanos, empleando en estas santas ocupaciones el tiempo que le sobrara de sus estudios escriturísticos. Y como preguntara al Padre Gutiérrez qué le parecía de aquel modo de vida, respondióle: Señor Doctor, muy bien me parece su determinación, pero mire que se queda con la mejor prenda, que es su propia voluntad. Hicieron tal mella estas sencillas palabras en el corazón de Ribera, que al poco tiempo resolvióse á entrar en la Compañía, en la cual fué admitido por el mismo Padre Gutiérrez en Salamanca, desde donde fué enviado al noviciado de Medina del Campo. Sucedió esto el año 1570, contando Ribera 33 de edad. *Cfr.* La Puente, *Vida del V. Padre Baltasar Alvarez*, cap. XXXI.

Martín Gutiérrez para que la hubiese la licencia del Obispo, que era entonces don Pedro González de Mendoza (1), y él le informó de la religión con que se vivía en estos Monasterios, y así la alcanzó fácilmente. En teniendo estas licencias la Madre, luego la parecía que tenía hecho el Monasterio, y hizo alquilar una casa de un caballero llamado Gonzalíñez de Ovalle, en el arroyo de San Francisco, junto al Monasterio de Santa Isabel.

Vivían entonces en ella estudiantes (2), y acabóse con ellos que la dejasen cuando viniese quien la había de vivir, que siempre la Madre andaba con gran recato que no se supiese nada hasta tener tomada la posesión, porque por experiencia sabía cuánto le pesaba al demonio con estos Monasterios, y la diligencia que ponía en estorbarlos.

Con esto partió de Avila con muy pocos dineros, pero con mucha fe y confianza que llevaba en la misericordia de Dios, porque veía que había menester mucho para acomodar la casa, y no tenía allá quien la pudiese ayudar. Llegaron á Salamanca, víspera de Todos Santos, á medio día, habiendo andado harta parte del camino la noche antes, con mucho frío y con bien mala disposición; pero ni por estos ni otros mayores trabajos dejaba ella de hacer lo que entendía convenia para la gloria de Dios.

Luego, desde una posada, envió á llamar á Nicolás Gutiérrez, mercader, á quien ella conocía, porque tenía unas hijas monjas en la Encarnación, y sabía que era siervo de Dios, y se ayudó mucho de él en esta fundación. Encargóle mucho que la casa se desembarazase luego aquel día, y él lo negoció con mucho cuidado, y se desembarazó aquella tarde, y ya casi de noche entró en ella. Luego dieron orden en aderezarla para que se pudiese decir en ella misa á la mañana, y el Padre Martín Gutiérrez la prestó alguna ropa y mesas y frontal, y lo demás que fuese menester para esto, y envió allá dos hermanos que lo pusiesen, y ayudasen á todo, y así á la mañana, muy de mañana, dijo la misa y se tomó la posesión de este Monasterio, que también se llama San José, día de Todos Santos del año de 1570. Hecho esto, envió por algunas monjas á Medina, y con ellas se puso luego la casa en forma de Monasterio. Estas fueron Ana de la Encarnación, á

(1) Hijo de los Duques del Infantado. Fué presentado por Felipe II y consagrado en 1560, gobernando aquella diócesis por espacio de 14 años. Floreció por su ciencia, elocuencia é integridad de costumbres. Asistió á las sesiones del Concilio Tridentino, durante el pontificado de Pío IV; y, según atestigua Nicolás Antonio (*Bibl. Hisp. Nova.*, t. II, pág. 197), escribió una curiosa *Historia del Concilio de Trento de la última celebración*, que ha quedado inédita.

(2) El *Año Teresiano*, t. V, p. 75, trae una carta muy curiosa del Ilmo. Señor Don Juan Moriz, Obispo de Barbastro, en la cual, pidiendo la beatificación de Santa Teresa, dice estas palabras: «Ha cuarenta años que, estudiando yo en la Universidad de Salamanca, salí de la casa en que vivía para que entrase en ella á fundar un monasterio de monjas».

quien dejó por Priora, y María de Cristo, que fué Superiora, y Jerónima de Jesús, que ahora es Priora de Veas; y de Avila trajo unas novicias que había recibido para allí, que fueron Ana de Jesús, que es ahora Priora de Madrid, y Juana de Jesús y María de San Francisco, que la había recibido en Toledo, y ahora es Priora en Alba.

Aquella noche del día de Todos Santos, la Madre y su compañera María del Sacramento, que era de más edad que ella, se quedaron solas en aquella casa grande y desbaratada, y encerráronse en una pieza donde tenían paja, que era la primera cosa del ajuar que la Madre traía á estos Monasterios cuando los fundaba, porque con ella hacía cuenta que tenían cama. No tenían entonces otra sino esta paja y dos mantas que las habían prestado en la Compañía. Pero el día siguiente las prestaron ropa para las que habían de venir, las monjas de Santa Isabel, y las enviaron de comer, y todo el tiempo que estuvieron en su vecindad las hicieron harta caridad, porque había entonces, y siempre ha habido en aquel Monasterio, personas muy siervas de Dios, y de mucha caridad, y muy religiosas.

Estaba aquella noche María del Sacramento con grandísimo miedo no se hubiese quedado alguno en la casa, y después que se encerró en esta pieza, estaba algo más sosegada. Mas con todo eso, miraba á una parte y á otra, y no la parecía que aun allí estaba segura, y no lo hacía el demonio por turbarla á ella, sino por turbar á la Madre y hacerla mal, que aunque ella no temía nada, como era enferma del corazón, poco era menester para causarla algún gran mal de él. También como era víspera del día de las Animas, y se doblaba en todas las iglesias, y el ruido era tan grande y tan triste, no dejaba de ayudar harto para la flaqueza del corazón. Preguntándola, pues, la Madre qué miraba: «Estaba pensando, Madre (respondió ella), si ahora me muriese yo aquí, qué haría vuestra reverencia sola.» Hízola pensar un poco esta respuesta, y aun haber algún miedo del mal dicho, porque los cuerpos muertos, aunque ella no los temía, siempre la enflaquecían el corazón. Pero como era graciosa y de mucho ánimo, respondió no haciendo caso de aquello, y dijo: «Hermana, cuando eso fuere, pensaré lo que tengo de hacer; ahora déjeme dormir.»

En esta casa estuvieron casi tres años con mucha incomodidad, porque como era tan grande y tan mal aderezada, era muy fría, y por razón de aquel arroyo que llaman de San Francisco, que pasa por delante de la puerta, era muy húmeda y enferma.

De esta manera pasaron mucho trabajo, pero con gran igualdad de corazón y con mucho consuelo espiritual; y más fué el trabajo después que se fué de allí la Madre, que fué presto, por la razón que después diremos, y dejó entonces allí por Priora á la madre Ana de la Encarnación, y lo fué después hartos años.

Otro trabajo tenían también grandísimo, la soledad que les hacía el no tener allí el Santísimo Sacramento; que no le tuvieron en todo este tiempo, por no haber lugar donde decentemente se pudiese poner. Y por decir de una vez todo lo que hizo la Madre en este Monasterio, como he dicho en otros, diré cómo al cabo del tiempo que he dicho, vino á mudarlas de esta casa á otra más á propósito y en mejor puesto, aunque la costó harto trabajo.

Como tenían las monjas tanta necesidad de mudar casa, andábanla buscando, y concertáronse con un caballero de aquella ciudad, que se llamaba Pedro de la Banda, que les diese una suya, y de esto avisaron á la Madre, que estaba entonces en Avila, y era Priora de la Encarnación, como después diremos. Ella entonces lo contó á un Padre de la Compañía de Jesús, hombre grave y muy religioso, á quien estimaba en mucho; preguntóle si le parecía que fuese á Salamanca para comprar la casa, y dejarlas acomodadas de lo que hubiesen menester. Respondió el Padre (según él á mí me contó) que no convenía, porque si ella fuera hombre que había de predicar, y salir y visitar, pudiéralas hacer algún provecho; pero una mujer que había de estar encerrada ¿qué las podía hacer? La Madre, con su gran fe y caridad que tenía á las hermanas, miró más en ello, y en fin, se determinó de ir, y llevó consigo á doña Quiteria de Avila, monja del mismo Monasterio de la Encarnación, que después fué Priora de él. En el camino tuvo mucho trabajo, porque era por agosto y, como la hacía mal el sol, era menester caminar de noche con mucha obscuridad y camino áspero. Juntó todo el dinero que pudo, prestado, para acomodar la casa, y la bestia en que este dinero venía, se perdió con la obscuridad de la noche sin que se echase de ver.

Llegaron á la posada á media noche, pero sin la bestia y sin el dinero. A la mañana salió un mozo por el camino á buscarla y la vino á hallar algo apartada del camino echada, sin que faltase cosa de lo que llevaba, ni nadie hubiese llegado á ella. La noche siguiente no perdieron el dinero, sino á la misma Madre, que les daba más pena. Como hacía tan obscuro, habíanse apartado los unos de los otros, y en una calle de un lugarito por donde pasaban, un Padre que iba allí, díjola que le esperasen allí ella y doña Quiteria, entretanto que buscaba los demás. Mas después que se topó con los otros, quiso volver á donde había dejado á la Madre, y jamás acertó. Pasó adelante pensando que ella habría hecho lo mismo, y júntase con la demás gente, y cada cual pensaba que venía la Madre con los otros, como cuando se perdió el Niño Jesús en Jerusalén; y visto que no venía allí, se entristecieron y se tornaron á dividir, unos para buscarla por el camino que ya habían andado, otros para dar voces por diversas partes á ver si les oía. Después de buen rato que pasaron de pena, ven

venir á la Madre con su compañera, y un labrador, que le sacaron de su casa con cuatro reales que le dieron, para que las acompañase y mostrase el camino.

Llevaba consigo entonces al Padre Fray Antonio de Jesús y al Padre Julián de Avila, que la ayudó mucho en estas fundaciones (1). En Salamanca fué luego á ver la casa que les daban, y estaba en muy buen puesto, entre las casas del conde de Fuentes y del conde de Monterrey; pero tenía dos cosas trabajosas, la una que era de mayorazgo, y no se podía vender sin licencia del rey, y la otra que estaba tan maltratada, que para poder entrar en ella y ponerla en alguna forma de Monasterio, era menester gastar más de mil ducados. También había otra dificultad, que esto era por nuestra Señora de agosto, y en Salamanca se alquilan las casas por San Miguel, y por esto era menester que, ó la obra se acabase desde allí á San Miguel, y se pasasen entonces (y este tiempo era poco para lo mucho que había que hacer), ó alquilasen la otra casa por todo el año. La Madre, á quien Dios había dado pecho para romper por todas dificultades, se concertó con el caballero, y le compró la casa, con condición que él sacase la licencia del rey, y hizo que luego se comenzase á reparar,

(1) No carecen de interés algunos curiosos pormenores que narra el Maestro Julián de Avila en la *Vida de Santa Teresa* (pág. 268 y sigs.)

«Salimos, dice, casi al anochecer de Avila, y para el principio de la jornada, antes de llegar á Martín, dió una gran caída de la cabalgadura el Padre Fr. Antonio de Jesús, que al presente iba con nosotros. Quiso Dios que no se hizo mal... Iba con nosotros una doncella de una señora. Yo la vi caer un poco más adelante de una mula, y dió de cabeza en el suelo, que pensé se había muerto; y guardóla Dios, que cosa no se hizo. Y andando ya muy obscuro, porque se había entrado la noche, se perdió el jumento en que iba el dinero, que se llevaba á Salamanca, y otros recaudos de camino, y no pareció en toda aquella noche; de suerte que, con las caídas, y el buscar el jumento, y con la grande obscuridad, me parece á mí que cuando llegamos á la posada pasaría de media noche. Yo no quise cenar, aunque creo lo había menester, por no dejar de decir Misa á la mañana siguiente; tuve que quedarme en ayunas... Tuvimos gana á la mañana de ir á decir la Misa á una ermita que se llama Nuestra Señora del Parral. Llegamos allá á buena hora y para decir la Misa no había recaudo en la ermita. Hube yo de ir á el lugar, que está algo apartado de la ermita, por recaudo, y no hallé á el cura en el lugar: no hubo quien nos diese recaudo.

A el fin, en idas y venidas se nos pasó toda la mañana, é yo me quedé, harto contra mi voluntad, sin decir Misa, é sin cenar y sin almorzar, y harto de caminar. Y, aunque la Santa Madre se quedó sin comulgar, que para esto no estorbaba el camino, no sentí yo tanto esto como á mí tocaba; porque aun no bastó mi trabajo en esto, sino que se iban riendo de mí, y con razón.»

Sigue narrando las peripecias de la noche siguiente en que perdieron á la Santa Madre, y cómo aquel labrador se la condujo y les mostró el camino, «volviéndose muy contento á su casa con los cuatro reales que le dieron, y nosotros mucho más con todo nuestro caudal vuelto á hallar, y con harto regocijo de ir contando nuestras aventuras. Fuimos á parar á un mesón donde había tantos arrieros, echados por aquellos suelos, que no había donde poner los pies sino sobre albardas ú hombres dormidos. Hallamos á donde meter á nuestra Santa Madre y á las monjas que llevábamos, que no creo había seis pies de suelo, de manera que para caber habían de estar de pie. Lo que tenían bueno estas posadas, que no veíamos la hora de vernos fuera de ellas.»

y señaló dónde había de ser iglesia, y todas las otras piezas que eran necesarias para un Monasterio, y compró un pedazo de una casa que estaba allí junto, para hacer mayor la iglesia, y Julián de Avila andaba allí siempre dando prisa en la obra y gastando mucho dinero.

Cuando vino san Miguel no estaba acabada la obra ni con buena parte, aunque habían andado y andaban muchos oficiales; pero fuéles forzoso pasarse entonces á ella, porque no habían alquilado para el año venidero la otra en que vivían, y el dueño las daba mucha prisa que la desembarazasen. Por esta razón se pasaron la víspera de San Miguel, antes que amaneciese, y para el día siguiente estaba ya publicado que se había de poner el Santísimo Sacramento, y había de haber sermón y solemnidad. Pero antes de la fiesta ejercitó nuestro Señor un poco á la Madre, porque el día que se pasaron, que fué año de 1573, llovió después de comer, tanto, que para traer las cosas que habían menester de la otra casa, hubo harta dificultad, y la capilla de la iglesia que se había hecho de nuevo estaba tan mal tejada, que en lo más de ella se llovía, y con esto ni se podía hacer la fiesta, ni se sufría dilatarla, porque estaba ya publicado que había de ser aquel día. La Madre se vió muy penada, y vase luego al remediador de sus necesidades, y con una como queja amorosa le dijo: que ó no la mandase entender en estas obras, ó remediase aquella necesidad.

A la mañana hizo muy buen sol, y hubo mucha gente y música y sermón, y púsose el Santísimo Sacramento con gran solemnidad y con mucho consuelo de la Madre y de sus monjas, que tanto tiempo habían estado sin él como en un desierto. Como la casa estaba en buena parte, comenzó con esto á ser más conocida, y tomaban más devoción con ella, y particularmente la tomó la condesa de Montrerey, doña María Pimentel, y las favoreció mucho, porque era esta señora gran sierva de Dios, y hacía muchas y muy buenas limosnas. Luego el Señor comenzó á llamar gente que entrase en esta casa, y aun estando allí la Madre, la pidieron el hábito cada cual por sí, sin saber la una de la otra, dos doncellas principales, doña Francisca de Luna y doña Leonor de Ledesma, hijas de un caballero de aquella ciudad, que se llamaba Martín Dávila Maldonado, en cuya casa y mayorazgo sucedió Juan de Solís Dávila, su hijo. La Madre se aficionó mucho á ellas por las buenas nuevas que tenía de su virtud y devoción y recogimiento y seso, más que de la edad que tenían: porque eran bien mozas, y habíalas dado el sí; pero supo que doña Francisca (que era la que primero lo había tratado) no tenía para ello salud, y así recibió á sola su hermana, que después se llamó Leonor de Jesús, y murió antes de cumplir dos años en la religión, dejando á sus monjas muchos deseos de sí, porque era muy amable y humilde y apacible á todas. Y en este poco tiempo se dió tan buena

priesa, que se puede decir de ella lo que el sabio dice, que con morir tan presto, vivió vida larga y de mucho tiempo.

He dicho esto porque esta dichosa virgen de Cristo, como se dió á sí misma á la religión, así la dió también enteramente la hacienda que de sus padres había heredado, y ésta ha gozado y goza el Monasterio.

Antes y después han entrado personas muy nobles y de mucha calidad, y entre ellas doña Ana de Solís, hija de don Severo Alonso de Solís, siendo de pocos años, y ofreciendo á Dios los que la quedaban con gran determinación y alegría: llamóse en la religión Ana de la Trinidad. Hago particularmente de ella mención, por haber sido su entrada muy extraordinaria y maravillosa. Porque habiendo padecido grandes tormentos, desde que hubo siete años hasta los diez y seis, de las curas que la habían hecho en una postema que tenía en un brazo, de una caída que dió, y diciendo los médicos á cabo de este tiempo que moriría, si no la cortaban el brazo, y habiéndose ya determinado que se hiciese, se dejó, porque doña Catalina de Añaya, su tía, monja de santa Isabel, y gran sierva de Dios, dijo con gran determinación que no se había de hacer, y que Dios la había de sanar. Esto dijo ella á cabo de algún tiempo, que lo había entendido así de nuestro Señor. Dió después Dios á la enferma deseos grandes de servirle con mucha perfección, y ser monja Descalza, y moriase por ello, y parecíala imposible, porque su mal era de manera que ni un viernes solo podía dejar de comer carne. Todos los que lo entendían la quitaban la esperanza, y yo fui uno de estos, porque naturalmente no parecía que había que esperar. Mas el Señor, que era el que lo quería, y el que lo había de hacer, un día, estando ella muy descuidada, puso en su alma un esfuerzo grande con que luego prometió á Dios y á nuestra Señora de entrar en aquella orden, si la daba la salud. Y añadió con el fervor del espíritu, que esto lo vería ella en que dejaría todas las curas humanas, para que nuestra Señora sola la alcanzase la salud. Dejólas así como lo dijo, y aunque parecía que el brazo se le iba pudriendo, no las quiso usar, y al fin se le fué sanando, aunque la quedaron dos fuentes en él. Con esto dió más priesa á sus deudos para que la diesen el hábito que tanto deseaba, diciendo con la fe que tenía en nuestra Señora, que ya el brazo estaba bueno. No fué creída, ni don Pedro de Solís, su tío, quiso hablar palabra en el Monasterio hasta que se le mostrase. Ella le descubrió con mucha fe, y pareció el brazo sano y sin fuentes, y así ha estado siempre, como si nunca le hubiera tenido malo. Con esto se trató el negocio, y ella entró en la religión, y en ella vive ahora con mucho consuelo de su alma.

Tornando al propósito, después de la muerte de la Madre, no pudiéndose concertar con aquel caballero, le hubieron las monjas de

dejar su casa, y compraron una donde era el hospital del Rosario, que es en la que ahora viven (1), y el Señor las va ayudando y dando más lugar, como á quien tan bien le sirve, y de eso pudiera yo decir har- to, porque lo sé bien. Pero de los vivos siempre hablaré menos, y fue- ra de eso, no es mi intención tratar de las monjas, que para eso es menester historia larga por sí, sino de la Santa Madre suya, cuya vida me he puesto á escribir.

(1) El convento actual de las Carmelitas Descalzas se halla extramuros de la ciudad, en el barrio llamado de Villamayor. Púsose la primera piedra el año 1607 y pasaron allá en 1614. Un siglo después padeció mucho, cuando sitiaron la ciudad los portugueses durante la guerra de sucesión, y fué preciso reedificarlo.

No ha olvidado la Santa á sus hijas de Salamanca en medio de sus grandes tri- bulaciones. El año de 1856 sanó instantáneamente á una religiosa que hacía mucho tiempo que estaba completamente baldada. Para autentizarlo formóse expediente por el Señor Obispo de aquella diócesis el Excmo. Señor Don Fernando de la Puente, más adelante Cardenal Arzobispo de Burgos. Cfr. La Fuente, *Manual del peregrino*, cap. V.

CAPÍTULO XVII

De la fundación del octavo Monasterio, que es Nuestra Señora de la Anunciación, en Alba de Tormes

Volviendo á las fundaciones que íbamos escribiendo, antes de fundar el Monasterio de Salamanca, Francisco Velázquez, Contador del Duque de Alba, y Teresa de Laiz su mujer, importunaron á la Madre, por medio de Juan de Ovalle y de doña Juana de Ahumada, su mujer y hermana, como habemos dicho, de la misma Madre, para que fuese á Alba á fundar en aquella villa un Monasterio. La Madre salió de Medina para esta fundación con algunas monjas, y no se concertando con los que la habían hecho llamar, porque la pedían algunas condiciones que no eran convenientes, y habiendo en esto dilación, volvió á Medina por cosas que allí se ofrecieron, y de Medina á Valladolid y á Toledo, y después á Salamanca, de la manera que queda dicho.

No había dos meses que había fundado en Salamanca, cuando la tornaron á importunar que volviese á Alba. No gustaba ella mucho de ir á esta fundación, por ser Alba lugar pequeño y no poder el Monasterio dejar de tener renta. Pero el Padre Maestro Fray Domingo Báñez, que entonces estaba en Salamanca y la confesaba, la contradijo eso mucho, como otras veces lo había hecho, diciendo: que no convenía dejarse de hacer por eso el Monasterio, y que aunque tuviese renta no estorbaría nada para ser las monjas pobres y perfectas. Con esta respuesta se determinó de fundarle. Pero lo que movió á los fundadores para pedir esto á la Madre, no lo dejaré de decir, porque por ello se verá claramente haber sido milagrosa esta fundación.

Teresa de Laiz era hija de nobles padres, y toda su vida fué muy sierva de Dios, y gran cristiana, de lo cual parece quiso Nuestro Señor dar un pronóstico, porque siendo de tres días nacida, y haciendo sus padres poco caso de ella, porque tenían muchas hijas, y les había pesado de su nacimiento, la dejaron sola desde la mañana hasta la noche, y después una mujer que tenía cargo de ella, sabiendo

el descuido que había habido, fuese corriendo á la niña, y con ella otras personas, á ver si era muerta, y tomándola en sus brazos, con lágrimas la dijo: «Cómo, mi hija, ¿vos no sois cristiana?» como quejándose de la crueldad que con ella se había usado. La niña alzó la cabeza y dijo: «sí soy»; oyéndolo todos, porque el mismo día que nació la bautizaron, y nunca más habló hasta el tiempo en que los demás suelen comenzar á hablar. Desde entonces la quiso mucho su madre, y tuvo gran cuidado de ella, y decía que quisiera vivir hasta ver lo que Dios hacía de aquella niña.

Viniendo el tiempo que la querían casar, ella no quería tomar este estado. Pero en sabiendo que la pedía Francisco Velázquez, luego se determinó de casarse con él, sin haberle visto en su vida, y por ventura sin saber por qué, más de que la movió á ello Dios, que tenía ordenado que por ese camino se viniese á hacer este Monasterio.

Andando el tiempo se vinieron á vivir á Salamanca, donde él tenía un bueno y honrado oficio, que era pagador de la Universidad, que cobraba toda la renta y pagaba todas las cátedras, y yo le conocí en este oficio. Allí estaban ricos y contentos, sólo les daba pena no tener hijo ninguno. Ella los pedía á Dios y hacía muchas devociones, y por lo que los deseaba no era más de porque quedase, cuando ella se muriese, quien de su parte, y como en su lugar, alabase á Dios, y jamás otra cosa se le puso delante para desearlos. Dijéronla que el glorioso Apóstol San Andrés era buen abogado para lo que ella deseaba, y así tomó con él mucha devoción. Oyóla el Señor por la intercesión de su sagrado Apóstol, no para darla lo que ella quería, sino para dárla quien hiciese mejor y por muy más largo tiempo lo que ella deseaba, que hubiese quien por ella alabase á Dios; porque se hizo este Monasterio de monjas, como luego veremos, á donde desde el principio ha habido siempre grandes siervas de Dios, y ahora ni más ni menos las hay, de lo cual pudiera yo dar buena relación, por la mucha noticia que tengo de las personas de él, si no fuera por las dos razones que toqué en el capítulo pasado. Y fuera de eso, de su mismo linaje quisó Dios que hubiese quien hiciese esto mismo, porque en el mismo Monasterio dejó lugar para una parienta suya y otra de su marido perpetuamente, que sean admitidas sin dote.

Estando, pues, ella una noche en la cama, oyó una voz que la dijo: «No quieras tener hijos, que te condenarás.» Quedó muy turbada y medrosa de esta voz, pero no por eso dejaba de desearlos, pareciéndola que con el fin que ella tenía, no había que temer que se hubiese de condenar, y hacía las devociones que antes, y en particular al Santo Apóstol. Después de esto, estando en el mismo deseo, vió una visión, sin poderse ella determinar si estaba dormida ó despierta cuando la vió, pero en el suceso se vió haber sido de Dios. Parecióla

que estaba en una casa, á donde en el patio debajo del corredor estaba un pozo, y luego allí un prado muy verde sembrado de flores blancas de tanta hermosura, cual nunca jamás se vió, ni sabía cómo la pudiese declarar. Cerca del pozo vió al Apóstol San Andrés con una hermosa y venerable presencia, y de tal manera, que conoció claramente ser él, y su vista la alegraba en gran manera, y decíala el Apóstol: «Otros hijos son éstos que los que tú quieres»: mirando, según yo pienso, aquellas tan hermosas flores. Con esta visión se le quitó del todo el deseo de hijos, y ya no trataba de eso con Nuestro Señor, sino con su marido comenzó á tratar, que pues Dios no les daba hijos, hiciesen de su hacienda un Monasterio de monjas, donde el Señor fuese alabado y servido. El vino bien en ello, pero no en que se hiciese en donde ella quería, que era en un lugar cerca de Alba, que se llama Tordillos, donde ella había nacido.

Estando en esto le envió á llamar la duquesa de Alba, doña María Enriquez, para hacerle contador del duque don Fernando de Toledo su marido, y suyo, el cual oficio aceptó. Luego compró una casa y envió por su mujer; ella fué, aunque de mala gana, porque no gustaba de vivir en aquella villa, y menos gustó cuando vió la casa que su marido había comprado, que no tenía edificio, aunque estaba en buen puesto y tenía anchura. A la mañana, como entró en el patio, vió un corredor y debajo de él un pozo, (1) y luego se acordó que era el mismo que había visto cuando vió á San Andrés, y quedó espantada cómo, sin saberlo su marido, había venido á comprar la casa que á ella tanto antes se le había mostrado. Y sin pasar más adelante se resolvió en que allí había de ser el Monasterio, y desde aquel punto quedó con mucho consuelo de vivir en Alba, y con determinación de no ir á otra parte. Para esto compraron casas que estaban allí junto, para que hubiese harta anchura para lo que querían. Ella andaba muy cuidadosa pensando de qué orden le haría, porque deseaba que fuesen las monjas pocas y muy encerradas, y comunicó con religiosos de diferentes órdenes, para saber lo que convenía más, y lo mismo hizo su marido. Ellos respondieron que sería mejor hacer otras obras pías, y les desviaron cuanto pudieron de lo que deseaban hacer, dando para ello razones que llevaban poca razón. Con esto vino ella á mudar parecer, porque el demonio andaba de por medio, que ya se temía de lo que podía ser, y concertó con su marido que pues á aquellos religiosos parecía que no hiciesen Monasterio de monjas, casasen un sobrino suyo y hijo de su hermana con una sobrina de su marido, y les diesen la mayor parte de su hacienda, y lo demás gastasen por sus almas. Quedaron los dos en esto muy resueltos, pero aprovechó

(1) Consérvase este pozo en el monasterio de Alba de Tormes; está situado junto á la celdita en que murió la Santa Madre. Cfr. La Fuente, *Manual del peregrino*, cap. VI, § IV.

poco su resolución, porque había nuestro Señor tomado otra de mayor gloria suya y mayor provecho de ellos.

No habían pasado quince días después de esta resolución, cuando le da al mozo un mal tan recio, que en pocos días le acabó. Ella quedó de esta muerte turbada y atemorizada, y acordábase cómo Dios había castigado á Jonás, Profeta, porque no le quiso obedecer, y tenía para sí que la había castigado á ella en llevarla aquel sobrino que tanto amaba, por haberse descuidado de lo que Dios la enseñaba que hiciese. Con esto volvió muy de veras al primer propósito de hacer el Monasterio, aunque no sabía cómo, porque de la manera que ella deseaba y entendía que Dios quería que fuesen las monjas, ni las hallaba, ni quien la diese esperanza de ello, antes se reían de ella, porque buscaba lo que no podría hallar. Quien más desconfianza la ponía era un padre de la Orden de San Francisco, su confesor, hombre de caridad y de letras, y esto la traía á ella desconsolada. Mas no quiso el Señor que durase aquel desconsuelo porque, yendo fuera de allí aquel Padre, le dieron noticia de los Monasterios que hacía la Madre Teresa de Jesús, y de la manera que en ellos se vivía, é informóse bien de todo. Después volvió á Alba y dijo á Teresa de Laiz, que ya había hallado las monjas que ella deseaba y todo como lo pedía y que podía bien hacer el Monasterio, y dióla cuenta de lo que había oído de la Madre y de sus monjas, y díjola que lo tratase con ella. Entonces su marido y ella escribieron á la Madre por el medio que dije, y se hizo lo que al principio del capítulo dijimos. Después la Madre volvió allá, y hubo hartas demandas y respuestas, porque no se alargaban tanto como era menester, y ella estaba puesta en que los Monasterios que fundase, no de pobreza, ó habían de tener lo que fuese necesario para las monjas, de manera que no hubiesen menester pedir nada á nadie, ó no se habían de fundar. Ellos vinieron á dar la renta que pareció bastaría buenamente, y así sin contradicción ninguna se fundó el Monasterio de Nuestra Señora de la Anunciación (que así quisieron ellos se llamase), á 25 de Enero de 1571 años, día de la gloriosa Conversión del Sagrado Apóstol San Pablo, y fundáronle en sus mismas casas, y ellos se fueron á otras, y así se cumplió la visión de Teresa de Laiz, y lo que San Andrés la dijo, y conoció que éste había de ser el prado donde habían de nacer aquellas blancas y olorosas flores, como por la misericordia de Dios se ven ya crecidas y de muy suave olor, y siempre se irán criando otras para cuando las primeras se acaben.

Hicieron allí una buena casa después y una muy buena Iglesia, como ahora se ve, donde ellos están enterrados en la capilla mayor muy honradamente, y allí dejaron capellanías, y por esa razón es la Iglesia muy bien servida, y siempre se procura que los capellanes sean siervos de Dios. Llevó á esta fundación á la Madre Inés de Jesús,

que ahora es Priora de Palencia, y á la Madre Juana del Espíritu Santo, que había dejado en Toledo, y con ella vino Guiomar de Jesús, y á María del Sacramento; y de Medina, á la Madre Tomasina Bautista, que ahora es Priora de Burgos, y de Salamanca, á María de San Francisco, Priora en el mismo Monasterio de Alba ahora. Hizo Priora á la madre Juana del Espíritu Santo y Supriora á María del Sacramento (1).

(1) «Después de muerta la Santa Madre, dice Yepes (lib. II, cap. XXIV), enfermó gravemente Teresa de Laiz, fundadora, y estando con alguna mejoría, y sin pensamiento de morir, le apareció la bienaventurada Madre Teresa de Jesús con su capa blanca, cual ella la había conocido y tratado en esta vida, y la hizo señas llamándola que viniese con ella, con las cuales la enferma entendió que se moría, y que la Madre la llamaba para que fuese á gozar de la gloria que sus buenas obras habían merecido: que este es premio que da el Señor y sus Santos á quien así se emplea en su santo servicio.»

El convento se conserva en su mayor parte, tal cual era en tiempo de Santa Teresa. Situado el edificio dentro de la villa, tiene delante de la iglesia una plazuela, que permite descubrir desahogadamente la primitiva fachada de aquélla y del convento. Consiste su adorno exterior en una portada de gusto plateresco adornada con dos columnas istriadas, y dos medallones con los bustos de San Pedro y San Pablo. En el segundo cuerpo, sobre la portada, se ve un relieve del misterio de la Anunciación, flanqueado por escudos heráldicos, y en el frontón semicircular que corona la portada, formando tercer grupo, la figura del Padre Eterno, con una inscripción recordando la fecha de la fundación y los nombres de los fundadores. La iglesia está resguardada con postes y verja de hierro, al estilo de las antiguas exedras, lugares de asilo y defensa, pues la reja al pie de la entrada se alzaba por la noche dejando al descubierto el foso. La celdita donde murió la Santa está convertida en oratorio, aunque algo desfigurada con una bóveda y pinturas. Tiene quince pies de largo por diez de ancho, y la ventana con su reja y accesorios se hallan tales cuales eran al tiempo de morir la Santa Madre. Cfr. La Fuente, *Man. del Per.*, cap. VI, § IV.

CAPÍTULO XVIII

Del modo que tenía de caminar la Madre Teresa de Jesús, cuando iba á estas fundaciones, y cómo Dios la mandaba hacer aquellos caminos

En esta fundación de Alba cesaron por dos años las fundaciones por la razón que diré al principio del libro siguiente, y así vendrá bien acabar este libro segundo con decir el modo de caminar que tenía la Madre Teresa de Jesús, cuando iba á ellas. Cuando había de salir (si no era que hubiese necesidad particular de alguna monja) no sacaba sino las que veía que más de buena gana venían, y agradecíasele con humildes y amorosas palabras, porque venían con ella de buena gana, y hacía que comulgasen el día que se habían de partir. Y por ir con recogimiento y encerramiento, quería que siempre fuesen en coches ó literas, si buenamente se podían haber, porque por el camino y en las posadas no tuviesen en poco á las monjas, y no se atreviesen á hablar palabras que á otras mujeres descomedidamente se suelen decir, viéndolas pobres y con poca autoridad, y por eso quería que en lo exterior fuesen como mujeres principales. Cuando esto no había, iban en carros muy bien cubiertos, y de tal manera iban por el camino en ellos, como si estuvieran en el Monasterio, y reñía mucho á la que se descuidaba de bajar bien el velo todas las veces que la podían ver otras personas, y ella, aunque fuese mujer con la que hablaba, le abajaba ni más ni menos, si no fuese persona tal que hubiese causa muy justa para hacer otra cosa.

Siempre se llevaba campanilla, y se tañía á oración y á silencio á sus tiempos, como en casa, y un reloj de arena para medir las horas, y entonces todos los que iban con ellas, ahora fuesen frailes, ahora clérigos ó seglares, y los mozos, habían de callar todo aquel tiempo, y edificábanse de ello, y cuando se hacía señal para poder hablar, no había más que ver que la alegría de aquellos mozos. Después hacía